



Elizabeth
Barrett Browning
Aurora Leigh

ALBA · *poesía*

AURORA LEIGH

ELIZABETH BARRETT BROWNING

Traducción
José C. Vales

ALBA

ALBA · *Poesía*
Colección dirigida por Gonzalo Torné

Título original: *Aurora Leigh*

© de la traducción: José C. Vales

© de esta edición: alba editorial, s.l.u.
Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona
www. albaeditorial.es

Diseño: Pepe Moll de Alba

Primera edición: noviembre de 2019
Conversión a formato digital: Alba Editorial

ISBN: 978-84-9065-633-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos

SOBRE ESTA TRADUCCIÓN

Aurora Leigh se publicó en 1856 (Chapman & Hall), aunque en el volumen de aquella primera edición conste la fecha de 1857. Aunque tanto Elizabeth Barrett Browning como Robert Browning hicieron abundantes correcciones y añadidos en ediciones posteriores, los especialistas consideran que esta es la versión que se acerca más a la «vehemente espontaneidad» de la autora. Con algunas leves variaciones, el texto es también el de Miller (1864) y el que se utilizó para las ediciones americanas. Además, es obligado añadir que para esta traducción se han cotejado especialmente los trabajos críticos de J. R. Glorney Bolton y Julia Bolton Holloway (Penguin, 1995) y J. Billington y P. Davis (OUP, 2014), entre otros.

Elizabeth Barrett Browning escribió su *Aurora Leigh* ciñéndose a la larga tradición inglesa del verso blanco (Shakespeare, Milton, Coleridge y Tennyson), cuyo ritmo favorece la idea épica y espiritual de la narración. Algunas traducciones, en otras lenguas, han optado legítimamente por una transcripción en prosa. En la presente traducción se ha optado por conservar la partición de los versos y la elaborada sintaxis del poema, pero evidentemente no se han mantenido los rigores del pentámetro yámbico.

José C. Vales

Dedicado a JOHN KENYON, ESQ.

Las palabras «primo» y «amigo» son recurrentes y constantes en este poema, las últimas páginas del cual se han completado bajo la hospitalidad de tu techo, mi queridísimo primo y amigo: y digo «primo y amigo» en un sentido de menos igualdad y más desinteresado que el de uno de los protagonistas del poema, Romney.

Tras darle fin, por tanto, y preparándome una vez más para abandonar Inglaterra, me atrevo a dejar en tus manos este libro, el más maduro de cuantos he compuesto, y el único en el que he presentado de verdad mis más íntimas convicciones sobre la vida y el arte; dado que a lo largo de mis diversos trabajos en la literatura y en el devenir de la vida has creído en mí, me has soportado y has sido generoso conmigo, mucho más allá de los usos comunes de la mera familiaridad o la simpatía, acepta si puedes amablemente, y públicamente, esta pobre muestra de estima, gratitud y afecto de quien nunca te olvidará,

E. B. B. 89 Devonshire Place,
17 de octubre de 1856.

LIBRO PRIMERO

El componer libros es tarea sin fin,^[1]
y yo, que he escrito mucho en prosa y en verso
para cumplir con fines de otros, escribiré ahora para los míos...
escribiré mi historia por mi lado bueno,
como cuando uno pinta su propio retrato para un amante
que lo guarda en un cajón y lo mira
mucho después de que ha dejado de amarte, solo
para recordar lo que fue y lo que es.

Yo, escribiendo así, soy aún lo que la gente llama joven;
no he dejado tan lejos las costas de la vida
para viajar tierra adentro, que no pueda oír
ese murmullo del Infinito exterior
al que los niños lactantes aún sonríen en su sueño
y nos maravillan por sonreír; no tanto,
pero todavía puedo ver a mi madre
junto a la puerta del cuarto de los niños, con el dedo en los labios:
«Sssh, sssh... ¡no hagáis tanto ruido!», mientras sus dulces ojos
resplandecen, y niegan sus palabras
en la algarabía de los niños. Todavía lo pienso y siento
la suave mano de mi padre, cuando ella nos abandonó a ambos,
acariciando mis rizos infantiles sobre sus rodillas;
y puedo oír el chiste diario de Assunta (ella sabía
que a él le gustaba más que el mejor chiste)
preguntando cuántos escudos de oro valía
hacer esos tirabuzones. Oh, la mano de mi padre,
acariciando aquellos rizos con torpeza,
¡estrecha fuerte la cabeza de la niña contra tus rodillas!
Soy todavía demasiado pequeña, demasiado pequeña para quedarme sola.

Escribo. Mi madre era florentina,

y sus improbables ojos azules me fueron arrebatados
cuando yo apenas tenía cuatro años; mi vida,
una leve chispa que se desprende de un candil caído
que luego se apagó. Ella era débil y frágil;
no pudo soportar el gozo de dar la vida...
El éxtasis maternal la mató. Si sus besos
hubieran durado más sobre mis labios
podrían haber calmado esta respiración inquieta
y haber calmado y fraternizado mi alma
con la nueva situación. Pero lo que sucedió, en efecto,
fue que sentí la ausencia materna en este mundo
y aún la sigo sintiendo, como un cordero que bala
cuando lo abandonan fuera y de noche, y le han cerrado el redil...tan inquieta como un
pájaro en un nido vacío,
pasando frío por algo que ha perdido, aunque
no sepa lo que es. Yo, Aurora Leigh, nací
para hacer más infeliz a mi padre, y a mí misma
no muy alegre, desde luego. Las mujeres saben
cómo criar a los niños (para ser justos),
poseen ese sencillo, feliz y tierno don
para poner pañales, atar los zapatitos infantiles
y ensartar dulces palabras que no tienen ningún sentido,
y besar con todos los sentidos en palabras vacías;
esas cosas son cuentas de coral para ensartar la vida
aunque sean pequeñeces: los niños aprenden con ellas,
el amor sagrado y sincero en frívolos juegos
y a no ser excesivamente solemnes a temprana edad...
sino viendo, como en un rosal,^[2] el Amor Divino
que arde y no quema -no tiene ni una sola flor-
se torna consciente y confiado ante el Amor.
Así lo hacen las buenas madres. Los padres aman también
-el mío sí, lo sé-, pero con pensamientos más severos,
y deseos más conscientemente responsables,
y no tan sabios, porque son menos frívolos;
por eso las madres tienen el permiso de Dios para marcharse.

Mi padre era un inglés austero
que, después de una agotadora vida en su país
enseñando en la universidad, entre leyes y sermones parroquiales,
conoció el torrente de una pasión inesperada,
y todo su pasado cómodo y complaciente

se derrumbó en aquel momento. Cuando estaba
en Florencia, donde había ido a pasar un mes
para estudiar los secretos de Da Vinci,
meditaba algo ausente tal vez
sobre alguna cuestión inglesa... -si los hombres deberían pagar
los impuestos impopulares pero necesarios
con la mano derecha o la izquierda-, sentado al sol extranjero,
en aquella fabulosa plaza de la Santissima,
y por allí acertaron a pasar (apenas lo suficientemente llamativas
para conmover su placentero desdén isleño)
un grupo de estandartes sacerdotales, con cruz y salmo,
con las damas en velo blanco y de rosas coronadas, que en la mano llevaban
largas velas, demasiado pesadas para sus muñecas, protegidas
frente al azul y luminoso temblor del aire
y dejando caer gotas de cera blanca mientras avanzaban
para ir a comulgar la oblea obispal en la iglesia;
en aquella larga procesión de sacerdotes y niñas cantando
un rostro resplandeció como una patena en el rostro de mi padre
y conmocionó con callado clamor inteligencia y corazón,
transfigurándolo en música. Y así, así,
él también recibió su don sacramental
con eucarísticos significados: por su amor.
Y así, tan amada, mi madre murió. He oído que se dijo
que lo vieron aturdido y espantado,
viudo y padre, cuidándome,
niña pequeña sin madre de cuatro años,
y que sus manos grandes varoniles temían tocar mis rizos,
como si el oro pudiera manchar -sus graves labios
fingiendo aquella tristísima sonrisa-,
como si supiera lo que necesitaba o yo moriría,
y sin embargo aquello era cruel: casi haría a las piedras
llorar de lástima. Hay un verso que puso
en Santa Croce a la memoria de mi madre,
«Llorad aquí por una niña demasiado joven para llorar mucho
cuando la muerte le arrebató a su madre» -ese verso congela la alegría
hoy en el rostro de las mujeres cuando caminan
con niñas rosadas colgando de sus vestidos,
en el claustro, para escapar del sol
que abrasa la plaza-. Después de eso,
abandonó nuestra Florencia, y se apresuró a esconderse,
él, su balbuceante bebé y su callado dolor,

en las montañas de Pelago;^[3]
porque los niños sin madre, pensaba él, necesitan
a la madre Naturaleza más que otros,
y las cabras blancas de Pan, con ubres cálidas y llenas
de contemplaciones místicas, vendrían a alimentar
los pobres labios sin leche de los huérfanos, como la suya...
Esas migajas eruditas decía (me lo han contado los amigos),
porque incluso los hombres prosaicos que sufren durante mucho tiempo un dolor
acaban llevándolo como si fuera un sombrero
con una flor prendida en él. Padre, pues, e hija
vivimos en las montañas durante muchos años,
con el silencio de Dios en el exterior de la casa,
y nosotros, que no hablábamos muy alto, dentro;
una vieja Assunta avivaba el fuego,
y se persignaba cuando una llama repentina,
elevándose desde la chimenea, revivía
la imagen de mi madre que colgaba de la pared.
El pintor la retrató después de muerta,
y cuando estuvieron terminados el rostro, el cuello y las manos,
su *cameriera* le llevó, espantada
ante la antigua mortaja inglesa, el último brocado
que mi madre vistió en el palacio de los Pitti: «No debería usted
pintar nada más triste que esto -exclamó-, si no quiere despreciar
a su pobre *signora*». Así que muy extraño
era el efecto de aquella pintura. Yo, una niña pequeña, gateaba
durante horas con las rodillas por el suelo,
y me quedaba mirando, medio aterrorizada, medio
embelesada, el cuadro que allí colgaba...
Aquella visión sobrenatural y blanca como un cisne
que emergía de las sedas púrpuras del brocado
que parecía impropio allí no tenía fuerzas
para romper todas aquellas cuerdas y ligaduras:
durante horas me quedaba sentada allí y la miraba. El temor reverencial de Assunta
y la melancólica mirada de mi pobre padre
me indicaban el camino. Y por ese camino iban mis pensamientos
cuando deambulaban a este lado del retrato. Y cuando crecí
en años, mezclé, confusa, inconscientemente,
todo lo que había leído u oído o soñado,
horrible, admirable, maravilloso,
patético o fantasmal, o grotesco
con aquel rostro... que nunca cambiaba,

pero mantenía el nivel místico de todas las formas,
y los temores y las admiraciones; era a veces
fantasma, a veces demonio, ángel, hada, bruja y espectro,
una intrépida Musa que observa un Destino aterrador,
una amante Psique que pierde de vista el Amor,
una silenciosa Medusa, de dulce frente lechosa
con rizos y toda su ropa llenos de serpientes
cuyas babas caen como si sudor fuera; y, otras veces,
Nuestra Señora de la Pasión, atravesada por espadas
allí donde el Niño mamó; o Lamia[4] en su primera
palidez lunar, después encogida y espantada,
y estremecida, retorciéndose en la inmundicia;
o bien como mi propia madre, dejando la última sonrisa
en su último beso, en los labios de la niñita
que mi padre acercó a la cama solo para eso...
O mi madre muerta, sin sonrisas ni besos,
enterrada en Florencia. Todas esas imágenes,
concentradas en aquella pintura, cristalizaban
ante mi infancia pensativa... igual que
las incoherencias del cambio y la muerte
se representan plenamente, se mezclan y se funden
en el tranquilo y amable misterio de la vida eterna.

Y mientras mi imaginación infantil se perdía
en el retrato de mi madre (ay, pobrecita),
mi padre, que por el amor repentinamente
se había desprendido de las viejas convenciones, se deshizo
de la mortaja del alma, como Lázaro;
sin embargo no tuvo tiempo para aprender a hablar y andar
ni a volverse a hacer amigo del sol...
Él, que había alcanzado la libertad, no la acción, vivía,
pero vivía como en trance, con pensamientos, no con objetivos;
a quien el amor había impedido ser un hombre común
pero no lo había completado como un hombre singular,
mi padre, me enseñó lo que mejor había aprendido
antes de morir y abandonarme: la pena y el amor.
Y leyendo los libros que teníamos en las montañas,
palabras graves de espíritus consejeros, aliados
con los pinos y los torrentes habladores, de los libros
me enseñó toda la ignorancia de los hombres
y cómo Dios se ríe en el cielo cuando algún hombre

dice «Esto he aprendido; esto es lo que sé;
en esto, nunca me equivocaré ni dudaré».
Mi padre enviaba las escuelas a las escuelas, y decía
que un hombre pasará por loco por culpa de un solo error
mientras que un filósofo pasará por tal
diciendo majaderías aplaudidas en cantidades infinitas
y convirtiéndolas en sistema.

Yo soy

eso me dicen, como mi querido padre. Amplia frente
y en fin, en una figura esbelta
de rasgos delicados -más bien pálido, y aire pensativo-;
pero luego la sonrisa de mi madre aparece
y convierte mi rostro en algo mejor de lo que era.

Y así, durante nueve años, nuestros días se escondieron con Dios
entre sus montañas. Yo solo tenía trece
y aún crecía como las plantas, sin ver las raíces,
en primaveras balbuceantes... Y de repente me desperté
a la vida entera y a sus dificultades y angustias,
con el corazón hundido, dolorido y amargado junto
a la lápida de mi padre. La vida golpea duro con la muerte,
lo ilumina todo horriblemente. Sus últimas palabras fueron «Amor...»
«Amor, mi pequeña, ¡ama, ama...!». Y dejó de sufrir.
«Amor, mi pequeña.» Antes de que pudiera responder, se había ido,
y ya nadie quedó en el mundo a quien yo pudiera amar.
Allí acabó la infancia: lo que sucedió después
lo recuerdo como cuando después de unas fiebres
se recuerdan los episodios del delirio,
con espacios vacíos, amortiguados por la puerta semiabierta;
interminables días iguales, como muescas hechas con un cuchillo;
una oscuridad agusanada, hecha jirones, espoleada en el costado
con una llama que se devoraba y se consumía a sí misma
como un escorpión atormentado. Luego, al final,
recuerdo claramente que llegó allí
un extranjero con autoridad, no derecho,
(yo creo que no) y empezó a mandar, me arrebató
de los brazos de Assunta; y cómo, con un grito,
ella me soltó... mientras yo, con los oídos llenos
del silencio de mi padre, le devolvía también un grito
con todo el dolor aterrorizado de una niña...
Me quedé mirando el puerto donde ella se quedaba llorando,

mi pobre Assunta, ¡donde ella se quedaba llorando!
Las paredes blancas, las colinas azules, mi Italia,
arrebataada del muelle del vapor,
como quien se arranca furioso su camisa
que los mendigos recogen. Luego, el amargo mar
inexorablemente se levantó entre nosotros
y alejando de Italia el barco y mi desesperación
nos arrojó como alimento para las estrellas.

Diez noches y diez días viajamos sobre los abismos;
diez noches y diez días sin distinguir el rostro
de los días y las noches; la luna y el sol,
arrancados de las verdes tierras amadas,
agonizaban en una ciega ferocidad
y en un resplandor espectral; el mismo cielo
(abatiendo su red sobre el mar,
como si ningún corazón humano debiera escapar vivo)
lo humedecía todo con su desolador salitre,
hasta que dejaba de parecer ese sagrado Cielo
al que ascendió mi padre. Todo nuevo, todo extraño:
el universo se tornó extraño, para una niña.

¡Y de repente, tierra! ¡De repente, Inglaterra!, oh, los acantilados de escarcha
mirándome desde las alturas. ¿Podría encontrar un hogar
entre aquellas pobres casas rojas escondidas en la niebla?
Y cuando escuché la lengua de mi padre por vez primera
en labios extraños que no tenían besos para los míos,
lloré primero, y luego reí, y luego lloré, y lloré...
Y entonces, alguien dijo que la niña estaba loca
y se había mareado en el viaje. El tren nos llevó.
¿Era aquella la Inglaterra de mi padre? ¿La gran isla?
La tierra parecía troceada en campos
de verdura, campo frente a campo, como hombre frente a hombre;
los mismos cielos parecían bajos y plumizos,
casi como si uno pudiera tocarlos con la mano;
y si te atrevías a hacerlo, estaban muy lejos
de los cristales celestiales de Dios; todas las cosas, borrosas
y turbias y vagas. ¿Fue de aquí de donde Shakespeare y sus amigos
tomaron su luz? Ni una colina ni una piedra
con corazón bastante para emitir algún color brillante,
ni un contorno vivo en aquella atmósfera indiferente.

Creo que aún puedo ver a la hermana de mi padre ahí plantada en el quicio de la puerta de su casita de campo para darme la bienvenida. Estaba firme y tranquila, su frente, un tanto estrecha, estirada con trenzas como si quisiera someter ideas inesperadas frente a posibles aleteos; el pelo castaño entreverado en gris gracias al uso gélido de la existencia (no era vieja aunque era un año mayor que mi padre), una nariz afilada, aunque con rasgos delicados; una boca siempre cerrada, tal vez un poco agriada en las comisuras, por haber hablado mucho de amores no correspondidos o tal vez por haber sido mezquina con medias verdades; no había luz en sus ojos: puede que alguna vez hubieran sonreído, pero nunca, nunca se habían abandonado a la sonrisa; sus mejillas, en las que aún quedaba una rosa de veranos muertos, como una rosa en un libro, que conserva más pena que alegría: si en el pasado florecieron, el pasado también pasó.

Digamos que había vivido

una vida inocua, que ella llamaba «virtuosa», una vida silenciosa, que no había sido vida en absoluto (pero ella no había vivido lo suficiente para saberlo), entre la vicaría y los caballeros del campo, con el lord del condado vigilando de vez en cuando desde el Empíreo para proteger a sus almas frente a las ocasionales vulgaridades, y, en el abismo terrenal, el boticario recibido una vez al año para probar la solidez de su humildad. En el asilo para pobres ejercitó su caridad cristiana con medias de punto, tejiendo enaguas, porque, al fin y al cabo, todos somos hijos de Dios y todos necesitamos paño (en el bien entendido de que hay diferencias en la calidad); y luego, tenemos la biblioteca, protegida de vuestros trucos modernos que agitan cuestiones peligrosas y superficiales: allí preservaba su intelecto. Había vivido en una especie de jaula, había nacido en una jaula, imaginando que saltar de percha en percha era suficiente acción y alegría para cualquier pájaro. Dios bendito, ¡qué tontos son esos animalitos que viven

en los arbustos y que comen bayas!

Y a mí, ay,

un pájaro silvestre, apenas emplumada, me metieron en esa jaula,
y allí estaba ella para recibirme. Muy amable.
Me ponía agua limpia y me daba alpiste nuevo.

Allí estaba mi tía para darme la bienvenida,
impávida, con su atuendo negro. Yo me colgué de su cuello...
Los niños que cogen un trozo de lana
por curiosear cualquier cosa brillante no actúan
menos ciegamente. En mis oídos, las palabras de mi padre
murmuraban inocentes, como el mar en las caracolas,
«Amor, amor, hija mía». Ella, vestida de negro por mi mismo dolor,
podría haber sentido mi amor -ella había sido su hermana-,
y yo me aferré a ella. Durante un instante, ella pareció conmoverse,
me besó con sus gélidos labios, y soportó mi abrazo.
Y luego me condujo suavemente hacia el vestíbulo, y entramos
en el salón donde vivía.

Allí, con una suerte de extraño espasmo

de dolor y violencia, apartó mis manos
imperiosamente, y me mantuvo a un brazo de distancia,
y con sus ojos grises como el acero y como espadas desnudas
buscó mi rostro, apuñalándome de parte a parte,
la frente, las mejillas y la barbilla, como si quisiera encontrar
a un maldito asesino en mi rostro inocente,
si no aquí, tal vez allí. Entonces, cogiendo aire,
luchó por recuperar su calma de siempre,
que había perdido, y me dijo que no tuviera miedo:
como si me estuviera diciendo que no mintiera o blasfemara.
Ella amaba a mi padre y me amaría también a mí
mientras me lo mereciera. Muchas gracias.

Más adelante comprendí lo que quería decirme;
pensaba que iba encontrar a mi madre en mi rostro
y eso era lo que la inquietaba. Porque ella, mi tía,
había querido mucho a mi padre, tanto como le era posible,
y había odiado con la hiel de las almas bondadosas
a mi madre toscana, que había enloquecido
a un hombre sabio y había apartado a un buen hombre
de sus deberes evidentes, y la había privado, a ella,
su hermana, de la precedencia en la casa familiar;

había agraviado a los arrendatarios, había abandonado su tierra natal
y se había vuelto loco, por la vida y la muerte,
por el amor y la pena. Se había preguntado durante años
qué clase de mujer podía ser susceptible
de odiarla tanto, de disfrutar con ello;
y así, su mismísima curiosidad
se convirtió también en odio, y todo el idealismo
que siempre aplicó a su vida empezó a aplicarlo al odio,
hasta que el odio, así amamantado, superó finalmente
al amor del cual nació, en fuerza y en violencia,
e imprimió en su maleable conciencia un sentimiento
de discutible virtud (¡no digamos pecado!)
cuando en la iglesia se dictaba la doctrina cristiana.

Y así, la hermana de mi padre fue para mí
la enemiga de mi madre. Desde ese día, cumplió
todos sus deberes para conmigo (lo digo
con sus propias palabras, las que empleó hablando consigo misma),
cumplió sus deberes, en gran medida, casi obligada,
pero siempre comedidos. Fue generosa, anodina,
más educada que cariñosa, y me puso
siempre por delante: como si temiera que los santos de Dios
pudieran mirar hacia abajo de repente y decir: «Vaya,
aquí has cometido un pecadillo, creo, por una falta de cariño».
Ay, una madre nunca teme
regañar con firmeza a su hijo,
porque el amor, eso lo sabe, lo justifica el amor.

Y yo, yo era una buena niña en general,
una niña dócil y obediente. ¿Por qué no iba a serlo?
No vivía lo suficiente para cometer los pecados de la vida:
me parecía que había más y más verdadera vida en la tumba de mi padre
que en toda Inglaterra. Y puesto que allí me arrojó
quien tanto me quiso (su última voluntad, decían,
había sido enviarme a su tierra), yo solo pensaba
en quedarme quieta allí donde me arrojaron,
como las algas en las rocas, y soportar
que mi tía me clavara en un álbum con su alfiler,
fibra tras fibra, hoja tras hoja delicada,
y me disecara hasta sacar de mi agostada anatomía
el último gramo de sal que me quedara.

Así era.

Retorcí los abundantes rizos de mi cabeza
en trenzas, porque a ella le gustaban los cabellos bien lisos y ordenados.
Dejé de pronunciar mis dulces palabras toscanas,
que, sin embargo, ante cualquier conmoción del corazón
acudían a mí y moteaban las frases en inglés
como lirios (*Bene...* o *che ch'e*), porque
ella quería que la niña de mi padre hablara su lengua.
Aprendí las letanías y el catecismo,
el credo, desde el de Atanasio hasta el de Nicea,
los artículos... los Tratados contra los tiempos
(pero de ningún modo la *Exhortación al amor* de Buenaventura)[5]
y varias sinopsis populares de
doctrinas inhumanas que Juan nunca enseñó,
porque a ella le gustaba la piedad ilustrada.
Yo aprendí mi correspondiente francés clásico
(expurgado de Balzac y neologismos)
y también alemán, porque a ella le gustaba ofrecer un poco
de educación liberal: lenguas, no libros.
Aprendí un poco de álgebra, un poco
de matemáticas, pero bien cepillado y expurgado
el círculo de las ciencias, porque
a ella le desagradaban las mujeres frívolas.
Aprendí las genealogías reales
de Oviedo,[6] las leyes particulares
del Imperio birmano, por cuántos pies
superaba el Chimborazo al Himmeleh,[7]
qué río navegable se une
al Lara, y qué censo en el año cinco
tenía la ciudad de Klagenfurt...[8] porque le gustaba tener
una perspectiva general de datos útiles.
Aprendí bastante música -tanta que habría sido
totalmente imposible en tiempos de Johnson
por mucho que se hubiera querido-, elegantes juegos de manos
e inimaginables digitaciones que arrebatan
al oyente con huracanes de notas
a un escandaloso Tofet;[9] también dibujé... vestidos
a partir de grabados franceses, nereidas elegantemente vestidas
con muecas burlonas de furiosas divinidades... Hice acuarelas
copiadas de la Naturaleza, paisajes (mejor diría, hice desteñidos).
Bailé la polca y el *cellarius*[10],

hilé vidrio, disequé pájaros y modelé flores en cera
porque a ella le gustaba que las niñas supieran manualidades.
Leí un par de docenas de libros sobre la feminidad
que demostraban que, si bien las mujeres no son capaces de pensar en absoluto,
pueden enseñar a pensar (a una tía soltera
o si no a un escritor): los libros demostraban
la capacidad femenina para comprender lo que dicen los maridos,
si no son cosas demasiado profundas, e incluso para contestar
con un agradable «Como guste usted» o un «Desde luego»...
También hablaban de su hábil perspicacia y de sus delicadas aptitudes,
su utilidad contrastada para la caridad en general,
siempre que se sepan mantener calladas junto al fuego
y nunca digan «no» cuando lo que tienen que decir es «sí»,
porque eso es fatal: su angelical capacidad
para la virtud, principalmente utilizada para sentarse y zurcir,
cebar a los pecadores padres de familia... y, en resumen,
su facultad general para abdicar
de todo lo que está en sí misma. Mi tía tenía para sí
que le gustaba que una mujer fuera femenina,
y decía que las mujeres inglesas -le daba gracias a Dios y suspiraba
(hay gente que siempre suspira cuando da gracias a Dios)-
eran modelos universales. Y finalmente,
aprendí punto de cruz, porque a mi tía no le gustaba
verme pasar las noches con las manos vacías
y sin hacer nada. Así, mis pastoras
más o menos (benditos sean los santos pastores)
sufrían mal de amores y tenían los ojos rosas
que combinaban con sus zapatos, cuando me equivocaba de hilo;
sus cabezas intactas bajo el peso redondo de un sombrero,
extrañamente parecido a la concha de tortuga
que mató al poeta trágico.[11]

Por cierto,

las obras de las mujeres son simbólicas.
Nosotras cosemos, cosemos y cosemos, nos pinchamos los dedos, nos dejamos la vista,
haciendo ¿qué? Un par de zapatillas, señor,
para que se las ponga cuando usted esté cansado, o un escabel
para que el señor tropiece y se enfade: «¡Maldito escabel!»,
o tal vez algo mejor, como un cojín, donde una se puede reclinar
y dormir, y soñar con lo que no somos
pero querríamos ser. ¡Qué pena, qué pena...!
Esto es lo que más duele, eso: que, después de todo, nos pagan

por lo que vale nuestro trabajo, tal vez.

Al mirar atrás,

a aquellos años de educación, también
me pregunto si Brinvilliers[12] sufrió más
con el tormento del agua -inmersión tras inmersión,
para anegar la garganta incapaz de tragar y reventar las venas-
que yo. Algunos espíritus más débiles
se hunden en procesos semejantes; muchos se consumen
en ese ambiente enfermizo y nauseabundo; pero yo aguanté:
mantuve relaciones con lo Desconocido, y tomé
los nutrientes imprescindibles y el calor
de la naturaleza, igual que la tierra siente el sol durante las noches,
o como el bebé mama con toda seguridad en la oscuridad.
Conservé la vida, me obligué a vivir, en el exterior
de la vida interior, y dejé todo ese espacio
del corazón y los pulmones para el deseo y la inteligencia,
donde las convenciones nada pueden. ¡Dios!
¡Te doy gracias por el don que me diste!

Al principio

no entendía la vida si no era como una forma de paciencia: hacía
todo lo que mi tía me decía, sin pensar
nada más; me sentaba en la silla que me ponían,
con la espalda contra la ventana, para evitar
la visión del gran tilo del jardín verde
-que parecía haber venido a propósito desde los bosques
para traer un mensaje a la gente de la casa- y caminaba
recatadamente en sus estancias alfombradas,
como si no debiera, al oír mis propios pasos,
dudar que estaba viva. Leí sus libros,
y me educaron con mi primo, Romney Leigh,
escuchaba al vicario, servía el té a las visitas,
y les oí cuchichear, cuando retiré una taza
(me ruboricé de alegría al oírlo): «La niña italiana,
a pesar de esos ojos azules y esos modales tan tranquilos,
acabará enfermando en Inglaterra: está aún más pálida
que cuando estuvimos aquí la última vez. Acabará muriéndose».

«Acabará muriéndose.» Mi primo, Romney Leigh, también ruborizado,
con repentina furia, y acercándose a mí
me dijo bajito y entre dientes: «¡Qué malvada...!
¿Quieres morirte y dejar este mundo en penumbra

para los demás, apagando esa pícara luz?».
Yo lo miré a la cara con aire desafiante.
Él debería haber sabido que, siendo yo quien era,
era natural que me quisiera marchar
tan lejos como pueden ir los muertos; y por otra parte
hay gente que no causa ningún problema al morir.
Él se dio media vuelta y se marchó sin más, dando un portazo
y golpeando a su perro.

Romney, Romney Leigh.

No he nombrado a mi primo hasta este momento
y sin embargo solía considerarlo una especie de amigo;
era unos pocos años mayor que yo, pero frío y tímido,
y meditabundo... y cariñoso, si lo pensaba,
lo cual ocurría pocas veces, y serio antes de tiempo,
como correspondía a un prematuro señor de Leigh Hall;
aquella pesadilla ocupó toda su juventud,
reprimiendo todos los encantos de esa edad
y asqueado con un irreprimible sentimiento
de la existencia de una espantosa necesidad universal y odiando
todo lo que representara posesión. Cuando llegó
de la universidad al campo, a menudo
cruzaba la colina para visitar a mi tía,
con regalos de uvas azules de los invernaderos,
con un libro en una mano -meras estadísticas, como
tuve ocasión de comprobar al abrir la tapa-, con las cuentas
de todas las cabras cuyas barbas estaban condenadas al infierno,
en contra de lo que le corresponde a Dios en el Juicio Final.
Y ella... ella casi lo quería, e incluso le permitía
que a veces pudiera parecer que suspiraba al verme;
aquello le permitía parecer más desdichado
y suspirar era su don. Así, sin mayores contratiempos,
mi tía a veces le permitió que callara mi música
y dejara mis agujas en el cesto, y me sacara afuera
para ver cómo, en aquel escondido recodo de la casa,
maduraban los higos, negros como una piedra de la Toscana,
o con algún pretexto parecido. Mi tía volvía la cabeza
otras veces, para alcanzar alguna cosilla
y dejarme respirar lo suficiente para hablar con él,
y lo hacía por él; era evidente.
A veces, también,
parecía como si él me estuviera salvando la vida:

se presentaba y parecía que era así.

En cierta ocasión estaba tan cerca

que por sorpresa puso la mano en mi cabeza,
inclinada sobre la labor, suavemente como la lluvia...
pero yo la levanté y me la quité de encima como si fuera fuego
aquel tacto extraño que tocó el lugar que era de mi padre,
por mucho que pareciera suave.

Lo traté como amigo

antes de considerarlo amigo.
Eso fue lo mejor, eso fue lo peor; y más adelante
nos hicimos muy cercanos y vimos nuestras diferencias
demasiado íntimamente. Romney Leigh siempre
estaba buscando los gusanos; yo, los dioses.
Porque él tenía un algo divino: los dioses miran hacia abajo
sin mucho interés; y desde luego
eso me hacía recordar que, en aquel tiempo,
yo era un gusano también, y él me miraba.

Un poco gracias a él tal vez, aunque más
por algo que ya habitaba en mí -seguro que no era mi voluntad,
no acabé muriendo. Pero lentamente, como alguien desvanecido
en quien la vida regresa y se aparta lentamente de la muerte,
con un sentimiento de separación, un dolor ciego
de vacío, y un zumbido en los oídos
de visionarios carros que se alejan
mientras el mundo se torna más claro... lentamente, poco a poco...
desperté, me levanté... ¿Dónde estaba yo? ¡En el mundo!
Y por alguna razón, por tanto, que debo considerar importante.

Yo tenía una pequeña habitación en la casa,
tan verde como cualquier arbusto privado un pájaro
pudiera haber decidido construir, aunque el nido en sí
no pudiera mostrar sino palitos de ramas muertas y abrojos; las paredes
eran verdes, la alfombra puro verde, la sencilla
camita tenía cortinajes verdes, y las cortinas
colgaban verdes frente a la ventana, que dejaba
en el mundo exterior todo lo realmente verde.
Una no podía asomar la cabeza y evitar
mojarse la cara con el rocío de la madreSelva,
pero así se bautizaba una con la bendición
y el privilegio de ver...

Primero, el tilo,

(tuve suficiente tilo allí, ya lo creo:
mis sueños matutinos a menudo se difuminaban
con el zumbido de las abejas en el árbol), y más allá del tilo, el césped,
que, tras extenderse ampliamente alrededor de la casa,
seguía descendiendo hasta los setos, como un río
de hierba amable, y seguía y se perdía
entre las acacias, por encima de las cuales se podía ver
una hilera irregular de olmos junto al camino
que refrenaba los campos y contenía la vida
de los arbustos y el laurel. Más allá de lo que alcanzaba la vista
estaba el camino, hundido y tan profundo que ni el vagabundo
ni el caballero de los ponis de Gales
podían saber si era el palacio de una dama o la casa del arrendatario
los que desprendían tales aromas... Aunque por su bastón bien tallado
se pudiera seguir el rastro de brezo florido
más allá del muro. Más allá de los olmos,
y a través de las últimas ramas, se veían los pliegues de las colinas,
cuadrículadas con setos (con fornidos robles,
elevándose en el horizonte para presumir).
Por allí se divisaban las chimeneas de mi primo Romney, que humeaban
tan calladas como cuando una boca muda en las heladas
respira, mostrando así donde los bosques escondían Leigh Hall;
mientras, aún más allá, sobresalía una meseta,
un promontorio seco, alargado,
que no podía verse los días de niebla
o si lo ocultaba una nube; sin embargo,
el vigoroso sol lo bañaba al atardecer
y lo utilizaba como un yunque hasta que conseguía llenar
los espacios del cielo con rayos ardientes
y demostraba que no necesitaba irse a dormir tan pronto: entonces
cuando todo su mal humor del atardecer se había disipado
hasta convertirse en una inerte gloria, uno podía ver
como una aparición en el cielo dorado
(ay, los paisajes de mi Giotto) a los rebaños correr
por la delgada línea del horizonte, pequeños como ratones
que corren por el hilo colorado de las brujas.

No era un paisaje grandioso. No eran mis bosques de castaños
de Vallombrosa, asomándose sus ramas
a los precipicios. No eran mis impulsivos saltos

de agua que gritan de alegría o temor
al lanzarse entre los temblorosos pinos
como un alma blanca arrojada a la eternidad,
con estremecimientos de tiempo sobre ella. Tampoco, por supuesto,
eran mis innumerables montañas, sentadas
en círculo mágico, con su mutua vinculación
eléctrica, jadeando desde sus recónditos corazones
y bajo los benéficos cielos, y esperando
la comunión y las órdenes. Italia
es una cosa, e Inglaterra, otra.

En suelo inglés

se comprende literalmente... la Caída,
y cómo Adán vivía en un jardín. Todos los campos
están atados y cosidos por setos, como ramitos,
las colinas son solo llanuras arrugadas, y las llanuras, parterres,
los árboles, redonditos, débiles, siempre dispuestos a ser recortados;
y si uno busca un poco de naturaleza salvaje,
encontrará, como mucho, un parque. Una naturaleza domesticada
que ha crecido doméstica como una gallina de corral,
que no asombra a nadie con sus uñas y su pico,
ni seduce a nadie con su aire aguileño,
sino que, con su cacareo, te invita a pensar
en los huevos de mañana al desayunar, en la pausa
de una meditación más importante.

Más bien, digamos,

es una naturaleza agradable y familiar, que se arrima
como un perro, o como un niño, para buscar tu mano
o para tirar de tu vestido, y humildemente te recuerdan
su presencia y cariño, excelente
para usos cotidianos, frente a todo lo exterior.

No quiero ser desagradecida: yo que fui
así requerida y ayudada. En la alcoba
de la que hablé, antes de que la casa estuviera bien despierta
y después de que también estuviera bien dormida,
allí me quedaba sola, y disfrutaba de las bendiciones
de toda aquella naturaleza. Poquito a poco,
con un temblor entre las hojas, un susurro, un rayo
entraba dulcemente, mientras los ángeles
le hacían un lugar a mi lado. Entraba la luna
y barría mi alcoba de ideas estúpidas.

Venía el sol, diciendo: «¿Voy a dejar esta luz
en el tilo y tú no vas a mirar?
Haré que los pájaros canten: ¡escucha...! En cuanto a ti,
Dios nunca escucha tu voz, excepto cuando
te tumbas en la cama por la noche y lloras».

Entonces, algo me conmovió. Entonces, me desperté
más lentamente de lo que estoy escribiendo ahora,
pero totalmente, y por fin, me desperté, abrí del todo
la ventana y mi alma, y dejé que el aire
y el paisaje de fuera me iluminaran con la verdad
y me regeneraran. Oh, vida,
cuántas veces la desperdiciamos y pensamos: «Ya basta,
ya basta de tanta vida! ¡Aquí tengo una razón
para acabar; aquí tengo que romper con la vida,
o seré una persona indigna; me he equivocado,
estoy acabado, nunca podré aspirar a nada: ¡adiós, vida!».
Y así, como niños caprichosos, nos tapamos los ojos
y pensamos que todo acabó. Entonces la vida nos llama
con una voz nueva, transformada, apócrifa,
por encima, o por debajo, o a nuestro alrededor...
Tal vez lo llamamos la voz de la Naturaleza, o del Amor.
para engañarnos, porque estamos más avergonzados
de nuestra fortuna que de nuestras penas:
¡en fin, es la voz de la Vida! ¡Y, en fin, hacemos las paces con la Vida!

Y yo, tan joven entonces, no era una joven sombría. Pronto
empecé a levantarme temprano, solo para sentarme
y mirar cómo la mañana se desperezaba en las sombras
y oír al silencio abrirse como una flor,
pétalo tras pétalo, y tocar con mano lánguida
la madre selva por la ventana, hasta que al final
acabé haciéndolo con una especie de amor,
como una tonta incosciente, mientras sonreía...
una sonrisa melancólica, al descubrirme
sonriendo de alegría.

La capacidad para sentir la alegría

admite la tentación. Me pareció, luego, que valía la pena
mitigar un poco el filo de la espada contra mi vida;
bajar las escaleras mientras toda la casa dormía,
tan callada como un sueño, y escapar

como el alma escapa de un cuerpo, y salir fuera...
deslizarme entre los arbustos, llegar hasta el camino,
y vagar por las colinas durante una hora o dos
y luego regresar a casa antes de que se desperezara.

O tal vez sería mejor quedarme en mi habitación verde
y vivir mi vida, y pensar en mis pensamientos, y orar
mis oraciones sin un vicario cerca; leer mis libros,
sin considerar si eran adecuados
y si eran buenos para mí. Una pausa, aquí. Nada sacamos
al ser poco generosos, ni siquiera con un libro,
y calcular el provecho que sacamos, o cuánto nos ayuda
la lectura. Lo mejor es cuando
nos olvidamos maravillosamente de nosotros mismos y nos lanzamos,
con toda el alma y de cabeza, a las profundidades de un libro,
apasionados por su belleza y la sal de su verdad:
es entonces cuando obtenemos lo mejor de un libro.

Leí mucho. Lo que mi padre me enseñó antes
de poder leer cualquier libro, el amor por él lo revivía
en las mismas páginas: Teofrasto
me resultaba más querido con el recuerdo de su mirada,
y Eliano me hacía llorar.[13] Los secretos del griego
y del latín, él me los enseñó, igual que me habría
enseñado a luchar o a jugar a la pelota
si él hubiera sabido: y lo hizo como un náufrago
que amontona en su único plato el queso de cabra
y las bayas rojas; o como el hombre
que solo ha amado una vez, y lo da todo de una vez,
porque lo tiene, más que porque piense
que tiene algún valor. Así me lo dio mi padre;
y así, como hicieron las mujeres antiguamente
con el joven Aquiles, cuando le pusieron el velo
delante de la cara al joven audaz, y ocultaron
con sus risas melodiosas los brocados de plata,
él envolvió a su hija[14] en el enorme
doble de su túnica, sin importar si le convenía o no.

Pero después de leer para recordar,
leí para tener esperanza. El camino que los pies de mi padre
habían alisado, y que de repente se había quebrado

(en el momento en el que había abandonado la carga de la carne y había muerto), sola lo tenía que andar, y dispuse mi corazón infantil contra los espinos del sotobosque para alcanzar el refugio fresco de los árboles.
¡Ay, niña del bosque, sin un hermano!
Mi propia compasión, como el petirrojo,[15]
vuela al pasado para cubrirlo con hojas.

Sublime peligro, por el que nadie llora,
cuando un espíritu joven y errabundo camina solo, inconsciente ante el sendero peligroso, con el sol del día cegando su clara mirada, confiando solo en sí mismo, él, un extranjero, ¡cruzando el país de los libros! ¡Eh, tú! Te parece agradable, y aplaudes. «Un día agradable», le saludas, como si lo peor que pudiera ocurrir fuera descansar demasiado rato junto a una fuente. Sin embargo, ¡cuidado! ¡Cuidado! ¡El mundo de los libros es también un mundo y la perversidad en ese mundo es menos piadosa y más feroz! Porque los malvados, allí, tienen alas como los ángeles. Los cuchillos que hieren están afilados con el fuego elemental para agredir a una vida espiritual. Lo hermoso parece justo por la fuerza de la belleza, y lo débil parece erróneo por culpa de su debilidad. El poder se justifica, aunque sea armado y vaya contra san Miguel. Hay coronas que cubren frentes calvas. En el mundo de los libros, cierto, no faltan ni santos de Dios ni de reyes que aparten las cenizas de la tumba de sus soberanos rizos, y malhumorados aboguen por la verdad frente a la máscara mutable del Tiempo. Cierto, hay muchos profetas que enseñan en los caminos. Cierto, muchos visionarios arrojan truenos y centellas de los cielos sobre sus propias cabezas en abrumador martirio con el fin de iluminar un instante de la Humanidad. Pero ¡un momento! ¿Quién juzga? ¿Quién distingue entre Saúl y Najás con justicia, a primera vista, y abandona al rey Saúl imparcialmente al pecado para servir al rey David?[16] ¿Quién distingue a la primera el sonido de las trompetas, cuando las trompetas suenan por Alarico igual que por Carlomagno?[17]

¿Quién juzga a los profetas, y puede distinguir a los verdaderos videntes de los prestidigitadores? ¿Será la niña que lee, tal vez? ¿Dejaríamos a esa niña vagar por los campos de batalla y que sonriera inocentemente delante de los cañones? ¿O la dejaríamos en las catacumbas... con su antorcha casi apagada en el aire agitado, y toda esa oscuridad llena de susurros rodeándola? ¡A una niña no!

Leí libros malos y buenos: algunos eran malos y buenos a la vez: las buenas intenciones no siempre acaban en buenos libros: los arados bien templados a veces encuentran malos suelos cuando quieren plantar viñedos: hay libros que demuestran la existencia de Dios de una manera tan definitiva que la duda crece con la misma fuerza en el renglón siguiente, y hacen ateos por sugerencia; hay libros morales que anhelan la depravación; hay libros agradables que rebajan la dignidad humana; y libros alegres que te hacen llorar cuando sale el sol... sí, y hay libros melancólicos que te hacen reír de que uno pueda llorar en esta vida absurda por una desgracia más. El mundo de los libros es también un mundo, digo, y ambos mundos, gracias a Dios, cuentan con la providencia de Dios para proteger y reconfortar: con alguna lucha, desde luego, entre las olas, algunas brazadas desesperadas en las profundidades... Yo me quedé sin aire en el alma a veces y grité «¡Dios, sálvame, si es que hay un Dios!», pero incluso así, Dios me salvó, y aunque me veía arrojada de error en error, aun así cada brazada que daba me acercaba más y más a la verdad esencial. Eso pensaba. Toda esa angustia en el corazón por las opiniones del hombre, las tribulaciones y amarguras, ahora bien y luego mal, ahora hundido y luego floreciente, en el mejor de los casos, tal vez, pero al final nos devuelve una noble confianza y el uso de tu propio instinto: simplemente demuestra que la pura razón es más fuerte que la deducción simplona en su mejor momento. Inténtalo: apoya contra los muros del cielo las escaleras de la lógica... ¡y sube paso a paso! La vista va más deprisa; y ese rayo que sale de ti -cómo, no puedes decirlo

y por qué, no lo sabes (¿olvidaste
eso cuando, en efecto, lo debiste analizar?)-
va directo y rápido como la luz, y tan alto como Dios.

Los cisnes jóvenes encuentran el agua, pero el hombre
ha nacido en la ignorancia de su mundo,
y se siente ciego al principio, desconcertado
por el pecado que lleva en la sangre, con su visión espiritual enturbiada
y confundido por sus propias sensaciones. Al final
sentimos que nuestro espíritu empieza a moverse a veces;
entonces, detente, sé reverente, sé obediente,
pues esos torpes movimientos de la vida imperfecta
son oráculos de la Divinidad vital
que atestiguan el Más Allá. Hay quien dice
«El alma es un papel en blanco»; más bien,
deberían llamarlo palimpsesto, un ológrafo de un profeta
escrito, borrado y emborronado por un monje:
¡como el Apocalipsis de Longus!^[18] Meditando
sobre ese texto obscuro, podremos tal vez distinguir
algún rastro delicado y bueno de lo que tuvo escrito antaño,
algún trazo de un alfa o un omega^[19]
que recuerde la antigua escritura.

¡Libros, libros, libros!

Descubrí una buhardilla secreta
donde estaban apiladas muchas cajas con el nombre de mi padre;
montones de cajas, hileras de cajas, donde, entrando y saliendo de puntillas
entre los fósiles gigantes de mi pasado,
como un ratoncillo ligero entre las costillas
de un mastodonte, fui mordisqueando aquí y allá,
en esta o aquella caja, saltando los vacíos,
febril de terror, precipitadamente, victoriosa y alegre,
cogiendo el primer libro que encontraba. ¡Y cómo sentía sus latidos
bajo mi almohada, en la oscuridad de la madrugada,
una hora antes de que el sol me permitiera leer!
¡Mis libros!

Al final, cuando llegó el momento adecuado,
encontré a los poetas.

Como la tierra

estalla furiosa, cuando los fuegos internos
han alcanzado y aguijonean su corazón, y, derribando
mercados y templos, los arcos triunfales

y las torres vigías, se desata
en la libertad de sus elementos, así mi alma,
al primer roce divino de la mano de la poesía,
se apartó de las convenciones y se sobresaltó
convencida de las grandes eternidades
ante dos mundos.

¿Qué es esto, Aurora Leigh?

¿Escribes así de los poetas y no te ríes?
¡Esos mentirosos virtuosos, soñadores nocturnos,
embusteros del sol y de la luna,
adivinos de la taza de té!

Sí, escribo así

de los únicos con que cuenta Dios para decirnos la verdad,
los únicos que nos dicen la verdad esencial,
frente a las verdades relativas, comparativas
y temporales; los únicos que mantienen
las antorchas de luz a través de las grises tinieblas convencionales;
los únicos maestros que enseñan a la Humanidad,
desde las sombras de los nichos y las tumbas,
a alcanzar la verdadera estatura del hombre,
erguido, sublime, la medida del hombre
que es la estatura de los ángeles, como dijo
el apóstol.^[20] Sí, y mientras vuestros hombres comunes
construyen pirámides, ferrocarriles, y reinan, cosechan y se alimentan,
y sacuden el polvo de las alfombras ostentosas del mundo
por donde caminan los reyes, o nuestros senadores,
el poeta repentinamente los arrebató
con su voz atronadora... «¡Esto es el alma,
esta es la vida, esta palabra se dice en el Paraíso,
aquí está Dios entre nosotros! ¿Qué estás haciendo tú?»
Y entonces todos esos hombres sobresaltados en mitad de su trabajo
miran a su alrededor, miran al cielo, y sienten, durante un instante,
que sacudir la alfombra, aunque es un oficio interesante,
no es una labor trascendental después de todo.
Y vosotros, los grandes poetas, ¿soy como vosotros
y por eso os amo... o bien os amo para ser como vosotros?
¿Este olor a tomillo en torno a mis pies
es todo cuanto me queda de esta visita a vuestra sagrada colina
en persona o solo es el testigo
del susurro de vuestros vestidos en mis sueños
con perfumes persistentes? Cuando mi alegría y mi dolor,

mi pensamiento y mi aspiración, como los silencios
de la flauta y el caramillo, sean absolutamente tontos
y nada melódicos, ¿tocaréis mi aliento
y me inspiraréis? Y luego, ¿si no me inspiráis,
no habrá sonido alguno? ¿O mi música solo será,
como la voz de un hombre o su respiración, que dice que es suya,
insuflada por quien insufló la Vida? ¡He aquí una duda
para meditar en invierno!

Pero el sol estaba alto

cuando por primera vez sentí esas pulsiones
por la armonía y las rimas; cuando la turbulencia rítmica
de la sangre y el cerebro se extendió sobre las palabras
como el viento sobre los alisos, blanqueándolos
al girar sus hojas escondidas hasta
que tiemblan al retorcerse. ¡Oh, delicia
y triunfo del poeta... que dice
el simple «sí» de un hombre, el vulgar «no» de una mujer,
la pequeña esperanza de este o aquel,
y dice la palabra de tal modo que te abrasa por dentro
con una revelación especial, agita el corazón
de todos los hombres y mujeres del orbe,
como si alguien viniera del otro mundo y nos hablara
con ojos brillantes y felices, un ser familiar
cuyas palabras fueran divinas! Mientras él,
el poeta, el orador, crece en la alegría;
el ángel que late en su carne
se conmueve por dentro con la amistad acordada
de aquellos innumerables espíritus que se iluminan
fuera del tiempo.

¡Oh, vida! ¡Oh, poesía!

¡Eso no significa más que vida en la vida! ¡Conocer la vida
más allá del latido de la sangre! ¡Pasión por la verdad
más allá de los sentidos! ¡Poesía, mi vida!
¡Mi águila... con esas dos garras aún calientes
del trueno de Zeus,^[21] que me arrebató
de entre todos los pastores, ovejas y perros,
y me llevó al Olimpo terrible, rodeada
de luminosos rostros, para ser copera,
para mantener húmedas las bocas de los dioses
con sonrisas eternas...! ¡Y yo,
medio ebria con sus miradas!

¡Cuán terribles esos dioses!

¡Ya está bien, Ganimedes!

No soportaremos más de una ronda o dos...
dejaremos caer la copa dorada a los pies de Hera
y caeremos de nuevo a la tierra... y nos encontraremos
boca abajo entre las piñas, helados con el rocío,
mientras los perros ladran y los pastores se burlan de nosotros:
«Vaya, ¿qué nos traen ahora estos jóvenes?». Estos altibajos
tienen los poetas.

Pero ¿soy yo uno de los vuestros? El nombre
es real, y firmar como una reina
es lo que no me atrevo a hacer... aunque alguna sangre real
pareciera teñir la mía de vez en cuando,
con el sentimiento del poder y dolor, con las fiebres
y las manías habituales de vuestra raza. Sin embargo,
no me atrevo: es muy fácil volverse loco
e imitar a un Borbón con una corona de paja;
esto es muy frecuente.

Muchos espíritus ardientes
han forjado rima tras rima, como podrían haber forjado hierro tras hierro
si hubiera sido hierro lo que hubieran tenido, en una fiebre incansable
por hacer cualquier cosa. Muchos espíritus juveniles
han hecho retahíla de sus penas en rimas,
como niños que hacen guirnaldas de flores: cuantas más penas tienen
más se marchita su obra. Jóvenes, ay, y damiselas
demasiado a menudo siembran sus excesos juveniles en versos anodinos
en vez de sentarse bajo su propia parra
y vivir haciendo algo útil. En fin, casi todos los pájaros
cantan al amanecer, y sin embargo no confundimos
a la laboriosa golondrina con la sagrada alondra.

En aquel entonces, de todos modos, nunca me paré a pensar en nada,
ni en mí misma. La reflexión siempre llega tarde.
Uno capta una visión de la Naturaleza, al principio,
con el sol en el rostro, y parpadea,
y se cierran los ojos ante tanta maravilla; uno olvida
las formas, en medio de tanta luz. Yo vivía, en aquellos tiempos,
y escribía porque vivía... sin más restricciones:
mi corazón latía en mi cerebro. La oleada violenta de la vida
rompe todas las fronteras: ¿qué prado era de mi vecino
y cuál el mío? ¿Qué me importaba eso? ¡Así es la juventud!

Jugamos a la pídola saltando sobre el dios Término;^[22]
el amor que tenemos dentro y el amor que existe fuera
se mezcla y se confunde; si nos aman o amamos,
apenas podemos distinguirlo. Y así, con todo lo demás.
Actuar por nosotros mismos o actuar por influencia de otro parecen lo mismo:
en ese primer impulso de las ruedas en el carro de la vida
no sabemos si los bosques se mueven o nos movemos nosotros.
Y así, como la mayoría de los jóvenes poetas, en un arrebatado
de vida personal, me derramé
en las venas de otros, y solo conseguí
meras imitaciones sin vida de versos vivos,
y quise dar respuestas vivas con naturaleza muerta
y profanada. «No lo toques, no lo comas,
no lo cojas», tenemos todo el derecho a escribir, somos jóvenes:
tocaremos la lira hasta que nos duelan los pulgares,
aunque no sepamos qué es el contrapunto;
invocaremos a la musa... ¡Oh, musa, benéfica musa!
Como si hubiéramos visto su cabeza trenzada en púrpura,^[23]
con la mirada en sus cabellos, empezamos entre las ramas
tan a menudo como un cervatillo. ¡Cuánta pretensión
y cuánta seriedad! ¡Qué resultados tan tristes
para tan heroicos esfuerzos! ¡Qué alambre tan feo y frío
sale de esos hornos candentes! ¡Bucólicos...? Las vacas
aterrojarían al escritor si cocearan en el barro
para espantar a las moscas. ¿Didácticos? Avanzan
contra los dictados de lo que sus maestros dijeron.
Y las épicas falsas, con trompetas estridentes
que un bebé podría soplar a dos carrillos,
redondos y rosados, para hacer reír a su madre;
y los dolores elegíacos, y las canciones de amor,
como ramilletes abandonados y recogidos al borde del camino,
lo peor para ser afectuoso: todas esas cosas, escribir
sobre las alegres mañanas, con corazón matutino,
los sobresaltos del amor, es fácil de intentar
pero débil de componer. A menudo, las formas antiguas
emocionarán, desde luego, al transportar sangre joven.
Los odres viejos, de vez en cuando tal vez, un poco ajados
se pueden romper cuando acojan las nuevas vendimias.
¡Reservad las botellas antiguas! ¡No estropeéis el vino nuevo!
Frente al alma de Keats, el hombre que nunca avanzó
poco a poco como cualquier otro hombre,

sino que incendió de forma sublime su corazón,
se concentró a sí mismo en veinte años perfectos
y murió, no joven (la vida de una vida intensa,
destilada en una simple gota, cayendo como una lágrima
sobre la fría mejilla del mundo para hacerla arder
para siempre), frente al alma excepcional de Keats,
me resulta extraño y difícil de entender
que casi todos los poetas jóvenes escriban viejo,
que Pope fuera sexagenario a los dieciséis
y que el imberbe Byron fuera academicista,
y así todos los demás. Puede ser, tal vez,
que no hayan permanecido lo suficiente y profundamente
en trance, para alcanzar la clarividencia... y así,
la memoria se mezcla con la visión, y la estropea
y la vuelve turbia.

O tal vez, quizá,

con el fin de descubrir la musa-esfinge,
el desierto de la melancolía debe rodearte,
por todas partes...

Respecto a mí, escribí

falsos poemas, como el resto, y los creí sinceros,
porque yo era sincera cuando los escribí.
Pudiera ser que haya escrito algunos verdaderos poemas desde entonces
con menos complacencia.

Pero no pude ocultar

mi agitada vida interior a aquellos que me vigilaban.
Ellos veían una luz en mi ventana de vez en cuando,
una luz que no habían dejado allí. ¿Quién la dejaba allí?
La hermana de mi padre se estremeció cuando descubrió
mi alma centelleando en mi mirada. No me podía negar
que tuviera algo parecido a un alma,
pero tajantemente objetó, y protestó,
que es peligroso llevar las almas a la vista
en medio de todo el salitre generalizado del mundo.

A veces me decía: «Aurora, ¿has hecho
tus tareas esta mañana? ¿Has leído ese libro?
¿Estás lista para venir a hacer punto...?».
Como si me quisiera decir: «Sé que hay algo que está mal;
sé que no te he molido lo suficiente,
para amasarte y cocinarte hasta que quedes bien horneada,

para que seas útil en la casa y en nuestras propiedades,
antes de que la lluvia encharque mi granero
y todo el trigo se eche a perder. ¿Qué? ¿Vas a echar brotes
con el descaro del grano al aire libre? ¿Vas a prosperar?». A lo cual yo respondía: «¿Querría tomarme la lección
y corregir el resumen del libro?
¿O debería sentarme ya a tejer?
Dígame: ¿qué le apetece?». Luego iba y venía
con la paciente aguja hasta que enhebraba el hilo,
que dormitaba en sinuosas labores
hora tras hora. Sin embargo, yo no estaba triste;
mi alma cantaba en labores bien distintas,
detrás del muro de los sentidos, tan segura y libre de todo daño
como canta la alondra cuando nadie la puede ver,
en torbellinos de gloria y cielos azules.

Y así, por el trabajo obligado y el trabajo espontáneo
la vida interior informaba la vida exterior,
los latidos irregulares de la sangre adquirieron ritmo,
se enfrió la frente con sueños revitalizantes
y, encerrando el alma esférica en aquel
cuerpo mustio, daba un poco de color a las mejillas
aunque solo débilmente. Fruncí las cejas
sobre mis grandes ojos azules en el espejo
y dije: «¡Viviremos, Aurora! ¡Seremos fuertes!
Los perros nos acechan... ¡pero no moriremos!».

El que vive una vida auténtica amará con auténtico amor.
Yo aprendí a amar esa Inglaterra. Muy a menudo,
antes de que despuntara el día, o bien
en los secretos recovecos de las tardes,
conseguía despistar a los sabuesos y me lanzaba
a las escarpaduras de las colinas, como un ciervo acosado
acude a los arroyos, temblando con todo el miedo
y la pasión de la carrera. Y cuando, al fin,
escapaba, una verde ladera formaba un foso
entre la casa de mi enemigo y yo,
y me atrevía a descansar, o a vagabundear -porque el descanso
es más dulce cuando es sobre la hierba-
y me quedaba observando hasta el más mínimo movimiento de la tierra
(como si el dedo de Dios estuviera rozando levemente

al modelar Inglaterra), cada movimiento
de la hierba, que no se movía apenas,
el murmullo de la tierra; aquellas pequeñas colinas en el cielo
puede remolonear cariñosamente y que los campos de trigo pueden escalar;
aquellos rincones de los valles, sembrados de orquídeas,
se llenaban con los susurros de invisibles arroyos;
y los prados abiertos, donde una apenas podría distinguir
las margaritas amarillas de las gotas de rocío, a cada poco
los míticos robles y los olmos se erguían
firmes sobre los prodigios de sus propias sombras.
Pensé que la tierra de mi padre también era digna
de ser la de mi Shakespeare.

Muchas veces, sola,

sin permiso; no pocas veces con permiso,
era la tercera, con Romney y su amigo,
el joven pintor Vincent Carrington,
a quien la gente juzga severamente, por su sombrero estrafalario,
porque sostiene que, si uno pinta un cuerpo bien,
tiene que pintar necesariamente el alma, como
el gran y primer Maestro. ¡Qué paseos tan agradables! A veces
decía «Cuando yo estuve en Italia...»,
y aquello sonaba como un instrumento que se tocara
desafinadísimo y, sin embargo, aun fuera
agradable de oír.

A menudo paseábamos solo dos,

si al primo Romney le apetecía pasear conmigo.
Leíamos, o hablábamos, o discutíamos, lo que fuera:
no éramos amantes, ni siquiera amigos que congeniaran bien.
Digamos, más bien, que éramos estudiantes por diferentes caminos
y pensadores en desacuerdo; él, interesado
en lo que es; y yo, tal vez, pensando atrevida
en lo que podría ser.

Pero entonces cantaban los zorzales

y agitaban mi corazón y las hojas nuevas de los olmos:
yo me volvía y levantaba el dedo,
y con un gesto le recordaba que, por muy mal que el mundo
fuera, como él decía, con toda seguridad
los zorzales seguirían cantando. Entonces su mal humor
se disipaba un poco, y me disculpaba,
con melancólica paciencia, no desagradable,
mientras estallando en volátiles éxtasis,

yo elogiaba los beatíficos alrededores campestres
como suelen hacer los poetas: los cielos, las nubes, los campos,
las alegres violetas que se alejan de los caminos,
las primaveras que se arraciman, cargadas de oro,
en los enmarañados setos, donde las vacas ramonean
con sus cuernos impacientes y sus amables bocas rumiantes
entre las ramas colgantes de los fresnos... Los setos rebosaban de vida
con pájaros e insectos y con mariposas blancas tan grandes
que parecía que el Mayflower hubiera cobrado vida
y se elevara palpitando con el viento...
Colinas, valles, bosques, enredados en la niebla de plata,
granjas, graneros, encorvados en las colinas,
y el ganado pastando en los valles empapados,
y las chimeneas de las casas de campo humeando en los bosques
y los jardines de las casas de campo perfumándolo todo,
confundidos con el olor de los huertos. «Mira -dije-,
¡y ve! ¿No está Dios con nosotros en la tierra?
¿Y vamos a ignorarlo por cualquier cosa que hagamos?
¿Quién dice que no hay nada para los pobres y los miserables
salvo la pobreza y la desgracia? ¡Mira todo esto!»
Y con la hierba de Inglaterra hasta los tobillos saltaba
y aplaudía, y gritaba que todo era maravilloso.

Al principio, cuando Dios vio que su obra era buena,
incluso entonces, estaba el mal acechando, como está escrito.
Pero, en realidad, cuando decimos que todo es bueno y justo,
el mal nos acecha mientras estamos hablando:
«Mas líbranos del mal,[\[24\]](#) amén», rezamos.

LIBRO SEGUNDO

Los días se sucedían. Llegó una mañana
en la que me levanté a punto de cumplir los veinte años,
y miré hacia atrás y hacia delante, y me vi
mujer y artista -aunque muy principiante
pero confiando en ser mejor-. Tenía
toda la creación en mi pequeña taza de té
y sonreí con labios anhelantes antes de beber:
«Que tengamos todos salud, vosotros y yo, amigos míos
y gentes del mundo».

Estaba contenta aquel día;

junio estaba dentro de mí, con su multitud
de ruiseñores, todos cantando en la oscuridad,
y capullos de rosas enrojeciendo donde el cáliz se abre.
¡Me sentía tan joven, tan fuerte, tan segura de Dios!
¡Tan alegre, que ni siquiera habría deseado ser más sabia!
Y, con solo veinte años, me sentí inclinada a retroceder
hasta mi infancia como en un juego infantil
para verle la cara una vez más... ¡y adiós!
Con esa alegría fantástica salté de la cama
a primera hora de la mañana, y no perdí el tiempo
ni siquiera en atarme el sombrero con las cintas,
sino que, abriendo un camino verde por el césped
con mi vestido sobre el rocío, corrí
hacia las acacias y los arbustos
para hacer volar mi imaginación al aire libre
y celebrar mi cumpleaños hasta que mi tía se levantara
y arruinara los buenos sueños. Entretanto, yo canturreaba
como las abejas ahítas de miel zumban para sí mismas;
«Los mejores poetas se quedaron sin coronar
hasta que la muerte blanqueó sus frentes hasta el hueso;
y eso mismo podría pasarme a mí, a menos que me muestre

indigna de tanta adversidad...

Y, desde luego, no me gustaría equivocarme tanto.

¿Y qué pasa, por tanto, si yo me coronó hoy
por diversión, no por vanidad, para saber lo que se siente,
antes de que mi frente se nuble como la de Dante
y pueda sentir la dulce presión de las hojas del laurel?
¡Las hojas del laurel! ¿Qué hojas?». [25]

Cogí unas cuantas ramas

para poder elegir. «¡Nada de laurel! No quiero laurel;
los hados no nos serán propicios si somos demasiado atrevidos;
tampoco mirto, que significa principalmente amor; y el amor
es algo espantoso que uno no se atreve a tocar
a tan temprana hora de la mañana. Esta verbena exagera
la pasión con su fragancia; y tampoco
la rosa de Gueldres, que con el soplo más ligero
del viento perderá todos sus pétalos.
Ah, ¡esto es lo que voy a escoger!, ¡esa hiedra del muro,
esa cascada de hiedra! ¡Ninguna de sus hojas crece
sin pensar en ser una guirnalda! Hojas grandes, suaves,
aserradas como mis viñas de Italia, y dos tonos verdes.
¡Cómo me gusta la hiedra! ¡Atrevida para saltar las tapias,
fuerte para escalar! ¡Buena para crecer sobre las tumbas
y enredarse en un tirso; [26] y hermosa también
(y eso no es malo) cuando rodea la cabeza de los poetas.»

Así, hablando conmigo misma, medio cantándolo,
porque algunos pensamientos se visten como campanillas
que suenan cuando se tocan, me hice una corona
de hiedra empapada, deslumbrándome con el rocío, y me la puse en la frente,
y al ajustarla así por detrás... me di la vuelta
¡y tenía público! Mi primo Romney, con un gesto en sus labios
dos veces más serio que sus ojos.

Me quedé allí clavada,

con las manos en alto, como una cariátide, aislada
de algún templo desaparecido, inevitablemente
detenida en un gesto que revelaba
un propósito anterior. Sin embargo, mi rubor era una llama,
como si mi rostro fuera de lino, y no de piedra.

«Aurora Leigh,

¡la más madrugadora de las auroras!»

Me tendió la mano

y yo la cogí, como los náufragos se aferran a una mano,
sin que les importe qué mano sea. La marea
me había sorprendido jugando, escribiendo
mi tonto nombre demasiado cerca de la orilla del mar,
y me había arrastrado con una oleada de locura. «¡Ah, eres tú,
primo mío...!»

La sonrisa huyó de su mirada

y descendió hasta sus labios, como un peso muerto,
aunque solo durante un instante. «¡Encontré este libro!
No trae el nombre del autor: son poemas, por lo que parece;
algunas notas en griego en los márgenes, griego de señorita,
sin los acentos.[27] ¿Si lo he leído? Ni una palabra.
Enseguida vi que la cosa era de brujería,
y que la lectura invoca a espíritus malignos.
Por eso se lo devuelvo a la bruja.»

«¡Mi libro!

Lo has encontrado...»

«En la hondonada, junto al arroyo,

donde esta el haya que se dobla... y de la que dijiste
que la ninfa que habita en ella tiene el corazón de una náyade
y languidece por el anhelo de aguas.»

«Gracias».

«Más bien ¡gracias a ti,

prima! Porque he visto que no eres demasiado
bruja, ni poeta, ni erudita ni todo lo demás,
para ser también mujer.»

Con una mirada

la risa volvió a aparecer en sus ojos de nuevo y tocó
la hiedra de mi cabeza, suavemente, como la brisa.
Yo respondí muy seria: «Los poetas obligatoriamente tienen que ser
hombres o mujeres: ¡qué le vamos a hacer!».
«Ah,
pero los hombres, y aún menos las mujeres, afortunadamente,
apenas necesitan ser poetas. Conserva esa corona vegetal
porque soñar con piedra y bronce
te dará dolor de cabeza, primita querida, y estropeará
los limpios vestidos blancos matutinos.»

«¿Eso crees?

¡Porque amo lo bello, debo
amar el placer sobre todo, y estar predispuesta
a la sencillez y la pureza! Bueno... tú conoces el mundo,

pero no sabes nada de tu prima, ¡no es mucho!
Pero métete esto en la cabeza: preferiría formar parte
de los mártires que se esfuerzan en vivir en la pureza
y en difundir su gloria, que estar callada aquí
y no mover los pies por temor a dar un paso
o por temor a manchar mi vestido con un poco de polvo.
Elijo caminar corriendo todos los riesgos. Y sí: si las cabezas
que tienen un pensamiento rítmico deben sufrir dolor,
por lo que me toca, elijo esos dolores de cabeza... y además, hoy
es mi cumpleaños.»
«Querida Aurora, más vale que elijas
curarte de eso. Tienes medicinas.»

«Ah, ya entiendo...

Esos dolores de cabeza son demasiado nobles para mi sexo.
Piensas que el dolor del corazón resultaría mucho más decente
porque eso es lo propio de una mujer, el dolor que le corresponde
y que es perfectamente tolerable a ojos de todo el mundo,
¡pero no lo es para la mujer!»

Y diciendo esto, me quité la corona de hiedra
y, balanceándola a mi lado mientras caminaba,
medio ofendida, medio divertida, mientras caminábamos,
lo miré de reojo para averiguar qué estaba pensando...
igual que un halcón se fija en la mano del halconero,
con la cabeza ladeada, y con mirada fija y audaz,
que quiere decir: «¡Ya verás! ¡Ya verás! Un día alzaré el vuelo
y no me lo podrás impedir». Él, mientras agitaba
la mano y me contestaba «Pues vuela si quieres», no decía nada,
salvo por ese gesto. Silenciosamente
avanzamos, hasta que, justo cuando alcanzamos a ver
las ventanas de la casa, de repente cogió
un extremo de la corona que yo llevaba colgando, y dijo
«¡Aurora!». Entonces me detuve, y detuve la respiración y todo.

«Aurora, seamos serios, y olvidemos
ese juego de la cabeza y el corazón. La vida, puedes estar segura, significa
corazón y cabeza: ambos activos, ambos completos,
y ambos son asuntos serios. Hombres y mujeres componen
el mundo, igual que la cabeza y el corazón componen la naturaleza humana.
Trabaje el hombre, trabaje la mujer, porque hay mucho trabajo que hacer
en este mundo atribulado, para cabeza y corazón,
¡y el pensamiento nunca puede hacer el trabajo del amor!

Pero hay que trabajar con un fin, quiero decir con una utilidad; no para esas fruslerías (¿o puedes llamarlas “fines”?, y aún menos “gloria de Dios”), mientras nos aferramos a los terciopelos de esos baldaquinos que se interponen entre nosotros y el sol. De ese libro tuyo no he leído ni una página; pero si lanzo una rosa al aire... ¡seguro que cae el cáliz antes, pues claro! La cuestión es que, siendo una mujer, joven, e ingenua, con ese par de grandes ojos serenos... escribes tan bien... y tan mal... sobre el mundo como cualquier otra mujer. Si escribes bien, ¿qué? Incluso si escribes un poco mejor... bueno, ¿qué? Esta época necesita lo mejor en el arte actual, o ningún arte en absoluto. Se acabó el tiempo de las creaciones facilonas, de dioses pececillos, de ninfas aquí y de tritones allá; los politeístas han huido delante de Dios, que reúne todo lo mejor. ¡Si no es lo mejor, no es Dios! Y lo mismo ocurre con el arte, digamos. Ofrece un arte divino, directo, indubitable, real como el dolor... o déjanos con el dolor, que nosotros lo haremos divino al soportarlo con nuestra esperanza y nuestra paciencia más prosaica. Tú, tú eres joven, como Eva cuando el despertar de la naturaleza se abrió ante su rostro; pero ese mismo mundo al que tú has llegado, mi queridísima primita, ya no celebra los cumpleaños y guarda las guirnaldas para colgarlas en las ruinas... y ya no sabe rimar el grito con el que aún rechaza a esos perros salvajes y hambrientos que lo acosan hasta la tumba vacía de Cristo. El mundo vive angustiado; el sudor del trabajo, como decía la antigua maldición, se ha agriado en estos seis mil años[28] y se ha convertido en el sudor de la tortura. ¿Quién tiene tiempo, una hora de tiempo, ¡piénsalo!, para sentarse en una ribera y escuchar el tintinear del címbalo en níveas manos? ¡Cuando caiga Egipto, óyeme, Miriam cantará![29] Hasta entonces, ¿dónde está Moisés?»

«¡Ah, exactamente eso!

¿Dónde está Moisés? ¿Tenemos que encontrar a Moisés? Lo buscarás en vano entre las espadañas, mientras yo toco en vano los címbalos. Sin embargo, admite que ese sonido metálico ha hecho algún bien real:

la colonización de colmenas.[30]
Y el empleo de la mano femenina,
si hemos de creer lo que se dice, no lo ha estropeado todo.»

«¡Eso es!

Juegas, como los niños, junto a un lecho de muerte,
y sin embargo te crees un profeta capaz
de enseñar a los vivos. Nada de todo eso
lo pueden entender las mujeres. ¡Ah, no sacáis conclusiones
de nada! ¡Ni siquiera del dolor! Vuestros corazones agitados,
tan comprensivos con el sufrimiento personal,
cercanos a cada cuchillada particular, entregan
toda una vida a cada herida, pero son incapaces
de profundizar, ampliar su visión de la vida
para comprender el infortunio del mundo. La raza humana,
a vuestro entender, es ese niño, o ese hombre
que visteis una mañana pasando frío
junto a una puerta. Reunís
todos esos casos y, si tenéis fuerzas, a veces
escribís sobre fábricas o sobre esclavos, como si
vuestro padre fuera un negro y vuestro hijo
un hilador en las fábricas textiles.[31] Todo es vuestro y sois
todo: o bien os hierve la sangre con algo o, por el contrario,
no significa nada para vosotras. Bueno, yo os considero impasibles
ante el sufrimiento humano. ¡Ahí está el mundo, medio ciego
con tanta luz intelectual, medio embrutecido
con tanta civilización, ha cogido la peste
por las sedas de Tarso,[32] sus gritos se oyen en oriente y occidente
junto con mil ferrocarriles, loco de dolor
y de pecados! Y bien: ¿hay una mujer, entre todas vosotras,
que tanto y tan fácilmente lloráis, que palidezca al ver
a un tigre enloquecido en una jaula? ¿Alguna de vosotras
deja de bailar, y deja de ensartar perlitas,
y languidece y se muere por la infinita cantidad
de la angustia humana? ¡Muéstrame una lágrima
como las de Cordelia[33] en ojos tan brillantes como los tuyos,
porque el mundo esté loco! ¡No puedes pretender
que creamos que lloraríais por semejante cosa, tú no!
Lloráis por lo que conocéis. Un niño pelirrojo
enfermo y febril, si lo tocaste una vez,
aunque solo fuera con un dedo,
te hará llorar; pero un millón de enfermos...

ah, seguro que llorarías antes por la regla de tres
o por la solución de las fracciones. Así pues, este mismo mundo
que no comprendéis en absoluto debe seguir
manteniéndose ajeno a vuestra influencia. ¡Las mujeres como tú,
simples mujeres, individualistas y apasionadas,
tenéis que ser madres fervorosas, esposas castas,
madonnas sublimes y sufrientes santas!
No podéis darnos a Cristo... y, desde luego,
no podéis darnos a un poeta, en mi opinión.»

«¿Y esa es tu conclusión?»

«Salvo esto:

que tú, Aurora, con tu frente despejada e inteligente
y tus largas pestañas, no puedes rebajarte
a jugar con el arte, como los niños juegan a las espadas,
para mostrar un espíritu hermoso, y admirado de todos
porque la verdadera acción es imposible.
Nunca te sentirás feliz con los elogios
que los hombres hagan a las mujeres cuando juzguen un libro
no como una simple obra, sino como la simple obra de una mujer,
expresando el preceptivo respeto
que no es más que un desprecio absoluto, “¡Oh, excelente!
¡Qué gracia! ¡Qué giros tan sencillitos! ¡Qué relato tan fluido!
¡Qué pensamiento tan delicado... casi son ideas!”.
El libro hace honor a su sexo, desde luego.
Entre nuestras autoras tenemos que hacerle un sitio
a esta hermosa escritora, y congratularnos
porque este país engendra, en estos tiempos,
a semejantes mujeres, tan competentes a la hora de... redactar.»

«¡Ya basta!

-contesté, enfurecida por aquella pantomima
y con una furibunda llama de emoción-: Estás leyendo
mi alma, aunque no mi libro, y explicas bien
que no debería condescender... no diremos
a semejante tipo de elogios (un ridículo objetivo
es el elogio de cualquier tipo), sino a un empleo
semejante del sagrado arte y de una vida digna. Soy joven
y por desgracia débil, o eso es lo que dices tú,
por el solo hecho de ser mujer. Y, respecto a todo lo demás,
te doy las gracias por tu sinceridad. Preferiría bailar
en la cuerda floja por las ferias, hasta que los críos

soltaran sus golosinas por culpa de la risa, que escribir
versos tolerables que son intolerables
para los hombres que viven y sufren. Mucho mejor
emprender una empresa frívola por medios serios
que emprender un arte sublime con procedimientos frívolos.»

«¡Tú

elige una tarea más noble que cualquiera para tus ojos con lágrimas,
tus labios compasivos y tu corazón rebosante! Somos jóvenes,
Aurora, tú y yo. El mundo... mira a tu alrededor...
el mundo, hemos llegado tarde, está atestado
de generaciones muertas y sus pecados:
el arado civilizador chirría espantosamente
sobre los huesos de los hombres muertos y no puede remover una tierra
que no es más que suelo fétido. Todos los éxitos
revelan fracasos parciales; todo progreso implica
que algo quedó detrás; todos los triunfos, que algo quedó aplastado
bajo las ruedas de los carruajes; todo gobierno algo hace mal.
Los ricos hacen a los pobres, y los pobres maldicen a los ricos,
y agonizan juntos, ricos y pobres,
los de arriba y los de abajo, en el espasmo social
y crisis de los siglos. ¡He aquí nuestro siglo,
que tiene su propia vocación! ¡He aquí que hemos
sobrepasado los límites del tiempo! Ya no hay nada que ver,
salvo al hombre rico y a Lázaro,^[34]
ambos torturados, con un abismo entre ellos,
y ni rastro de las bendiciones de Abraham. ¿Quién,
siendo hombre y humano, puede soportar con entereza
y ver todas estas cosas, y no rasgar jamás su alma
en busca de alguna solución? ¿No hay un médico para este dolor
ni en la tierra ni en el cielo?»

«Tú crees

en Dios por lo que te toca? ¿No? ¿Crees que es Él
quien hace el bien a partir del mal y saca lo mejor de lo peor,
como los hombres que plantan tulípanes en muladares cuando
quieren que sean los más excelsos?»

«Cierto. La vida es

lo mismo que la muerte, desde luego;
y en la Naturaleza no existe la muerte en absoluto,
tal y como el hombre entiende la muerte, porque Dios
permanece como vigilante eterno de la vida
solo por ser Dios. Esa es una verdad abstracta, lo sé,

filosofía, o solidaridad con Dios:
pero yo, yo me solidarizo con el hombre, no con Dios,
y creo que soy hombre principalmente por eso;
y cuando estoy junto a un lecho de muerte
esa muerte es mi propia muerte. Mira... no les fue
de mucho consuelo a los mastodontes saber,
antes de convertirse en fósiles, que más adelante
su lugar lo ocuparían rápidamente los elefantes;
ellos no eran elefantes, sino mastodontes:
y yo soy un hombre, y como los hombres de hoy, y no
como los hombres que serán en el futuro, comparto con ellos
el agónico presente.»

«¿Ah, sí, primo mío?

-le dije-. ¿Es el mundo tan malo
y no oigo que se quejen los árboles?
El mundo siempre fue malo... pero ¿tan malo?»

«Tan malo, Aurora. Querida, mi alma está gris
de tanto ver esta enorme cantidad de males;
tanto vicio, tanto disgusto,
tantas necesidad de alimento,
tanta conspiración del miedo...
Todo eso aparece descrito en cifras en los libros,
claro, mudo, evidente... igual que si Dios viera
el sentido de todas las tumbas de la tierra... eso es terrible
para uno que no es Dios y no puede enderezar
todo lo malo que ve. ¿Puedo yo, en fin,
sacrificar mis años, mis medios, mis fines
por los necesitados? -si es que hay alguna manera de ayudar
en semejante desgracia-. La sangre humana
que corre por mis venas es lo suficientemente fuerte
como para empujarme a cumplir con este deber.»

Entonces, yo dije:

«No llevo mucho tiempo en el camino de la vida,
y apenas he tenido tiempo para que todas esas aguas salobres
hayan llegado hasta mí y me hayan mojado los pies.
No puedo juzgar esas mareas... quizá pueda algún día.
Una mujer siempre es más joven que un hombre
aunque tenga los mismos años, porque a ella no se le permite
madurar en el exterior, con el sol y al aire libre,
y se la mantiene en la cuna mucho tiempo después de que sepa andar.

¡Ah, bien, ya sé que los hombres lo veis de otra manera!
Pensais que una mujer madura como un melocotón...
en las mejillas, principalmente. Pero permíteme que diga
que aunque soy joven en edad, y más joven aún, pienso
como una mujer. Pero hasta un niño puede decir “amén”
al sermón del obispo y ver que las cosas son distintas;
y yo, incapaz de desenredar el nudo
de las cuestiones sociales, puedo aprobar, aplaudir,
la compasión honrosa, y los pensamientos cristianos que se esconden
tras la espuma vulgar de los intereses personales.
Acepta mi admiración».

Entonces se volvió hacia mí

y su mirada y su rostro resplandecían. «¿Eso es todo?
-me dijo-. ¿Solo esto y nada más?»

«¿Qué más puedo decir? -pregunté-.

«Te burlarías de lo que dijera... porque hasta la misma Naturaleza, como dices,
me desprecia por poner su música en mi boca,
solo porque soy una mujer. ¿Te sorprendes ahora
y preguntas por lo que una mujer no puede responder?»

«Por lo que solo una mujer puede responder, me sorprende y pregunto»,
contestó, cogiéndome las manos entre las suyas,
y derramando sobre mí, desde su frente emocionada,
todo el peso de su alma... «Pregunto por el amor,
y eso sí lo puede responder una mujer; por la vida en compañía
a través de las amargas obligaciones, eso, sé que lo puede responder;
pregunto por el matrimonio. ¿No puedes responder a eso?»

«¿Qué? -dije-, ¡que Dios

sea testigo entre nosotros dos!», y diciendo esto,
me pareció que flotaba en una repentina luz
por encima de él... «¿Se me ha demostrado que soy demasiado débil
para vivir sola, y sin embargo lo suficientemente fuerte para soportar
semejantes obligaciones sobre mis hombros? Débil para pensar,
y sin embargo lo suficientemente lista para entender los pensamientos de otro.
Incapaz de cantar, como cantan hasta los mirlos,
y sin embargo competente para amar, como Él».

Me callé.

Tal vez me ensombrecí, como el faro
que se gira frente al mar. «¡Siempre es igual!
¡Cualquier cosa sirve como esposa!»

«Aurora, querida,

querida y admirada -dijo acercándose a mí
con voz ardiente-. Me has entendido mal.
No hay ninguna contradicción en lo que pienso de ti,
que es pura adoración, con lo que pienso
de otros asuntos que estimo menos. Si tu sexo es débil para el arte
(y yo, que lo digo, te honro
al ser sincero en el cortejo), es fuerte
en la vida y en el deber. Pon tu fecundo corazón
en el mío, y florezcamos para un mundo
que necesita los colores del amor en estos tiempos grises.
¡Con todas esas palabras mías te he llevado
donde solo puedes ver helada en el escenario
montones de cuerpos decapitados, informes, indistintos!
El ángel del Juicio Final apenas si podrá abrirse paso
a través de semejante montón de sufrimientos generalizados
para llegar hasta el hombre individual con boca y ojos...
y mucho menos podrá hacerlo Aurora. Ah, cariño mío, ven conmigo
y, con las manos unidas, iremos donde las tuyas puedan tocar
a esas víctimas, ¡una a una! Hasta que, una a una,
el cuerpo informe y sin nombre de cada hombre
acabe teniendo un rostro, un cabello que tú conozcas,
y todas las mujeres tengan el rostro de tu madre
para conmover tu pasión.»

«Soy una niña

-contesté en voz baja-. Haces bien en recordarme
el rostro de mi madre. Aunque, ay, demasiado pronto
la mano de Dios se interpuso entre ella y yo,
sé mucho de amor, porque resplandecía
en aquel rostro y en otro. Y era mucho,
más no era posible. No he vuelto a ver
tanto amor, te ruego que me perdones,
ni siquiera para convenir un matrimonio
en estas frías tierras de Inglaterra. Lo que tú amas
no es una mujer, Romney, sino una causa:
tú quieres una compañera, no una amante, amigo...
sino una esposa que te ayude a lograr tus fines... y que ella no lo sea.
Tu causa es noble, tus fines, excelentes,
pero yo, que no valgo ni para una cosa ni para otra,
concibo el amor de otro modo. Adiós.»

«¿Adiós, Aurora? ¿Me rechazas así?»,

dijo.

«Bueno, Romney, tú llevas ya mucho tiempo casado.

Ya tienes una esposa a quien amar:

tu teoría social. Que Dios os bendiga a los dos, por supuesto.

Por mi parte, no sé si soy lo suficientemente sumisa

para ser la sierva de una esposa legal.

¿Te parezco una Agar,^[35] tú crees?»

«¡Bueno, te estás burlando!»

«En absoluto, hablo completamente en serio -contesté-.

Hablas del matrimonio, al menos...

como si fueras un apóstol; querrías tener contigo

¿una esposa...?, ¿una hermana...?, ¿cómo lo diríamos?

¡Una hermana de la caridad!»

«Entonces, ¿esto debe ser

de verdad un adiós? ¿Estaba yo tan equivocado,

en mis esperanzas e ilusiones, cuando consideré

que la mujer era más noble que el hombre,

y tú misma la más noble de las mujeres, en el uso

y la comprensión de lo que es el amor... el amor

que genera una representación de sí mismo

a través de todos los actos heroicos? Muy equivocado estaba

al decir claramente, siendo justo y sincero con el amor,

“Vamos, criatura humana, ama y trabaja conmigo”

en vez de “Mi dama, tu arte es maravilloso

y, donde las Gracias caminaron antes, mi Musa

sigue su mirada relampagueante

y por donde la Musa camina, los amantes tienen que seguir sus pasos:

vuélvete hacia mí y ámame, o moriré de amor”.»

Con una tranquila indignación le interrumpí.

«Tergiversas la cuestión como un hombre

que ve a la mujer como un mero complemento

de su sexo. Olvidas por completo

que todas las criaturas, femeninas y masculinas,

son únicas en sus actos y en sus pensamientos,

como lo son en el nacimiento y en la muerte. Quienquiera que diga

a una mujer leal “Ámame y trabaja conmigo”

obtendrá una respuesta amable, si el trabajo y el amor,

siendo buenos en sí mismos, son buenos para ella: lo mejor

que le puede ofrecer el mundo. La mujer de carácter dócil,

sorprendida por los hombres cuando apenas ha despertado a la vida,
a veces solo escucha la primera palabra, “amor”,
y asume con ella cualquier tipo de trabajo,
con indiferencia, porque el querido *amor* lo acompaña.
No culpo a esas mujeres, aunque, por amor,
solo se dedican a sacar estopa;^[36] los fanáticos del mundo se convierten
con demasiada frecuencia en los santos del cielo. Pero *para mí* tu trabajo
no es lo mejor... ni tu amor tampoco es lo mejor
ni es el idóneo para animarme a emprender el tipo de trabajo
que solo se haría por amor. Ah, Romney, me fuerzas
a ser demasiado orgullosa al hablar de mí misma;
¡yo también tengo mi vocación! ¡Tengo trabajo que hacer!
Los cielos y la tierra me lo han encomendado, porque yo cambié
el rostro de mi padre por ellos, y aunque tu mundo
fuera dos veces más desgraciado de lo que dices,
el mío es un trabajo más serio, un trabajo más necesario
que el de cualquiera de esos economistas. Reforma,
convierte el comercio en una actividad cristiana
y para que el derecho individual no sea un mal general;
barre de las entrañas de este mundo lo *tuyo* y lo *mío*,
y deja esta tierra verde, ¡para que los hombres participen en el juego
con oportunidades para todos ellos! ¿Y qué pasara entonces
si los mortales no son dignos
de tal prosperidad? ¿Qué pasará entonces,
a menos que el artista mantenga abiertos los caminos
entre lo visible y lo invisible, quebrando
vuestras mejores convenciones con las suyas,
con lo mejor que decir e imaginar pueda
y Dios le ordene para demostrar lo que se oculta más allá
tanto del discurso como de la imaginación? Un hombre hambriento
es más que un animal ahíto: no vamos a cambiar, amigo,
la belleza por la cebada. Y aun así,
te digo que no alcanzarás tus pobres objetivos
de dar pienso al mundo y comodidades materiales
sin el individualismo de los poetas
que lo haga universal. Hace falta un alma
para mover un cuerpo: hace falta un hombre con espíritu
para mover a las masas... incluso para limpiar un orzuelo:
se necesita lo ideal para borrar de un plumazo
el polvo de lo real. Ah, tus Fouriers^[37] fracasaron
porque no eran lo suficientemente poetas para entender

que la vida se desarrolla desde el interior. Respecto a mí,
tal vez no valga mucho, como tú dices,
para un trabajo como ese... Tal vez el alma de una mujer
solo puede aspirar y no crear. Sin embargo, aspiramos a conseguirlo
y al final refutaré todos tus quizás, señor;
y si fracaso... bueno, puedes quemar mi muñeco de paja
como otras obras falsas: no pediré compasión,
prefiero las burlas, primo Romney. Yo,
que amo mi arte, jamás desearía rebajarlo
para que se acomodara a mi estatura. Debo amar mi arte.
Me concederás que incluso una mujer puede amar el arte,
dado que dedicar el verdadero amor *a cualquier cosa*
es muy femenino, como dijiste.»

Me acuerdo

hasta de la más mínima palabra que dije aquel día,
igual que uno recuerda el chirrido de la puerta, pasados los años,
cuando se cierra con noticias tan espantosas
que nunca te has sentido tan desgraciada. Él,
sus ojos, los gestos en su boca callada,
eran feroces lugares donde caían mis palabras,
fijadas para siempre en mi memoria,
por su culpa, y no por las palabras mismas. Y sin embargo yo sé
que no lo amaba... ni él a mí, eso seguro...
Y de lo que dije entonces, no me arrepiento,
porque nadie se arrepiente de decir la verdad. Sin embargo, ¡que hombre tan
magnífico!
¡Si fue duro para mí, heroico fue para él!
Con el paso de los años, aquello me abrumba cada vez más
y se hace más fuerte con la distancia. Si él hubiera amado,
ay, si me hubiera amado, con aquel rostro condescendiente...
yo podría haber sido hoy una mujer común,
y más feliz, menos conocida y menos sola,
tal vez una mujer mejor después de todo,
con un montón de críos regordetes colgándome del cuello
para mantenerme humilde y sabia. ¡Ay, pobre de mí, las viñas
que sustentan tales frutos están orgullosas de doblarse con ese peso!
Las palmeras se mantienen erguidas en un reino de arena.

Y yo, que dije la verdad entonces, me mantuve erguida,
y orgullosa de haber dicho la verdad,
y satisfecha de haberla dicho, aunque eso

lo dejara a él allí y a mí, aquí. ¡Ay, viles remordimientos de la mujer,
que anhelan un simple nombre, una presencia,
una suposición, un amor que podría haber sido!
¿Es que los hombres que nos hablan de amor en nuestras vidas
adquieren algún poder por eso? ¿Acaso es el amor verdadero
tan importante para nosotras que lo que encarna el amor
es lo segundo más importante? Un amor que *podría* haber sido, ¡por Dios!
No somos tan miserables. No, no... Él sigue ahí, creo,
ese hombre, esa imagen... sobre todo por el daño
y la conmoción que infligió a mi vida, al encontrarme
precisamente donde el demonio de mi juventud
me había colocado, en esas cumbres de esperanza
tan deslumbrantes con el rocío matinal, erguidas
y deseosas de la mañana... diciendo,
mientras yo buscaba poder y respeto: «Ven,
tengo un trabajo que vale la pena aquí abajo.
Ven, barre mis establos y cuida mis hospitales,
y yo te pagaré con la moneda contante y sonante
que los hombres dan a las mujeres».

Mientras hablábamos, la hierba

fue pisoteada con premura frente a nosotros, y mi tía,
con una sonrisa torcida por el sol -rostro y voz,
tanto se correspondía con el día estival
como cuando uno saca una vela a calle-,
estalló con un «¡Romney, ven aquí! Hijo mío, mete
a tu prima en casa y hablad ahí,
si es que hay que hablar del cumpleaños. Vamos».

Él intentó contestarme con calma, con los labios pálidos
que parecían intentar esbozar una sonrisa en vano.
«Ya lo hemos hablado todo aquí, señora.
La hija de su hermano me acaba de rechazar;
y todo lo que tengo que decir se puede decir mejor
bajo los árboles, sin que haya necesidad de perturbar con palabras
la hospitalidad de su casa. Adiós.»

Y desapareció. Pude oír sus pasos
perdiéndose en el camino mientras
se alejaba de la casa. Entonces, un envarado discurso
me devolvió de nuevo al jardín: «¿Qué significa esto, Aurora Leigh?
¿La hija de mi hermano desprecia a mis invitados?».

El león que llevo en mí despertó con la voz de la domadora
e hizo temblar toda su melena; me quedé paralizada
ante ella; sumisa como la niña que ella conocía;
le pedí perdón, dije: «No tenía ninguna intención
de desairar a un invitado suyo
al dejar marchar a un amigo mío que vino
a ofrecerme entrar a su servicio en calidad de esposa...
No ha sido más que eso, en realidad».

«¿Solo eso? ¿Solo eso?»

Dios quiera, me dijo, que no me hubiera vuelto loca.
No podía estar diciéndole a la cara
que Romney Leigh me había pedido que me casara con él
y yo lo había rechazado.

«¿Me lo pidió? -pregunté-.

Creo que más bien se inclinó por solicitarme
para ciertos usos que él creía adecuados
para algo llamado “esposa”. Pero no me lo pidió.»

«¡Qué gracia! -contestó-: ¿Es que sois reinas, las muchachas de hoy?
Debéis tener capas, tejidas con veinte sedas,
tendidas a vuestros pies, antes de dar un paso
por el amante más noble que haya nacido jamás.»

«Yo he nacido -dije con firmeza-, yo,
para caminar por un camino que no es el suyo, querida tía.»

«¡Tú qué vas a caminar! ¡Tú qué vas a caminar! Un crío de trece meses
puede caminar tan bien como tú -gritó casi desesperada-,
sin una mano firme que lo guíe. Y, bueno, tú, niña,
que Dios te ayude, vas avanzando a tientas
a pesar del sol que hay. Tal vez supongas
que tú, único vástago de un hombre rico,
eres rica y libre para escoger el camino que quieras seguir.
¿Acaso piensas, y es un pensamiento razonable,
que yo, además, deseando hacer el bien en esta vida,
dejaré mis ahorros en manos de mi sobrina
cuando la muerte paralice estas manos? ¡Por Dios,
por Dios, niña -aunque sé bien que no me aprecias-,
reza como si me apreciaras, para que no me muera!
Porque cuando me muera y te quedés sola, ¿adónde vas a ir?,

a no ser que te haga sitio en mi tumba,
sin casa, sin comida, querida mía, pobre corderillo de mi hermano...
(ah, cielos, ¡cuánto dolor me causa!), sin derecho a cosechar
ni una sola brizna de hierba entre esos árboles,
ni a ver la sombra de un corderillo en los prados,
¡hambrienta!, ¡desamparada! ¡Ay, mi pobre hermano, aquí tienes
el fruto que cosechaste en amores extranjeros...!
¡Ay, aquí está el fruto que sembró! No me mires nunca
sorprendida con los ojos de tu madre,
porque son esos ojos los que te han traído hasta aquí,
huérfana desvalida. Niña, la decisión de tu padre
al escoger a tu madre desheredó
a la hija, la de ambos. Los hombres no piensan
en hijos ni en hijas cuando se enamoran,
ni en sus hermanas tampoco; si tu padre lo hubiera hecho,
se habría parado a pensar en las consecuencias,
y se habría contenido ante la cláusula testamentaria que implicaba
la exclusión de los hijos que tuviera con una extranjera...
(Esta cláusula la impuso hace cien años
un Leigh que se casó con una bailarina francesa
que, a cambio, bailó sobre su corazón.)
Pero tu padre prefirió quedarse en la nada, y nunca pensó
en ti, Aurora, mucho más que en mí...
Tu madre debió de ser muy hermosa,
como todas esas ordinarias mujeres morenas y castañas,
para conseguir que un buen hombre, como lo era mi hermano,
descuidara los deberes de su casa;
pero eso fue lo que ocurrió. El primo Vane,
Vane Leigh, el padre de Romney, escribió
a Italia el mismo día de tu nacimiento:
“Te pido la mano de tu hija para mi hijo,
en el cual recaen los derechos por ley.
Comprométela con nosotros por amor (por no aplicar
razones más frías) y no saldrá perdiendo
ni por amor ni por ley en el futuro”. Eso fue lo que escribió.
Un primo generoso era el primo Vane.
Recuerda como te cogió en sus rodillas
aquel año que viniste, justo antes de que muriera,
y te cogía las mejillas con las manos
para ponerlas más coloradas... ¿Te acuerdas de Vane?
Ahora es su hijo el que representa nuestra casa,

y ostenta los feudos y fincas en este lugar,
y a quien revertirán mis bienes cuando muera
(salvo unos cuantos libros y un par de rebozos);
el chico es generoso como su padre, y está dispuesto
a cumplir de buena fe, de pensamiento y obra,
contigo, Aurora. Sí: un joven magnífico
es Romney Leigh; aunque el sol de la juventud
le ha dado un poco de más en la cabeza, ya lo sé,
y lo ha acalorado con esos sueños de ir haciendo el bien
a holgazanes que no hacen nada bueno. Pero una esposa
arreglaría ese detalle, y refrescaría sus sienes
con consejos saludables...»

La interrumpí en ese momento,

Mi corazón angustiado no había podido respirar
hasta entonces, pero entonces me recobré, y estallé
en palabras incoherentes como estas: «No tendrá que esperar.
El sueño de hacer el bien a... a mí, por lo menos,
ya no existe, sin necesidad de esperar por una esposa
que le calme la fiebre. Ya no corremos
ese peligro. Gracias a Dios».

«¡Tú! -gritó-,

¡Tú eres la que tienes fiebre! ¡Bueno!, te hablo y te hablo
durante una hora, te explico cómo
no vas a tener qué comer, ni qué beber, ni dónde estar de pie o sentarte,
ni lugar donde morir, como cualquier persona decente,
en este mundo desamparado y desolado,
si no es con tu primo... ¿y aún insistes
en que hay un abismo entre él y tú para flirteos de abanicos
y miradas y gestos con las cejas? ¡Seguro que quieres
uno de esos amantes modélicos que se ponen de rodillas!
¡No te basta un corazón noble,
que esté por encima de esos modelos de los libros, como el que esta misma mañana
se declaró ante ti, en nombre de dos padres
para abrazar tu vida huérfana! ¡Demonio de chiquilla! Pero espera,
le escribiré una nota, y solucionaremos este desastre...»

Se habría dado media vuelta para ir a escribir, pero la sujeté.
«Ay, mi querida tía... escucha mis palabras
antes de escribir las tuyas. El primo Vane hizo bien,
y el primo Romney también... y yo también,
al rechazar con todas mis fuerzas y voluntad

lo bueno que querrían para mí. ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!
Dios también quiere mi bien, cuando me impidió
decir que sí esta mañana. Si quieres escribir
algo, que sea “no”. ¡Digo que no, que no y que no!
¡Repetiré que no hasta en el altar,
porque no cometeré perjurio! Al menos
mi alma no es un mendigo; y puedo vivir
la vida de mi alma, sin necesidad de la limosna de los hombres;
y si tiene que ser en el cielo en vez de en la tierra,
que el cielo lo juzgue: ¡no tengo miedo!»

Ella me cogió las manos entre las suyas, apretándomelas fuerte,
clavó sus ojos penetrantes e insolentes
en mí, cuerpo y alma. «Pero... tontuela,
¡si tú amas a ese hombre! Te he observado cuando viene a casa,
y cuando se va, y cuando hablamos de él:
tengo experiencia en estas cosas: conozco bien
los indicios del amor... y tú amas a ese hombre.»

Las jóvenes a veces se sonrojan simplemente porque están vivas,
aunque a veces desearían estar muertas para ahorrarse la vergüenza.
Los rubores repentinos las matan, de la cabeza a los pies;
se encuentran tan cerca del fuego de la vida que, como polillas,
se abrasan, con alas y todo. ¿Y qué ocurre entonces?
Bueno, ¿a quién le importa una polilla... o una joven?

Me ruboricé.

Sentí las ascuas en mi cara,
ardiendo, quemándome hasta los huesos, igual que los hombres inocentes pueden sentir
el castigo que le correspondía al criminal, digamos, y desprecian la marca
de lo que no son. El aspecto más ilógico
e irracional de nuestra feminidad
es que se ruboriza por una cosa, siente otra,
¡y reza, tal vez, por otra! Después de todo,
no podemos ser iguales que los hombres,
que pueden dominar su sangre un poco.

Y aunque

efectivamente me sonrojé como si amara a aquel hombre,
y la incisiva sonrisa de mi tía, dando crédito
a la traición de falso testigo de mi sonrojo,
me humilló como una brizna de hierba
sin crecer y pisoteada, yo confirmo

ante los cielos que me ven y todos sus soles diarios,
que creo que no lo amaba... ni entonces, ni después...
ni nunca. ¿Cómo vamos a amar al maestro
mientras estamos divirtiéndonos en los bosques? Mucho menos, siendo pobres,
¿apreciaremos al guarda del albergue parroquial? ¿Ahorramos
nuestro amor para pagar nuestras deudas?

Pálida y fría

me quedé al instante siguiente. Cuando mi sangre se recobró
de aquella ingominia que se me achacaba, animó
mi corazón con su calor. Entonces, por fin, hablé,
y dije palabras sinceras, pero apasionadas,
demasiado apasionadas tal vez... nacidas entre sollozos
y acabadas sin forma definida. Mi tía me soltó las manos
y borró de su cara la sonrisa, con sosegada repugnancia,
como quien sin querer toca una serpiente...
¡una serpiente muerta!, y volviéndose hacia mí, dijo:
«Dejemos esos modales italianos, si te parece bien.
Creo que tenías un padre inglés, niña,
y debería resultarte fácil proferir
un sosegado “sí” o “no”, como hacen las niñas inglesas,
sin necesidad de tantas convulsiones. Dentro de un mes
tendremos otra respuesta: no, o sí».
Y diciendo esto, me dejó sola en el camino del jardín.

¡Yo tuve un padre, sí! Pero hace tanto tiempo...
Qué distante parece ahora ese momento. ¡Oh, qué lejos,
qué lejos y a salvo, Dios, pones a los santos
cuando los apartas de nosotros! Podemos protestar
contra las ventanas luminosas de ese precioso cielo de junio
donde todas las almas son felices, y ninguna,
ni siquiera la de mi padre, mirará atrás ni pensará
siquiera en preguntar: «¿Quiénes son esos que lloran por nosotros
allí abajo, en el polvo?». Sin embargo, antes
siempre volvía el rostro hacia mí enseguida
si yo decía «Padre». Ahora podría gritar y llorar sin consuelo:
la pequeña alondra llega más alto con su canción
que yo con mis llantos. Oh, sola, sola...
no soy capaz de perturbar a nadie en el cielo ni a nadie en la tierra:
me quedé allí, en el jardín, mirando
al cielo sordo y azul que adorna el mundo con rosas
en esas mañanas de junio.

Vosotros, los que lleváis la cuenta

de las crisis y revoluciones de esta vida,
apuntad la primera vez que la Naturaleza os contesta con un sencillo «no»
a algún «sí» que creéis seguro, y os atraviesa
con fantásticas oleadas de desprecio. Todos empezamos
cantando con los pájaros, y corriendo veloces
de la mano con los días de junio: pero al final y para siempre,
los pájaros cantan contra nosotros y el sol
nos golpea como la espada de un amigo seducido
por un enemigo para que nos asesine, ¡mientras leemos
el querido nombre en el filo que ha de segarnos la vida!
Eso es amargo y definitivo: después,
apenas seremos capaces de dudar de que haya alguna cosa
en el orden de la Creación, salvo tal vez
los pasos del hombre, que esté equivocada.

Algunas lágrimas cayeron por mis mejillas, y luego sonreí,
como sonríen esos que no tienen rostro en el mundo
que pueda sonreírles. Había perdido a un amigo,
Romney Leigh; eso era seguro: un amigo
que me había tratado con gentileza de vez en cuando
y me había hablado de mis libros favoritos... «nuestros libros»...
¡con aquella voz! Bueno, tanto la voz como la mirada estaban ahora
tan completamente cerradas y ajenas a mí, eso me parecía,
como las de mi padre. Romney ahora se había convertido
en un benefactor, en un hombre generoso,
empeñado en casarse... ¡conmigo!, en vez de
casarse con otra mujer de ojos tímidos y sumisos
que quizá un día había enardecido con una sola palabra
y que había dejado a un lado, tal vez, solo por mí. Ah, te ataste a ti mismo
por un contrato, versión de *Ifigenia*,^[38] condenada
en la *Áulide* fatal para que cambiaran los vientos...
pero esa fue su perdición, porque los vientos no cambiarán. ¡Había resultado
un poco frío y dominante en el amor!
Tenía derecho a ser dogmático
nuestro pobre y bueno Romney. El amor, para él, no era más
que una cláusula legal. Si me casaba con él,
no podría asegurar que pudiera decir que mi alma era mía,
porque él la habría comprado y habría pagado por ella: todos los pensamientos,
y todos los latidos del corazón estaban en el contrato...
¡No podría impedir honestamente

que hiciera de ellos el uso que más le apeteciera! Podría cortar
mi cuerpo en rodajas para dárselas
a los pobres; podría cambiar a mis hijos
mientras yo fuera tan estúpida como Griselda,[39] por niños negros
o pobres huérfanos; podría, sin que nada se lo impidiera, poner
mi mano derecha a enseñar en las escuelas para pobres,
mi mano izquierda a lavar en los baños públicos,
mientras mi Ángel de Ideal me reclamaba
en vano. No habría podido exigir
el triste derecho a chillar de un ratón en la trampa,
y a sentir siquiera lástima de mí misma.
¡Que te vaya bien, buen Romney! Aunque alguna vez te amara,
jamás podría permitirme dejarte
ser tan generoso conmigo. Adiós, amigo, porque «amigo»
entre nosotros dos, en verdad, va a ser una palabra
muy amarga. Y como la ayuda
debe llegarme de aquellos que no me aman,
adiós, a todos: ya me ayudaré yo sola,
y desde entonces estoy sola. Entonces me detuve
y recogí la giralda desbaratada del suelo
y me la puse otra vez en la cabeza tan amargamente
como cuando aquel rey de España[40] coronó la calavera
de su amada muerta. Que así sea. Conservo
esa corona aún, en un cajón... Fue la primera;
el resto son iguales: son esas coronas olímpicas,
por las que luchamos, ¡hasta que se oculta el sol
tras el polvo de los carros de carreras!

Y luego,

antes de que cayera la tarde, recibí un billete
que decía: «Aurora, mi dulce caldea,[41] lees
mis intenciones al revés, igual que tus libros orientales,
pero yo soy occidental, querida. Léeme ahora
de un modo más sencillo. ¿Ya me odiabas tanto
ayer? Yo te amaba;
y te amo. Si hablé de una manera brusca
esta mañana, amada mía, perdóname;
y compréndeme, porque te amo tanto
que te puse al mismo nivel de mi alma,
y derramé sobre ti las aguas amargas
de mis pensamientos íntimos. Por tanto, ¡flor mía,
crece fuera del alcance de cualquier semejante,

e inclínate por aquello que más te plazca, con todos tus pétalos!
Escribe versos de mujeres y sueña los sueños de las mujeres,
pero deja que sienta tu perfume en mi casa
y que sean mi descanso tras los días de trabajo;
deja que florezca tu juventud a mi lado: sé mi esposa».

Escribí, como respuesta: «Nosotros, los caldeos, entendemos bastante más de lo que leemos. Conozco tu corazón, y lo cierro como el libro sagrado que es, reservado para los piadosos ojos de los santos que lloran mientras rezan sus oraciones en vísperas. Bueno, tienes razón, seguramente no te odiaba ayer; pero no te amo lo suficiente hoy para casarme contigo, primo Romney. Acéptalo y, como hombre generoso que eres, déjalo y no hablemos más de ello. Puedes burlarte, si quieres, y menospreciar mis sentimientos, o mis pétalos... y aquí está mi tía que te ayudará con los vientos del este, y puedes romper el tallo, tal vez, para atormentarme; pero ciertas flores echan raíces casi tan profundas como los árboles y, primo, tú no podrás arrancar mis raíces: tú no, ni con todas tus tormentas juntas. Así que déjame crecer en mi seto apartado, ¡y sigue tu camino!
Esta flor no tiene nada que decirte, más que lo que aquella antigua tumba decía a los viajeros: “Detente, *Siste, viator*”».[42] Y acabando así, firmé.

Pasé la semana siguiente en silencio, y también la siguiente, y varias más después: Romney no vino a casa ni mi tía me reprendió. Yo vivía y seguía viviendo como si mi corazón estuviera encerrado en un cristal y el mundo estuviera alrededor, todos ojos y oídos, para verlo y oírlo palpar. No podía sentarme, ni pasear, ni coger un libro, ni tumbarme, ni coser tranquilamente, ni dejar la aguja y suspirar, sin sentir las miradas de mi tía clavadas en mí, como el venenoso áspid succionando el pecho de Cleopatra, constantemente, entre los intermitentes jadeos. Ser observada, cuando la observación no resulta agradable, es como ser torturada. Si ella decía algo,

un «gracias» o un «por favor, querida»,
lo contaminaba todo, o, como poco,
lo convertía en un exorcismo contra el demonio
que evidentemente me poseía. Y eso ocurría con toda la casa.
Susannah no podía soportarlo y evitar trenzarme el pelo
sin lanzar aquellas miradas al espejo
para observar mi rostro y estropearme la trenza;
y John: nunca me dio el plato de sopa,
ni lo devolví sin que ese idiota de John
pretendiera adivinar, con los pulgares metidos en el plato,
qué significaba tomar sopa
o escoger pescado. Los vecinos que pasaban por casa
en las visitas matinales, notando que las bisagras chirriaban,
sonreían rependiéndome, se mostraban inquietos,
y hablaban con medida y enfática reserva
de los nuevos parroquianos, como los médicos a los enfermos
cuando no los han llamado... como si, teniendo permiso para hablar,
pudieran decir algo. Vaya, hasta el mismo perro
me miraba desde su rincón soleado del suelo
alternando su interés con una gran mosca negra
que aún no estaba a su alcance. Y así vivía yo.

Un romano murió así:[43] untado con miel, acosado
por los insectos, observado hasta la tortura a pleno sol;
y muchas almas piadosas bajo los techos ingleses
han muerto como romanos. Yo, cuando miro atrás,
solo deseo, ahora, haber asumido el sufrimiento de todo aquello
con un espíritu más sumiso que lo que era común en Roma.

Pues, en la sexta semana, el mar Muerto se abrió
y se apartó de repente bajo el pie de Aquel
que camina sobre las aguas y la tierra, y que nos promete
que ya no existirá el tiempo. El reloj dio las nueve
aquella mañana también, ninguna alondra desafinaba;
las granjas escondidas en las colinas exhalaban
su humo hacia el cielo. El tilo apenas se movía
bajo el peso azul del cielo sin nubes.
Aunque la brisa de julio se colaba
por las hojas de madre selva de mi ventana, yendo y viniendo,
con perfumes del campo
para un espíritu amargado. Allí estaba yo, y deseé

que aquella tregua matutina de Dios durara hasta la tarde,
o más. «Dormid -pensé-, dormid para siempre, dormid,
y ahorradme al menos la tortura de vuestras miradas.»

Entonces, de repente, un grito ahogado
rasgó de arriba abajo toda la casa.
Igual que uno que se despertara en la tumba y gritara,
la casa sosegada pareció que estuviera viva y gritara,
y se estremeciera en sus pasillos y escaleras
con los portazos y el repicar de campanillas. Yo salté
de la cama y me planté de pie en mitad de la habitación,
con la mirada clavada en la puerta de mi alcoba,
con la cara pálida: temblando, incapaz de hablar.

«Vamos, vamos...», intentaron decir mis labios, y salí;
como si un fantasma me hubiera guiado
con un dedo de fuego a través de la dudosa oscuridad,
avancé con pasos titubeantes y bajé las escaleras,
ni llamé ni pregunté nada...

Pero allí estaba ella, mi tía,

envarada en la silla junto a su cama,
¡cuya almohada no tenía ni una huella! No se había metido en la cama
para dormir aquella noche... aunque solía dormir muy bien. Dios mío.
La mueca muda de aquel rostro gris y afilado
lo decía todo frente al brillo del sol
que llenó la alcoba con su fulgor de julio
cuando Susan corrió las cortinas, sin saber
que mi tía estaba allí sentada y con los ojos abiertos. Allí,
allí estaba sentado... aquello; habríamos dicho «ella» el día anterior.
Y tenía en la mano una carta con un sello sin romper,
igual que Susan se la había entregado la noche anterior:
toda la noche la había tenido en la mano. Si lo que decía
se refería a ducados o muladares, no importaba: ni una pulgada
ella se movería, era evidente, por semejantes tonterías:
ni, aunque las estrellas fueran soles, y abrasaran
sus esféricos límites, devorando
como cera los espacios de azul infinito, podrían obligarla
a abrir aquellos ojos que antaño parpadearon. ¿Y la noche anterior
qué los había dejado de aquel modo, en blanco y sin vida, arrancando
la facultad de ver desde las raíces,
como si no quedara en el mundo nada más que valiera la pena ver?

¿Eran aquellos los ojos que me habían vigilado y acongojado?
¿Eran los que me habían acosado hora tras hora y día tras día,
a mí, un espíritu abatido, angustiado y desgraciado?
¿Solo una media hora antes, yo había rezado de verdad
para escapar de la mirada agotadora de aquellos ojos... de aquellos ojos?
«Dormid para siempre», había dicho.

Y bueno, ahora, en fin... dormían.

Dios responde feroz y deprisa a algunas oraciones,
y nos arroja a la cara aquello por lo que hemos rezado,
un guante con un regalo dentro. Todos los deseos
son como una oración... para Dios.

Mi deseo se había cumplido.

Para leer y pensar lo que yo quisiera,
para ordenar mi vida de acuerdo con mis ideas,
y casarme, o no casarme. A partir de entonces,
nadie podría desaprobar lo que hiciera, ni vejarme, ni ponerme trabas.
¡Un enorme espacio se abría, en aquel nuevo desierto
para una nueva Babilonia o una Balbec, cuando el aliento
regresara, tras haberse ahogado con la arena, para levantar ciudades!

Se presentó el heredero el día del funeral
y ambos primos nos encontramos delante de la muerta,
con ambos rostros pálidos. ¿Era la vida o la muerte
lo que nos conmovía? Cuando el testamento se leyó y se formalizó,
los invitados necesarios y los testigos se retiraron,
nos levantamos en un silencio casi pétreo
y nos miramos. Y entonces dije,
«Adiós, primo».

Pero él tocó, simplemente tocó,
las cintas de mi sombrero que iba a atarme (en la puerta
esperaba el carruaje para llevarme lejos) y me dijo bajito,
con la voz un poco nerviosa a través de su sonrisa:

Siste, viator.

«¿Hay tiempo -le pregunté-,

en nuestro siglo de ferrocarriles, para detenerse
como los carros del César (pues pesan media tonelada)
en la Vía Apia, para contar moralejas?»

«Hay tiempo

-me contestó muy serio-, para las palabras necesarias,
en las que no entren, créeme, ni epitafios

ni actos de los hombres, prima. Hemos leído
el testamento, que te concede a ti todos los bienes personales
y el dinero de tu tía.»

«Doy gracias a su recuerdo

por ello. Con trescientas libras
compraremos, incluso en Inglaterra, un salón diáfano
donde estar y coser. Solo dos horas antes
imaginé que era pobre.»

«Y, prima, aún

eres más rica de lo que imaginas. El testamento dice
“Trescientas libras, y cualquier otra suma
que la dicha testamentaria pudiera poseer”.
Y yo te digo que la testamentaria tenía otras sumas.»

«Querido Romney, ¿tenemos que hacer crónica de los peniques?
Soy más rica de lo que pensaba... eso es evidente.
Y lo suficiente.»

«Escúchame, de todos modos. Esto tiene que ver
con los negocios y con tu primo -continuó-,
y ambos, me temo, necesitan paciencia. Esto es lo que hay.
La otra suma (porque hay otra suma
sin especificar en ningún testamento fechado
tras la posesión, y sin embargo legado tanto
y tan claramente como las dichas trescientas libras)
es de treinta mil. ¿Quieres recibir esa suma...?
¿Cuándo? ¿Dónde? Es mi deber el que te molesta con estas palabras.»

Él golpeó el hierro cuando la barra estaba al rojo;
no es raro que de mis ojos saltaran chispas.
«¡Quieto ahí! Te lo agradezco. Eres muy fino
en tus galanterías... pero yo, que tengo tu misma sangre,
estoy más hecha para dar, como tú,
que para tomar, como tus pensionistas. ¡Adiós!»

Me detuvo con un gesto de sosegado orgullo.
«Un Leigh -dijo- es generoso en el dinero y en el amor,
pero nunca en los halagos; si un Leigh pudiera ser un zalamero,
eso no lo convertiría, además, en un Leigh,
con la sangre acostumbrada durante nueve siglos
a cazar y odiar las mentiras en ojos como los tuyos.
Y ahora dejemos las cosas claras: tu tía

poseía ese dinero.»

«Ya lo has dejado claro,

primo, igual que el honor de ambos,
y si uno de nosotros habla en vano... no soy yo.
Mi tía poseía esa suma, ¿heredada
de quién y cuándo? Trae los documentos y demuestra los hechos.»

«Bueno, ¡y ahora te quitas el sombrero
como si tuvieras que ponerte a descifrar un logaritmo!
La confianza es lo único que necesitamos. Querida prima, confía en mí,
y caminarás por este sendero con calzado de seda,
tan feliz como la dama de nuestra casa
que se pudiera considerar más orgullosa. Oh, yo comprendo
perfectamente tu postura y tu punto de vista:
en tu opinión te estoy robando las casas y las tierras de tu padre
y te hago pobre enriqueciéndome: pero así es la ley.
Considerando lo cual, en circunstancias normales,
no deberías tener escrúpulos en aceptar de mí
alguna compensación, alguna renta suficiente
que fuera justa; pero, ay,
yo te quiero... ¡es simplemente natural!, y rechazas
mi amor... y eso es natural también; y, al mismo tiempo,
no puedes, de un pretendiente rechazado,
de una mano rechazada como la mía,
recibir en tus manos una propina, una pequeña gratificación... ¡Jamás en la vida!
Esa es la delicadeza femenina, que obvia[mente
excede lo que reclaman la naturaleza, la ley y el derecho,
irrefutable para todos. Admito, verás,
el caso como tú lo entiendes: te dejo sitio
para que puedas mover el ancho vuelo de la falda de tu feminidad,
y mientras, confinado humildemente contra la pared,
yo mismo excluido de la posibilidad de ser justo,
impedido de poder pagar deudas incuestionables,
porque se me impide que pueda darte mi alma:
¡esa es mi desgracia! Y lo acepto
como si, en alguna época más razonable,
eso pudiera ser menos inevitable. Basta.
Confía en mí, prima, como caballero,
para guardar tu honor puro, tal y como tú lo crees,
y tus escrúpulos (exactamente como si yo los considerara lógicos)
seguros y a salvo de mi generosidad.»

Respondí amablemente pero con seriedad. «Yo no creo en el honor de nadie que otro guarda, ni de un hombre ni de una mujer. Como yo misma me ocupo de guardar mi verdad y mi religión, no necesito autorización de ningún padre, aunque tuve uno que ya ha muerto, de ningún hermano, aunque tuviera veinte, y mucho menos de ti, aunque fueras dos veces mi primo, y una vez Romney Leigh, para mantener a salvo mi honor. Tienes delante, hoy, a una persona que necesita instrucción, compréndeme, y no a una mujer que necesita protección. Y como hombre, muestra hombría, habla claramente, y sé preciso con los hechos y los datos. Mi tía heredó esa suma: eso dijiste...»

de esa suma, querida prima.»

«Dije que murió poseedora

«No por herencia.

Gracias: por fin llegamos a los hechos.
Tal vez especuló con el comercio de un barco procedente de Australia y cargado de oro.
O quizá le tocó la lotería que repentinamente le puso en el regazo algún castillo de Renania o un principado...
A lo mejor tenía algo que ver con un ferrocarril transatlántico submarino, que abona las ganancias que se supone tendrá en el futuro. O quizá alguna antigua deuda ancestral se pagó finalmente, con un retraso de cien años, y la cogió por sorpresa.
¿Por qué niegas con la cabeza, primo? No lo sé.»

«No tienes necesidad de adivinar nada, Aurora, no te burles; la verdad no tiene miedo de herirte.
No encontrarás razones, en todos tus escrúpulos, por las que tu tía debiera poner reparos a una donación entre ella y yo.»

«Desde luego... ¡Ah, una donación!»

«Naturalmente, desde luego -continuó-.
Una donación perfectamente natural.»

«¡Una donación, una donación!

Su vida particular estaba muy por encima de cualquier necesidad, casi era opulencia,

y demasiado arrogante era ella para aceptar un regalo sin algún objetivo posterior: ah, ah, ya entiendo... una donación claramente establecida para sus herederos, y por eso aceptó... porque si se aceptaba... ah, por supuesto, eso era. ¿Así que he caído en la trampa? Pero, primo, ¿cómo te voy a perdonar si así me has querido atrapar, con este engaño?»

Él contestó amablemente: «¿Necesitas temblar y jadear como una leona enjaulada? ¿Es culpa mía, y solo mía, que seas una criatura salvaje de los bosques y que odies el establo que he hecho para ti? En fin, y aunque estuvieras atrapada en una red triple, ¿tienes que mirarme así? No soy yo el que sujeta las cuerdas de esas redes; por lo que a mí respecta, eres libre, Aurora».

«¡Que Dios me libre

de esta celada! Esa donación tuya se hizo... ¿cuándo se hizo? ¿Cuándo se aceptó? -pregunté-. ¿Hace un mes? ¿Hace quince días? Hace seis semanas no se había ofrecido. Por algo que dijo sin querer, yo sé que esa oferta ni se había hecho ni se había recibido. ¿Cuándo fue, entonces? Dime las fechas.»

«¿Qué importa cuándo?

Media hora antes de que muriera o medio año. La donación era firme, mantiene la herencia inviolable por ley. Sería más sencillo arrancar las estrellas doradas de la cúpula celeste bordada para colocarlas en la parte gris de esta tierra que conseguir que fueras pobre de nuevo, gracias a Dios.»

«Que no pueda ser pobre

ni digna de nuevo, a partir de ahora: ¿por eso le das gracias a Dios? Muy bien, señor: le pregunto... e insisto en la pregunta, concrete la fecha exacta, la fecha exacta.»

«El día anterior a su muerte -contestó-; la donación estaba en sus manos. Lo comprobaremos y certificaremos la fecha para ti.»

Como aquel

que ha escalado una alta montaña y ha puesto todo su corazón en la escalada, con el jadeo de su garganta apurado en la tarea de ascender, como aquel que por fin inspira

y mira atrás triunfante, así me quedé yo mirándolo:
«Querido primo Romney, ya hemos llegado a la cumbre
de esta espinosa cuestión, y es mejor que se quede aquí, creo.
Pero antes... te ruego que me perdones si la conmoción
y la tensión del dolor natural y los acontecimientos
me han impedido recordarte
que esa... esa carta... que no se ha leído, escúchame bien, está aún sellada,
y se encontró aún en el sobre y en la mano de la pobre muerta:
su espíritu se ha ido y ya no vive en esa dirección,
y no podrá encontrarla por muy clara que la escribas;
yo conozco tu letra, Romney, reconozco
tu *A* abierta, y el generoso giro
de la *G*. Pero escucha... entendámonos:
no vamos a ver ese famoso acto de donación,
salvo que lo leamos en esa carta,
pero como esa carta no es para mí, te la devuelvo. ¿Te niegas
a coger la carta? Bueno, entonces... tú y yo,
como autor y heredera que somos, abrámosla
juntos, si te parece. Efectivamente, sí:
las palabras con las cuales se hace dicho ofrecimiento
son bastante nobles, primo; y reconozco
que el corazón más orgulloso y delicado,
poco atento a la magnitud del regalo
y de la generosidad de la donación, podría aceptar
tu generosidad sin pensar en absoluto
en la carga que conlleva: porque ni siquiera el rey Salomón
pensó, cuando se puso el anillo sagrado[44]
con su inefable hechizo,
cuántos quilates de oro puro alcanzaría
y cuál sería su valor. Así pues, un Leigh le hace regalos a otro Leigh,
o más bien, podría habérselos hecho, entiéndeme, porque
a eso vamos ahora. Aquí está la prueba de una donación,
pero aquí no hay ninguna prueba, señor, de aceptación,
sino, más bien, de rechazo. El polvo negro de la muerte, volando,
se coló por los secretos dobleces
de esta carta sellada, como un soplo del destino,
y secó para siempre la tinta reciente,
anuló la donación, desbarató la generosidad
y lo hizo todo añicos».

Mientras hablaba, rasgué

una y otra vez el papel, de un lado y de otro,

arriba y abajo, hasta que los pedacitos volaron de mis manos,
como pétalos silvestres, arrancados de repente y raptados
por un torbellino de Valdarno, revoloteando y cayendo,
y cayendo lentamente, y esparciéndose por las tierras melancólicas
y junto a las asombradas colinas... ¡Bueno, en fin, parece
que estoy escribiendo como un poeta, quizá excesiva
en el tipo de imágenes... y exagerando un poco
lo pequeño con lo grande, aumentándolo!
Pero también estoy pensando cómo me miraban sus ojos... sus ojos,
¡con qué desesperanzado y sorprendido reproche!
Creo que había lágrimas en ellos, mientras me miraba...
Creo que aquella boca tan varonil temblaba. Luego,
rompió el silencio.

«Puedo preguntar, tal vez,

puesto que no soy del todo un extraño... solo Romney Leigh,
lo cual significa ser aún menos... que Vincent Carrington...
puedo preguntar por tus planes a partir de ahora, y dónde vas a ir.
Supongo que no será un secreto.»

«Toda mi vida

la tienes delante, primo. Voy a ir
a Londres, al lugar donde se reúnen las almas,
para vivir mi vida abiertamente, y libremente, en los libros;
armoniosamente para otros, si es que efectivamente
el espíritu de una mujer, como el del hombre, puede abrirse lo suficiente
para cantar toda una octava (habrá que demostrarlo),
y, si fracasa, todo será por mi culpa.
Ruega a Dios para que me ayude, Romney.»

«¡Ay, pobre chiquilla,

que está rechazando la mano conmovida de una madre
y prefiere la del verdugo! Ojalá que Dios cambie este mundo
y te ayude, cariño, y lo haga tan amable como el cielo,
y más justo de lo que yo te he encontrado a ti.»

Pero le detuve.

«¿Y tú, primo mío?»

«¿Yo? -dijo-, ¿me preguntas?

¿Acaso te importa? Bueno, las jóvenes sois curiosas
y seríais felices si conocierais el final y el porqué de todo,
de los primos, por tanto, y de todo lo demás. Respecto a mí,
Aurora, tengo mi trabajo; tú conoces mi trabajo;
y, habiendo perdido este año algunas esperanzas personales
debo tener sobre todo mucho cuidado de no equivocarme,

en mis obligaciones. Mientras tú cantas
tus alegres parstorales de hidromiel y laureles,
piensa que voy a imprimir y a constatar
en cerebros agotados y en oídos sordos, aturdidos,
aplastados por el miedo, todo lo que la naturaleza exige,
y no necesito ningún poeta mediador, ni lira ni voz
para hacerla cantar. Mientras tú pides a los hombres
que te escuchen, yo obtendré su permiso tal vez
para que los huérfanos hambrientos digan alto y claro
“Tenemos hambre, mirad”, para que las esposas golpeadas y maltratadas
puedan mantener a sus bebés sin pensar
que en el orfanato estarían mejor; y para que todos
puedan hablar y exigir su porción... ya no
de tierra, sino del sudor con que regarla,
porque hasta eso se ha convertido hoy en un privilegio:
que preferimos la maldición divina a la maldición del hombre.
Ese es el trabajo que tengo que hacer, sumergirme
en los problemas sociales, igual que tú te sumerges en tus rimas,
para adaptar mis posibilidades a las necesidades,
y conseguir que este mundo injusto vuelva a ser decente;
o, fracasando, llenar o salvar al menos
o allanar algunas grietas abismales
y desavenencias del mundo, luchas intestinas que han hecho
que los hombres se enemisten, poniendo en marcha transformaciones piadosas
como hospitales, casas de beneficencia, escuelas infantiles
y otros remedios prácticos de bondad parcial
que vosotros, los amantes de la belleza y la perfección
despreciáis por sistema.»

«¿Yo? ¿Desprecio? El desprecio

es el tuyo, primo. Los poetas lo son
porque no desprecian nada. Tú los desacreditas porque
buscan el bien de la belleza, y la cantan y la enseñan.
al tiempo que respetan tus bondades prácticas y parciales
como parte de la propia belleza. *Adieu!*
Cuando Dios salve a todos los obreros de este mundo
los poetas también tendrán su salvación, y no serán los últimos.»

Él sonrió como sonríen los hombres cuando no van a hablar
porque tienen algo amargo en el pensamiento;
y sin embargo, noté la melancolía en su mirada
y su mirada me juzgaba. Hace ya siete años de aquello:

y no sé si fue la lástima o el desprecio
lo que hizo aquella melancolía tan evidente: que lo juzguen
aquellos que han vivido más con la lástima que con el amor,
y más con el desprecio que con el odio. Me he acostumbrado, desde entonces,
a otros modales, incluso de hombres iguales.
Pero en fin, así nos despedimos, mi primo y yo,
y, entre nosotros se precipitó el torrente del mundo
para separar nuestros rostros como rocas partidas y divididas
e impedir para siempre que nos volviéramos a ver y tocar,
salvo a través de un remolino de agua y todo su fragor.

LIBRO TERCERO

«Cuando eras joven, tú mismo te vestías
e ibas donde querías; cuando seas viejo
otros te vestirán -dijo el Señor-, e irás
donde no quieras.»^[45] Así le habló a Pedro
para indicarle la manera en que iba a morir
cuando fuera crucificado boca abajo.

Así como le habló

a Pedro entonces, así nos habla a nosotros;
la palabra se ajusta a diversos martirios
y designa muchas formas de morir,
aunque nosotros apenas podamos considerarnos discípulos
y hayamos extraviado las llaves del Cielo y la Tierra.

Porque no es con la muerte como mueren la mayoría de los hombres;
y, después de aprender a vestirnos
con los delicados linos de la juventud y los elegantes bordados,
para subir corriendo la colina y encontrarnos con el sol naciente,
ya estamos preparados para sentarnos, cansados, pacientes como locos,
mientras otros nos visten con cintas apretadas
de fingimientos sociales, engaños y formalismos,
modificando nuestro carácter natural, aumentando
nuestras necesidades básicas, manteniendo acallados nuestros pensamientos elevados,
colgados boca abajo en las cruces de este mundo.

Sin embargo, Él puede arrancarnos de esa vergonzosa cruz.
¡Dios, mantén nuestros pies en el suelo y nuestra frente alta,
y muéstranos que el hombre nació para caminar!

Coge la lámpara, Susan, y sube a la cama.
La sala está perfectamente; tengo que escribir
hasta que den las doce de la medianoche. Vete;

tus pasos, siempre yendo y viniendo por la sala,
me torturan como mosquitos. ¡Ah, las cartas! Déjalas por ahí,
ahora, porque debo leerlas, desde luego,
aunque te rogué que nunca me las traigas
a estas horas, ¿o no te lo pedí? No hay excusas.
Tú decides traerlas, y yo tal vez decida
arrojarlas al fuego. Ahora, vete a la cama,
y sueña, si es posible, que no estoy enfadada.

Vaya, qué petulante y mezquina me he vuelto,
una mujer, una simple mujer... una histérica nerviosa,
¡un pañuelo olvidado toda la noche bajo la lluvia
antes delicado, y ahora saturado y pesado,
y agotado en esta agotadora vida de Londres!
Y sin embargo, debería ser más fuerte.

¡Nunca quemas

las cartas, pobre Aurora! Ahí están, mirándote,
con esos sellos rojos, desde la mesa, diciéndote:
«Aquí hay algo que tú no sabes». Una vez abiertas,
poco hay que confirme que el mundo es mejor o más sabio,
o incluso más franco o más consecuente
que ayer a estas horas... Y sin embargo, una vez más,
si diera la casualidad de que hubiera un ángel hablando en el monte Ararat,
lamentaría no haberlo oído:
así que abrí todas las cartas. Leamos.
Blanche Ord, la escritora de la revista *Lady's Fan*,
me pide opinión sobre... bueno, eso más tarde.
Kate Ward me pide el patrón de mi capa
y firma «tu Elisha». Pringle Sharpe
presenta su obra sobre «conducta social»... y me pide
un poco de dinero para sus deudas acuciantes,
y me lo pide a mí, que apenas tengo dinero para nada...
El carro de fuego en el que viajamos
chamusca nuestras túnicas sublimes y las llena de agujeros,
¡y tú me pides el patrón de mi capa, Kate Ward!
Y esta es de Rudgely, redactor y copista:
me dice que «se ve obligado a casarse con quien no tiene su corazón
porque quien tiene su corazón carece de dinero».
Ah, ¡quizá perdió el corazón porque nadie lo recogió!
¡Esa es una verdadera pérdida! (y una comprensible desfachatez).
Mi crítico, Hammond, se extiende en alabanzas

y dice que quiere otro libro como el último.
Mi crítico Belfair quiere otro libro
completamente diferente, que se venderá (¿y vivirá?);
un libro sorprendente, pero no un libro desconcertante:
el público detesta la originalidad;
(no se debe arrojar agua fresca del manantial de repente
sobre el amable público, siempre con los nervios delicados).
Cosas bonitas, no sutiles, nuevas pero ortodoxas,
y fáciles de leer, como las manoseadas páginas
por las que ha pasado el dedo dicho público, durante cincuenta años,
desde que su bisabuela le enseñó a leer
y se consideran casi una revelación.
¡Eso es muy difícil, mi crítico Belfair! Bueno... ¿y cuál es la siguiente?
Mi crítico Stokes protesta contra los pensamientos abstractos;
«Al hombre, llámalo John; a la mujer, Joan -me dice-,
y no empieces a parlotear de las Humanidades».
Por esa razón lo llamo simplemente Stokes.[46]
Mi crítico Jobson me recomienda más mirto,
porque un genio alegre conviene en los tiempos que corren
y todos los verdaderos poetas se han reído sin parar,
como Shakespeare y los dioses. Esto es muy difícil.
Los dioses se pueden reír, y Shakespeare también; Dante sonreía
con un corazón tan angustiado en sus labios pálidos
que gritamos: «¡Dante, es mejor que llores!». Los poemas son
hombres, si son verdaderos poemas: ¿y quién se atreve a exclamar
a la puerta de cualquiera: «Aquí ocurrió
que un rayo cayó la semana pasada, y mató a una mujer,
y aterrizó a un marido enfermo, pero qué importa;
ánimo, sé feliz, grita, y aplaude,
porque los genios alegres convienen en estos tiempos»?
Nadie le dice eso a un hombre. ¿Por qué
debería hacerlo un poema? El noveno sello;[47]
el apocalipsis está al caer.
¡Ja! Esta es de Vincent Carrington: «Querida amiga,
necesito consejo. ¿Me prestarás alas
para elevarme en la elaboración de un boceto
que haré mañana? ¿Puedo contar con ello? ¿A las once?
Un poeta nace para ser útil,
así que cuídate: para el mundo y para Carrington!
Postdata. ¿Has sabido de Romney Leigh,
aparte de lo que se dice de él en los periódicos?

¿Sus comunidades allí, sus discursos aquí,
sus panfletos, sus alegatos, sus declaraciones por todas partes?
Me abandonó hace mucho tiempo; pero nadie abandona
una manzana de oro, aunque, efectivamente, un día
insinuaste eso, aunque en broma. Bueno, al menos,
sabrás que lord Howe, que lo ve y con quien se ve,
y a quien tú ves y yo odio ver, porque Howe
se mantiene siempre a salvo en el pedestal de las teorías,
observa a los nadadores y dice “Ah, muy bien”,
pero él mantiene la ropa seca... bien al contrario
que el galante corazón de Romney. Bien extraño es,
que tal locura repentina se apoderara de un hombre tan joven
para reorganizar de nuevo el mundo... mientras yo me conformo
con pintarlo. Permíteme que te lleve el boceto.
Es una Dánae[48] de puntillas, imprudente y ansiosa;
con los brazos ardientes tendidos hacia su anhelante Zeus,
que llega consumido; Dánae, el rostro
y los pechos entregados y rendidos, los bucles del pelo desarmados
refulgiendo con el oro anhelado.
Y tengo otra pintura sobre el mismo tema.
Ella yace, tumbada, en el suelo de la prisión,
envuelta en sus largos cabellos hasta los pies,
como si fueran algas. Apenas se la puede ver a través
de la brillante cortina de aquella lluvia prodigiosa,
medio oculta del mundo por un amor
tan violento como el destino. Te llevaré ambos bocetos.
Creo, personalmente, que el segundo deja traslucir
más pasión».

Seguramente. Renunciando a sí misma,

y sosegada en su abdicación. Ella es Zeus,
y ya no es Dánae: así, es algo más grande. Tal vez
el pintor simboliza sin querer
dos estados del alma del artista al concebir la obra;
en uno, atrevido, individual, exigente,
porque queremos recibir lo que anhelamos. En el otro, permanecemos pasivos,
y sabremos que, cuando efectivamente nuestro Zeus venga,
seremos aún más pasivos que nunca.

Qué encanto, Vincent Carrington. Lo recibiré.
Siempre me habla de Florencia. Y es capaz de hablar
de cosas que ocurrieron hace siete años...

un erizo en el camino, o un pájaro cojo
que vimos durante nuestros paseos por el campo, en los buenos tiempos,
cuando era tan desgraciada...
Parece que desde entonces tengo encima una maldición.
La música se eleva en el pecho de la pequeña alondra
y la alondra vuela. No sucede así con los hombres.
No podemos abandonar el mundo con nuestras canciones.
Nos tenemos que conformar, mientras ellas se elevan, con quedarnos atrás,
solos en la tierra, en vez de subir al cielo.
No importa. Continuaré con mi historia.

Cuando Romney y yo nos separamos,
alquilé unas habitaciones al final de tres tramos de escaleras,
no muy lejos de donde cantan las citadas alondras,
y en aquella casa de Kensington
tres años trabajé y viví. Tener permiso para trabajar
en este mundo... eso es lo mejor que uno puede conseguir.
Porque Dios, con sus maldiciones, más nos favorece
que los hombres con sus bendiciones. Dice Dios: «Con el sudor
de tu frente»; los hombres ofrecen «coronas», y así somos coronados:
ay, heridos por una torturadora corona de acero
que nos golpea con secretos resortes. Trabaja, trabaja;
eso, seguro, es mejor que lo que quieres conseguir trabajando.

Así que, feliz y sin miedo a la soledad,
trabajé día tras día, y vi el sol
en mañanas sombrías y en tardes monstruosas,
como si fuera el disco abrasador de algún ídolo druídico,
con contornos fijos y sólidos de fuego muerto,
en el que la sangre derramada de los desgraciados
parecía desbordarse hasta tornar el aire en escarlata,
abriéndose paso entre la niebla con su enorme círculo,
y espantando a los tejados inclinados y a las chimeneas
con fulgores de color ardiente. O veía
solo niebla, la gran niebla confusa de bronce,
que envuelve la ciudad agotada, y la estrangula
viva, y la arrastra hacia el vacío,
con sus campanarios, sus puentes, sus calles, sus plazas, como si una esponja
hubiera agitado Londres, o como si el mediodía y la noche
se hubieran fundido y definitivamente hubieran eliminado
las horas intermedias, deshaciéndose

en el acto. Vuestros poetas de la ciudad ven estas cosas,
no desdeñables. Las montañas del sur,
cuando, ebrias y enloquecidas con vinos elementales,
desgarran las nieblas sin costuras y se alzan desnudas,
forjan peores poetas, tal vez. Nadie canta
cuando baja del Sinaí. En el Monte Parnaso,
puedes alquilar una mula para subir, y no una musa,
excepto en fábulas y cuentos: los bosques cantan
sus himnos para sí mismos, y te dejan aturdido.
Pero en Londres, cuando declina el día,
y el paisaje de la ciudad perece en la niebla,
como los ejércitos del faraón en las profundidades del mar Rojo:
carros, jinetes, soldados, todas sus huestes,
tragados y ahogados en el silencio... entonces, sorprendidos
por un repentino sentido de la visión y del sonido,
os sentís como conquistadores, aunque no habéis luchado,
y tú y las otras muchachas cantoras de Israel,
ay, y Miryam[49] con ellas, cantáis vuestra canción preferida.

Trabajé con paciencia, que significa casi trabajar con talento.
Hice algunas cosas excelentes con indiferencia,
y algunas cosas muy malas con excelencia. Ambas fueron elogiadas,
sobre todo las malas. Y para cuando
yo misma las desprecié como pecados
que ni siquiera valían un trozo de arpillera; semana a semana,
fueron llegando algunas cartas,
como esas que ya he leído, y también otras diferentes,
con bonitos sellos de damiselas, con las iniciales entrelazadas
con lirios, o un corazón donde ponía «Emily»,
(con lo cual se declaraba que Emily era todo corazón);
o regalos, más raros, de jóvenes solteros
que escribían desde su universidad (con la misma pluma de oca,
supongo, que acababan de arrancarle al animal) y un fragmento
de Horacio, «Collegisse juvat», [50] colocado arriba,
en la primera página. Muchas cartas, firmadas
o sin firmar, mostraban a escritores que a los dieciocho años
ya habían vivido demasiado, aunque contaban con musas que les llevaban
la luz del día, sujetando sus antorchas; llegaban cumplidos
para sonreír o para suspirar. Eso tenía el mismo éxito conmigo
que si las monedas rusas circularan
en París. ¿Se podría comprar con diez rublos una cajita

de cintas que valiera cinco céntimos en un *boulevard*?
Me hacía sonreír que toda esa juventud me amara: suspiraba
al ver que semejante amor pudiera apenas elevarlos un palmo del suelo
como para amar a algo que valiera más que yo;
y luego suspiraba otra vez, y otra vez, menos generosamente,
al pensar que precisamente aquel amor que me prodigaban
demostraba mi inferioridad. Los mejores no me apreciaban,
y él, mi primo Romney, no me escribía.
Yo sentía el silencioso dedo acusador de su desprecio
haciendo estallar todas las pompas de jabón de mi fama,
en cuanto mi aliento las soplabá, y las devolvía
al aire del que estaban hechas. Ah, ahora comprobaba
lo bien que había medido mi altura;
la cosa estaba clara: no se había equivocado ni en una palabra,
yo jugaba al arte, hacía fintas con una espada de juguete,
y divertía a los mozalbetes y a las señoritas.

Luego, un suspiro

más profundo y siniestro, resolutivo: o trabajaría
con mejores fines o jugaría con toda seriedad. «¡Qué horror,
creo que acabaré siendo famosa
si sigo por este camino!» Rasgué todos mis versos
y no descubrí ni una gota de sangre en la punta de la espada;
el corazón que tenían apenas era un corazón embrionario
que aún no había latido nunca, y que debía morir;
solo eran jadeos propios de vida artificial galvanizada;^[51]
burdos tonos, desorganizados en melodía alguna.

Y, sin embargo, yo sentía que algo ardía dentro de mí,
como aquellas incandescentes semillas de la creación
que Júpiter guardaba en su mano antes de que nacieran los mundos...
Pero yo... ¡yo ni siquiera era Juno! Mi mano
se cerró en una convulsión de mujer enferma,
y cuando quería estirar un dedo...
el nervio se negaba. Esto me ocurre incluso ahora:
tal vez nunca pueda abrir esta mano totalmente,
hasta que la vida se apague o la mano se convierta en cenizas,
y entonces será el dolor el que demuestre mi fuerza.

Eso me quema, me quemaba... toda mi vida me ha estado quemando,
y una luz, no la luz del día ni de una antorcha, iluminaba
mis pasos en aquel camino lento y difícil.

Estaba empezando a desconfiar de los frutos primerizos,
los libros de moda con pensamientos aburridos
o de moralinas abundaban a mi alrededor. ¿Libros brillantes?
El fresno tiene hojas más brillantes que el tejo:
y sin embargo el verde del tejo dura más, y al fresno solo
le duran las hojas hasta la Navidad:
plantaremos más tejos si es posible,
aunque tengamos que abrir las tumbas a su alrededor.

Día y noche

trabajé mi pensamiento rítmico, y abrí surcos
en la vigilia y en el sueño con las largas líneas de la vida
que no se ajustaron a la moda. Las rosas cayeron
de las mejillas, mis ojos se nimbieron luminosos
en órbitas de sombras azules, y mi pulso
temblaba en la muñeca surcada de venas violetas
como un pájaro herido. La fortaleza de la juventud, enfrentada cara a cara
con el ideal de la juventud. Y cuando la gente venía
y decía: «Trabajas demasiado, pareces enferma»,
yo sonreía por compasión hacia los que me compadecían,
y pensaba que tal vez muy pronto estaría mejor
para todas aquellas miradas enfermas. Entiéndase que «yo», en la juventud, significa
solo «yo»... el alma consciente y eterna
con todas sus esperanzas, y no la vida exterior,
el hombre envoltorio, el saco de carne
con todos sus hígados, sus pulmones y sus tegumentos
que conforman el «yo» completo y posterior, cuando
los charlatanes del mundo le dirán lo que hizo bien o mal.
Yo avanzo si doy un paso adelante, aunque
un clavo me hiera el pie; aunque mi cerebro
al descubrir una verdad, se congele paralizado,
yo avanzo. Pero cambio mis armas;
desprecio la pala con la que buscaba oro
y cojo el arado.

Y trabajo, trabajo, sigo trabajando.

Atravesando todas las alambradas de las noches y los días
que dividen el tiempo de las eternidades.
Luché... y nunca me detuve a señalar los obstáculos
que me hicieron daño en el camino. El petróleo a medianoche
a vecesapestaba. Luego llegaron las necesidades más vulgares:
tenía que vivir, y por tanto tenía que trabajar,
y siendo tan pobre, me vi obligada por la vida

a trabajar con una mano para los librereros
mientras trabajaba con la otra para mí misma
y el arte. Uno nada tanto con los pies como con las manos,
o no llega muy lejos. Comprendí esto:
en Inglaterra, nadie vive del verso vivo
y, comprendiéndolo, decidí por la prosa
hacerle un hueco a la esfera de mis versos vivos.
Escribí para enciclopedias, revistas,
y semanarios, escondiendo mi nombre
para que no se manchara de barro. Aprendí el uso
del editorial «nosotros» en una crítica,
como las grandes damas usan el truco de la cola de sus vestidos,
y lo arrastran con gran dignidad cuando pasan por las puertas,
como si una no pudiera pasar por las puertas en absoluto
salvo con muchas dificultades. Además escribí cuentos,
tallé muchos artículos en huesos de cereza
para complacer a lectores livianos, aunque algo en mis palabras
revelaba -eso se dijo- la pericia del tallista,
pero de eso nunca presumiré. Lo que uno hace
por pan siempre tendrá el gusto del grano, y no de las uvas,
aunque tengas un viñedo en Champagne:
y mucho menos en Nephelococcygia,[52]
donde estaba el mío, por cierto.

Cuando tuve pan

para unos cuantos días, y un lugar donde pudieron respirar
mi cuerpo y mis versos, me levanté y trabajé
en mi verdadero trabajo. Y como el alma
que crece en el interior de un niño hace que el niño crezca,
o como la savia caliente, tocada por Dios,
recorre las venas del árbol, dilata su corteza,
y la arruga con pliegues y nudos, antes de que lo asalte
el follaje estival con su llamarada verde,
así la vida, adentrándose en mí, se adentraba
en todo lo que emprendía, y en mi trabajo. Es verdad
que la ley académica me condenó como blasfema,
los críticos clamaron contra mi decadencia,
y echaron de menos la escritura anterior. Pero yo sentía
que la vida de mi corazón ahora palpitaba en mis versos y demostraba
que estaba viva, y también, aunque torpe
y degenerada con la sangre de Adán,
pero aun con sus tumores, sus verrugas y sus adiposidades,

aún tenía sentido, y entrañaba la existencia de vida.

Una dama vino a verme un día.

Tenía la voz delicada de vuestras damas inglesas,
al parecer poco acostumbradas a la necesidad de elevarla media nota
para captar la atención; y con esos sus modales tranquilos,
como si estuvieran demasiado por encima del mundo
para que algo pueda incomodarlas:

tan educadas, porque seguramente son muy orgullosas,
tan cuidadosas y temerosas de hacerte daño,
(en absoluto porque tú no le parezcas miserable,
sino porque ellas no te tocarían ni con el pie
para ponerte en tu lugar); tan contenidas ellas,
y sin embargo amables y conciliadoras, cuesta
bastante en su presencia decir la verdad:

una sabe el tipo de mujer que es: material precioso
y ajeno a la humanidad. «Lady Waldemar»,
dijo su nombre de un modo bastante sencillo, como si ello no significara
verdaderamente gran cosa, pero algo sí. Y luego me cogió las manos
y sonrió como si su sonrisa pudiera ayudarme,
y luego me miró con ojos melifluos.
«¿Así que eres tú -dijo- la Musa?»

«Ni siquiera soy una sibila

-contesté-, porque no soy ni capaz de averiguar la razón
que os ha impelido a hacerme esta visita, señora.»

«Bueno

-dijo-, me gusta ser sincera desde el principio;
tal vez, si me hubiera encontrado con una musa de verdad
la visita podría haberme resultado bastante incómoda. Pero en fin,
tus ojos son tan azules,
mi querida Aurora, y tan francos,
que me confirman completamente tu fama
así como los problemas que he tenido en mi ascenso
a este Olimpo.»

Entonces, una risa argentina

apareció dando saltitos entre los apresurados resuellos
que la empinada escalera de mi casa en cierta manera justificaban.

«Sin embargo

me ha picado la curiosidad su señoría: no sé por qué
se ha arriesgado a encontrar a la citada Musa.»

«Ah... por favor, no nos salgamos del tema,
como cualquier pedante. ¿El azul en los ojos
es tan espantoso como en las medias, al fin y al cabo,
me pregunto, como para que quieras saber el motivo de mi visita
antes de que pueda respirar? ¡Me exiges que me zambulla
a pesar de estar sin resuello! Bueno, naturalmente tú piensas
que yo he venido aquí como los cazadores de leones van
a los desiertos, para cazarte con una trampa
y exponerte en mis salones,
en veladas zoológicas. En absoluto.
No me rujas; soy muy frívola,
diría; he luchado con los leones, también,
como otras mujeres de mi clase... Pero ya
encontré mi león tan sencillamente como Androcles
encontró su... es decir, que estoy a su merced.»[53]

Así, inclinó

la cabeza, como las reinas que bromean, y luego levantó
las pestañas con un verdadero aire regio
y soberano que no excluía a nadie, ni siquiera a sí misma.
«Creo que tienes un primo: Romney Leigh».
«¿Me trae un mensaje *suyo*? -y mis ojos se elevaron
hasta la mismísima altura de los suyos-. ¿Trae un mensaje *suyo*?»
«Traigo un mensaje sobre él, ciertamente.
Pero antes -me apremió con ojos anhelantes-
¿tú no lo amas, verdad?»

«Es usted muy franca, como poco,

al plantear los temas, señora -contesté-.
Amo a mi primo familiarmente... y nada más»

«Lo suponía. Estoy dispuesta a ser sincera
al responder también, si tú me lo preguntas,
e incluso aunque no me lo preguntes. Tú vives en otro mundo:
vosotras, las mujeres artistas, no pertenecéis a nuestro sexo;
no participáis de nuestras cosas, y nos superáis en tantas
que tal vez tenéis que pagar el precio, porque vuestros corazones
están secos a costa de vuestras cabezas. Eso es lo que las viejas tradiciones
dicen de vosotras. Por tanto puedo hablar
sin la natural vergüenza que las personas sienten
al hablar con otras personas de su mismo nivel.
Más de una beata papista hay que preferiría morir
antes que reconocer ante su doncella que se pone una cinta

para atraer la mirada indiferente de tal o cual hombre,
y sin embargo cuenta los adulterios con las cuentas del rosario
delante del altar de la Virgen María sin sonrojarse;
porque los santos están muy lejos y perdemos
toda la modestia ante ellos. Esto es lo que ocurre aquí.
Y sí: *yo* amo a Romney Leigh.»

«Un momento... -exclamé-.

Si no soy una musa, aún menos soy una santa;
ni siquiera soy su amiga, lady Waldemar,
para que pueda hacerme confesiones.»

«Eso no ha sido muy amable:

si no es mi amiga, ¿qué impide que lo seamos
para confersarnos lo que hemos sido?
Yo amo a su primo. Y si no parece muy inteligente
decirlo, aún es más locura (seamos sinceras)
sentirlo. Mi primer marido me dejó cuando yo era muy joven,
y bastante guapa, con perdón, y bastante rica,
para mantener mi caseta en la feria de mayo con el resto de las jóvenes
y con algún éxito. Hay marqueses
que estarían siete años a mis pies con tal de poderme llamar su esposa, lo sé:
y después de siete años, yo podría considerarlo,
porque un marquesado proporciona ciertas comodidades,
bien pensado... Sí, pero después de siete años,
yo, ahora, amo a Romney. ¡Levantas el labio
igual que los Leigh! ¡Igual que él! Discúlpame,
soy muy consciente de que no me rebajo
al amar a Romney Leigh. El apellido es bueno,
los medios son excelentes; pero el hombre, el hombre...
que Dios me ampare, estoy casi tan loca como él
al amar a un hombre así.»

Lentamente hizo balancear

sus densos tirabuzones hasta que casi tocaron su sonrisa,
como si estuviera teniendo lástima de sí misma.
Y luego añadió:

«En verdad, señorita Leigh,

no he venido hasta aquí sin algún esfuerzo.
Tuve un maestro de alemán,
tontee un poco, fui a París dos veces;
y después de todo... ¡este amor! Una prueba el amor
y resulta tan espantoso como si comiera
un ajo: porque, comas lo que comas después,

todo te sabe a ajo y resulta acre, y hasta un melocotón
te recuerda a una cebolla. ¿Estoy siendo grosera?
Bueno, el amor es grosero, la naturaleza es grosera... ¡Ah, ahí está la trampa!
Nosotras, las damas delicadas, que apartamos nuestras vidas
de los vulgares caminos de las ovejas, no podemos evitar que los cuervos
vuelen sobre nosotras, porque somos de natural tan dócil
como Blowsalinda.[54] Aunque estemos envueltas perfectamente
en terciopelo de Lyon, por eso no somos
muñequitas de cera, ¡ya lo creo! Tenemos corazones aquí dentro,
calientes, vivos, imprudentes, ¡corazones indecentes!,
tan proclives a los objetivos y gestos enloquecidos
como cualquiera de esas costureras afligidas
por las que Romney gime y se afana. Contraemos el amor
y otras fiebres como cualquiera y del modo más vulgar.
El amor no se deja engañar por nuestro ingenio,
ni superar por nuestros criados... El mío
ha persistido, a pesar de todos mis esfuerzos. En todas mis cartas
no aparecía más que Romney Leigh; mi alemán dejó de prosperar
cuando llegué al wertherismo[55] germano; mis viajes parisinos
me devolvían desde los Campos Elíseos
como un fantasma, y suspirando como el de Dido.[56] Regresaba a casa
enferma, más bien condenándome a mí misma
por estar enamorada... ¡enamorada! ¡Qué vulgaridad, dirá usted!
¡Estoy hablando de ajos!».

Contesté fríamente:

«¡Discúlpese por su ateísmo, no por el amor!
Respecto a mí, creo en el amor y creo en Dios.
Conozco a mi primo: a lady Waldemar
no la conozco. Sin embargo, esto puedo decir:
quienquiera que lo ame no tiene que disculparse
sino purificarse, porque amando a un hombre como él
puede resultar que no merezca un amor
al que él no puede rebajarse y aceptarlo».

«Esas palabras

son austeras, como corresponde a una joven profetisa
que entreteje su ceño por encima de esos bonitos ojos
para apartarlos del vuelo gris
de las palomas entre las columnas del templo. Querida,
sé amable conmigo. Seamos amigas.
Solo soy una mujer... más débil tal vez
cuando más orgullosa; tú eres buena; y respecto a él,

eres aún mejor. Efectivamente, él eleva su bondad a tal altura que a veces se derrumba por el otro lado y conforma una especie de maldad; ¡eso es lo peor que puedo decir contra lo mejor de tu primo! Y ahora, sé benévola, Aurora, con mis defectos, aunque solo sea por él, si no quieres hacerlo por mí.»

«Me considero

bastante escéptica respecto a mi capacidad para serles de utilidad, a él y a usted.»

«¿Soy digna de él?

A tu juicio, ya sé que no... Admitámoslo.

Sin embargo, si me caso con él, lo salvaré; admitamos eso también.»

«¿Admitir, admitir? ¿Nos corresponde

a nosotras examinar la vida de mi primo para saber lo que se puede o no se puede admitir? -exclamé-. Él sabe lo que le conviene; la elección le corresponde a él; y lo que él escoja, hechos o esposa, creo que yo, personalmente, no puedo considerarlo indigno.»

«Esas palabras resultan un tanto precipitadas -dijo lentamente-.

Hablemos razonadamente, aunque hablemos del amor.

¡Tu primo Romney Leigh es un monstruo!

He utilizado la palabra a conciencia, y déjame que te lo demuestre.

Tomemos, por ejemplo, lo más perfecto de los antiguos,

ese joven al que llaman el Genio del Vaticano,^[57]

que parece demasiado bello para sobrellevar

este mundo imperfecto, y metámoslo por una vez

en el pecho de un fauno borracho

(que cojearía seguramente, si no bailara)

en vez de ponerle una máscara de Buonarroti: ¿qué ocurriría?

Así demostramos el tipo de monstruo que es Romney,

por las divinas virtudes y los objetivos heroicos

que vincula a las defectuosas posibilidades

de la deficiente naturaleza humana. Admito que ese hombre

es dos veces divino y dos veces heroico, aunque le faltan fuerzas,

y este es el punto al que quería llegar.»

«Discúlpeme,

pero... lady Waldemar: pero a ese punto

nunca llegaremos.»

«Cáustica e insolente,

por lo que veo. Me encantas.» Entonces, me estrechó las manos.

«Y ahora, leona mía, ayuda a Androcles,
aunque tengas que rugir. ¡Ayúdame a mí! Si fuera solo por mí,
no te lo pediría: pero hazlo por él. Flaquea
sin ninguna duda, tanto que caerá en el pozo
antes de que pase una semana, y entonces lo perderé, y así se perderá,
porque cuando esté legalmente casado, él, un Leigh,
con una chica de vida dudosa y de innegable cuna,
que se muere de hambre en Londres, cuyas manos sucias y callosas
son más blancas que su vergüenza, tú, personalmente,
estarás en condiciones de decir que su decisión ha sido indigna.»

«¿Casado? ¿Perdido?

¡Él! ¡Romney!»

«Ah, por fin te conmueves -dijo-.

Los monstruos, cuando se sacan a la luz del día,
por supuesto dibujan sombras monstruosas: los que piensan
mal difícilmente actuarán con rectitud. Sí, Romney: ¿quién sino él?
¿Y quién sino tú puede extrañarse? Se ha vuelto loco,
todo el mundo lo sabe, desde que, siendo estudiante,
se burló de los celadores, volvió locos a los profesores,
tratando con igual desprecio la trigonometría y el vino,
y aunque tenía título, acabó sin recibir ninguna titulación.
Nos dirán que perdió la cuenta de los barcos de Homero
por ocuparse de las leyes de Melbourne y de Ashley,[58]
ignoró a Aspasia,[59] a la que todos alabamos,
para dedicarse a otras mujeres, querida, que no podemos nombrar
porque nosotras somos decentes. Bueno, supongo que tenía parte de razón
de su lado, probablemente; los hombres siempre la tienen,
incluso cuando caen en los errores más absurdos. La levadura viva
que fermenta la cerveza tiene más valor
que los posos muertos que atascan la espita del barril;
y además, hacer el bien es excelente.
A las personas con su renta, se les permite cierta vitalidad:
yo comprendo todas esas cosas. Pero él
se ha vuelto loco con esa gente..., Cada vez más y más loco,
desde los tiempos de la universidad hasta hoy, como cuando se baja corriendo una
colina
¡Cuánto más rápido va, más lejos llega! Usted debe de conocer
muy bien a su Leigh: ha sembrado sus jóvenes rizos negros
con las canas de las preocupaciones de medio millón de hombres
ya. Si uno no se muere de hambre, o está pecando,
no es nada para él. Paga tus impuestos

y quédate destrozado por ello, que él apenas si se sentirá preocupado;
pero ve a la parroquia, y apúntate en
el asilo parroquial, y allí estará Romney,
llamándote hermano, o hermana, o tal vez
un apelativo más tierno si cabe. ¿Acaso tengo yo alguna posibilidad
con el señor Leigh, siendo lady Waldemar,
y no habiendo cometido jamás un crimen?»

«Sus palabras

son muy amargas -dije-, para ser ciertas.»
«La verdad es amarga. ¡Tenemos a un hombre que mira
siempre a la tierra! Tienes que estar muy abajo
o, de lo contrario, aunque seas un fresco pintado en el techo,
no serás más que unas buenas pinturas despreciadas. Respecto a mí, he hecho
lo que pueden hacer las mujeres (somos un poco limitadas,
nosotras, las pobres mujeres), pero he hecho todo lo que he podido.
¡Cuántos hombres han perjurado cuando juran que nuestros ojos
tienen algo especial...! ¡Solo son azules o castaños!
Simplemente sabemos dejar caer un poco los párpados. En realidad,
los míos son algo más, porque he leído un poco a Fourier,
a Proudhon, a Considerant y a Louis Blanc,[60]
y a algunos más de sus socialistas,
y si yo hubiera estado un poco menos enfiada en el amor
me habría curado bostezando. Pero tal y como ocurrió todo,
yo los cito bastante a menudo,
modificándolos tal vez un poco para que suenen más racionales
a un hombre más cuerdo que él, siempre que conversamos
(para lo cual yo no he perdido ocasión). Escuché de corazón
sus discursos en los Comunes y en todas partes
sobre «la cuestión social». Se amontonaban los informes
de mujeres desgraciadas y de cárceles
sobre mis mesas, junto a Sue;[61]
y di mi nombre para engordar las listas de suscriptores
con el fin de mantener el sol en el cielo por la noche
y otros objetivos igual de prácticos. Hice de todo,
salvo lo imposible... como ponerme esos vestidos
que proporciona el movimiento Ten Hours.[62] Entonces,
dije que ya era suficiente: hay que parar en algún momento. Él, mientras,
inmóvil como la Gran Tortuga india que sujeta el mundo,
dejaba que todo aquello pesara sobre su espalda:
nunca me ofendió ni me apartó de su lado:
resultaba agradable ver a una mujer de mi clase

abrirse a la conciencia social. En cuanto al corazón
que ardía por él, y que me quemaba
hasta la mismísima cara... bueno, él se calentaba los pies con él.
Se dignaba dejar que mi carruaje lo acercara
a tal calle o al parque, y luego se inclinaba por la puerta
con noticias sobre el comité que había elaborado un trabajo pormenorizado
sobre los carteristas.»

«Está bromeando, está bromeando...»

«Bromeo como los mártires, querida (¿ha leído usted sus vidas?),
bromean sobre el hacha que los va a matar. Cuando he hecho todo
lo que podía hacer por él... pregúntele
por el color de mi pelo, y no se lo podrá decir,
o dirá que es oscuro, por casualidad. Mientras, puede estar segura,
él lo estará de las cifras, cinco o diez,
de mi última aportación. ¿Es esto tolerable
para una mujer?»

«¿Y podría hacer yo algo

aunque *fuera* un hombre?»

«No lo sé. Habría que probarlo.

Pero antes: ¿y ese vergonzoso casamiento?»

«¿Cómo? -exclamé-.

¿De verdad va a casarse?»

«Ayer

le puse el asunto sobre la mesa. “Señor Leigh
-le dije-, las cosas que se callan hacen más ruido.
Las ciudades bulliciosas conservan mal los secretos; he tenido
noticias tuyas la semana pasada. Disculpe que lo sepa:
usted cree que no soy la mujer de mundo
que el mundo cree que soy; me ha soportado usted
y me ha utilizado en su noble obra, nuestra obra,
y ahora no va a deshacerse de mí solo porque
esté en un momento complicado... *esa unión*. Es cierto
e incluso puedo admitir la utilidad
de semejante matrimonio... donde no hay amor
(salvo por su clase social): ¡se va a casar y a tirar su nombre
por la alcantarilla, para aliviar
a futuras generaciones! ¡Es sublime!
¡Un gran ejemplo! ¡Una verdadera Génesis
en la nueva era social! Pero preste atención:
estos actos virtuosos deben tener un reconocimiento público,

o perderán la mitad de su eficacia. Proclámelo,
difúndalo, y expóngalo a la luz,
y no lo emboce en una capa invernal
como si fuera algo vergonzoso... Como si, en fin,
un Leigh se hubiera comprometido en un casamiento desigual y se avergonzara
de que un Howard lo supiera.” Luego, lo apuré un poco más:
“Usted no querría -le dije- que incluso su familia...
Aurora Leigh, por ejemplo... pudiera considerar este acto
menos como un sacrificio que como un capricho.” A esto,
se puso muy pálido, querida, hasta los labios, y supe
que le había hecho mella. “¿La conoces?”, me preguntó.
“¿Conoces a mi prima Aurora?” “Sí”, le dije, y mentí
(aunque en realidad todos la conocemos a usted por sus libros).
Y esta es la razón que se me ofreció para venir directamente a usted,
explicarle el tema, justificar mi causa
y llevarla conmigo a St. Margaret Court
para ver a ese milagro: esa Marian Erle,
la hija de un ganadero (ella no es hermosa, me jura él)
en cuyo dedo, exquisitamente punteado
por cientos de agujas, tenemos depositadas las esperanzas de unión
de las clases sociales de Inglaterra: esto, sin duda,
con nuestra presencia, la suya y la mía, conseguirá
levantar toda sospecha sobre ese matrimonio. Enseguida
me lo agradeció, suspirando y murmurando para sí mismo:
“Ella lo hará, tal vez; es muy noble”, me dio las gracias dos veces
y me prometió, como deferencia, aplazar
el matrimonio un mes.»

Le contesté entonces.

«No entiendo muy bien cuáles son sus intenciones.
Quiere llevarme a ver a la prometida de mi primo,
para tocar su mano si es digna o sujetar su mano
si es débil, y así justificar su matrimonio.
Sea entonces. Pero para qué le sirve esto a usted y a sus fines,
y cómo la extraña confesión de su amor
sirve a esto, tengo que admitir... que no lo veo.»

Ella frunció su inquieto ceño. «Entonces, a pesar,
Aurora, de ese radiante nombre matutino,
es que eres más obtusa que una tarde londinense.
Lo que necesitaba era tiempo, y lo conseguí, te necesito *a ti*,
¡y te conseguí! Vendrás conmigo y verás a esa muchacha,

en cuyos generosos ojos el valor ancestral
y el orgullo de la noble estirpe de los Leigh
están condenados a diluirse. Autorizada
por su observación y su conocimiento, pues, tú lo considerarás
y le demostrarás a Romney, con tu brillante talento,
que está equivocándose y defraudando al pueblo y a la posteridad
(si dices que esto es malo para ti y para mí
fracasaremos estrepitosamente) al dar buen fin
a un matrimonio tan execrable. Deshazlo,
arráncalo de raíz... y puede ser que, al final,
podamos plantar algo con más fortuna en su lugar.
Sé buena conmigo, Aurora; no me desprecies
por decir lo que no debería. Sé muy bien
que no debería. He mantenido, como muchas otras mujeres,
la regla de hierro de la feminidad reservada
tanto en los labios como en la vida, hasta ahora: estuve llorando una semana
antes de venir aquí.» Al terminar, estaba muy pálida;
sus últimas palabras, pronunciadas con altivez, fueron temblorosas.
Su corcel se revolvía contra las riendas, arqueaba el cuello,
y solo por la espuma que se veía en el bocado
uno sabía que lo tenía dominado.

Entonces me levanté.

«Amo el amor: la verdad no es más pura que el amor.
Comprendo un amor tan ardiente
que quema su velo natural de augusta vergüenza
y se muestra, de un modo sublime en su desnudez, tan casto
como la Venus de Médicis.[63] Pero sé
que un amor que arde tras los velos también arderá tras las máscaras,
y revelará la traición. ¿Qué? ¿Amor y mentiras?
Nah... Vaya usted a la ópera: su amor tiene remedio.»

«¿Yo amo y miento? -dijo-. ¿Yo miento, de verdad?»
Y golpeó con el tacón del zapato el suelo
mientras sonreía: «Es usted dura, señorita Leigh,
y no muy versada en el modo de hablar común. Los prados
donde juegan los poetas son más verdes que los caminos del mundo:
disculpa que haya levantado un poco de polvo
y que haya deslustrado un poco tus setos, y en los ojos
te haya molestado tantísimo. Probablemente pensarás
que no hay nada malo en ese matrimonio, tan bueno
y tan inocente, y que puede convertirse en una cancioncilla pastoril:

tal vez tu firma pueda afianzar esa unión,
debajo de la cruz de la dama, indiferente
a la elección de esposa de Romney, podrías escribir tu nombre,
como testigo de su amor».

«¿Amor? -exclamé-.

¿Quién le ha dicho a usted que quiere una esposa a la que amar?
Él coge un caballo para utilizarlo, no para amarlo, creo:
y las mujeres también tienen un trabajo: y después, avena,
si el amo es generoso. Por lo que me toca, usted se equivoca
suponiendo que tengo poder para romper ese compromiso.
No podría hacerlo para salvarle la vida a Romney
y no lo haría para salvar la mía.»

«Si lo entiende así

-dijo-, adiós, entonces. Escriba sus libros en paz,
en tanto pueda reprimir alguna secreta conmoción
que ahora veo claramente... porque es muy evidente
que venir aquí fue un error.»
Luego me dio la mano e inclinó levemente la cabeza
y se alejó de mí como una nube silenciosa
que deja el temor de un trueno.

Intenté respirar,

y fue tan difícil como si estuviera en una habitación de enfermos. Después de todo,
aquella mujer rompía su sistema social
por amor... en la medida en que el amor es posible
hacia semejante persona; y los lirios son siempre lirios, aunque estén
en manos sucias y se manche su blancura;
y por eso, ella es mejor, tal vez, en su género
que Romney Leigh, que vive con estadísticas,
y niega toda la espontaneidad
de su vida individual y personal
en favor de teorías universales. Como si un hombre
plantado en un taburete frente a un escritorio
tuviera que guardarle los libros de contabilidad a Dios, en rojo y negro,
¡y contabilizar el sentimiento de millones de seres! ¿Y si Dios
fuera principalmente Dios por vivir fuera de Él
en un individualismo del Infinito,
eterno, intenso, profuso, lanzando
la lluvia dorada de los multitudinarios mundos
de acuerdo con su poder y su voluntad
y su naturaleza interior: el amor espontáneo
que es prueba irrefutable y muestra de la vida espontánea?

¡Entonces vive, Aurora!

Dos horas después,

en St. Margaret Court, me encontraba sola,
oculta por un velo. Un crío enfermo de fiebres,
que jugaba con sus manos atrofiadas
con un viejo botón de cobre, en un rincón soleado,
me hizo una burla triste cuando pasé a su lado
por el pavimento desigual, mientras una mujer, embadurnado
de coloretos su anguloso rostro, y con un pañuelo harapiento,
lacios bucles colgantes, y una boca lasciva y desdentada,
blasfemaba junto a una ventana, en ambos sentidos, hacia fuera y hacia dentro,
alternativamente, a una mujer enferma y a mí...
«¡Quédese ahí quieta, madre! ¡Como cabeza de perro muerto
estará usted mañana! Eh, nosotras vamos a lo nuestro,
damisela... ¡con esos asquerosos piecitos!
¡Nos tapamos la cara y nos cuidamos de hacer el bien
como si fuera nuestro monedero! ¿Qué le trae por aquí,
señorita? ¿Es para encontrarse con el caballero
que visita a su palomita en el alero?
Nuestro cólera te cazarán con sus retortijones y sus espasmos,
y arruinará esos vestidos tan bonitos, con velo y todo,
y convertirá la bonita blancura de su cara en un azul mortuorio.» Levanté la mirada;
creo que podría haber caminado por el infierno todo el día
y no habría titubeado ni un instante. «Que el Señor te consuele
-le dije-: Debes de haber sido muy desgraciada
para ser ahora tan cruel.» Y vacié
mi monedero contra las losas del suelo: luego, cuando hube arrojado
mi último hechizo en el caldero, todo el patio
empezó a hervir, burbujeando, y de todas las puertas
y ventanas salió un espantoso alarido de risas
y un rugido de juramentos, y golpes tal vez... y continué.
Iba demasiado apresurada para distinguir nada... y empujé
una pequeña puerta lateral que colgaba de una bisagra
y me zambullí en la oscuridad, y a tientas ascendí
por unas escaleras largas, estrechas y empinadas entre un pasamanos roto
y una pared húmeda que se descascarillaba,
y me sobresalté en aquella oscuridad. Sin embargo, ¡subí y subí!
La novia de Romney vivía muy arriba. Me detuve al final
delante de una puerta pequeña, como de una buhardilla, y llamé;
se oyó una respuesta como de una paloma espantada.

«¿Tan pronto? ¿Será ya el señor Leigh? ¿Tan pronto?»
Y, cuando me disponía a entrar, un rostro indescriptible
se encontró con el mío en el umbral. «Ah, no eres tú...
¡No eres tú!» La decepción en su voz sugería:
«Si no eres tú, no eres nadie para mí».
La miré a los ojos, y le cogí las manos,
Y le dije: «Soy su prima, la prima de Romney Leigh,
Y he venido a ver también a mi primo».
Me sorprendieron su cara y su voz,
aquella hija del pueblo. ¿Nacían flores tan delicadas
de raíces tan ordinarias? El pueblo, allí abajo,
puede pecar, y maldecir, y mirar, y apestar de aquel modo...
y tener sin embargo tales hijas.

No era una belleza arrebatadora

Marian Erle. No era blanca, pero tampoco negra,
sino que parecía ambas cosas, como una niebla que cambiara
de acuerdo con la cantidad de luz que le diera, más o menos.
El pelo, también, lucía su opulencia de rizos
dubitativos entre el castaño y el rubio, que impedían
poder nombrar el color. Demasiado pelo tal vez
(algún defecto tengo que decir) para tan poca cabeza,
que parecía vencerse por su peso hacia un lado o hacia otro,
igual que una rosa florida se inclina por culpa de su peso,
aunque ni un soplo de brisa tuviera culpa alguna. Además,
los hoyuelos de sus mejillas habrían sido más bonitos
en unas mejillas más llenas y rosadas; y un poco demasiado grande
era su boca, aunque los blanquísimos dientecillos
la mejoraban con su infantil sonrisa.
No tardó en sonreírme; y sus ojos sonrieron también,
pero fue como si recordaran que habían llorado
y supieran que algún día volverían a llorar.

Hablamos. Me contó toda su historia,
que yo repetiré en su integridad,
tal y como me la pintaron y la confirmaron tiempo después
otras personas, y ella misma también. Marian Erle
nació en las laderas de Malvern Hill,
en el este de Inglaterra, en una cabaña construida por la noche
con barro y hierba (para evitar que la descubriera el amo)
y muy pobre, que si alguna vez el amo la viera,
volvería a nivelar el terreno, pateándola con la bota,

como cualquier otro hormiguero. Nació, ya digo,
y Dios la envió a este mundo con todas las acreditaciones,
con todos sus documentos humanos perfectamente firmados,
sin escasez de espíritu, perfecta en sus rasgos;
pero otros iban a robarle un lugar
en el que llorar al venir al mundo. ¡No había sitio para ella
en las leyes de los hombres! Nacida como proscrita, no era más que un bebé.
Su primer llanto en una atmósfera extraña y asfixiante,
cuando salió entre espasmos del estremecido vientre,
iba en contra de cualquier norma social: una infracción impuesta.
¿Qué derecho tenía aquella criatura para llorar así?

Cuento su historia y se inflama mi espíritu.
Ella, Marian, no lo contaría así, porque utilizaba
palabras tan humildes que a uno no le extrañaba
que fuera una criatura tan triste. «El señor Leigh
consideraba muy posible que esas cosas pudieran cambiar.
Y cambiarán, en el cielo... mientras tanto, en la tierra,
no hay nadie al que le guste más una ortiga que una rosa,
excepto a él. Nosotras somos ortigas, algunas de nosotras,
y ofendemos al mundo por el simple hecho de nacer;
y si abandonamos esa parte oscura del muro,
los azadones, naturalmente, caerán sobre nosotros.» Así lo dijo.

Su padre se ganaba la vida con trabajos ocasionales
que despreciaban otros obreros más estables: guardando cerdos
en tierras comunales, recogiendo sarmientos de lúpulo, o apresurándose
a cosechar antes de las lluvias, o, si había necesidad,
ayudando a los ganaderos galeses cuando un rebaño
o unos caballos espantados se metían en la niebla
de un camino de montaña y llenaban el viento
con relinchos perdidos. Entre uno y otro
de aquellos trabajos irregulares, el hombre bebía y dormía,
y maldecía a su mujer porque, no habiendo ni un penique,
no podía comprar más bebida. Entonces ella se revolvía,
miserable, y golpeaba a la niña como venganza
por su propio corazón roto. Eso no es un crimen,
pero acaba convirtiéndose en una criminal moneda de cambio
una vez que empieza a sonar en el mostrador del mundo;
que los pecadores lo piensen.

Con todo, la niña miserable,

a quien su misma madre le volvía la cara
y renunciaba a la paciencia singular de una madre, vivió y creció;
aprendió muy pronto a llorar en silencio, y a caminar sola,
con ese patético y vacilante balanceo
del cuerpo infantil sobre pies dubitativos
(porque el mundo se siente como un terreno inestable muy pronto)
ante los que la mayoría de las mujeres abren sus brazos de inmediato
con instinto irreprimible. Así, a los tres años,
esta pobre cría abandonada se apartaría del rebaño,
esta niña sería arrebatada de la silla de su madre
y, arrastrándose entre los dorados muros de la retama,
encontró algún resquicio para ver el secreto
azul intenso del Cielo, y agazapada, observar...
Oh, no era para mirar a los ángeles mientras juegan:
ella nunca había oído hablar de los ángeles, sino para mirar
no sabía qué, para ver no sabía qué,
un anhelo de un mundo diferente a esta inhóspita tierra
en busca de algo que se pareciera a la alegría. Le gustaba, decía,
deslumbrarse y cegarse mirando el cielo,
porque entonces le parecía que algún gran Amor ciego descendía
y la elevaba y la abrazaba con un beso;
conoció a Dios de ese modo, y le pegaron por ello
siempre que regresaba a casa, y sin embargo volvía,
con tanta firmeza como una liebre atrapada, viéndose libre,
busca su refugio. Aquel gran Amor ciego, decía,
aquel ser celestial, padre y madre a un tiempo,
la enseñó y la educó mucho más
que la escuela dominical a la que acudió más adelante,
y a la cual una dama la envió para estudiar libros
y para sentarse en un largo banco corrido
con otros niños. Bueno, a veces se reía
al verlos reír y reír, y embrollaba las letras;
pero más a menudo se sentía triste con tanto ruido
y se preguntaba si sus madres también les pegarían tan fuerte
para que se rieran así. Había una niña
a la que quería mucho: Rose Bell, una niña de siete años,
tan guapa e inteligente que leía ya las sílabas
cuando Marian solo sabía decir las letras; también se reía
por nada: levantaba la mano, se reía,
luego se ponía los rizos por los ojos y la boca
para evitar que el maestro viera sus tontadas.

Y estaba también la alegría de Rose, tan generosa como la lluvia sobre las flores del cerezo, que iluminaba a Marian también, al ver otra flor a quien amaba.

Susurró una vez (iban las dos juntas cogidas con el brazo por encima de los hombros): «¿Tu madre te deja reír así?» «Claro -dijo Rose-. Me deja. La metieron en la tierra hace seis años, cuando yo era muy pequeña: ¡las mamás siempre nos dejan jugar y perder el tiempo, y nunca nos regañan ni nos pegan! ¿No te gustaría tener una así?» En esos momentos, Marian se quedó callada y me miraba a los ojos. «Pobre Rose -decía-, oí su risa anoche en Oxford Street. Daría la mitad de mi sangre para que dejara de reír. ¡Pobre Rose, pobre Rose!», decía Marian.

Y continuó.

Resultaba duro, cuando hubo aprendido en la escuela dominical qué era Dios, saber lo que quería de todos nosotros, y cómo al inclinarnos por el pecado defraudábamos a Jesús, tener que regresar a casa y oír a su padre blasfemar y tronar contra todos, y luego emborrachar su alma en la oscuridad apartándose de la razón. Padre, madre, hogar, eran todo lo contrario que Dios y el Cielo para ella: cuanto más sabía del Bien, más se daba cuenta de su Mal; el precio que pagó por el conocimiento fue descubrir la vileza de su familia: por su corazón, por su corazón filial y atormentado supo, desde entonces, que maltrataban la virtud. Oh, es duro saber que tienes un Padre en el Cielo cuando tienes la sensación de ser, en la tierra, peor que una huérfana: es un dolor muy grande tener que dar gracias a Dios por semejante alegría.

Y así fue pasando la vida de Marian de año en año, sus padres se la llevaban con ellos cuando vagabundeaban, por caminos y brezales, cuando frecuentaban pueblos y mercados, y una vez llegaron más allá y alcanzaron a ver Manchester, y otra vez vieron el mar, ese fin azul del mundo, el punto final de un libro maldito; y dos veces estuvo en la cárcel, y entre una y otra cosa,

regresaba a las colinas. Las montañas atraen como el cielo,
y con más fuerza aún a veces, abriéndote los brazos
para que abandones las viles llanuras y subas a ellas;
aunque quizá esos vagabundos seguían vagabundeando,
como las ovejas que conocen su camino
y desde luego se sentían inconscientemente mejor
apartándose de la mugre social de las ciudades
y volvían a limpiarse los pies en la hierba de las montañas.
En aquellos largos vagabundeos, Marian vivió y aprendió,
resistió y aprendió. La gente de los caminos
se detenía y le preguntaba cómo era que tenía los ojos
tan grandes y si los pájaros anidaban
en su pelo; y luego la cogían
(el molinero en su carreta) y la llevaban una milla o dos
(y el chico del carnicero en su caballo). A menudo, también,
el vendedor ambulante se paraba, y le daba golpecitos en la cabeza
con el dedo índice, sucio y lleno de anillos,
y le preguntaba si por casualidad sabía leer;
y cuando ella respondía «Sí», le lanzaba
algún viejo libro de su abundante surtido,
como *Las estaciones* de Thomson, con la Primavera mutilada,
o media pieza de Shakespeare, destrozada:
tuvo que imaginar el final de una página
igual que el principio, algunas veces; ¡una cosa tan difícil como,
estando sentada en la luna, imaginar cómo es la Tierra!
O le daba una gavilla de hojas (para aquella pequeña
Ruth^[64] espigadora) arrancada del centro de otros libros,
de las elegías en iglesias campestres y de paraísos perdidos,^[65]
y de Burns, Bunyan, Selkirk y Tom Jones.
A veces resultaba difícil distinguir las historias,
y con frecuencia la algarabía de palabras desconcertaba a la niña,
como cuando se mira un atardecer hermosísimo
a través de la ventana de una taberna mientras los juramentos beodos
resuenan a tu espalda; pero ella pudo
las ramas de sus libros, y tiró las hojas que le hacían daño
(al principio las rompía en pedazos tan pequeños que no podía leerse ni una palabra)
y arreglaba un ramillete de lo dulce y lo bueno
para llevarlo junto al pecho, y sacarlo
en los ratos perdidos del perezoso mediodía,
cuando le daban permiso para quitarse la capa
y descansar en una cuneta polvorienta,

del polvoriento camino. Y otras veces, con el camino ya hecho,
algún amigo de un pueblo la llevaba de la mano
a escuchar un discurso en alguna institución:
y así había ido creciendo esta Marian Erle nuestra,
no con los conocimientos de los libros -no conocía
a los escritores- ni escuchando las cosas
que dice la gente menos común que está por encima
de la gente común,
sino con el cadencioso rumor de tales cosas, y siendo capaz
de captar en los bordes del viento
algunas frases fragmentarias, aquí y allí,
de aquella deliciosa música que, llegándose
hasta su alma, había reproducido con renovado frescor
los movimientos de sus labios y su mirada.

Ella decía, al hablar de todo aquello, que «si una flor
te lanzaran desde el cielo de tanto en tanto,
no tardarías en encontrar la manera de mirar arriba y cogerlas»,
y eso le había ocurrido a ella. Me contó sus años,
hasta que me hizo sentirme vieja; y luego me contó
sus amargos placeres, hasta que me hizo sentir avergonzada.
Me dijo que casi había estado contenta y feliz
de vez en cuando; satisfecha y afortunada
porque nadie le había ido a romper sus pensamientos de cristal;
mientras las rimas de encantadores poemas difundían
sus ondas circulares de melodía fascinante
por debajo del dedo húmedo al leer.
Sus padres decían que era una niña rara y enfermiza,
que no servía para nada, y dada a la melancolía y el ensimismamiento,
y a sonreír entre las plantas y a mirar las nubes,
y temblaba si alguien la sacaba de su embeleso,
por un golpe o incluso una voz. Los trabajos del campo
no le sentaban bien; y para los callados trabajos hogareños
no había nacido. Si hubieran seguido en el norte,
podrían haberle sacado algún dinero,
como otros padres, haciéndola trabajar en las fábricas.
(Tus hijos trabajan para ti, no tú para tus hijos,
o, de lo contrario, mejor habría sido que se asfixiaran
con su primera respiración.) Pero, en esta vida vagabunda,
nada se podía hacer con una cría semejante,
salvo vagabundear y vagabundear. Y, sin embargo, en la costura

no era manca y tampoco era torpe en el bordado;
y toda la gente del campo le daba su penique
por zurcir medias ancianas
y parchear enaguas viejas para hacerlas nuevas,
y hacer otras tareas ligeras para mujeres ahorradoras.

Un día, dijo Marian -el sol brillaba aquel día-,
su madre había recibido una buena paliza, y le dolían
mucho los golpes, hasta en lo más profundo de su desgraciada alma,
y por eso debió de ser: se presentó de pronto,
y arrancando, como arrebatada por una rabia jadeante,
la peineta del cabello de su hija, dejó que su pelo
se derramara sobre ella, como una repentina cascada,
y luego la agarró por el brazo, sin ninguna oposición,
y la sacó de la choza en la que vivían. Cuando la niña
pudo apartar de su rostro cegado toda aquella catarata
de rizos... allí vio a un hombre plantado, con ojos bestiales,
que parecía querérsela comer viva,
en cuerpo y alma, con pelo y todo...
Aquel aliento ardiente e infecto le hería el rostro
porque le respiraba muy cerca. La madre la sujetaba bien fuerte,
diciéndole entre dientes: «Venga, muchacha, venga, muchacha,
el caballero quiere hablarte ahora; el caballero es muy bueno;
quiere colocarte y hacernos un favor.
Sé educada al menos». La niña se volvió
y miró suplincante el rostro de su madre
(seguro que una madre en su lecho de muerte no necesitará
otro demonio que la atormente más que una mirada como aquella).
«¡Oh, madre! -y luego, con una mirada desesperada al cielo-,
¡Dios, líbrame de mi madre! -gritó-:
¡Las madres son horribles!» Y con una fuerza
tan violenta como temerosa, liberó sus manos
como lirios arrancados de la roca, de las de su madre y las del hombre,
y huyó corriendo, saltando y tropezando colina abajo,
lejos de ambos, tan lejos si era posible
como Dios, ¡lejos! Ellos aullaron
como perros hambrientos a un cervatillo. Ella los oyó aullar.
Oyó su nombre silbando tras ella por las colinas,
como disparos de pistolas. ¡Sigue, sigue! Y al final dejó
atrás las voces y las laderas. ¡Sigue! Un terror enloquecido
había hecho volar sus pies y herir la tierra;

los blancos caminos levantaban rizos de polvo como si sus pies los quemaran,
los campos verdes se derretían y los árboles de las cunetas se apartaban
para hacerle sitio. Luego su cabeza empezó a nublarse,
árboles, campos, giraron a su alrededor y corrían tras ella;
oía los jadeos apresurados de las colinas persiguiéndola,
su ávido aliento en la nuca. Había tropezado,
ya no podía correr más, y sin embargo continuaba, aún más deprisa...
El horizonte, rojo entre las torres del este,
la arrastraba hacia delante, hacia delante, mientras su corazón
seguía inflamado, inflamado, hasta que fue tan grande
que parecía llenar todo su cuerpo; entonces estalló,
y desbordó el mundo e inundó la luz...
«Ahora ya estoy muerta y a salvo», pensó Marian Erle.
Había caído desvanecida.

Quando recobró el sentido,

la noche había pasado, pero no las tinieblas de la vida. Era consciente
de que a su alrededor había golpes y tumbos, oyó ruedas crujiendo,
un carretero gritando a las mulas perezosas,
que balanceaban sus irritantes campanillas en el cerebro de Marian;
luego, entre la lona de la carreta y las rendijas,
la cruel mañana amarilla le dio un picotazo,
estuviera viva o muerta, sobre la paja del carromato:
entonces su alma dolorida se encogió en la oscuridad
y rogó: «Ya no quiero más...». El carretero
la había encontrado en una cuneta, bañada por la luna,
tan blanca como la luz nocturna, salvo por la sangre...
Al principio pensó que estaba muerta, pero cuando le humedeció
los labios y la oyó suspirar, la levantó
y la tumbó en su carreta, sobre la paja,
y así la llevó a una ciudad lejana
en la que tenía negocios que lo reclamaban, y luego dejó
aquel montón de desgracias en el hospital.

Se estremeció: el lugar le resultaba tan nuevo y extraño como la muerte.
La estrecha cama blanca, junto a otras igual de blancas y estrechas,
como tumbas excavadas unas junto a otras, a espacios medidos,
y gente silenciosa caminando arriba y abajo
con maravillosas voces graves y pasos suaves,
y las fantasmales preocupaciones por ambos,
asombrándola con el orden, el silencio y la ley:
y cuando una mano cariñosa le llevó una taza,

ella la cogió, como se hace con el sacramento,
medio sobrecogida, medio temerosa, por no estar acostumbrada
a tanta consideración como la que emana del afecto
y de la amabilidad. Bebidas delicadas
y un rarísimo pan blanco, hacia el que algunas miradas moribundas
se giraron con expectación. ¡Oh, Dios mío,
qué enfermos tenemos que estar para que nos traten como a personas!
Me parece que a los santos del cielo les aterroriza ver
cuántas criaturas desoladas en la tierra
han conocido los sencillos compromisos de la fraternidad
y de la caridad social en un hospital,
como le ocurrió a Miriam. Allí tendida, aturdida, medio en trance,
deseaba -de vez en cuando y si recuperaba el sentido-
estar cada vez más enferma todavía, pues la enfermedad conseguía
que el mundo fuera tan maravilloso, el ambiente tan silencioso,
y el tiempo de estar despierto tan tranquilo como cuando se está durmiendo;
por lo que ella sabía, y tal y como estaban las cosas,
las dolencias con frecuencia acababan en el cielo,
entre éxtasis silenciosos. Cuanto más enferma,
más segura la felicidad. Entonces, dejó caer los párpados,
y entrelazando las manos como flores en la noche
no quiso perderse ni un momento de aquella bendición.

Estuvo en cama y febril durante muchas semanas,
pero la juventud es fuerte y superó la prueba;
el espíritu y el cuerpo magullados volvieron a su ser
y la devolvieron a las obligaciones diarias
y a los deberes cotidianos. Pudo recorrer
las grandes salas vacías del hospital, y observar tristemente
la calle desde algún estrecho ventanuco,
hasta que alguien, que la había cuidado como un amigo,
le dijo fríamente, como un enemigo,
que tenía que irse de allí a la semana siguiente, porque ya estaba bien.
Solo que el corazón aún le dolía. «¡La próxima semana!», pensó,
¡La próxima semana! ¿Qué sería de ella la próxima semana,
arrojada a aquella terrible calle, sola,
entre gente tan violenta...? ¿A dónde iba a ir?

Un día, un día antes del temido último,
entre los convalecientes, como ella
preparados para la mañana siguiente, se sintió aturdida,

y escuchó medio ausente a las mujeres hablar
y cómo una se moría por volver a comer las mejillas de su bebé:
¡el pequeño bribón la reconocería! ¡Solo tenía un año
y era muy despierto, como su padre! Otra estaba deseando
volver al trabajo, y poder llenar algunas bocas hambrientas;
y una tercera ansiaba volver a ver a su hombre,
que la echaba mucho de menos... Y otra se quejaba
y prometía dar su merecido a aquellos vecinos chismosos que se habían atrevido
a decir que se había muerto.

Otra se mostraba orgullosa, y decía que si su querido Luke
la había dejado por una carita más rosadita que la suya,
(descubriría si los cotilleos eran verdad enseguida),
¡que le fuera bien a semejantes amantes! ¡Y que lo ahorquen!
¡Habría valido la pena estar enferma para librarse de él!

Y mientras aquellas mujeres hablaban, y Marian se sentía peor
porque ni siquiera había tenido el peor de aquellos males,
conducían a un visitante por aquellos pabellones
y se detenía entre los pacientes. «Cuando miraba
era como si hablara, y cuando hablaba
parecía que cantara», dijo Marian. ¿Cómo ocurría?
Ella solo sabía que ocurría (de aquel modo contaba,
como podrían hacerlo los serafines, el nacimiento del Sol),
y aquel que vino y habló era Romney Leigh,
y allí fue donde lo vio y lo escuchó por vez primera.

Y cuando le llegó el turno de levantar la mirada
hacia él, con todos aquellos labios pálidos zumbando
y siendo consolados, cuando él se dirigió
a Marian, diciendo: «¿Y tú? ¿Dónde vas a ir?»,
ella, inmóvil como un gusano bajo una piedra
que alguien descuidadamente ha movido de una patada,
se encogió de repente, asustada por la luz,
y rompió a sollozar, diciendo: «¿Dónde voy a ir?
Nadie me lo ha preguntado hasta este momento. ¿Cómo puedo decir
a dónde voy a ir cuando no parece
que ni al mismo Dios, que piensa en todo el mundo,
le importe pensar en mí y decidir dónde pudiera ir?».
«¿Tan joven -le preguntó cariñosamente-, has perdido
a tu padre y a tu madre?»

«A los dos -contestó-,

¡perdí a los dos! Mi padre ardió con la ginebra
cuando yo aún era un bebé, y así lo perdí.
Mi madre me vendió a un hombre el mes pasado
y así la perdí, eso es evidente.
Y yo, que hui de ella durante millas y millas,
como si hubiera visto de cerca las llamas del infierno
por un insospechado resquicio (era mi madre, señor),
al parecer me perdí también al final,
y así perdidos terminamos los tres.»

«Pobre niña

-dijo con tal compasión en su voz
que la calmó más que sus propias lágrimas-: ¡pobre niña!
Es natural que la traición del amor de una madre
suponga también la desesperanza en Dios. Pero ten en cuenta
que Él es mucho mejor con nosotros que muchas madres
y los niños no pueden ir mucho más allá
del alcance de sus luminosos vestidos. ¡Cógelo y no lo sueltes!
Y si tienes que llorar aún, llora donde Juan apoyó la cabeza[66]
mientras Jesús le hablaba.»

Marian podía repetir las palabras,
me dijo, exactamente como él las había pronunciado,
un año después... Desde entonces, ante cualquier duda o amargura,
aquellas palabras surgían como estrellas, y brillaban
con el mismo consuelo de siempre. Eran palabras comunes, tal vez;
los ministros de la Iglesia podrían decir las mismas;
pero él... él hacía iglesia cuando hablaba,
y la diferencia era el milagro, me decía.

Luego, llevando su sonrisa hasta el arrobamiento,
añadía con premura: «Repito sus palabras,
pero no sus matices: ¿es que alguien puede repetir
la música de un órgano fuera de la iglesia?
Y cuando me dijo “Pobre niña”, cerré los ojos
para sentir cómo surtían efecto sus tiernas palabras,
igual que el bálsamo benéfico surtía efecto en los pies heridos
liberando el rico y curativo perfume de nardos».[67]

Marian me contó cómo la había rescatado y salvado
con respetuosa compasión, como si al tocar el dolor,
tocara las llagas de Cristo, y aquello la hacía sentir
que podía respetarse a sí misma. La esperanza, le había dicho él, la creencia

en Dios eran una tarea, un culto... ¡roguemos pues!
Y así, arrancándola del ateísmo
y manteniéndola incólume y apartada del rostro de su madre,
la envió a un famoso taller de costura,
en las afueras de Londres, donde pudiera trabajar y tener futuro.

Y así se despidieron. Marian conservó su cielo,
pero no a Romney. Tenía mucho que hacer
para otros: a lo largo de muchos días y muchas noches,
Marian cosió y cosió y cosió. A veces se hundía,
y se preguntaba, mientras en la luz ambarina
intentaba meter un nuevo hilo en el ojo de la aguja:
¿cómo la gente, sin madres en las colinas,
podía elegir la ciudad para vivir? Luego preparaba
la puntada y pensaba cómo sería ahora el rostro de Romney
y si él se acordaría de ella
cuando se encontraran después de morir.

LIBRO CUARTO

Se encontraron bastante antes. Había pasado un año desde entonces, cuando Lucy Gresham -la niña enferma del taller de costura, que cosía junto a Marian, tan callada y aplicada, y se giraba en su silla para toser más libremente cuando la señora hacía la ronda, dando al resto ocasión para reír- al fin se rindió. Entre las trabajadoras habló una niña atrevida con cejas negras y labios rojos: «¿Sabes lo que ha pasado? ¿A que no sabes quién se está muriendo? Nuestra Lucy Gresham. Me ha sorprendido tanto como si me anunciaran la boda de Nell Hart. No te ruborices, Nell: tus rizos ya son suficientemente rojos y no necesitan la ayuda de tus mejillas, y algún día encontraremos a un hombre que enloquezca con los rizos pelirojos. Lucy Gresham se desmayó anoche, se cayó de repente en la calle cuando iba a casa; y ahora el panadero dice, porque él la recogió y la tumbó en la cama junto a su abuela, que no le da más de una semana de vida. Dame la seda. Esperemos que el panadero le dé también algo de pan, de paso, o de lo contrario ambas morirán de hambre antes de fallecer, ¡pobre par de mujeres! Señorita Bell, gracias por las tijeras. La abuela es paralítica, y esa es la razón por la que el hilo de nuestra Lucy iba más rápido que su aliento, que iba muy deprisa, como todas sabemos. ¡Marian Erle! Bueno, ¡Marian Erle!, ¿cómo eres tan tonta de ponerte a llorar? Tus lágrimas van a estropear el nuevo vestido de lady Waldemar, ¡serás sensiblera!».

Marian se levantó rápidamente,

y apartándose de la conversación y de la labor, salió a la calle, ante la cara de sorpresa de todas,

y fue a casa de Lucy, para ocuparse de ella en su regreso a la vida o en su viaje a la muerte. Ella sabía que haciendo eso, el puesto y el favor perdería en el taller, cuya dueña sustituiría la mano de obra perdida con inhumana y apremiante celeridad, y nadie la culparía. Pero la compasión también tiene sus obligaciones: Marian no podía abandonar a un alma solitaria, dejándola hundirse en la oscuridad, mientras ella, impasible, cosía con agujas el dobladillo lujoso de una dama como si no hubiera nada más importante. «Bueno, Dios -pensó Marian-, Lucy necesita una mano en este momento; tal vez necesite beber algo. ¡Que me echen en falta en el taller, pero que Dios no me eche en falta!»

Así que Marian se sentó junto a la cama de Lucy, feliz de cumplir con su obligación, y fuerte, como recompensa, para sujetar bien alta la antorcha del amor humano, para poder mirar los ojos moribundos y confortarla, hasta que los ángeles, en el lado luminoso de la muerte, tuvieran preparadas las suyas. Y decía, cuando Lucy le daba las gracias a veces, y la llamaba «buena», que aquello la conmovía de un modo extraño. «¡Marian Erle, tan buena! ¡Marian, maltratada y vendida, que no pudo morir! ¡Qué buena suerte es poder ser bueno! Ah, tú... -dijo-, que naciste con ese don, ten compasión de los desheredados, de los pobres, de los que se ven reducidos a pensar que su mayor fortuna es que los otros, simplemente, sean amables con ellos.»

De sueño en sueño, Lucy se iba dulcemente, como el sol tras las colinas, cuando nadie puede decir el momento en el que se va aunque todos ven que se ha ido; entonces un hombre vino y se quedó junto a la cama. La vieja desgraciada lloriqueó un poco, como una cría que se atraganta: «Señor, señor... ¡No me confunda con la muerta! ¡No me mire a mí, señor! ¡No me entierre! Aunque estoy aquí tendida, estoy tan viva como usted, salvo por los brazos y las piernas... Y como y bebo, y tengo conocimiento... ¿No es usted el caballero que se ocupa de los funerales? Por el Cielo, señor, dese prisa:

que desde luego yo estaría mucho mejor
si Lucy, esta de aquí... Lucy es el cadáver...
si Lucy hubiera trabajado mejor y me hubiera comprado vino:
pero Lucy, señor, siempre fue muy lenta en el trabajo,
así que no pierdo mucho con ella. Marian Erle,
di algo, y enséñale el cadáver al caballero...».

Entonces una voz dijo: «¡Marian Erle!». Ella se puso en pie.
Era la hora de los ángeles: allí estaba el suyo.
Apenas si pudo sorprenderse de ver a Romney Leigh.
Igual que la ligera nieve de noviembre encuentra los nidos vacíos,
como la hierba en las tumbas, como el musgo en las piedras húmedas,
como julio ilumina las ruinas, a través de las brechas,
como los espíritus benéficos para los deudos, tras una pérdida,
como el mismo Cielo para los hombres, tras las punzadas de la muerte,
Romney Leigh entró sin llamar donde el dolor ya había entrado.
«Así nos encontramos de nuevo -dijo Marian Erle-.
Y añadió dulcemente-: Ya no nos separaremos.»

Leigh no se enfadó porque Marian hubiera abandonado el taller
en el que él la había colocado. Bueno, Marian se había temido que aquello podía
haberle molestado. También, cuando descubrió que seguía
cuidando, una vez que se llevaron a la muerta,
al cuerpo medio muerto medio vivo que quedaba en la cama
con el corazón y la carne podridos, que te lo exigía todo
y te maldecía por el poco bien que le hacía
(¿quién podría abandonar a aquella desgraciada postrada y sola,
tan amargada, desagradecida hasta con Dios,
y mucho más contigo?), él no dijo que estuviera bien,
pero Marian pensó que no se lo había tomado a mal,
porque día tras día fue viniendo, y todos los días
ella sintió en sus palabras y en sus miradas
una presencia más cercana y más tierna de su alma,
hasta que al final dijo: «Ya no nos separaremos.»

Aquel mismo día terminó el trabajo de Marian:
había hecho la cama vacía y había barrido el suelo
del serrín del ataúd, había colocado las sillas
de las que la muerta había acabado renegando, y se había quedado
en medio de aquella triste habitación tan gélida y ordenada
con la llave en la mano, dispuesta a marcharse

como las *otras*, aunque no por el mismo camino. Leigh habló.

«Querida Marian, de arcilla nos hizo Dios,
y aunque los hombres amasen, hurguen y se revuelquen en ella
(como niños que juegan con los pastelillos de barro)
y den a sus imaginaciones el nombre de hechos reales,
asumiendo las diferencias, las dignidades y los privilegios,
cuando todo es pura basura... regresan a la arcilla finalmente;
el enterrador lo demuestra con una pala,
y lo deja todo nivelado. ¿Tenemos que esperar nosotros eso también,
tú, Marian, y yo, Romney?»

Ella, entonces,

puso cara de no entender nada, como cuando uno mira
a través de las torrenciales lluvias de otoño para buscar el cielo.
Él siguió hablando.

«Marian, nací siendo

lo que la gente llama noble, y tú naciste
de un pueblo noble, aunque la lanza tirana
que hirió el corazón de Cristo ha hendido el mundo en dos,
entre clase y clase, enfrentando a ricos y pobres,
¿debemos por eso separarnos? No creo. Apoyémonos
y trabajemos juntos, más bien, codo con codo,
suturemos los bordes sangrantes de esa herida abierta,
tanto como dos almas sean capaces... ¡Sí, apoyémonos y aliémonos,
yo desde mi superabundancia, desde tu necesidad,
tú, y unámonos en una protesta contra el mal
desde ambos lados!»

En fin, él le cogió la mano

mientras hablaba, lo cual enturbió mucho el sentido de sus palabras:
el corazón de Marian, frente a las palabras de Leigh, latía tan fuerte,
que bien podrían haber parecido escritas en el polvo
donde algún pobre pajarillo, escapando del pico del halcón,
hubiera caído, y batiera sus temblorosas alas -todas las palabras
así borradas-; sin embargo, lo que entendió fue algo parecido a esto:
que ellos dos, estando a ambos extremos
de las clases sociales, habían recibido un sello,
que habían sido destinados y designados, más allá de sus deseos,
para la misericordia y para ayudar a los demás: él, en efecto,
a través de lo que sabía, y ella, a través de lo que sentía;
él, con la consciencia del hombre; ella, con el corazón femenino,
renunciando a sus distintos puestos de privilegio

de comodidad y riqueza, o de trabajo honrado,
para trabajar con Dios y por amor. Y puesto que Dios había querido
que al adelantar su mano hubiera tocado esa arca,[68]
y encontrara la mano de una mujer allí, aceptaría
aquella señal también, sujetó fuerte la dulce mano de Marian
y dijo: «Compañera mía: ¡sé mi esposa!».

Marian contaba la historia con voces sencillas y rústicas,
con palabras que adquirían otro significado en sus miradas,
que superaban los vacíos de cualquier frase imperfecta
de un hablante que no ha ido a la escuela: yo escribo más bien
lo que entendía que lo que
escuchaba. Y no puedo plasmar bien
su animada gesticulación, silvestre pero dulce,
casi sobresaltada respecto a su habitual estado de ánimo,
medio triste, medio lánguida... Sus palabras eran como criaturas sobresaltadas (ahora
un pájaro cantarín, ahora un cervatillo vagabundo,
o una ardilla relampagueando en la umbría de un roble,
la cabeza de bronce, mirando de reojo, a su manera
de silvestre espontaneidad) que estremecen
de repente el verde silencio de los bosques
y lo hacen extraño, más sagrado, más profundo,
porque entonces el corazón íntegro de la Naturaleza se reconoce
pura vida, y luego vuelve a su descanso.
Besé aquellos labios cuando terminó: «Entonces, es verdad...
¿es cierto que te ama, Marian?».

«¿Si me ama?» Miró al cielo,

como una niña asombrada cuando le preguntas por vez primera
quién hizo el Sol: fue un rubor de desconcierto, que fue aumentando
hasta que se rompió en una repentina y radiante sonrisa
de confirmación. «¿Que si me ama? ¡Él lo ama todo!
Y a mí también, por supuesto. De lo contrario no me habría pedido
que trabajara con él siempre, y que fuera su esposa.»
Sus palabras fueron casi un reproche. Tal vez aquello era el amor:
tener las manos tan llenas de presentes para los demás,
que no se pueda sacar una mano para recoger uno;
al amar tanto, el perfecto círculo del amor
incluye, en sentido estricto, al ser amado;
como el rocío del Paraíso ascendía y descendía de nuevo,
suficiente para regar el Edén. Obviamente,
nunca había pensado sobre su amor en absoluto.

Las cataratas de su alma se habían precipitado,
y la espuma la había coronado con un arcoíris. ¿Se preguntaba
tal vez quién la había coronado? Le bastaba con ser coronada.
Con las mujeres de mi clase ocurre algo bien distinto:
nosotras discutimos hasta la más mínima diferencia en el valor de nuestro oro,
y tanto amor se vende por tanto amor,
como en el mercado de Rialto.[69] ¿Estamos equivocadas, entonces?
Si el matrimonio es un contrato, estúdiense bien entonces,
porque las partes contratantes deberían ser iguales, en justicia;
pero si solo hay juramento de fidelidad por una parte,
una mera religión, lo único que queda es el derecho a entregarse:
algunas novias de Europa piden sumisamente
inmolarse en la pira, como hacen las viudas indias,
reuniendo allí la sal de su tierna juventud y
las joyas de sus divinas virtudes ajadas:
a más joyas, más gloria, para consumirse por completo,
¡pero por un marido vivo! Como el marido está vivo,
y no muerto, las obligaciones de la mujer van mucho más
adelantadas en Inglaterra, mucho más que en el Indostán.

Me quedé pensativa, hasta que ella me tocó la mano
con la suya, tan dulcemente como un extraño pájaro blanco
que temiera sobresaltarme al tocarme. «Es usted muy amable,
pero ¿está molesta tal vez en el fondo de su corazón
porque su primo me haya elegido como esposa?
Yo sé que no valgo... bah, nada, en realidad,
y por eso me alegra tanto que me haya escogido a mí.
Lo que más le gusta son los desgraciados de este mundo;
así que si pudiera, tampoco querría ser rica.
Le gusta agacharse para coger margaritas;
y yo no querría ser una rosa que trepa por el muro
ante la que se detuviera una reina, junto al palacio,
para decirle al cortesano: “Córtame esa rosa,
que es más hermosa que las demás”. ¡Oh, Romney Leigh!
Preferiría con mucho ser aplastada por su pie
que adornar el noble pecho de una reina.»

se detuvo.

Casi exhausta,

«Dulce Marian, ¿de veras reniegas de ser rosa
con esa cara?»

Ella inclinó la cabeza,

como si el viento se hubiera apoderado de aquella flor
y la hubiera doblado en el jardín; luego levantó la mirada
con reservada firmeza. «Bueno, ¿usted cree que soy muy atrevida!,
pero todos los somos un poco cuando rezamos a Dios.
Y si soy atrevida, créame, señora,
que puesto que me conozco, sé lo que soy;
mucho más conveniente para criada que para esposa,
demostraré que la criada y la esposa a un tiempo
le servirán amorosamente, y lo amarán y lo obedecerán,
y seré incluso una compañera más valiosa, tal vez, que algunas
que van vestiditas de seda y con sus libros aprendidos;
porque yo me las arreglaré para leer en sus ojos
hasta que lo lea más claro que el francés
para esas señoritas tan listas. ¿Cree usted que se me pasará por alto
una sola letra cuando lea su pensamiento?
No más que las demás, cuando se sientan y escriben
sus billetitos con todas sus caligrafías oscilantes y presumidas,
y no se detienen a preguntar por las letras de una palabra,
o si debe ser y o *i*, porque se lo saben muy bien:
yo las he visto escribir, cuando llevaba los vestidos
y esperaba, y cómo sus manos suaves y blancas
volaban sobre el papel reluciente. Pero son muy groseras a veces,
¡para tener esas manos! Nosotras hemos estado en vela muchas noches,
y hemos gastado luz amarilla de las velas hasta amanecer,
que parpadeaba y temblaba en nuestros ojos doloridos,
tanto que la noche parecía más tolerable, solo para que
esas bonitas damiselas pudieran lucir hermosas,
y nos dijeran: “¡Ay, qué perezosas sois en ese taller!
¡Y cuánto tardáis en enviar el trabajo a casa! ¡Me parece
que he estado esperando una hora!”. Discúlpeme...
no quiero culparlas, señora, ni menospreciarlas;
son muy guapas y elegantes... sí, pero no como usted,
porque nadie salvo usted tiene la misma sangre que el señor Leigh,
tan noble y amable... Y, sin eso... bueno,
ellas son guapas, ya le dije; tan guapas que parece bastante extraño
que, reflejando en todos esos espejos
la maravilla de sus gloriosos rostros y pechos,
estén tan encantadas que olviden mirar detrás
y observar lo pálidas que estamos nosotras: nosotras, desgraciados
desperdicios del mundo. Y por eso, tal vez,
si el señor Leigh hubiera escogido a una de esas damas,

podría... -aunque él es mejor que la mejor de ellas,
y le dolería averiguarlo- podría robarle un pensamiento
que sería solo del señor Leigh, una mirada de su rostro
para sumergirse en un espejo,
en busca de su propia belleza; mientras que yo...
Ay, querida señora, la tela de sarga es mejor que la seda
en los días de invierno, cuando los cuerpos tienen frío,
y yo seré una esposa fiel para vuestro primo Leigh.»
Antes de que yo pudiera responder, Romney se presentó allí.
Creo que había estado en la estancia un tiempo antes
y que había escuchado probablemente la mitad de la conversación,
paralizado, petrificado... tan blanco como la tiza.
¿Así que las palabras cariñosas hacen palidecer así a los hombres?
Él la amaba profundamente.

«Ah, estás aquí,

Aurora. ¡Por fin te encuentro!» Nos estrechamos la mano.

«Así es, querido Romney. Lady Waldemar,
impaciente, me ha enviado para que conozca
a mi futura prima.»

«Lady Waldemar es buena.»

«Aquí hay una persona, al menos, que también es buena -suspiré, y acaricié
el pelo de la pobre y feliz Marian, mientras ella, como un perro,
apasionadamente paciente, siguió esperando
levemente temblorosa a que le tocara el momento del saludo-.
He estado hablando más de una hora con tu Marian Erle,
y la he escuchado emocionada, y desde el fondo de mi corazón
estoy en condiciones de darte las gracias
por darme una prima así.»

«Por fin aceptas

un regalo mío, Aurora, ¡y sin desdén!

¿Al menos te ha agradado?» (¡Cómo había cambiado su voz!)

«No puedes complacer a una mujer contra su voluntad,
y en aquella ocasión me ofendiste. ¿Tenemos que hablar de aquello?
Digamos, entonces, que fuiste noble en todo
y yo no muy ignorante: dejémoslo así. Y ahora,
sí que me complaces, Romney, cuando te complaces a ti mismo;
así que, por favor, sé un entusiasta loco de amor

y yo me daré por satisfecha. ¡Ay, primo! En la vieja mansión,
donde se conservan todos los retratos de los Leigh,
no encontraremos una nobleza más dulce
que esta mujer tan pura.»

Él no dijo ni una palabra.

¡Qué arrogantes son los hombres! Incluso los filántropos,
que intentan tomar esposa del mismo modo
que firman un cheque de suscripción, si acaso
ella se vuelve y dice: «No quiero cobrar por esto,
señor caritativo», se sentirán ofendidos
como si ella los hubiera agraviado de algún modo. Supongo
que nosotras, las mujeres, deberíamos recordar lo que somos,
y no rechazar un óbolo grabado
con la imagen de César a la ligera. Continué.

«Me sorprende que algunos de esos sublimes retratados de Van Dyke^[70]
no eran lo suficientemente orgullosos para creerse santos en el Cielo;
y, siendo así, no serán muy orgullosos hoy,
para inclinarse (ahora ya no llevan golas en los cuellos)
y aceptar a esta noble Marian, buena y sincera... tuya,
y mía, por supuesto: los poetas (admitamos la palabra),
e incluso los medio poetas son también completos demócratas...
Oh, no es que seamos desleales con los superiores,
sino que somos leales con los inferiores, y reconocemos
hasta las majestades menos evidentes. Por lo que me concierne, pues,
comprendo perfectamente tu elección y defendiendo
tu derecho a elegir.»

«No, no, no -suspiró,

con una suerte de melancólico e impaciente desprecio,
como un hombre que no ha tenido hijos
habla con un niño que juega a ser hombre-.
No, en absoluto, tú no: tú no puedes comprender
mis decisiones, mis fines, mis motivos, ni a mí mismo.
Pero no importa ya: dejémoslo estar, como dices.
Te agradezco tu generosidad de prima
que me ayudó a hacerte este regalo. Y acepto de su parte
tus consideraciones favorables. Ella y yo somos víctimas del presente,
nosotros dos, que no somos poetas, de un presente donde casarse
requiere menos amor mutuo que amor universal
para difundirlo juntos y unidos
sobre los muchos desheredados del amor. Trabajar en pareja,

remando juntos o con anillos de matrimonio:
la diferencia radica en las distinciones, no en el trabajo,
y para eso vamos a unirnos: ella y yo. Pero el amor...
(vosotros, los poetas, estáis ciegos en esta época;
ya es demasiado tarde para cazar siquiera polillas,
así que cazáis mosquitos), ¡ah, el amor...! El amor, paraíso de idiotas
pasado de moda, como el de Adán. Pon a un cisne
a nadar en el Trenton y mejor que el amor verdadero
flotará con su fabuloso plumaje y a salvo estará
en las cataratas de este mundo ruidoso y cambiante,
cuyos bramidos, para siempre, y en adelante, los oídos
me dejarán sordo para la música.»

Entonces me volví

y besé a la pobre Marian, enfurecida de ira.
Aquel hombre me había frustrado, irritado, así que busqué
refugio en la mujer, igual que cuando a veces
asfixiada por la atmósfera cargada de una habitación llena de gente
una busca una ventana abierta, y se asoma
para respirar una profunda bocanada de aire en la noche húmeda
y calmar la ira. ¡Ella, al menos,
no estaba hecha de ladrillos, como los muros,
con cada idea cuadrículada y cada sentimiento ordenado en filas,
donde se hubiera aplicado el mismísimo fuego de la juventud
para endurecer la forma y la estructura! Unos excelentes ladrillos,
un muro bien construido, que te detiene en el camino
y, ante el cual, uno no puede ver nada de lo que hay detrás
aunque golpees la cabeza contra ella... ¡Bah!

«Adiós -les dije-, mis queridos primos;
y, primo Romney, perdóname la expresión:
¡sé feliz! ¡Oh, lo digo en un sentido místico,
por supuesto! No tengo intención de que sufras al desearte el bien.
Adiós, mi querida Marian: ¿puede venir conmigo,
querido Romney, y partir a la boda desde mi casa?
No será parte de tu filosofía
mantener al pájaro en el espino...»

«Claro

-contestó-, pero lo es: cogí a mi esposa
directamente del pueblo, y ella viene
como vino la princesa de los Austria a la Francia imperial,^[71]
con todas sus águilas, sin renunciar a su sangre,

desde la corte de Margarita de Austria a esta buhardilla, para conocerme y casarse conmigo en la iglesia de Saint James, y no abandonará su vestido de tosca sarga por eso. Lo que hacemos, lo hacemos: no llevaremos máscaras, como si nos avergonzáramos.»

«Querido Romney, el poeta eres tú», contesté.
Pero creo que mi sonrisa fue demasiado triste para acompañar aquellas palabras, así que me di la vuelta y me fui. ¡Sí, máscaras, pensé, cuidado con las máscaras trágicas que nos ponemos ante el espejo, subidos en los coturnos, varios palmos por encima de nuestra estatura natural! Representamos papeles heroicos para nosotros mismos, y acabamos, tal vez, tan impotentes como las mujeres de Atenas, que chillaban histéricas con las *Euménides*.^[72]

Romney me siguió escaleras abajo. «Al menos tendrás que soportar que te acompañe por estas calles espantosas, estas tumbas, donde viven los hombres encerrados con las lombrices, farfullando inconscientemente sobre la maldición que los está matando; deja que vaya contigo. Incluso las mujeres arrojan sus injurias con barro a cualquier mujer que camine sola por aquí. ¿Cómo se te ocurrió venir sola? Eres una insensata.»

Fue un paseo extraño y melancólico:
la noche llegó con una llovizna que se convirtió en lluvia oscura; y, mientras caminábamos, el color del tiempo, el acto, la presencia, mi mano en su brazo, su voz en mi oído, y la mía en mis propios sentidos, comenzaron a parecer antinaturales. Hablamos de libros modernos, y de la prensa diaria; de los proyectos matrimoniales españoles y del clima inglés... ¿Hizo tanto frío el año pasado? ¿Cambiará el viento mañana por la mañana? ¿Aguantará Guizot?^[73] ¿Hay mucha gente en Londres? ¿Cómo anda el comercio? ¿Dickens sigue doblándole el dedo a los poderosos? ¿Y las patatas? ¿Siguen siendo tan míticas como la *moly*?^[74] ¿Y las manzanas también se van a pudrir? ¿De dónde sopla el viento esta noche? ¿Sureste? ¿Este? Seguimos hablando mucho, aunque todas las palabras comunes parecían teñidas con una sombra al final,

dispuestas a arrojar sobre nuestras cabezas
un terror imprevisto. Sin embargo, no hablar
era aún peor y mortal: destrozábamos con ansiedad
cualquier silencio, todas las pausas inocentes para respirar,
como si fuéramos oscuros conspiradores atemorizados
que tuvieran que destruir todos sus documentos en los que las firmas
nos expondrían a una espantosa vergüenza o a la muerte.

No puedo decir por qué fue así. Era evidente
que no nos amábamos ni nos odiábamos: ¿de dónde entonces ese temor
a sembrar pólvora en un suelo donde no había fuego?
Tal vez habíamos vivido demasiado cerca para disentir
tan absolutamente: deja dos relojes, eso dicen,
dispuestos con diferentes horas, sobre una repisa,
y lentamente, debido a los engranajes del interior de ambos,
el movimiento mecánico universal los colocará
en la misma pulsación, hasta que tengan ambos la misma hora.
No ocurría eso con nosotros, claramente. Mientras él
daba la medianoche, yo seguía dando las seis, al amanecer;
Mientras él señalaba la hora del Juicio, yo el día de la redención;
y esta excepción a la regla general,
que es implacable incluso con los objetos inertes,
pudo hacernos desconfiados el uno para con el otro,
un misterio atractivo o un desconcertante temor.

Pensé, cuando nos despedimos en la puerta,
lo extraño que había resultado aquel «buenas noches»: como unas «buenas noches»
a la cabecera de un lecho de muerte, donde el sol matutino
llega demasiado tarde para más «buenos días».
Toda aquella noche estuve pensando: «Buenas noches, dijo».

Y así, un mes pasó. Permítaseme decirlo
de una vez: estaba equivocada, estaba equivocada.
Siempre nos equivocamos, cuando pensamos demasiado
en lo que pensamos o en lo que somos; aunque nuestras ideas
sean tan puramente amargas como un sacrificio,
no somos menos egoístas. Durmamos en rocas
o en rosas, si dormimos hasta el mediodía
seremos unos perezosos. Esto lo escribo contra mí.
Había convertido en un deber la visita
a Marian, y estaba dispuesta también

a dar testimonio de mi presencia y nombre
dondequiera que se casara. Lo cual, pensaba yo,
era suficiente. Incluso había añadido a la báscula
un sobrepeso de justicia para el enlace;
a lady Waldemar no le había servido su truco,
se había visto el engaño por ser demasiado directo
para un propósito torcido, mientras que la pobre Marian Erle
nada había perdido en mis palabras o en mis actos:
yo no había escatimado generosidad en general,
ni tampoco había sido grosera, y era suficiente. Me sentía
cansada, agotada; aquel matrimonio era un tanto ficticio;
y si no lo era, todo el alboroto nupcial...
Habían llenado el mapa de la vida con chinchetas,
con planes como «Vamos a ir aquí...» y «Vamos a quedarnos aquí»
y «En todas partes prosperará nuestro amor»,
y no era de mi incumbencia. Dejaría que se las compusieran.
¿A quién más debería importarle? Yo me apartaría,
como quien ha hecho su trabajo y cierra los ojos
confiando en que todo vaya bien.

Yo, que debería haberlo sabido,

¡que debería haber previsto el error! Cuando nos negamos
a proteger a nuestro hermano, nos convertimos en su Caín.

¡Podría haber protegido a aquella pobre niña, y a mi corazón,
un poco más! Y el corazón me podría haber advertido,
con sus latidos, que no apremiara el día de la boda,
y que la mantuviera a salvo, entretanto, de manos manipuladoras
o, tal vez, de una trampa. No sé qué me impidió
contarle claramente a Romney los planes
de lady Waldemar, tal y como me los contó,
a mí... ¡a mí! ¿Acaso tenía yo algún derecho, sí, derecho,
fuera por compasión femenina o por prudencia,
a impedir la maldad de aquella mujer?
¿Tenía derecho a no hacer nada, sabiendo lo que sabía,
y oír cómo decía que era una mujer *buen*a!

Desconfiemos de esa palabra.

«Nadie es bueno, salvo Dios», dijo Jesucristo.
Si Él, una vez, en la primera semana de la Creación,
llamó a sus criaturas «buenas», después y para siempre
el Demonio solo consiguió, con sus herederos,
que los malvados ganaran y los tontos perdieran.

El mundo es un lugar peligroso. En la Edad Media, creo, llamaban a los demonios maléficos y a los duendes «buenas gentes». Un buen vecino, incluso en nuestros tiempos, es fatal a veces: puede aderezar su mañana con picadillo de la conversación más nimia y por la noche endulzar su té con tu reputación. He conocido buenas mujeres, tan castas, o casi tan castas, como la de Putifar; [75] y buenas, buenas madres, que utilizarían a su hijo para orquestar una intriga; buenos amigos, también, (muy buenos) que colocan dulcemente alrededor de tu cuello una soga y te cortan la respiración, como se dice que hacen los gatos con los niños dormidos. Y todos conocemos a buenos críticos que han destrozado las esperanzas de un poeta, a buenos políticos que han arruinado sus países, a buenos patriotas que, por una teoría, minaron una causa, a buenos reyes que destriparon a sus súbditos por un impuesto, a buenos papas que pusieron todo lo bueno en peligro, a buenos cristianos que se quedaron cómodamente sentados y maldijeron al resto del mundo por estar de pie. ¡Ay, que el buen Dios perdone a la gente buena!

Mis palabras son amargas, porque es muy cierto que nuestra blanca e inocente compasión se pudre por culpa del constante y ardiente sol... Mezclemos lo más dulce que tengamos durante el tiempo suficiente con la gente, y acabará siendo un brebaje podrido, demasiado amargo para alimentar siquiera a los corderos menos exigentes de Cristo.

Debería haber pensado que una mujer de mundo como ella, de la que estoy hablando, es su propio centro del mundo, y el mundo ha girado en torno a ella media vida en un aislado egoísmo y capricho, como un molino de viento visto en la distancia, irradiando sus delicadas y blancas aspas contra el cielo, suave y silenciosamente, sencillamente maravilloso... pero visto de cerca, ¡qué ruidoso es y qué crujidos se oyen, y cómo tritura y desmenuza! Si esa mujer ama de alguna forma, su amor es una reformulación del amor propio, y nada más; la necesidad de servirse de otro para su interés personal, del mismo modo que el molino necesita grano,

el fuego necesita madera, y todos los lobos necesitan su presa;
y ninguno de estos es más escrupuloso
que esa encantadora mujer cuando ama.
No la detendrá un obstáculo
tan nimio como... su alma. ¡Y mucho menos tú!,
ni Dios. No flaqueará ante Él, desde luego.
No se detendrá por la marquesa de Perth
si quiere entradas para un baile.
Ella le amará, señor, apasionadamente, con locura;
le amará como a sus diamantes... casi.

Bueno...

el caso es que transcurrió un mes, y entonces llegó la noticia.
Tal día se celebraría el matrimonio en la iglesia.
No me eché atrás.

A medio St. Giles harapiendo

se le invitó a reunirse con St. James vestido de gala,[76]
y tras el contrato del altar, todos
acudirían al banquete celebrado en Hampstead Heath.
Por supuesto, la gente asistió voluntariamente:
cojos, ciegos y cosas peores, enfermos, tristes y cosas peores,
todos los fluidos asquerosos de las infectas heridas sociales
se esparcieron por allí, se derramaron por Pimlico,
infectando una atmósfera poco acostumbrada
con una repugnante mezcolanza: uno casi podía ver allí
el final de una especie, las consecuencias de una peste,
los muertos salidos de sus tumbas y a la luz del día,
con la mugre de la muerte encima. ¡Qué espectáculo!
Una fiesta de miserables
es más triste que el entierro de un rey.

Ocuparon las calles, rezumaron en la iglesia,
con su lenta y oscura corriente, como la sangre. Para ver aquel espectáculo,
las nobles damas se levantaron en sus bancos eclesiásticos,
algunas, pálidas de miedo, otras rojas de ira,
algunas simplemente curiosas, otras sencillamente insolentes,
y otras con sorprendido desprecio: «¿Qué será lo próximo? ¿Qué será lo próximo?».
Estas se mordían sus delicados labios rosados en una sonrisa
que resultaba poco adecuada en un lugar sagrado,
con cenefas bordadas en pañuelos perfumados;
aquellas se pasaban las sales con miradas de complicidad
y estremecimientos simultáneos de seda *moiré*;

mientras que todos los pasillos, vivos y negros con cabezas,
se deslizaban lentamente hacia el altar desde la calle,
como una culebra herida que sale y silba en su agujero,
con temblorosas contracciones y lentas ondulaciones,
de un lado a otro, y luego del otro al uno,
con jadeos y pausas. ¡Qué espantosa decoración
de rostros, olisqueando por todas partes,
desde aquella multitud saturada! Uno no suele
ver caras como esas a la luz del día:
porque se esconden en los sótanos, para no asustarte
ni para volverte loco como a Romney Leigh. ¡Qué rostros! ¡Oh, Dios mío!

¿Podemos decir que eran rostros? De hombres y de mujeres, sí,
y de niños. Criaturas colgando como harapos
olvidados del cuello de sus madres; bocas hambrientas
a las que se ha limpiado la leche materna con la manga materna
antes de enseñarles sus blasfemias. ¡Qué rostros! Buf...
Llamémoslos vicios putrefactos hasta la desesperación,
o penas petrificadas hasta el vicio: ni siquiera
el leve roce de un dedo de Dios había tocado esos rostros;
todos ruinosos, perdidos... el gesto tan estragado
como sus andrajos, la voluntad tan sucia como sus actos,
las pasiones disolutas y revolcándose en la basura
para tropezar al primer paso...
¡Aquellos rostros! Era como si hubieras agitado el infierno
para sacar de allí a los demonios más repugnantes
en ardientes torbellinos de babas y fango... Aquellas frentes huidizas,
aquellas mandíbulas hundidas y siempre abiertas
para maldecir tu raza, para corromper tu sangre,
y pintar con colores diabólicos todos tus sueños
de ahora en adelante... aunque te hubieras quedado dormido
junto al tintineo de aguas argentinas, en un pensamiento
sobre la dulce *Madonna del pájaro* de Rafael.

He despertado y he dormido muchas noches y muchos días
desde entonces... pero aún aquel día me corta la respiración
como una pesadilla. Desde luego, hay días horribles,
en los que los años fibrosos echan raíces
tan profundamente que se estremecen hasta sus últimas ramas
siempre que una sacude el polvo de un día como aquel.

Mi primo me buscó con su mirada y con su mano,
y, luego, solo unas cuantas palabras... aquel «Marian Erle
vendrá con sus damas de honor»,
me apresuré a colocarme junto al altar
donde él y otros nobles caballeros
y damas de alcurnia esperaban a la novia.
Esperamos. Era pronto: era la hora
de los saludos y las bienvenidas matutinas;
y poco a poco un murmullo de charla femenina
se levantaba y caía o se dispersaba como un rocío
de esas inglesas, con una suave y silenciosa orden de silencio,
y, sin embargo, y tan audibles
como las expresiones en voz alta de los hombres.
«Sí, claro: tenemos que esperar en la iglesia,
no tendríamos que estar hablando aquí.» «¿Esa? Es lady Ayr,
De azul... ¡no de púrpura! ¡Una viuda heredera!»
«Parece bastante joven.» «Coquetea como una joven, ¡querrás decir!
Si la hubieras visto el jueves pasado por la noche,
habrías dicho que la señorita Norris es una timorata.» «¿Tú, aquí?
¡Si estuve bailando contigo hace tres horas! Hasta las seis,
y otra vez en pie a las diez: ¡apenas he tenido tiempo para cambiarme de zapatos!
Me veo tan pálida y estoy de tan mal humor como un fantasma,
así que por favor no me hable, lord Belcher.» «No,
me limitaré a mirarla, y será suficiente
mientras tenga usted esa carita...» «¿En la iglesia también, señor? ¡Váyase al diablo!»
«Adair, ¿se quedó usted a la votación?» «Perdimos
por uno.» «Maldita sea, lo siento mucho,
y si yo no se lo hubiera prometido a la señorita Grove...»
«Podría haber mantenido la palabra que le dio a Liverpool.»
«Bueno, los constituyentes deben recordar que, después de todo,
somos mortales.» «Se lo recordaremos.» «Ojo,
¡que aquí llega la novia! ¡Aquí llega, un cortejo bíblico de leche y miel!»
«¿Qué? Querido, tú estás aún dormido. ¿No conoces
a las cinco señoritas Granville? Siempre visten de blanco
para demostrar que ya están listas para casarse.» «¡Más bajo!
Tienes a la tía a tu lado.» «¡Oh, lady Maud!
¿Le dijo lady Waldemar que ella ya conocía
a esta chica de Leigh?» «No... ¡un momento! Fue la señora Brookes
la que me dijo que lady Waldemar le había dicho que...
No, no fue la señora Brookes.» «¿Es guapa?» «¿Quién?
¿La señora Brookes? ¿Lady Waldemar?» «¡Qué calor!

¿Es que se ha prohibido respirar hoy?
¡Me está usted pisando el chal! Gracias, señor.»
«Dicen que la novia no es más que una cría, que no sabe ni leer,
pero que sabe cosas que no debería, y que tiene unos
ojazos. Daría cualquier cosa por verla.»
«Seguro que sí.» «Y ahí está lady Waldemar
(¿la ves? Está sentada junto a Romney Leigh;
qué guapa está: ¡un poco ruborizada!),
que se ha hecho cargo de la niña y ha organizado
esta locura de Leigh. ¿Cree usted que yo estaría aquí
si ella no me lo hubiera pedido?» «Creo que le habría sido más útil
si ella misma se hubiera casado con él.»

«Ah, aquí llega

la novia, por fin!»

«Pues no. Y son las once pasadas.

Parece que se ha quitado las enaguas remendadas hoy
y se ha puesto los modales de Mayfair, y por eso empieza
haciéndonos esperar.» «Sí, sí: este Leigh
fue siempre un poco raro; lo lleva en la sangre, creo;
el segundo hijo de un primo de un tío de su padre
era... era un poco... usted ya me entiende, y respecto a este...
¡es un radical! Se ha vuelto un poco loco
con la cuestión moderna de los pobres. ¡Los pobres!
Un excelente tema de conversación si eres moderado;
¿habéis visto la maqueta de las casas populares del príncipe Alberto?
Es digno de su alteza real. ¡Muy bien!
¿Pero detendría su carruaje en Cheapside
para dar un apretón de manos
a uno que se llamara... Shakspeare? No. No hay que pasar la línea,
y si no nos mantenemos del lado correcto, nosotros,
aquí, en Inglaterra, iremos de cabeza. Qué panorama...
¡Qué espantoso panorama! ¡Un panorama de lo más indecente!
Mí esposa quiso venir, señor, de lo contrario se lo habría prohibido.
Demonios, señor: cuando el pobre Damiens[77] fue despedazado
por los caballos, las mujeres de la corte
se quedaron allí a mirar, igual que hoy
ante el desmembramiento de nuestra sociedad,
con todas estas caritas de preocupación.»

«Ahora, por fin.

Ya viene.»

«¿Dónde? ¿Alguien ve algo? Me está empujando, señor,

más de lo que podría considerarse en los límites de la educación.
Señora, me está usted pisando el volante de la enagua...
le ruego que...»

«Ah, no: no es la novia.

Y ya son las once y media. Qué tarde. El novio, fijaos,
se ha puesto nervioso y ha salido.»

«Ya lo dije yo:

estos Leigh... ¡Nuestra mejor sangre en el fango!
Es una cosa horrible. Le habríamos perdonado
un matrimonio desigual, lo habríamos ignorado
por un par de ojitos azules como el cielo; nuestra Casa de los Lores
ha hecho la vista gorda a ese tipo de cosas, y todos hemos sido jóvenes...
Pero esto es un matrimonio interracial intencionado,
un contrato (firmado a plena luz del día
para desafiar al mundo, para ejecutar
buenas acciones y dar un gran ejemplo) entre los extremos
de una sociedad martirizada -por la izquierda,
los de buena cuna; por la derecha, la masa pura y simple-,
y para tratarlos por igual... ¡Esto es la anarquía!
Esto significa más de lo que parece: ¡es intolerable!
En fin, señor mío, no podemos pretender tener un buen café
a menos que lo filtremos.»

«¡Ah, señorita Leigh!»

«Lord Howe,

es usted amigo de Romney. ¿A qué se debe tanta espera?»

«No sabría decirle. La novia ha perdido la cabeza
(y el camino, tal vez) con el fin de demostrar su cariño
por el novio.»

«¿Qué? ¿Usted también lo desaprueba?»

«Oh, yo no apruebo nada en este mundo
-contestó-, ni suyo, ni mucho menos mío,
ni siquiera de Romney... aunque él vale lo que nosotros dos juntos.
Estamos todos errados. Hemos perdido el tono.
Y por silbar en los patios traseros a la luna,
no va a venir.»

Permitidme que os presente a lord Howe.

Aristócrata de nacimiento, de educación radical
y de formación socialista, que aún
navega en las tradiciones de su clase

y surca las corrientes teóricas de Francia
-aunque, como un Noé empapado en un navío carcomido,
apenas si puede sentirse seguro en su barco-. Él, al menos,
nunca tocará tierra en el monte Ararat, y lo sabe,
para recomenzar el mundo con un nuevo plan:
de hecho, piensa, sería mucho mejor acabar con dicho mundo,
y simpatiza más con los peces
de fuera que con las bestias ahogadas y desemparejadas de dentro,
que ya no pueden encontrar nueva pareja ni multiplicarse:
ese es el tipo de Noé que representa lord Howe.
Nunca se pudo comprometer en nada,
salvo en ser un caballero leal y recto,
un propietario liberal, un comensal estupendo
y un anfitrión más que hospitalario,
con quien los escritores iban a comer y olvidaban el oporto.
Cualesquiera que fueran sus creencias, y eran muchas,
aunque en ningún caso firmes, ahora esto y luego lo otro,
sus simpatías siempre iban más allá de sus credos,
y siempre se alejaban de la acción. En el Parlamento,
ningún partido podía contar con él, pero todos lo elogiaban:
en todo era como en sus libros (porque había escrito libros),
los cuales, si buenos para estar junto a la silla del obispo,
muy a menudo también superaban las lenguas de fuego
con las que los progresistas más acendrados
podían calentarse sus audaces manos, por cierto.
De estatura, más que alto, holgazán por afición,
cabello claro, que parecía tener incorporado el viento,
y unos ojos que, cuando te miraban, ponían
toda la intención: una mitad en la indolencia, y la otra mitad
en desearte toda la felicidad del mundo,
hasta que una no sabía si dar dos pasos atrás y apartarse de él
o darle las gracias. Este era lord Howe.

«Vamos de mal en peor

-dijo-. Y Romney, ese querido amigo nuestro,
de ningún modo está acertado. Hay una cosa segura en este mundo,
¡y es el amor! Romney lo ha cogido y lo ha vestido,
y ahora representa una obra de teatro, igual que hizo Hamlet,
para demostrar lo crueles que han sido sus tíos, nosotros,
y cómo deberíamos arrepentirnos,
mientras él, el príncipe Hamlet, se casa con una bonita dama
(que nos tiene aquí esperando desde hace bastante, debo decir)

a modo de símbolo, para instruirnos formalmente
y decirnos cómo salvar las zanjas que separan unas clases y otras,
y vivir juntos en comunidades beatíficas.
¿Y bien? ¡Pues que está loco nuestro Hamlet! Aplauda su obra,
pero átalalo.»

«Ah, lord Howe, este espectáculo
nos apremia más que el danés.[78] ¡Mire todo esto!
Las naves de la iglesia repletas jadean, se retuercen y humean de vida,
Santo Cielo, ¡y qué vida!»

«Bueno, sí... un poeta ve esas cosas;
eso hace diferentes a los poetas del resto de los hombres comunes.
Yo también veo alguna cosa, aunque no pueda rimarla;
debería haber sido poeta, pero resulta
que a mi madre le dio miedo ese mundo tan asqueroso
y me obligó a quedarme callado. Si usted me está diciendo ahora
que Romney nos va a ofrecer una bonita actuación
para divertirnos en el día de su boda,
la fábula será peor que la de Hamlet, ya lo creo.
A esta gente espantosa, los viejos y pobres y ciegos,
con los ojos hundidos por la peste y la pobreza,
privados de ver todo lo hermoso y lo agradable,
la compararemos con un rey Lear cruelmente tratado,
expulsado -de ningún modo para purgar sus errores,
sus errores quedaron tan atrás... que los ha olvidado;
todo pasa, como la juventud; pero estamos aquí para ser testigos
de un simple contrato-: él, solo, por un lado
y Regan con su hermana Goneril,
y todos los cortesanos emperifollados y bufones,
del otro lado. No es que ninguno de esos vaya a decir
que lo lamenta, en absoluto. Lo que se hizo, se hizo,
y la violencia ahora se ha convertido en privilegio,
igual que la nata se convierte en queso, si se cura durante el tiempo suficiente.
¿Qué pueden tener que ver tales encantadoras damas
con ese viejo que vemos ahí, harapiento y pestilente,
salvo la necesidad de mantenerse lejos de él? Lear
está pasmado y callado, tan silencioso como una tumba;
ni siquiera maldice a sus hijas en absoluto.
¿Serán todos estos sus hijas? Lear está pensando
en sus gachas sobre todo... ¿se están quedando frías
en Hampstead? ¿Va a servirse la cerveza en copas?
¡Pobre Lear, pobres hijas! ¡Bravo, excelente obra, Romney!

Un murmullo y un estremecimiento se produjo;
un susurro no reprimido nos alcanzó. ¡Algo iba mal!
¿Qué podía ir mal? La multitud siniestra, como un apesadumbrado
coro, tembló con una vibración, y entonces vi...
¿Qué fue lo que vi en *su* cara? ¡En la cara de Romney Leigh!
Reflejaba un repentino horror
que todos pudieron ver, mientras él se quedaba blanco
en lo más alto de la escalera del altar, e intentaba hablar,
y le resultaba imposible, y agitó por encima de su cabeza
una carta... como un hombre que se está ahogando y boquea.

«Hermanos... ¡disculpádmeme...! Estoy muy débil.
Lo único que quise es que todo saliera bien. Tal vez fui
demasiado orgulloso... y Dios ha aprovechado la circunstancia
y lo ha desbaratado todo. Ya no va a haber boda. Nada.
Me ha dejado... se ha ido... ha desaparecido,
la he perdido. Sin embargo, nunca la obligué a un “sí”
para recibir este “no” que me ha arrojado a la cara
como si fuera una acusación, así...
Amigos míos, podéis iros. Id, comed y bebed
tal y como habíamos acordado... ¡y adiós!»

Así acabó. Se hizo el silencio en la iglesia;
oímos a un niño lloriquear entre sueños
en el extremo más alejado de la nave. Luego habló un hombre:
«Y ahora, tened cuidado, gente, que toda la carne y la cerveza
no nos la birlen, como la última vez;
¡que la cerveza se pierda más fácil que una mujer!
Estos señoritos no son honrados con los pobres,
y nos traen aquí para engañarnos». «Ve tú, Jim
-gritó una mujer-. Soy de espíritu delicado;
nunca apaleé a un niño de dos años
hasta hacerle sangre sin llorar por ello
un instante después... ¡y he tenido una peste de siete!
Soy muy sensible. No tengo estómago ni siquiera para un filete
hasta que no sepa qué ha sido de la niña que se ha perdido
o si la han matado, que puede ser. Tuve mis dudas, al principio,
de que este señor tan fino no quisiera nada de ella, o de nosotros.
Puede que se haya aprovechado de ella
enseñándole un anillo de boda y luego...

la haya asfixiado, la noche pasada,
y que este cuento sea para mantenernos callados,
igual que a ella, pobrecita inocente. ¡Desaparecida!
¿Quién desaparece jamás, sino un fantasma?
¿Y quién cree en las historias de fantasmas?
Yo os pregunto: ¿se iba a ir la cría, en vez
de quedarse para casarse? ¡Ja, un buen cuento!
Un hombre infame, eso es lo que digo, ¡un hombre infame!
Por mi parte, antes preferiría morirme de hambre y beber solo ginebra
que comer esa carne y beber esa cerveza.»
Se elevó entonces un griterío: «¡Tenemos nuestros derechos!
¡Queremos a la chica! ¡La chica! Vosotras, damas que estáis aquí,
estáis bien casadas, seguras y cómodas todo el día,
y a ella no la vais a engañar
porque sea pobre y del pueblo: ¡vergüenza!
¡No vamos a dejarnos engañar por los señoritos!
¡Le haremos justicia!».

Entre la furia y el clamor

escuché las palabras quebradas que Romney lanzó
a las masas turbulentas desde el lugar
donde aún estaba petrificado, con su descompuesto rostro pálido,
como los cazadores tiran su ración a la jauría,
que, abalanzándose, perro sobre perro,
en montones de furia, la devora, y se la traga
con sus poderosas mandíbulas aulladoras. Les lanzaba sus indignadas palabras,
sus palabras suplicantes, sus palabras más patéticas,
donde pude captar algunas expresiones, aquí y allá,
por sus gestos... destrozadas en pedazos, ahogadas por gritos,
y finalmente devoradas. De extremo a extremo, la iglesia
empezó a rodearnos como el mar en una tormenta, y luego
se rompió como la tierra en un terremoto. Los hombres gritaban
«¡Policía!», y las mujeres, paralizadas, gritaban «por Dios»
o se caían y se desmayaban; o, como una manada de cervatillas
(para quienes de repente los bosques siniestros hubieran cobrado vida,
desatando sus sombras salvajes con el viento
para cazar a las criaturas en los recodos, aquí
y allá), huían despavoridas, o se caían y tropezaban sin mirar,
pisando entre chillidos los pies de aquellas
que habían huido y chillaban.

La última imagen que tengo

es el terrible rostro de Romney por encima

del tumulto. El último grito fue «¡Cárgatelo!
¡Dale! ¡Mátalo!»». Yo tendí los brazos instintivamente,
como una persona en sueños que en vano quiere interponerse
entre los dioses y su furia desatada, y con un grito
luché para lanzarme como si quisiera
antes que nada rescatar mi alma
en aquel rostro pálido... hasta que alguien me empujó
y el mundo se desvaneció. Y ya no vi nada más.

Lo que sucedió a continuación me lo contó lord Howe,
que me rescató sin sentido de la asfixiante multitud
en la iglesia y la calle, y luego regresó solo
para ver sofocado el tumulto. Los hombres de la ley
habían caído como un trueno en medio de un fuego abrasador,
y lo habían dejado todo en silencio, mientras el vapor del pueblo
se arremolinaba lentamente bajo las naves vacías.

Tengo delante la carta de Marian, que una niña harapienta
llevó corriendo a la iglesia, justo cuando Romney estaba en el atrio,
esperando nervioso a la novia. Romney me hizo llegar
la carta por medio de su amigo lord Howe,
unas dos horas después, envuelta en una cuartilla
en la que, con su caligrafía, tan familiar, había escrito mi nombre.
Esta es la carta de Marian.

«Noble amigo, querido y protector amigo,

te ruego que me escuches con paciencia. No pienses que es ruin
quien podría ser mañana por la mañana tu esposa,
sino que te ama más que lo que puede significar esa palabra.
Adiós, mi Romney. Déjame escribirlo una vez más,
mi Romney.

»Qué hermoso par de palabras;

son tan hermosas que no tengo valor para tacharlas.
A veces decimos “Dios mío”, de rodillas,
y no se ofende por eso: así que perdona que yo lo diga de ti...
y de mí. Sé que soy tonta, débil y vanidosa;
sin embargo, lo peor es que estoy enfadada conmigo misma
por no poder ir tras tus pasos en la escalera de casa
la última vez que estuviste aquí, ¡ayer!
La primera y la última vez que no seguí tus pasos
(solo tu forma de hablar me resulta más dulce que oírlos),
pero ayer los sollozos me quebraron la garganta

y me impidieron escuchar cualquier sonido.

»Señor Leigh,

pensarás que estoy equivocada en muchas cosas.
Me has elogiado, señor, por ser sincera, pero ahora sabrás
que no tuve el valor para serlo cuando debía.
Una vez empecé a contarte que había venido
aquella mujer... y te quedaste mirando al suelo,
en uno de tus ensimismamientos... así que lo dejé
pasar aquel día. Después, alguien habló de mí,
muy sabiamente, y de ti, muy cariñosamente
convenciéndome de que me callara, para no herirte...
En fin... ahora me parece que me equivoqué
al no hablar contigo y ocultarte la verdad:
habría existido la sinceridad entre nosotros, al menos,
aunque solo fuera eso. Y, sin embargo, era peligroso.
Supón que un ángel real baja del cielo
para vivir con los hombres y las mujeres: ¿se volvería loco
si no hubiera una mano amable que le pusiera una venda
sobre sus penetrantes ojos. Eso ocurre contigo:
nos ves a los demás con tu mirada celestial;
siempre lo creí así, mi ángel... pero en realidad
existe el peligro de que te golpees y te mates
contra los filos de este mundo extraño,
en alguno de tus divinos y compasivos aleteos.

»Sí,

eso sería terrible para una amiga tuya,
ver cómo toda Inglaterra te repudia en las calles
y se burla de ti desde las ventanas. Dirías
o pensarías (esto sería peor): “Hay alguien en casa
a la que echo de menos y a la que amo”. ¡Qué horror!

»Muy amable,

te ruego que lo recuerdes, fue lady Waldemar:
vino a verme nueve veces, quizá diez...
Es muy hermosa, me hacía daño como la luz del día
cuando de repente te hiere en los ojos doloridos.

»¡Y más amable todavía

tu prima! ¡Ah, es muy parecida a ti! Antes de que llegaras,
me besó en la boca: sentí su alma
empapando sus labios en fuego sagrado.
Que Dios me ampare, pero aquello me hizo arrogante:
casi le dije que tú no saldrías perdiendo

al tomarme como esposa; aunque, desde entonces
he meditado mucho una cosa que me preguntó:
“¿Él te ama, Marian?”, lo dijo con una especie de dulce
tristeza burlona, igual que una madre le pregunta
a su niño: “¿Crees que podrás alcanzar esa estrella?”.

»¡Adiós!

Sé que nunca la alcanzaré.

»Y aún peor:

los niños crecen y pierden la esperanza de conseguir lo que está allí arriba;
por un penique de plata saltarán muy alto...
pero nunca saltarán por una estrella. Recuerda eso.

»He estado escribiendo toda la noche

y aún no te he dicho nada. Dios, si pudiera morir,
y dejar esta carta a medias, inofensiva,
justo aquí. Pero no... lo tengo que hacer por ti...

»Esto es lo último:

nunca podría ser feliz siendo tu esposa,
nunca podría ser beneficiosa siendo tu amiga,
nunca volveré a verte el rostro,
hasta que Dios me diga: “¡Míralo!”. Te ruego que no me busques,
ni te amargues con dolorosos pensamientos
o por si tal vez estoy sufriendo;
puedes estar tranquilo: estoy bien, estoy feliz, estoy tranquila,
pero lejos, muy lejos, muy muy lejos,
tanto que me encontrarás antes en la tumba;
y esta es mi decisión, tenlo en cuenta. Para lo que me queda,
un amigo generoso en demasía cuidará de mí,
y me hará feliz... más feliz...

»Vaya, ¡una tachadura!

Es que sale mucha tinta... y nosotras, chicas tontas, lloramos por tonterías;
y me hará más feliz, era lo que estaba diciendo,
de lo que podría ser siendo tu esposa. ¡Ay, mi estrella,
mi protector, mi alma! ¡Porque es seguro que tú eres mi alma,
a través del cual Dios me tocó! No estoy tan perdida
que no pueda agradecerte todo el bien que me hiciste,
las lágrimas que enjugaste, que tan amargamente derramaba,
como estas... las veces que me hiciste llorar de alegría
esperando a que aprendiera a escribirte billetes
y aliviara el cansancio de tus ojos por la noche;
y sobre todo esas tres veces en las que besaste mis labios
y dijiste “Querida Marian”.

»Sería muy difícil leer

esta carta para alguien que no estuviera acostumbrado,
pero seguro que tú podrás leerla bien, a pesar
de mi mala caligrafía. Tiembla mi mano, apenas veo nada,
escribo muy mal incluso cuando lo hago mejor, y sin embargo
intento hacer la g tal y como tú me enseñaste.
Adiós. Que Jesús te proteja. Ahora, di “pobre Marian”.»

¡Pobre Marian! ¡Cruel Marian! ¿Será una cosa
o la otra? Durante días, sus emotivas e infantiles palabras
estuvimos meditando entre fantasías y conjeturas,
como si jugáramos con alguna nube estival
a encontrar parecidos improbables,
que ahora la piel moteada de una hidra parece
y luego un biombo de marfil tallado
que encierra los secretos conventuales de los cielos
y los oculta a los atrevidos mortales. Buscamos el significado:
ella le amaba tanto quizá (aquellas palabras significaban amor)
que, manipulada por alguna pérfida lengua embozada
(y entonces pensé en lady Waldemar),
Marian había dejado a Romney, para no herirlo; o tal vez
la joven amaba a uno de su clase, o no amaba a nadie,
pero había reflexionado sobre su mala vida vagabunda
hasta que la sangre de la libertad ascendió hasta su corazón,
y el pan negro comido en las cunetas de los caminos
le pareció más dulce que la escuela de Romney
o la inmolación filantrópica
definitiva. Las muchachas muchachas son, además,
pensé yo, y solo quieren la boda que han imaginado.
Difícil es cazar esos pájaros sin un buen cebo:
les parece casi una inmoralidad
ir y casarse a plena luz del día,
salvo que algún halago especial y encantador
les proporcione una excusa para hacerlo. «Ay, nadie
se hace la raya del pelo tan preciosa como tú,
¡un rayo de luna desde la frente a la coronilla...!»
O bien: «Te muerdes el labio de tal manera
que me arruina tus sonrisas después».
Y así todo. Luego, un adornito barato o dos,
para avivar el amor, una cinta para el cuello,
o algún broche de cristal, todo eso tiene su importancia en las chicas.

Y Romney la buscó durante muchos días y semanas:
rebuscó entre todos los desperdicios de la ciudad,
indagó en los trenes, preguntó en los barcos,
y cribó el país desde un extremo al otro.
¡Ni rastro de Marian! Aunque le apunté lo que sabía
-que una amiga suya tenía razones personales
para impedir el enlace-, él no quiso escucharme:
la dama había estado enferma desde entonces,
la conmoción la tenía postrada. Algo en su voz
me hizo contener; algo en mí consiguió avergonzarme por mis sospechas
hasta ocultarlas en un suspiro, reprimiéndolas también. Él decía
que, al preguntar en las dependencias donde Marian vivía,
había descubierto que había recibido algunas visitas,
aparte de sí mismo y lady Waldemar,
y, en una ocasión, de mí: se trataba de una mujer vestida
mucho mejor que todos nosotros, con las manos llenas de anillos,
y que había deslumbrado a los niños cuando les arrojó unos peniques.
«Llevaba su sombrero como la reina lleva el suyo,
para mostrar la corona -decían-; una diadema escarlata
de rosas que nunca habían estado en el rosal.»
Cuando Romney me dijo eso -pues de vez en cuando
venía a contarme cómo avanzaba la búsqueda-,
su voz se ahogó, y tuve que inclinarme para escuchar lo que decía:
aquella mujer había estado con ella, al parecer,
al principio de semana en semana, luego todos los días,
y al final, estaba claro que...

Aparté la mirada

para escapar a la angustia de la suya, y le pregunté,
tan bajito como cuando se habla a quien está de luto reciente,
tanto que aún no se atreve una a decir el nombre del muerto,
si Marian le había hablado alguna vez
de una cierta Rose, una antigua amiga suya,
una criatura perdida.

«Nunca.» Se incorporó de repente,

y caminó a grandes zancadas de un lado a otro de la estancia,
como un león enjaulado y recién despierto
que ha soñado con los paisajes del desierto.
«¿Qué era yo para ella, que no me pudiera decir cualquier cosa?
¿Un amigo? ¿Era yo un amigo? Ahora lo entiendo todo.
Estos demonios expulsarían a los ángeles del Cielo

si pudieran alcanzarlos: ese sería su orgullo;
¡y tal es la diferencia entre la peste del alma y del cuerpo!
El más triste esclavo que mendiga en las calles de El Cairo
lloriquea un “Apartaos de mí” a los viandantes;
mientras que los espíritus ponzoñosos están deseosos de infectar
y expelen su aliento putrefacto en el rostro de un alma hermana
como si así sintieran algún alivio.»

Me acerqué a él.

«Algunos espíritus nunca se infectan. He leído que niños
se han encontrado felices y durmiendo en el pecho descubierto
de una madre muerta todo un día. Yo creo que es cierto,
porque soy una mujer y conozco el espíritu femenino,
que Marian Erle, cualquiera que sea el cebo que hayan utilizado
para engañarla, se mantendrá pura de corazón e intención,
igual que el viento se lleva la nieve del jardín
al camino.»

s Fue desagradable ver cómo se reía.

«Una bonita imagen. Bueno: una docena de carros
y carreteros conseguirán al final
una bonita capa de nieve... Anda, ¡déjate de nieves!
Se convertirá en barro sucio antes de que anochezca. ¿Pura en sus intenciones?
Ella es pura en sus intenciones, te lo aseguro... igual que yo,
que pensaba cargar el mundo a mis espaldas
y llevarlo por encima del abismo de la enfermedad social,
y acabé dejándolo caer todo por mi necesidad,
por una sola persona, por el peso de una cría en mi alma,
¡y todo ha caído en ese abismo infernal! ¡Sí, ella y yo
tenemos razones para estar orgullosos de nuestras intenciones.»
Entonces, lentamente, como las últimas gotas rezagadas
de una tormenta, añadió: «Pobre niña;
¡pobre Marian! Maldito el día
que eligió mi filantropía».

Cogió una silla y se sentó a mi lado;
y yo, instintivamente, como suelen hacer las mujeres
ante el dolor que atenaza a un buen amigo -cuando, a su oído,
murmuran su consuelo, aunque ellas mismas
ignoren las palabras precisas que sirven para eso,
y de este modo tranquilizan y fortifican su espíritu
y le conceden tiempo y fuerzas para recobrase
y comprender el provechoso significado que se esconde tras los sonidos-,

seguí susurrándole lo que, si se escribiera aquí,
parecería poca cosa, y sin embargo le fueron de más ayuda
que si, por alguna razón, se hubieran expresado mejor.

He conocido a los grandes pensadores de nuestro tiempo,
y me he quedado sin palabras, prendida de sus labios,
cuando alguna secuencia cromática de ideas preclaras
en estudiada modulación se expresa
como una armonía de verdad implacable.
Y sin embargo me ha conmovido más, y me ha emocionado más
una sencilla palabra... un balbuceo
de un niño de tres años al hablar,
una mirada, un suspiro, una caricia en la mano,
que significan menos que un «Te quiero»... eso me ha conmovido más que todas
las retóricas pomposas de los maestros oradores.

«Ah, querida Aurora -dijo por fin,
con los labios pálidos esbozando una especie de sonrisa-.
Tus demonios de imprenta no han arruinado tu corazón:
eso está bien. Y quién sabe si, hace muchos años,
cuando hablamos tú y yo, tenías algo de razón
cuando te enfurruñaste tanto conmigo. ¡Tú, al fin y al cabo,
no has arruinado a nadie con tus sueños! Al contrario,
has ayudado a la alegre juventud a vivir sus juveniles días
con inocentes entretenimientos, que tal vez aún
sugieran la existencia de cosas mejores que tus rimas.
La pequeña pastora, de ocho años,
que he visto en las montañas de Vaucluse,
dormida al sol, con la cabeza entre las rodillas,
los rebaños dispersos por la ladera, es más loable
que cualquier perro guardián, mal adiestrado,
que muerde a los niños por ser demasiado celoso.»

«¿Parezco

dormida, entonces?»

Se sintió conmovido

por algo que vio en mi rostro. En efecto, era cierto
que él y yo -a pesar de un par de años
menos por mi parte, y por la suya,
la acumulación de años de trabajo diario,
los discursos de tres horas en el escaño de la Cámara,
los incendiarios comités dentro y fuera del Parlamento,

los panfletos, los «alegatos», los «comunicados conjuntos»
arrojados como paja delante de las casas miserables,
solo para mostrar quién es miserable y ser pisoteados,
y para nada más, y a pesar de los esfuerzos clandestinos,
de las solicitudes y los esfuerzos constantes, donde el brazo
y el corazón acaban dañados-, es cierto, digo, que él y yo
no estábamos, después de todo, igual de cansados.
Él, en su adulta madurez, parecía
un tanto quemado por el fuego de la vida;
mientras que yo... parecía que el sol no me había tocado,
porque durante muchos años había olvidado mis primaveras;
mis mejillas habían languidecido y perdido su redondez,
y toda la sangre juvenil que había en ellas se había tornado blancuzca,
como la escarcha en los ciclámenes del otoño: solo
mis ojos y mi frente eran reconocibles.

Romney dijo: «Aurora, tú has cambiado... ¡estás enferma!».

«No es para tanto, primo mío... ¡solo es falta de sueño!
-contesté, sonriendo amablemente-. Dejémoslo así.
No vas a encontrar a tu poeta de Vaocluse
tan dormida como las pastorcillas. ¿Qué es el arte,
sino la vida en su escala superior, la más elevada,
cuando, transformándose en una espiral
de lentos giros expansivos y ascendentes,
alcanza la más intensa significación
sobre todas las cosas y aspira al infinito?
El arte es la vida... y donde vivimos, sufrimos y padecemos.»

Me pareció que me escrutaba con sus ojos llorosos.
«¡En fin!, te lo has tomado muy en serio; rechazaste
una tierra prometida, un derecho de todos, y un descanso feliz.
Roturas los míticos prados donde bailaban las ninfas
con los torvos arados de la vida real, y haces
que las hachas hieran bosques legendarios,
para pagar tus impuestos. Habéis caído verdaderamente
bajo, vosotros los poetas, si vosotros mismos
no podéis decir nada mejor de vuestro arte;
y si no podéis decir nada mejor... ¡mejor sería coger un trabajo
y ser de alguna utilidad! Eso sería más beneficioso para la juventud.»

«De alguna utilidad... -murmuré-. Ahí está la cuestión que siempre seguiremos discutiendo, como las golondrinas, que agotado y muerto el año siguen dando vueltas en círculos negros, vueltas y vueltas, preparándose para largos viajes sobre océanos desconocidos. Pero nosotros ¿a dónde vamos?»
«¿Dónde? -dijo, y suspiró-. Toda la creación, desde el momento en que nacimos, nos desconcierta con preguntas. No son las piedras las que gritan a nuestras espaldas, con cada paso cansado, “¿Adónde? ¿Adónde?”. Que las piedras contesten a las piedras. Es suficiente para mí y para mi corazón carnal escuchar los lamentos de mis semejantes, cuando la amargura de los hombres hiere mis entrañas y grita: “¿Dónde está el consuelo? ¿Dónde la esperanza? ¿Dónde el pan en la casa? ¿Dónde el fuego en las heladas?”. Alguna respuesta debe de haber, aunque yo haya fracasado estrepitosamente. Esta esfinge social, que se sienta entre los sepulcros y los burdeles, se burla y hace muecas frente al escaparate del cielo, y se mofa de Dios, y exige una palabra al menos de cada hombre que se sienta a la derecha de Dios, aunque ellos también hayan pagado un precio de esfinge para estar allí. Lo pagamos también, de todos modos, si nos contentamos con el dolor y la compasión. Déjame que hable y muera. Bueno, dirás que más bien hablo y mato.»

Interrumpí entonces. «Los mejores hombres, haciendo lo que pueden, creen que hacen menos tal vez de lo que hacen; los hombres más útiles del mundo son simples herramientas; el clavo que sujeta la madera debe perforarla antes, y solo Dios sujeta el martillo y ve el trabajo antes de que se dé el primer golpe. Ánimo.»

«Ay, si pudiera haber contado con tu corazón -dijo-, pero eso ya es agua pasada. -Luego se levantó...-. Contaré al menos con tu amabilidad y tu apoyo. Y te lo agradezco. Querida, sé feliz. Canta tus poemas, si eso es lo que deseas. Pero duerme de vez en cuando también, y no te canses demasiado, y pierdas el aliento, corriendo tras las rimas en tus montañas de Alegría. Piensa que si el arte es, de verdad, una vida superior,

necesitas la vida inferior para sobrevivir,
con el fin de alcanzar de algún modo la más elevada;
y nadie puede estar de puntillas en un lugar
donde ni siquiera puede estar a pie firme.
Y recuerda: por el bien del arte, ¡conserva tu vida!»
Nos despedimos. Lo vi marchar en silencio.
Comprendí lo que guardaba en el corazón
y la grandeza de su sacrificio. Sí. Pero él
me consideraba algo demasiado nimio para dignarse a conocerme:
me apartó, claramente, de su sagrado calvario
como una mosca molesta y pesada
en la que no vale la pena detenerse,
absorto como estaba en materias más nobles. ¿Hacer daño a una mosca?
Por nada del mundo: él era compasivo
incluso con las moscas. «¡Zumba! -dijo-. Y fastídiame un poco
si eso es lo que quieres, pobre insecto.» ¡Si eso es lo que quieres!

LIBRO QUINTO

Aurora Leigh, sé humilde. ¿Me atreveré
a cantar mis poemas con misteriosa melodía,
del hombre y la Naturaleza, con la sangre incandescente
que destilan las sucesivas galaxias
y que caen gota a gota desde el dedo de Dios
sobre nuevos mundos? ¿Y de los días estivales en este
que apenas se atreven a respirar, de tan maravillosos que son?
¿Y de la algarabía deliciosa de la primavera en la tierra,
atormentada por la excitada sangre de las raíces,
y dulcemente agujoneada por los dorados brotes silvestres
que llaman al tiempo de cosecha de las flores?
¿Y de los inviernos y de los otoños, y luego,
del vaivén interminable del corazón humano, con sus esperanzas,
sus temores, alegrías, dolores y amores? ¿Y de la tensión
de la pasión sexual, que devora la carne
en una comunión espiritual? ¿Y de los pechos de las madres,
que acogen a las recientes criaturas que se abrazan a ellos,
palpitan luminosos y armoniosos como puras esferas?
¿Y de la vida infinita, y al final,
de los maravillosos vuelos de las almas en éxtasis,
quienes, en un arrebató de fuego largamente sometido,
alzan sus rostros radiantes al cielo, consumiendo
la parte oscura de su cuerpo, dirigiéndose a un mundo
más allá del nuestro mortal? ¿Podré cantar mis versos
tan sencilla y melodiosamente sobre esas cosas y sobre todo lo demás,
para que los hombres sientan que los he entendido al instante,
como si tuviera algún poder sobre ellos
para emocionarlos y conmoverlos, quieran o no,
como el esencial y ancestral ritmo
de la naturaleza teúrgica? Seguro que fracasaré,
porque ya fracasé cuando quise emocionar y conmover

a un solo hombre, y era mi primo, y era mi amigo,
y era un hombre cariñoso, e inteligente,
dispuesto a considerar todas las facetas
de las cuestiones complejas; y sin embargo, fue incapaz de entenderme *a mí*.
¿Por mí? ¡Ningún interés! Me aprecia mucho,
y me desea un paraíso de bienes:
¡buen aspecto, buenos ingresos y una buena digestión! Sí,
pero en todo lo demás me ignora, me aparta
con amabilidad, con una comprensiva caballerosidad:
¡una lectura muy ligera para un hombre tan serio! Vamos,
Aurora Leigh: sé humilde.

Eso es:

las mujeres somos perfectas para concentrarnos en una sola cosa,
lo cual demuestra una cierta impotencia para el arte.
Nos esforzamos en hacer algo grande,
y no porque haya que hacer algo grande,
sino porque, tal vez, nos obligamos a pensar
que no somos pequeñas y queremos recibir la consideración
de algún amigo. Nos obligamos a tener mediadores
entre nuestra consciencia más elevada y nuestros jueces;
queremos mística sangre de los santos en nuestras manos^[79]
o toda la vida del paraíso nos parecerá triste y fría;
respecto a Dios, concebido como el fin de todos los bienes,
y solo a Dios agradar... eso es demasiado poco, pensamos,
y no es suficiente para nosotras, de ningún modo.
Sí... Romney, recuerdo, me dijo una vez
que no entendemos las abstracciones, ¡si es que alguna vez entendemos algo!,
que no las entendemos cuando tenemos ambición... y fracasamos.

Sin embargo, yo no fracasaré. Esa manera femenina y ridícula
de arrastrar los vestidos no me impedirá avanzar.
No tendré comercio alguno con el pensamiento personal
en el puro templo del Arte. ¿Acaso es trabajar en vano
si no se tiene la aprobación de un hombre?
Eso no puede ser, y no será. La mismísima Fama,
el aprecio de toda la Humanidad,
es un fin muy pobre (aunque la flecha veloz
lanzada sea con vigorosa mano hacia el blanco),
y la más alta fama jamás se alcanzó salvo
por aquellos que miraron aún más alto. El arte por el arte,
y el bien por Dios, el Bien esencial.

Mantendremos nuestros objetivos sublimes y la cara alta,
aunque nuestras manos de mujer tiemblen y fallen,
y si fracasamos... Pero ¿por qué vamos a fracasar?

¿Fracasaré yo?

Los griegos fueron grandilocuentes con su poesía trágica,
«Que nadie se diga feliz hasta que haya muerto»,^[80]
a lo cual añadido yo: «Que nadie hasta su muerte
pueda llamarse infeliz». No midas el trabajo
hasta que el día haya acabado y la labor esté completa;
entonces, si quieres, juzga tu trabajo. Si el trabajo de la jornada es escaso,
bueno, di que es escaso; no te conformes;
y en esto tenemos una lucha noble al menos:
rivalicemos noblemente, aunque seamos mujeres,
y honrémonos con la verdad, si no con los elogios.

Mis baladas tuvieron éxito, pero la carrera de la balada
es muy rápida para el poeta que soporta el peso
del pensamiento y la imagen sublime. El poeta puede aguantar
como Atlas, en el soneto, y sostener
sus propios cielos repletos con estrellas dinásticas,
pero, así, debe quedarse quieto y no dar ni un paso.
En el poema descriptivo titulado «Las colinas»
la perspectiva era demasiado lejana y vaga.
Es verdad que mis críticos dijeron: «¡Un bonito paisaje, este!».
Pero el público apenas se molestó en subir ni las colinas ni el libro,
por muy bonitos que fueran; y el público tenía razón,
un árbol no es más que leña, a menos que lo humanices;
y esto lo sabían bien los griegos cuando avivaron las cortezas
con los pechos turgentes de lánguidas ninfas
e hicieron que los torpes arroyos de los bosques
murmuraran con la lengua de los dioses. Hoy precisamos
una humanidad aún más íntima
en esta naturaleza inferior, o, de lo contrario,
caeremos como hojas muertas y pisoteadas
por artistas más auténticos. La Tierra, maldita
por Adán, como un faquir en su caja
que permanece largo tiempo enterrado, estaba rígida y seca,
como un vulgar cadáver mudo, hasta que Cristo bajó,
descerrajó las puertas, abrió los ojos ciegos
y empleó sus reales poderes para enderezar
la lengua correosa y devolverla viva a la garganta:

desde entonces, la tierra vive, recuerda, palpita
en cada miembro, respira con cada aliento,
expande sus infinitas raíces. Ahora,
ya no necesitamos semidioses, ni a Júpiter Panomphæano,[81]
ni a los faunos, náyades, tritones, oréades y todos los demás
para tomar posesión de este mundo insensible,
ni darle una vampírica vida antinatural. ¡Mirad la tierra,
el cuerpo de nuestro cuerpo, la tierra verde,
indubitablemente humana, como esta carne
y estas venas retorcidas a través de las cuales
nuestro corazón bombea la sangre! No hay ni una flor primaveral
que muera en junio, pero presume de ser aliada,
por origen y símbolo, por significado
y correspondencia, con ese mundo espiritual
que está fuera de los límites de nuestro espacio y tiempo,
a los que estamos atados. Que los poetas le den voz a esa flor
con significados humanos; de lo contrario perderán el rumbo
y a partir de ese momento irán cayendo, y solo se les reconocerá
como serviles y poco adecuados para ser intérpretes,
y serán expulsados por una sencilla florecilla del texto.

Pero de todos modos, mis églogas fracasaron: era un libro
de paisajes superficiales: bonitos, fríos... y falsos,
con transcripciones literales: y eran muy malos, creo,
porque no estaban mal hechos. Dejaré aquí mi opinión
contra semejantes fórmulas, y hacedlo de otro modo.
Esto es curioso: si el público que conocemos
pudiera leer estas confesiones, una pasaría
por ser una mujer muy modesta. Sin embargo, ¡qué orgullosos somos
cuando nos atrevemos a mirarnos de arriba abajo!

Los críticos dicen que la épica ha muerto
con Agamenón y los dioses amamantados por cabras.
Yo no lo creo. Nunca he imaginado siquiera,
como Payne Knight (el mítico montañero
que fue más allá de lo que le permitía su naturaleza,
y mostró a veces la campanilla de la garganta
gritando sobre imágenes que solo veía a través de la niebla),[82]
que los héroes de Homero medían doce pies de alto.
¡No eran más que hombres! La Helena de Homero encaneció
como cualquier vulgar señorita Smith que tenga cabeza;

el hijo de Héctor lloriqueó delante del penacho de un casco[83]
igual que el vuestro el pasado viernes con la pluma de un pavo.
Todos los hombres pueden ser héroes: en todas las épocas,
heroicos en sus circunstancias, con dos caras,
mirando al pasado y al futuro, esperando un amanecer
y reclamando una hazaña.

Sí, pero todas las épocas

les parecen a los hombres que viven en ellas (pregúntenle a Carlyle)[84]
muy poco heroicas. ¡La nuestra, por ejemplo, la nuestra!
Los poetas la desprecian y los poetas añaden
que les da incluso asco tocarla con la punta del dedo:
la Edad del Peltre, mitad estaño, mitad plomo;
la Edad de la Escoria, desperdicio de una edad pasada y mejor;
la Edad de los Remiendos para las gabardinas viejas;
una edad de mera transición, sin ninguna importancia,
salvo que lo que sucede debería avergonzarla,
si existiera Dios. Esta es una manera de pensar equivocada, a mi parecer,
y de las ideas equivocadas solo nacen malos poemas.

Todas las épocas,

al mirarlas muy de cerca, se juzgan mal
por aquellos que no han vivido en el pasado. Imaginemos
el monte Athos esculpido, como pensó Jerjes el persa,
para hacer la estatua colosal de un hombre:
los campesinos, recogiendo leña en la oreja del coloso,
habrían sospechado que había una forma humana
allí arriba tanto como su rebaño de cabras;
tendrían que haberse apartado diez millas
de allí para que la imagen gigante se les apareciera
con su perfil humano, con su nariz y barbilla claramente visibles,
su boca, murmurando ritmos de silencio hacia el cielo,
y alimentando al atardecer con la sangre de los soles;
el enorme torso, la mano, que se tiende eternamente
junto a la generosidad de un río plateado
y los pastos del campo. Esto es lo que ocurre
con los tiempos en que vivimos: son siempre demasiado grandes
para que podamos aprehenderlos.

Pero los poetas deberían

ejercitarse en una doble visión; deberían tener ojos
para ver las cosas cercanas de un modo global,
como si tuvieran su punto de vista muy lejos,
y las cosas distantes, con tan íntima profundidad

como si las tocaran. Esforcémonos en esto.
Yo desconfío del poeta que no ve
ni talento ni gloria en su época,
y traslada su alma cinco siglos atrás,
pasa el foso y el puente levadizo, y se mete en el castillo,
oh, no para cantar de los lagartos y sapos
que viven allí en la zanja -eso sería excusable-,
sino para hablar de un oscuro noble, medio caballero, medio ladrón de ovejas,
de alguna beatífica dama, medio esclava medio reina,
tan muertos todos, lógicamente, y en su mayor parte
como los poemas hechos con sus caballerescos huesos;
y eso no es de extrañar: la muerte llama a la muerte.

No, si hay lugar para los poetas en este mundo
un tanto desmesurado (y yo creo que lo hay),
su única labor es representar la época,
su época, no la de Carlomagno: esta vida, esta época palpitante,
que lucha, grita, enloquece, calcula y ambiciona,
y emplea más pasión, y más ardor heroico,
entre los espejos de sus salones
que Roldán con todos sus caballeros en Roncesvalles.
Huir de los modernos betunes, abrigos y puntillas,
lloriquear por las togas y lo pintoresco
es fatal... y estúpido también. El mismo rey Arturo
era un hombre vulgar para la reina Ginebra;
y Camelot para los caballeros era un lugar tan ordinario
como Regent Street para los poetas.

Jamás retrocedamos,

pero mantengamos la épica sin temor, captemos
la lava ardiente de una canción,
la vena palpitante, plena y jadeante, y entusiasta de nuestra Era,
para que los que vengan, los hombres del mañana,
puedan tocar los libros con mano respetuosa, y decir:
«¡Contemplad... contemplad las fuentes de las que todos bebemos!
El pecho parece latir aún, o al menos
hace latir el nuestro. Este es el arte vivo,
que así nos ofrece y así representa la verdadera vida».

¿Qué forma es mejor para los poemas? Dejad que piense
menos en las formas y en todo lo exterior. Confiad en el espíritu
como hace la naturaleza soberana, para fijar la forma;

pues de otro modo solo encarcelaremos al espíritu
en vez de encarnarlo. Siempre lo interior
antes que lo exterior: así es en la vida, así es en el arte,
que no es sino la vida.

Cinco actos dicen que hacen un drama.

¿Y por qué no quince? ¿Por qué no diez? ¿O siete?
¿Qué importa el número de las hojas
siempre que el árbol viva y crezca? ¿Ajustarse
a las reglas de las unidades de tiempo y lugar,
cuando la esencia de la pasión consiste en ignorar
tanto el tiempo como el lugar? Absurdo. ¡Mantén el fuego,
y deja que las llamas generosas sean la forma en sí mismas!

Es verdad que la escena requiere cierto sometimiento
a tal o cual convención; «mutis» por aquí,
y un «entra» por allí; los lugares donde se debe aplaudir, fijados,
como las varas peladas de Jacob y los carneros;^[85]
y todos los rizos cerrados de la imaginación cortados
igual que los vellones de las ovejas durante el tiempo del esquila.
No conmuevas las galerías del corazón
precisamente en el cuarto acto, culmina
nuestros cinco actos piramidales con un acto más...
¡Ya estamos perdidos! El fantasma de Shakespeare apenas podría
defendernos frente a nuestra justa condena. Apartémonos.
Reflexionemos y consolémonos pensando que, en el último siglo,
en esta misma escena trágica en la que hemos fracasado,
un Hamlet sin peluca también habría fracasado.

Y quienquiera que escriba buena poesía
mirará solo por el arte. No escribirá para ti
ni para mí, ni para Londres o Edimburgo;
no le importará lo que diga el mejor crítico conocido
a la hora de adentrarse en su luminoso rayo de libre pensamiento
y ensimismada concepción, ni se apartará
ni una pulgada del camino sagrado.
Si la virtud ejercida en pos de la popularidad
está tan sucia como el vicio, ¿cómo puede el arte de encargo
mantener su esplendor y seguir siendo un arte puro?
Evitemos tal servidumbre. Lo que escribe el poeta,
lo tiene que escribir él: la humanidad lo acepta, si es conveniente,
y ahí está el éxito; si no, el poema pasa

de mano en mano, y luego de mano en mano,
hasta que las generaciones futuras lo destruyen y lloran
de compasión porque sus padres fueron unos idiotas,
y eso también es reconocimiento.

Yo no escribiré teatro.

Porque el drama, menos sublime en este aspecto,
hace llamamientos a aspectos menores, resulta más servil,
adopta las modas del gusto general
para marcar su altura, lleva una correa de perro alrededor
de su majestuoso cuello, y aprende a llevar y traer
lo que está de moda para agradar a la gente de moda;
los petimetres llenan la platea y los palcos, y aplauden,
alabando sobre todo la docilidad
y las bufonadas en los numeritos teatrales; o bien
les da por silbar, o abuchear, o patalear como para espantar a un perro,
o cosas aún peores, diríamos. Los perros injustamente pateados
chillan y muerden para defenderse; pero si tu dramaturgo
(siendo abucheado por quinientos don nadies
porque están sus cerebros embotados en su mayoría y
juzgan mal la delicadeza de su ingenio sutil)
enseña los dientes, es con una sonrisa, defiende la longitud
de una humilde frase, «Mis queridos compatriotas,
tal vez haya algo que se les haya pasado...»,
bueno, entonces, además de quinientos don nadies,
tendrá cinco mil y quinientos más
que irán contra él, todo el público... -todas las pezuñas
de los burros del padre del rey Saúl[86] en reata-,
y obviamente se lo merecerá. Él los llamó,
los llamó: ¿y por qué ha de decir algo cuando lo critican
y no cuando lo alaban? Lloro, mi Esquilo,
¡pero bajito y lejos, en las orillas de Sicilia!
Porque fue Atenas (así lo dice la leyenda)
la que te condenó a aquel fatal golpe,
la tortuga, fría y dura, para que cayera sobre ti
y te aplastara: mejor habría sido que protegieras tu calva cabeza;
porque Atenas antes escuchará el suave zumbido de la abeja de Hibla[87]
que tus enérgicas protestas. Por lo demás,
el riesgo es aún peor en la escena moderna:
yo no podría, por tan poco, aceptar el éxito,
ni arriesgaría tanto, tranquila y feliz,
para tan poca ganancia: dejemos que aquellos que la aprecian

la persigan. Yo me aparto.

Y por tanto, impide

que cualquier fantasía o arrogancia
pueda surgir en el salón del trono dramático, donde
los maestros de nuestro arte, en cuyas ubérrimas venas
las glorias de los tiempos pasados se mezclan, exhibiendo su fuerza
y hacen su trabajo real, conciben, ordenan,
y, de su ardiente y viva imaginación,
extraen a sus hombres y sus mujeres inflamados
para la acción, vivos, y obligados a demostrar
su vida haciendo realidad su corazón, su cerebro y sus nervios,
hasta que la humanidad se vea forzada a admitir «Esos son hombres
como nosotros», y a dar la bienvenida debida
a Imogena[88] y Julieta, nuestros familiares más dulces
al otro lado del arte.

Y es que, al conceder tanto valor

al drama, yo temería rebajarlo sin querer
al nivel de las candilejas. Ya pasó el tiempo
de los chivos expiatorios, de los sacrificios a Baco
-los ojos turbios y nerviosos por los ondulantes blancos
de los vestidos del coro-, todos ahítos de sangre,
mientras voces trágicas que restallan agudas como espadas
se elevan hacia el cielo como las llamas del altar
y hacen que vibre el aire azul. La máscara de cera
que semejaba el rostro impávido del hijo de Temis[89]
sobre el rostro más humano de un actor;
los coturnos, que levantaban y movían el manto,
como algún barco que recibiera los vientos,
al pasar junto a los muelles; la embocadura de la máscara, donde
la simple voz de un hombre con todos sus jadeos y respiraciones
adquiría metálicos tonos y se elevaba a mayores alturas
en atronadoras canciones... Todo esto ya no existe,
ya es pasado. Y la conclusión es evidente:
el drama moderno ha superado estos juguetes
de estatura, rostros y discursos simulados,
y también, tal vez, pueda superar
la simulación del escenario pintado,
de las tablas, actores, apuntadores, candilejas y vestuarios,
y llevar a un escenario digno el mismísimo espíritu,
con sus locuras caprichosas y su ingenio divino,
con todos sus fantásticos silencios orquestales

para mantener las pausas de los sonidos rítmicos.

Ay, veo que aún hay mucho que hacer,
y lo que yo hago se queda muy corto frente a lo que veo
aunque me dejó la vida haciéndolo. Largos días de verano,
agostados sin hierba y sin sol, largas noches solitarias,
de donde volaron los sueños de seda:
¡vosotros sois testigos de que ni la negligencia irreverente
del aficionado ni la ajetreada pereza
han tenido parte en mi arte! ¿Y entonces qué? ¿Qué he hecho?
¿Qué he hecho al fin y al cabo?

Pues mira, al menos, un libro.

Si la sangre vital es necesaria, y lo es
(¡igual que la vena azul y palpitante en las sienas de Mahoma,
el libro de cada profeta y de cada poeta es la sangre del hombre!),
si la sangre vital fertiliza, yo he exprimido la mía
en cada hoja de mis libros, a menos que las gotas de sangre
hayan resbalado hacia un lado y se hayan secado.
Eso ocurre muchas veces: muchos hombres apasionados
escriben libros tan fríos y planos como lápidas del cementerio
en las que se aferran los líquenes; y si St. Preux
hubiera escrito sus propias cartas, como pudo haber hecho,
nunca nos habríamos emocionado con el pequeño lunar
en la mejilla de Julia.[90] La pasión no puede ser más
que algo experimentado, después de todo.

Mientras el arte

sitúa la acción por encima de la experiencia,
el papel del artista es a un tiempo ser y hacer,
imprimiendo con una energía esencial y especial
la simple experiencia del hombre común
y convirtiendo, con un repentino giro,
en mitad angustia, mitad éxtasis,
lo que siente en su interior: y nunca lo sentirá menos
porque lo cante. ¿Acaso una antorcha arde menos
por arder cerca de reflectores de azul acero?
¿Por qué entonces iba el poeta a ser más frío al encontrarse
entre dos fuegos incesantes -su vida personal
y la intensa refracción que arde y se refleja
constantemente frente a él desde la esfera
cristalina de la consciencia en la que nació-
si verdaderamente nació artista? ¡Ay, lamentable y maravilloso don

concedido a los poetas, ese de la doble vida,
cuando una vida ya es suficiente para conocer el dolor!
¡A nosotros, estupefactos bajo nuestra carga como meros hombres,
se nos exige que nos mantengamos derechos como semidioses,
soportando el intolerable sufrimiento y el dolor
universal, y que elevemos al cielo
con la voz rota del llanto humano
nuestros poemas para encontrar rimas entre las estrellas!
¡Pero... basta! La palabra «poeta» se dice pronto;
y un libro también se escribe pronto. Y no, en absoluto:
¡cuanto peor sea un poeta,
antes escribirá un libro!
Y el mío..., bueno, admitiendo
que he puesto alguna pasión en él, y que he trabajado duro,
la mera pasión no demuestra que un libro valga siquiera
el papel y la tinta con que está hecho. Las burbujas que rodean
la quilla de un barco nada valen, y no significan más que el barco se mueve.
Se necesita algo más que pasión para hacer a un hombre,
o un libro, que es un hombre también.

Estoy triste.

Me pregunto si Pigmalión^[91] tenía estas dudas
y si, al sentir cómo el frío del duro mármol
se ablandaba y se estremecía en sus brazos,
y se conmovía su frío hasta tornar sus labios ardientes,
supuso que sus sentidos le estaban engañando y que la tarea
de superar todo lo visto y conocido, hasta alcanzar
la Belleza arquetípica e invisible,
había hecho que su corazón latiera por dos
y su propia vida lo había deslumbrado y cegado.
No era así. Pigmalión amaba. Y los que aman
creen en lo imposible.

Y estoy triste:

no puedo apreciar completamente ningún trabajo mío,
porque ninguno me parece digno de mis esperanzas o mis pensamientos
más elevados y perfectos. Él los ha derribado,
mi Febo Apolo, alma de mi alma,
que juzga, por lo intentado, lo conseguido,
y con flecha plateada desde su altura
ha derribado todas mis obras delante de mi cara
mientras yo no dije nada. ¿Hay algo que pueda decir?
Dije que el artista no era más que un hombre superior:

también puede ser impotente, como cualquier hombre.

He seguido trabajando sola. El viento y el polvo
y el sol del mundo me han abierto ampollas en el rostro,
y la esperanza, ahora favorable, ahora contraria,
me empujaba hacia delante... como algún globo a la deriva
que, enredado en algún árbol en floración o sin hojas,
se desgarran. A veces lograba mi objetivo,
o eso me parecía, y algunos amigos generosos me decían «Ánimo,
valor, ahora estás a nuestro nivel... ¡ahora!
Con el próximo paso lo lograrás». Me sonrojaban las alabanzas,
pero, deteniéndome un instante para coger aire,
no tuve otra opción salvo decirme a mí misma:
«¿Y esto es todo? ¿Ya está? ¿Esto es lo que he conseguido?
Si esto es el éxito, es más deprimente
que cualquier fracaso».

Oh, Dios mío, Dios mío,

oh, artista supremo, que como única recompensa
a todas las maravillas cósmicas de tu obra
apenas exigiste una palabra, un nombre:
«Padre». Tú sabes, solo tú,
qué duro es para una mujer estar sentada
en las noches de invierno junto al hogar solitario
y escuchar al mundo elogiarla en la distancia,
¡tan lejos! Sí, alaban nuestro sentido del amor,
nuestro corazón de apasionada feminidad,
que no podría latir en el verso sin
estar presente también en los labios sin besos
y en ojos llorosos porque no hay nadie que pregunte
la razón por la que están húmedos.

Estar sola

y pensar, como consuelo, que esa misma noche
los amantes prometidos, acercándose en la lectura,
escuchando dulcemente la respiración del otro,
están tal vez leyendo alguna página nuestra,
para detenerse con un estremecimiento, como si sus mejillas se hubieran tocado,
cuando tal o cual estrofa, alcanzando su estado de ánimo,
parece flotar sobre sus pensamientos: «Esto es lo que siento
por ti». «Y yo por ti: ¡este poeta sabe
que el amor es eterno!» Y cómo, esa noche,
algún padre, llegando desde los brumosos caminos

al luminoso círculo de la lámpara y el hogar
y sus hijos felices, tras coger primero
al más pequeño, hasta que se estremece y llora
al sentir el frío que se cuele por sus hoyuelos
desde el invierno de las colinas, y luego deja en el regazo
de la mayor (que ha aprendido a cerrar los ojos
para ocultar cierta dulzura más nueva que el año anterior)
nuestro libro y dice: «¡Para ti, que te gustan los versos!
¡Así habrá abundancia de versos bajo los árboles
cuando te alcance abril! Me han dicho
que estos versos no son tan inútiles como otros muchos,
sino que al leerlos, el corazón se mantiene puro y late con más fuerza:
es tu el libro: escribiré tu nombre en él.
Así no olvidarás, por mucho que te pierdas
en los cantos del poeta y en ensoñaciones encantadoras,
el recuerdo de cómo tu padre pensaba en ti
cuando venía del pueblo».

Que se tengan nuestros libros

en consideración por el amor, y relacionados con el amor,
mientras nosotros estamos sin amor... es duro, ¿no creen?
Al menos, resulta doloroso. La fama, sí, eso se dice,
significa simplemente amor. Fue un hombre el que dijo eso.
Y luego, hay amores y amores: el amor de muchos
(aventuremos, para compensar, la paradoja de una mujer)
es bastante menor que el amor de una sola persona.
Prueba a contentar a un niño hambriento
con la herencia de muchos campos de trigo: no,
él te dirá que tiene hambre, y preferiría
ese pequeño pastelillo de avena que no le das
a calcular sus futuras cosechas. Eso nos ocurre a nosotros;
(y en esto, Romney, también nos equivocamos al generalizar).
Tenemos hambre.

¡Hambre! Pero es muy lastimoso

lloriquear como niños de teta y chuparnos los pulgares
solo porque tengamos hambre. ¿Quién, en este mundo,
(donde nos pusieron tal vez solo para rezar y ayunar)
no ha tenido hambre alguna vez? ¡Ay de aquel que tiene
abundancia de comida! Si Ugolino^[92] está saciado,
es porque sus dientes han roído lo repugnante y condenado:
porque su saciedad revela miseria,
absoluta e irremediable. Y puesto que

debemos pasar hambre, ¡mejor que nos privemos del amor del hombre que de la verdad de Dios! ¡Mejor privarnos de las dulces compañías que de las grandes convicciones! Soportemos nuestras cargas, y prefiramos nuestras casas desoladas a nuestras almas vacías. ¡Bueno, bueno...! Dicen que somos unos envidiosos, los que hacemos versos; pero yo, tal vez porque soy mujer y hago versos tan malos, envidia muy mal. Nunca envidié el estilo ni la voz de Graham,^[93] que ofrece, con una o dos pinceladas al acaso (a los críticos miopes les gusta analizar estas pinceladas) esas delicadas perspectivas llenas de vida: ni a Belmore,^[94] por su coherencia intelectual que talla en cedro sus poemas, delicadamente, como los dibujantes afilan sus lápices; ni a Mark Gage^[95] por su voluptuoso colorido y extático tono donde una se ve trasladada y derretida en el verso sensual que, con el vaivén de las olas, te devuelve al nivel de las almas puras y te deja con Plotino.^[96] A ninguno de estos poetas, por sus dones naturales o por el aplauso popular he envidiado; pero sí por esto: cuando, por casualidad dice alguno: «Ahí va Belmore, ¡qué gran hombre! Deja una obra dignísima, y no necesita ningún recogedor de virutas», y una joven que conozco, que no contesta nada, salvo con sus ojos castaños, sonrío inadvertidamente, como si un ángel guardián sonriera en ella; y por esto también: cuando Gage llega a casa y deja las abundantes reseñas de su último libro en el regazo de su madre, donde, hace años, dejó sus cartillas infantiles y aprendió a canturrear y a repetir las letras que ella pronunciaba, como hacen los pajarillos. «Muy bien», le decía entonces, y ahora no lo dirá menos maravillada; sin embargo, el último «Muy bien» le emocionará mucho, porque vinculará el hoy y el ayer en un perfecto acorde de amor; y entonces sí, Mark Gage, ¡envidia a tu madre! Y a ti, Graham, porque tienes una mujer que te ama tanto, aunque ella olvida, por momentos, estar orgullosa de ser la esposa de Graham, hasta que un amigo apunta: «Este chico tiene la misma cara que su padre,

es como una pequeña figura de cera... ¡si le quitamos los rizos!».

Y a mí, ¿quién me ama? Mi querido padre, mi dulcísima madre,
digo a veces vuestros nombres, solo para mí,
y entonces el silencio se estremece: suenan extraños,
como el hindú para un indio
que lleva ya muchos años acostumbrado al inglés;
o como las encantadoras palabras poéticas que se quedan obsoletas,
pero que no dejamos de cantar. Allá en el cielo,
tengo a mi padre, con el rostro de mi madre
a su lado en un destello de luz celestial;
ya no puedo decirlos en este mundo, ya no tienen sentido en mi casa,
ya no. El mejor verso que escriban mis manos
no podrá llegar a donde están ellos, para que
les parezca que «están bien». Pronto nos separa la muerte,[97]
dispone terribles obstáculos entre los vivos y los muertos,
y nos hace partícipes del caos de Babel,
con la repentina ignorancia de una lengua común.
Ni siquiera un César vivo se atrevería a jugar
a las bochas con alguien como mi padre muerto.

Y, sin embargo, esto puede ser menos de lo que parece,
este cambio y separación. Cinco pajarillos
por dos ases, y Dios se ocupa de todos.[98]
Si Dios no es demasiado grande para tan pequeños cuidados,
¿lo será alguna criatura solo por haberse ido con Dios?
He visto a algunos hombres, muy fiables, de ninguna manera locos,
que han creído o soñado, declarado o testificado,
que han oído a los muertos dar golpecitos, como un reloj
que da las horas de las eternidades,
a su lado, con sus oídos reales, y así han sabido
que los espíritus humanos sienten como los hombres
y odian el irracional temor reverencial que los aleja
de una posible relación. Puede ser.

Como mínimo, la tierra separa tan bien como el cielo.
Por ejemplo, no he visto a Romney Leigh
desde hace dieciocho meses enteros... añádanse seis, y tendremos dos años.
Dicen que está muy ocupado con sus buenas obras.
que ha dividido Leigh Hall y ha hecho albergues para pobres.
Hizo un albergue de su corazón un día,

y desde entonces está abierta la cerradura
para aquellos que saben llamar. Yo nunca lo hice.

Siempre me pone triste salir de casa;
y ahora estoy aún más triste por haber ido anoche,
entre luces y chismosos, a casa de lord Howe.
Su mujer es hermosa, con sus trenzas brillantes,
y con su voz sobria, y sus fabulosos ojazos, implacables,
como sus otras joyas. Si resulta un poco fría,
¿a quién le puede extrañar, si su sangre ha estado tanto tiempo
en el bastión ducal que ella llama su «línea»,
sin ninguna arrogancia, desde luego? No es orgullosa,
no más orgullosa que el cisne en su lago;
él siempre ha estado allí; ese es su elemento;
así que ella se lo toma todo con su gracia natural,
ignorando a los renacuajos. Simplemente sabe, tal vez
como los hombres, moverse sin guías ni ayudas,
y no hay que culparla por ello. Ah, y mirar su rostro
cuando el bueno de lord Howe expone sus teorías
sobre la justicia social y la igualdad...
Eso es curioso: qué tierna y tolerante inclinación
de cuello nos dispensa: porque ella lo ama, le gusta su discurso,
«¡Qué disertación tan inteligente, querido y peculiar Algernon!».
Y escucha exactamente como si él estuviera hablando
de algún mito escandinavo de lemures,^[99]
demasiado hermoso para discutirlo, y demasiado absurdo.

Ella me trata con simpatía en tanto amiga de su marido,
y sería simpático, si yo no fuera una Leigh;
está acostumbrada a sonreír así, sin que sonrían sus ojos,
se hable de Joseph Strangways, el mesmerista de Leeds,
o sobre Delia Dobbs, la conferenciante de «los Estados»
sobre la «cuestión de la mujer».^[100] Luego, respecto a él,
me gusta: es mi amigo. Y todas las salas
estaban llenas de brocados de seda que barrían
el delicado polvo de las cortesías más sutiles.
¿Y qué? ¿Qué? Bueno, volvimos a casa tristes.

¡Qué encantadora estaba *esa* mujer a la que no aprecio nada!
Estaba muy bella, lady Waldemar.
Su doncella debe de utilizar ambas manos para retorcer esa espiral

de trenzas, y luego tener cuidado para que los ricos
rulos de bronce no se resbalen: se le escapó, sin embargo, una cana.
Una sola, yo la vi. Si no hubiera sido por la cana,
esa mujer parecería inmortal. Como decían,
esos hombros de alabastro y el pecho desnudo
en el que las perlas, ahogadas en su blancura,
se perdían, ¡salvo por el cierre de rubí!
Las perlas bajaban dividiendo el corpiño de terciopelo amaranto
hasta la cintura, o casi, con la audaz presión
de la belleza hinchada por la respiración. Si el corazón de su interior
fuera la mitad de blanco que su piel... Pero si lo fuera, tal vez
el pecho estaría un poco más cubierto y la visión sería
menos espectacular, como la mitad, también.

Escuché

a un joven con apariencia de estudiante alemán,
-rostro afilado, como un cuchillo en una situación desesperada,
con una raya al medio tan recta
que dividía su melena a partes iguales-
decir en voz baja a un amigo (treinta y cinco
y medieval): «Mire allí, sir Blaise,
es lady Waldemar, a la izquierda, de rojo,
con quien Romney Leigh, nuestro filantrópico amigo,
se va a casar».

Entonces contestó

sir Blaise Delorme, con voz tranquila y sacerdotal,
demasiado acostumbrado a proferir maldiciones
para formular una ironía natural que valiera la pena:
«¿Leigh es su filantrópico amigo? Es el mismo, creo,
al que dejó plantado una bonita doncella de compañía
que él había sacado de la calle. Ahora, por el contrario,
parece haber escogido una flor del otro lado
del parterre social».

«¡Una flor, una flor!», exclamó

mi estudiante alemán, con los ojos completamente
clavados ella. Tenía veinte años, desde luego.

Sir Blaise continuó hablando con elegante arrogancia,
como si estuviera dejando caer la limosna en un sombrero,
y se hubiera ganado el derecho a aconsejar: «Mi querido amigo,
dudo de la habilidad de su filantrópico amigo:
ha escogido lo menos adecuado y una improbable ayudante,

sea para una comunidad pagana o para un hogar cristiano,
al elegir a tan florida criatura».

«¡Qué belleza!

-murmuró mi estudiante, arrebatado-. ¡Mire cómo se mueve!
¡Y cómo inclina la cabeza, como una verdadera flor,
tocada ligeramente por el vano aliento de nuestra conversación!»
A lo cual el bilioso Grimwald (el que escribe
para el *Renovator*), que parecía absorto,
inclinado en la mesa con el libro de invitados
(yo diría que mentalmente estaba royendo los huesos
de todos aquellos escritores, deseando que fuera real
para que sintieran sus dientes en serio), se volvió rápidamente
con una risa grave y carnívora: «¡Una flor, ya lo creo...!
Ni cose ni teje, y no le preocupan lo más mínimo
sus pétalos y su ropa... cuando se caen».

El estudiante titubeó;

sir Blaise, lo mismo; luego, ambos apartaron sus sillas
como si hubieran visto cucarachas en el suelo,
y siguieron hablando, sin dirigirle la palabra
al criticón.

El bueno de sir Blaise tiene la frente alta

y singularmente estrecha: un viento fuerte,
se imagina una, podría dejarle sin tejado de repente
y volarle esa gran azotea de la cabeza
en la que acumula reliquias feudales. Es admirable
su nariz de perfil, aunque no hay manera de distinguir su barbilla;
pero, aunque no se vea barbilla, lo que no se puede evitar mirar
es su cruz dorada y *oculta* en lo más profundo de su atuendo (tallada
en penitencia por un monje santo de Estiria
cuya carne le había dado muchos disgustos) que sobresale
por alguna ranura casualmente desabotonada
de su chaleco. Con aire ausente
sir Blaise disfruta jugueteando con él y hablando bajo,
mientras yo, en el sofá inmediato, lo escucho todo.

«Mi querido y joven amigo, si pudiéramos llevar nuestros ojos
como la santísima santa Lucía, en una bandeja,[\[101\]](#)
no nos engañaríamos al escoger esposas,
como los jubones, por el color. De muy distinta manera
escogían nuestros padres; y en consecuencia, cuando colgaban
las llaves de su casa de la cintura de una dama,

en sentido del deber le confería a la dama dignidad:
ella conservaba su regazo santo para sus hijos;
y, si un moralista reprobaba su indumentaria,
era: “¡Mucho almidón!” y no “¡Poca muselina!”.»
«Bueno, ¡bah!», replicó el otro con vehemencia,
un poco picado por haber sido considerado «joven amigo»,
o eso me pareció. «¡Por santa Lucía!,
(si es que sirve esa santa para jurar), dejemos en paz
a nuestros padres: ya bastante tenemos con nuestros hijos.»
Se pellizó el mentón barbilampiño. «Sí, señor, bastante tenemos:
las futuras generaciones pesan sobre nosotros
como la pesadilla de un vidente;
nuestra comida y nuestra bebida son dolorosas profecías:
le pregunto: ¿vamos a entretenernos, señor,
en proteger con nuestras fatigadas manos
esas dubitativas velitas del pasado
para mantenerlas alejadas de las corrientes de aire? ¿Los prejuicios contra la mujer
y las leyes matrimoniales? Bueno: la despabiladera ha apagado esas velas
mientras hablábamos: por mucho que protesten
algunas narices delicadas, como las suyas,
contra el olor de las velas apagadas.»

«Es usted muy joven»,

protestó sir Blaise.

«Sí lo soy -dijo

furioso-, aunque un poco menos de lo que parezco,
los jóvenes corren más deprisa, llegan antes y ven
lo que va a venir. Respeto para los jóvenes, eso es lo que pido.
En esa nueva iglesia para la cual el mundo casi está maduro,
encontraremos a los jóvenes en los bancos de los viejos,
elevándose con esperanzado corazón de marfil
sobre las frentes arañadas por los crueles pájaros carroñeros
de la experiencia vital.»

«Le ruego su bendición, señor

-dijo sir Blaise con aire jocos-. Me arranqué
un pelo plateado esta mañana de la barba,
lo cual me sitúa por debajo de usted. ¡Ojala tuviera
dieciocho años para lanzarle una reprimenda!
Si los jóvenes de su ralea corren más
para ver que los prejuicios sexuales
y las leyes matrimoniales se disuelven -en palabras llanas,
que habrá un concubinato generalizado formulado

en una lascivia universal-,
apenas vale la pena correr más rápido, y ustedes saldrían ganando
permaneciendo rezagados con sus mayores.»

«Ah -exclamó-,

¿quién, estando en la cima del monte Pisgah,[102]
puede hablar con alguien que está abajo,
y hacerle entender lo que ve? Bueno, Leigh,
el propio Leigh, aunque es nuestro hombre más capaz, como dije,
apenas está lo suficientemente adelantado para ver tan lejos,
aunque algunos lo estamos: aborda de un modo imperfecto
la cuestión social -solo por un lado- y se deja
el resto por el camino. Un socialista cristiano
es este Romney Leigh, ya me entiende.»

«En absoluto.

Yo creo en los paganos cristianos tanto
como cree usted en las sirenas. Si mezclamos
dos colores, los perdemos ambos, y hacemos un tercero
distinto de los otros dos. ¡Recuérdelo! Equivocarse
en los colores es el indicio de una mente enferma,
y la mía, gracias a los santos, está clara y fresca:
una opinión neutral es aquí imposible.
La iglesia -y por “iglesia” quiero decir, por supuesto,
la Santa Madre Iglesia católica, apostólica y romana-
señala las líneas tan claras y derechas como sus muros;
dentro de las cuales están los cristianos, obviamente,
y fuera... los perros.»

«Se lo agradecemos. Sé bien

que la vieja Santa Madre Iglesia de buen grado mordería
con sus encías desdentadas, igual que el propio Leigh
sería de buen grado cristiano, a pesar de su entendimiento;
dejemos eso. Pueden hacer lo que quieran, no me importa.
Están ustedes muy retrasados en Inglaterra. En un mes aprendí
en Gotinga suficiente filosofía
para surtir sus escuelas inglesas durante cincuenta años:[103]
dejemos eso, también. Ahora bien, una sola cosa, escúcheme:
imaginemos que un hombre cabal como Leigh pudiera tener
estaturas variables a lo largo de su vida
de acuerdo con la altura de sus opiniones. ¿Escogería una esposa
por la suavidad de su piel? ¡No creo, no creo!
Le pondría pegas a la misma Venus por sus sandalias,
a menos que siguiera su camino con toda dignidad;

y si escogiera a una Venus Meretrix
(no estoy señalando a la dama de aquí),
esté seguro de que, por algún truco del arte cristiano,
la metamorfosearía y la convertiría
en una virgen bendita.»

«¡Cuidado! -sir Blaise resopló

como si lo hubieran golpeado-. ¡Cuidado! ¡No blasfeme,
se lo ruego!»

«Los primeros cristianos ya lo hicieron;[104]

¿por qué no lo iban a hacer los últimos?», preguntó el de Gotinga,
con un levísimo indicio de ironía en los labios
que compensaba la escasez de barba.

«Eso es lo que ocurre en este caso. Si de esa preciosa preciosidad
se dice que va a ser la futura esposa de Leigh,
se dirá también, y al menos con la misma certeza,
que será *discípula* de Leigh. Puede usted rastrear su nombre
en todas sus fundaciones y comisiones, escuelas,
albergues, hospitales... Ha arrastrado a esa mujer,
con otras damas a quienes su influencia condujo
a abandonar sus esferas, a su territorio campestre,
en Shropshire,[105] a la famosa comunidad instalada
en Leigh Hall: el sistema de Fourier cristianizado
(en el que ha plantado sus arbolitos pimpollos
de conocimiento en guarderías sociales),
y allí, dicen, ella ha pasado media semana,
y ha ordeñado las vacas, y ha batido y exprimido la cuajada,
y ha llamado “hermanas mías” a las más humildes y grises
de todas las marginadas allí reunidas. ¡Estas muchachas!
Sí, se ha lavado con ellas en la bañera...
Imáginese, sir Blaise, esos brazos perfectos y desnudos
esos brazos torneados y espléndidos, jugando con agua y jabón
como cisnes silvestres entre lirios temblorosos...»

Lord Howe se acercó. «¿Qué? ¿Hablando de poesía
junto a la imagen de una musa indiferente?
Me refiero a usted, señorita Leigh: llevo mirándola media hora,
Igual que si hubiera estado mirando esa estatua llamada
Palas en el Vaticano;[106] ¿ha reparado usted
en su rostro, sir Blaise? Intensamente tranquila y triste,
porque la sabiduría la aparta de sus prójimos...
Pero ella habla más alto. ¿Qué? ¿Ni una palabra?

Y estos dos caballeros tan valientes, he de decir,
no se han intimidado con su silencio...»

«Oh

-dije-, mi querido lord Howe, no le diga usted
a una mujer que, al escribir, ha perdido su lugar en el mundo
(ese rincón encantador hogareño junto a la chimenea
con un sinfín de niños) tantos cumplidos,
como si fuera una mujer de verdad. Nosotras, las que hemos sujetado
los rizos y los hemos apartado de los ojos, podemos ver al menos
tan claramente como los hombres. Hablemos pues de hombre a hombre,
sin cumplidos, se lo ruego.»

«De amigo a amigo,

dejémoslo ahí. Estamos tristes esta noche, por lo que veo,
(¡Buenas noches, sir Blaise! ¿Y Smith? Ah, ya se ha ido...)
La he estado mirando a usted desde la otra punta de la sala y he venido, señorita Leigh,
para mantener a raya a una partida de cazadores de leones
que estaban volviendo la mirada hacia esta jungla. Eran tres;
una dama amplísima, cinco pies y diez pulgadas de grasa,
con el demonio dentro (tiene espacio de sobra)
para ir de acá para allá por todo el mundo,
de Chipewa[107] a la China; quiere, señorita Leigh,
su firma en una hoja de papel tintado,
entre la de la reina Pomare y el emperador de Soulouque.[108]
Por favor, désela. Tiene energía, aunque está gorda:
por lo que a mí respecta, preferiría ver un granero en llamas
a una mujer como esa enfadada. Luego hay un joven
recién llegado del campo, verde como un pimpollo,
que le pide modestamente, señorita Leigh, que le deje besar su zapato,
y añade que tiene una obra épica, en doce libros,
que cuando la lea usted hará lo mismo con sus botas.
Le he ahorrado a usted todo eso, y la semana que viene
asumiré tanto el manuscrito como al caballero, porque un lord
sigue teniendo más influencia que una poetisa
con los extremistas republicanos. Ah, ah...
por fin sonrío...».

«Gracias.»

«Mantenga la sonrisa:

la prefiero a los agradecimientos... Sí, y le presentaré
a mi chica transatlántica, de ojos dorados,
que lo atraen a uno a su espléndida pureza, como
atraen los pistilos de los lirios acuáticos:

fuego y oro. Estas jóvenes del otro lado del mar
son tiránicamente hermosas, y le juré
(me parece una chica muy inocente y sincera)
que la acompañaría para que la saludara usted,
ahora no, pero algún día de esta semana.
Lo llamaremos perjurio; no lo haré.»

«No, tráigala.»

«Bueno -dijo-, resulta difícil

acercarnos a tanta bondad con nuestras sucias manos.
Pensé burlarme de usted y molestarla un poco,
y cobrar ánimo, cuando estuviéramos bastante enfadados,
para decirle una cosa que la enfadará aún más.»

«¿Algo de Romney?»

«No, no... -exclamó-. No hay nada muy malo

de Romney Leigh, salvo lo que se rumorea:
que ha caído también en la trampa de unos ojos,
como muchos otros que son la mitad de listos que él. Lo que quiero decirle
se refiere a usted, no a él.»

«¿Se refiere a mí?»

Él repitió: «¡A mí! Habla usted como una piedra
lanzada a un pozo seco con gesto indiferente
por alguien que nunca piensa en el pobre sapo
que vive en el fondo. Quizá al final
profiera su ¡A mí! con más orgullo, hasta intimidarme».

«¿Lord Howe es el sapo, entonces, en esta cuestión?»

«En fin,

pongámonos serios. Hágame sitio en el sofá,
y escúcheme atentamente. ¿Conoce usted a Eglinton,
John Eglinton, de los Eglinton de Kent?»
«¿Es él el sapo? Se parece más bien a un caracol;
es conocido principalmente por llevar la casa a la espalda:
separa al hombre de la casa, y matas al hombre;
ese es Eglinton de los Eglinton, lord Howe.»

Me contestó muy serio. «Es un hombre muy respetable,
un excelente caballero de la vieja escuela,
tal vez un poco escaso en las nuevas filantropías,
que celebra sus cumpleaños dando un baile para sus arrendatarios,

y es implacable con ellos cuando faltan a la iglesia
o no llevan a sus hijos a estudiar el catecismo,
pero no es desconsiderado con los pobres ancianos
si cogen algo de leña caída junto a las cercas; no, le he oído decir:
“Esa anciana tiene lumbago por encorvarse así;
ese es castigo más que suficiente para su delito”.»

«¡Oh, qué patrón tan caritativo! ¡Tal vez pueda
firmar un contrato con él cuando llegue el momento
de ir a coger leña para el invierno!»

«Le gusta el arte,

compra libros y cuadros... de un estilo peculiar;
no descuida ninguna de sus obligaciones y es buen hijo.»

«Con una madre muy obediente. Esa mujer nació
para ponerle los zapatos a su padre; se los puso también a su marido:
en efecto, he oído que es una cosa conmovedora. Querido lord Howe:
no *me* alabe algo con tanto interés y contra su propio corazón,
porque yo soy malísima con las alabanzas y con la leña.»

«No sea

tan ácida conmigo, porque... bueno, en resumen -dijo-,
tengo una carta, que este caballero me ha encargado
que le entregue a usted. No podía hacer otra cosa, salvo acceder:
insistió en que un nuevo amor que pasa
por las manos de una vieja amistad también recoge
algún aroma de cariño.»

«¿Amor, dice usted?

Señor, yo no puedo amar. Yo solo tengo
versos para el amor, y eso no es amar, señor.
Devuélvale la carta.»

«Un momento: ¿no la va a leer antes?»

«No la voy a leer: será perfectamente convencional;
Seguro que le ha escrito lo mismo a... bueno, cualquier nombre,
a Anne Blythe, la actriz, cuando se murió tan bien en el teatro,
(una duquesa se desmayó en un palco privado);
a Pauline, la bailarina, después de aquel gran *pas*
en el que su piececito revoloteó por encima de su cabeza
como otras luciérnagas, y asombró a toda la platea;
o a la Baldinacci, cuando su fa sostenido
tocó los argentinos límites del mismísimo cielo
como un punzante dardo al corazón, que hasta la misma reina

juntó dulcemente las manos enguantadas en blanco, a modo de aplauso,
y suspiró de gozo; o, por ejemplo (dé las gracias a su amigo)
a esa Aurora Leigh, cuando algunas rimas irrelevantes,
como aquellas de los chicos que cantaban alrededor del buey sagrado
en el camino de Menfis, tuvieron la suerte tal vez
de hacer que mugiera nuestro público Apis.[109] ¡Ah, él no quiere
una esposa digna en su hogar,
sino una estrella en su teatrillo de Eglinton!
Dígale que no ha sido especialmente inteligente
al ser tan poco modesto: una estrella caída
amarga las aguas,[110] dice un libro que he leído:
aquí tiene su carta sin leer».

«Nuestra amistad...»,

comenzó a decir lord Howe...

Pero me apresuré a interrumpir la frase.

«¿Habla usted de su amigo Eglinton o de mí?»

«Me refiero a usted, a usted -contestó con alguna vehemencia-.
Una vida feliz implica ciertos acuerdos prudentes;
la cizaña también se arranca con las grandes gavillas de la cosecha,
y aunque las espigadoras cogen solo el puro grano,
las consideramos más pobres. La cizaña viene con el trigo, decimos,
y los pros con sus contras. Usted, usted ama su arte,
y, segura de su vocación, pone su alma
en los versos. Pero... en este mundo que hemos construido
(dicen que Dios lo hizo primero, pero si lo hizo
fue hace mucho tiempo, y desde entonces lo hemos destrozado tanto
que apenas podría reconocerlo; si Él mirara en esta dirección,
no lo distinguiría de los infiernos que predicamos, con todas sus llamas),
en este mundo malo, retorcido y patas arriba,
donde los peores males se tienen por lo mejor,
en esta Inglaterra injusta y desagradable,
donde los libros de cuentas y de los libros militares cuentan,
pero la escritura del alma solo afecta al individuo
que la escribe. Es difícil mantenerse firme en el arte,
a menos que algún trípode dorado del mar
surja, por gracia del divino Apolo,
para servir de pedestal a pies como los suyos, mi profetisa,
como en Delfos.[111] Piénselo: ¡el dios descende con la fiereza
de veinte sabuesos! ¡Te zarandeará, te estrangulará,
hasta que el aullido oracular rezume espuma!

En el mejor de los casos no es fácil; en el peor, difícilísimo:
un lugar donde vivir es una ventaja en estos casos,
y en esta carta está su trípode. Para ser claro, mi querida amiga:
es usted pobre, salvo en lo que usted generosamente nos da;
trabaja usted para ganarse el pan penosamente
o viene aquí para beber nuestro vino. Por el amor al arte, piénselo».

Contesté en voz baja, como un vagabundo
que se siente por la noche muy lejos de casa,
y pone toda su fe en hacer frente al cortante viento.
«Entonces, ¿es el arte menos que la virtud?
¿Los artistas deben atender antes a su tranquilidad
o deben ignorarla y entregarse
generosamente a los demás? Bueno, ¿y es así
que nosotros, que deberíamos ser puros en lo posible, debemos barrer
el camino al mismo tiempo que caminamos, y no tendremos un amigo
que nos confirme, con nobleza, “Deja que Dios provea,
pero tú sé puro?”. ¿Y qué me dicen? ¡“Ciertos acuerdos prudentes
hacen más cómoda la vida”, me dice usted en cambio,
usted, usted, lord Howe! En las cosas indiferentes... bueno.
Por ejemplo, se puede aceptar el pan de trigo
por el de avena, la carne por las lentejas, la seda por el algodón,
y dormir en una cama por dormir en la paja...
Pero ahí acaba el acuerdo. No renunciaré
a un sueño de artista, en paja o en plumón, señor,
ni arañaré mi corazón libre aunque sea pobre,
ni dejaré de amar lo elevado aunque viva en lo más bajo.»
Y diciendo esto, con menos enfado en mi voz
que pena, me levanté rápidamente para marcharme;
mientras, él, hundido en el sofá con la noble vergüenza
de estos graves tropiezos, murmuró algo,
las palabras adecuadas tras las equivocadas. Ah, el hombre
vale la pena, pero dado a fantasear
con planes imposibles más allá de sus posibilidades humanas,
pone sus virtudes en una estantería demasiado elevada
para mantenerlas a la gran altura del milenio,
y luego necesita un taburete para alcanzarlas.
Y mientras tanto vive como puede,
con la moral de todo el mundo.

Mientras salíamos,

lord Howe insistió en que su amigable brazo

me guiara por la corriente de brillantes conversaciones
que se desarrollaban de salón en salón, hasta que topamos
con lady Waldemar. «Señorita Leigh -dijo-,
y me regaló una sonrisa, tan fría y brillante
como si la hubiera ensayado reflejándose en un vaso con hielo
y le hubiera gustado-: He estado toda la noche buscándola,
como una niña que va tras las baratijas y se las quita
una niñera malvada (“Eso no se toca”, dicen),
y allí estaba usted, perfectamente acorralada
entre el bueno de sir Blaise y el inteligentísimo señor Smith,
¡y luego nuestro querido lord Howe! Pero al final, por fin,
casi la he alcanzado... Tengo una cosa que decirle
sobre la casa de su primo en Shropshire, donde
he estado para ver su trabajo... nuestro trabajo. ¿Sabe
que estuve allí? ¿Y sabe lo de la carta de ayer?
Esa carta, si yo le leyera una cuartilla o dos,
podría resultarle interesante, aunque esté usted absorta
en sus tareas literarias. Le gustará saber
que su último libro está en la comunidad
y que se considera inocuo para las niñas mayores
y las mujeres jóvenes a las que aún le interesan los libros.
Todos debemos leer, ya sabe, antes de vivir:
pero la luz inefable lentamente aparece
y, a medida que se expande, ahoga la palabra escrita.
Eso es lo que dijo su primo, mientras disfrutábamos
de un atardecer en su banco favorito bajo un árbol.

Podría haber sido poeta si hubiera querido,
pero resulta que vio un lugar más elevado
y decidió escalarlo. Creo que está muy bien ahora,
y ya ha olvidado aquel desafortunado...
Oh, oh, ya sé que aquello la conmocionó. ¡Qué corazón tan tierno!
¡Le cogió cariño a aquella pobre muchacha!
Tal vez pensó usted que el matrimonio era posible,
¿quién sabe? Los poetas se pirran por las historias de amor
y todo eso. Pero respecto a Romney Leigh, lo seguro
es que nunca la amó: nunca. Por cierto,
¿no ha sabido usted nada de ella? ¿Se perdió de vista,
está a salvo? ¿Desapareció en todos los sentidos?»
Podría haber seguido hablando durante media hora,
y yo habría estado allí quieta, y fría, y pálida, creo,

como una estatua de jardín a la que un niño le lanza bolas de nieve para pasárselo bien. De tanto en tanto yo decía «sí» o «no», sin saber muy bien por qué. El ciego camina por donde quiere su perro, y así contestaba yo. Hasta que lord Howe interrumpió: «¿Qué pena se le impone al desgraciado que interrumpe la conversación de dos damas encantadoras? Yo, al menos, la resistiré. Perdón, lady Waldemar, la dama que tengo cogida del brazo está cansada, e indispuesta, y le he prometido lealmente que en esta velada ya no dirá más que buenas noches; del resto, su rostro hablará por ella». Y luego nos fuimos.

Respiré profundamente cuando llegué a casa. Dejé mi capa, me quité el corsé, desaté la cinta que ceñía mi pelo... ¡Ojalá hubiera podido, pero no me liberé de mi alma! Estamos enterrados vivos en este mundo cerrado, y necesitamos más espacio.

Esa mujer encantadora,

el recuerdo de lo ocurrido y escribir sus palabras me afectan singularmente. ¡Cómo hablé para hacerme daño! A pesar de ser mujer. Pero llevamos cota de malla. Una mujer aparta a otra de su corazón y le clava la aguja más fina, como si fuera una rosa, y le pincha cuidadosamente, debajo de las uñas, debajo de los párpados, en el interior de la nariz... Un animal rugiría si lo torturaran así, pero una persona, una criatura humana, no debe, no se estremecerá siquiera, no, por vergüenza.

Lo que duele, después de todo,

es que una mujer como ella, a una mujer como yo, sabe cómo hacerle daño. ¡Santo Cielo, me lleva y me trae como si hubiera jugueteado conmigo y me hubiera manoseado y, como un libro abierto, me hubiera leído junto al fuego durante media vida! Conoce mis recovecos, mis puntos débiles. ¿Qué puedo hacer? El conocimiento de una cosa implica la cosa misma; por supuesto, ella ha descubierto *eso* en mí, ella ha visto *eso*, su lápiz subrayó *eso* como una errata, y yo, todavía sin saberlo. ¡Cierra el libro! ¡Ciérralo! Y aplasta esa cucaracha bajo las hojas.

Oh, corazón,

al final nos endureceremos con el tiempo, como todos,
y lo llamamos autodefensa porque somos débiles.

Y después de todo, ahora... ¿por qué debería estar dolida
si Romney Leigh, mi primo, se quisiera casar
con esa lady Waldemar? Bueno, a ella le gusta arrojarme
su floreciente alegría a la cara...

Es natural -seguramente, ya que no es generoso-
considerar que, cuando el invierno la atacó,
yo ayudé al hielo con el mío, y la herí más
de lo que ella me hiere a mí. ¡Me hiere! Pero ¿por qué estoy dolida?
Es evidente que mi primo Romney necesita una esposa,
así que ¡estupendo! La necesidad que el hombre tiene de una mujer
es mayor que la necesidad que una mujer pueda tener de un hombre,
y es más fácil satisfacerla. Porque donde el hombre ve
al sexo femenino (ah, ah, el hombre tiende a generalizar,
dice él), nosotras solo vemos una persona, ideal
y realmente; mientras nosotras añoramos perdernos
y disolvernó como perlas blancas en el vino de otro,
el hombre solo busca multiplicarse gracias a lo que ama,
y enriquecer su bebida gracias a nuestras perlas.
En la mesa, en la cama, en el trabajo o en las fiestas,
no es bueno que el hombre esté solo,
y esta es su manera de pensar, antes y ahora,
y en ese sentido es en el que mi primo Romney necesita una esposa.

Pero, luego, mi primo basa su dignidad
en la virtud personal. Si él entiende
por amor, como otros, el engrandecimiento de sí mismo,
es porque entiende que puede ser verdaderamente grande
actuando justa y rectamente. Antaño pensó,
por razones caritativas debidamente expuestas
en el libro blanco del juicio final y celestial, que se iba a casar con... ah,
la llamaremos por su nombre, Aurora Leigh, aunque
ha cambiado mucho desde entonces; y antaño también, por razones sociales,
con la pobre Marian Erle, mi hermana Marian Erle,
mi hermana perdida, la dulce y joven Marian,
cuya memoria gime dentro de mí como el viento
en los muros mal cerrados, poniéndome más triste
que cuando tengo razones para ello. Ay,
pobre carita llorosa, espíritu encarnado,

qué fácil le parece ahora olvidarte,
y evitar que le tires de la manga o toques su pluma o sus libros;
cierra la puerta y te deja fuera, con este frío,
para que no puedas quebrar con tu mirada
sus sueños de cristal. Y ahora ya está dispuesto
a volver a amar. ¿Esa lady Waldemar
sucederá a mi Marian?

Bueno, y después de todo, ¿por qué no?

Él no amaba a Marian más de lo que una vez amó
a Aurora. Si ama, por fin, a esta tercera,
a pesar de que demuestra ser tan resbaladiza como el aceite derramado
en suelos de mármol, no le desearé
mala fortuna por ello. El buen amor, donde quiera que esté,
es mejor para el espíritu del hombre, al final,
que si amara mal lo que merece amarse bien.
El pagano que besó, creyendo que era la huella de Pan,
la huella de una cabra en el barro
supera a nuestros modernos pensadores, que, mirando atrás
en los estratos... granito, caliza, carbón y arcilla,
concluyen fríamente con un «¡Aquí está la ley! ¿Dónde está Dios?»

Y luego, en el peor de los casos, si Romney no la ama,
en el peor de los casos, si es incapaz de amar
-que podría ser-, entonces, efectivamente, para un hombre así,
incapaz de amar, ella le basta,
porque ella, en el peor de los casos también, es aún una mujer
y lo ama... como ese tipo de mujeres pueden amar.

Mis cabellos desatados comenzaron a arder y a crepitar,
vivos desde sus puntas, sobre mis rodillas:
los eché hacia atrás como el viento barre las llamas,
con la violencia de mis manos. Ah, Romney se burló
un día... (¡cuántos recuerdos llegan ahora!).
«Las luciérnagas de Florencia viven en tu pelo
-dijo-, y brillan igual.» Bueno, las aplasté,
mis luciérnagas; hice un nudo tan feroz como la vida,
de aquellos rizos sueltos, débiles e indómitos,
y luego me senté a pensar... «Seguro que ella no tendrá
ni un pensamiento sobre mí.» Y abrí el escritorio y cogí la pluma.

«Querida lady Waldemar, no podría hablar

con la gente que tengo a mi alrededor, ni dormir
ni hablar, después de la gran noticia que me han dado
respecto a usted y mi primo. Espero que sean
muy felices, y que el bien que él ha hecho al mundo
colme su propia vida. Dígale lo que he dicho,
y permita que mis palabras sean más dulces en su boca,
igual que lo es usted... porque yo solo soy Aurora Leigh.»

¡Una carta reservada, precavida! Aunque la sujete
frente a una lámpara, no verá al trasluz más
que lo que hay escrito. Eso fue por orgullo;
y también para mi descanso, un poco. Impediré
que me escriba nada... «Muchísimas gracias, mi queridísima amiga,
ha conseguido que mi gran alegría sea más alegre si cabe.»
No. ¡Demasiado sencillo! Ella conseguiría darle la vuelta.
«Mi alegría sería tan dulce como el tomillo en los cajones,
aunque estuviera encerrado, en la oscuridad y seco;
pero las violetas libres y rociadas por un amor como el suyo
apagarán el olor del tomillo: ponemos el tomillo en la ropa,
pero llevamos las violetas en el pecho porque
huelen como...» Ah, ya la veo escribiéndome
exactamente así. Hará un ramito con sus palabras
y las anudará con cintitas azules al final
para pasar por una poeta: ¡bah!

Y luego tendremos

la invitación a la iglesia, la pesadilla tristemente quebrada
concluida al fin, los votos matrimoniales completados
con el banquete matrimonial, la oración con guantes blancos
que se quitan precipitadamente para beber con brindis paganos
algún vino un tanto más fuerte que los que sorbían
los dioses cuando Baco bendecía las uvas.

Una postdata impedirá todo eso y me lo ahorrará.
«No es necesario que me conteste. He tenido mucho trabajo
y pienso salir de Londres, incluso de Inglaterra
y apresurarme a viajar a algún lugar con sol,
donde se duerme mejor. Así que adiós.» Doblé
y sellé, y ahora estoy fuera de toda esa espiral;
ya puedo respirar, me he liberado como una rama
que un niño de diez años, con un palo retorcido,
puede acercar al suelo, para coger las nueces,

pero que no puede sujetar ni un momento. ¡Cómo resuenan
nuestros gritos en el cielo azul, para reivindicar nuestra altura,
mientras él se queda abajo asombrado! Ahora, lo sorprendente
es que podría estarme equivocando por esa duda.
Nosotros, los poetas, siempre tenemos los corazones inquietos;
porque nuestros corazones, grandes y redondos como planetas,
solo pueden tener una cara mirando al sol, no las dos.
Estamos acostumbrados a meter nuestras manos de artistas en bilis
y cloruro potásico, probando posibilidades
de colores distintos, hasta que acabamos
aturdidos, y preguntándonos de qué color
era nuestra piel natural al principio. Bueno... este es el verdadero
color de la carne sana; reconozco mi mano,
la que Romney Leigh puede estrechar como la de un amigo,
y mantenerse incólume.
Y ahora, mi Italia.
Ay, si pudiéramos volar con las almas desnudas
sin hacer ruido y sin pagar ningún peaje en absoluto,
ya te habría ido a ver antes, Italia...
Porque te he estado oyendo llorar toda mi vida:
desde el punzante silencio de tumbas en éxtasis
la humanidad dice tu nombre.

Pero incluso las brujas de hoy

deben disolver monedas de oro en sus marmitas
para ungir las escobas en las que viajan;
y los poetas siempre andan escasos de oro,
y si encuentran una moneda bajo la puerta,
se convierte en una hoja seca al atardecer.
El mismo demonio apenas confía en su clásico
método para fabricar oro a nadie que haga versos,
y selecciona a sus Faustos entre los filósofos[112]
y no entre los poetas. «Deja a mi Job», [113] dijo Dios,
y por eso el demonio lo dejó sin un penique,
y así la pobreza resulta, claramente, ser un don especial.
En estos nuevos tiempos, justos y administrativos,
el hombre clama por un orden meritocrático. Bueno:
¡aquí solo tengo pan negro en la mesa y ni una gota de vino!

Al menos yo soy poeta por pobre,
gracias a Dios. Me pregunto si el manuscrito

de mi largo poema, si se vendiera bien,
daría para comprarme unos zapatos, para ir a Italia
a pie (añadiendo, claro, los necesarios remiendos
para bajar por la otra cara de los Alpes). No creo.
Me temo que tendré que vender lo que me queda
de los libros de mi padre. Aunque los Elzevir[114]
tengan hojas volanderas manuscritas por él,
y notas descoloridas tan apretadas y bonitas y sepias
como telas de araña en una ennegrecida obra maestra
de los griegos antiguos -*conferenda hæc cum his,
corrupte citat, lege potius*-, [115]
y así sucesivamente, con su elegante manera erudita
de enjuiciar las partes del discurso
como si estuviera sentado sobre los doce tronos apilados
juzgando a Israel. Sí, pero los libros y notas
deben estar juntos. Y este Proclus[116] también,
con sus estrafalarios y encantadores tipos griegos,
fantásticamente desbaratados, como sus ideas,
que no parecían demasiado sensatas; una da dos pasos adelante
y otro atrás, y luego tienes que volver
porque andas un poco mareada; más o menos ese es el sistema
para leer a Proclus. Ah, fui yo quien manchó esta hoja
al meter en el libro mi flor de lis de Florencia,
con el tallo y todo: mi padre me regañó
por esta mancha de sangre azul... Recuerdo
aquel tono malhumorado de su voz: «Niñas tontas,
que plantan sus flores en nuestra filosofía
para hacerla agradable, ¡y lo único que hacen es estropear el libro!
Ni una más, Aurora». ¡Sí, ni una más!
Ah, culpa del amor, que es más dulce que todos los discursos
de aquellos que no aman! Y con el amor ya perdido,
no puedo, en mi vida miserable, permitirme el lujo
de perder mi Proclus. Ni siquiera por Florencia.

En vez de Proclus, venderé a este Judas de Wolf,[117]
que nos hizo un libro real de veinticinco pulgadas como este
en honor de un gran poeta, en folio,
y escribe arriba: «La casa de nadie»:[118]
él, que nadó en la flor y nata, fértil como si hubiera mamado
del pecho de Juno los amplios versos homéricos
(que con sus prodigiosas bocas espondaiicas

laman los luminosos márgenes como diosecillos),
él proclama que son versos bastardos. Wolf es un ateo;
y si la *Iliada* es discutible, como él dice,
porque se formó como la unión fortuita de antiguos cantos,
lo mismo deberíamos pensar, también, del universo.

Ese Wolf, esos Platones: limpiemos los estantes superiores
y que no quede ni uno, y seré casi rica,
lo cual significa que no me veré obligada a pensar en pobreza
para decidir mis objetivos. Mañana: sin falta.
Esperaré en París hasta que el bueno de Carrington
lo haya dispuesto todo y, tras haber regateado
el precio de mi libro con el editor, me envíe
todo lo que pueda conseguir. Escribiré ahora una nota
para solicitar su ayuda.

Y ahora, ya voy, Italia mía,

¡mis queridas colinas! ¿Me reconoceréis, colinas mías,
y sabréis cómo he sufrido por vosotras? ¿Sentís esta noche
la urgencia y el anhelo de mi alma,
como las madres dormidas intuyen los balbuceos de su hijo
y sonrían? Ay, en absoluto: como cuando, en el verano,
los vanos relámpagos alcanzaban vuestras incólumes cimas
y temblaban mientras vosotras os manteníais firmes. Vosotras
seguís en vuestro mundo audaz, tranquilo, indiferente
hacia el amanecer, sombra tras sombra, y luz tras luz,
a nada atendéis en la gran cabalgata del sol,
como si el mismísimo Dios estuviera con vosotras
y no quisiera interrumpir vuestra vida con las nuestras.

LIBRO SEXTO

Los ingleses tienen una manera insular y despectiva de denominar la frivolidad francesa. La frivolidad solo está en quien lo juzga, y sin embargo, esa idea pervive. Porque si se dice una tontería con la frecuencia suficiente (y este es el secreto de centenares de credos: la gente asume opiniones como los niños aprenden a deletrear, por reiteración, principalmente), esa misma cosa pasará al final por ser esencia de la sabiduría, y no para los estúpidos solamente. Y así, nosotros decimos que los franceses son frívolos, como si dijéramos que los gatos maúllan, o que las vacas dan leche... o, más bien, que los gatos dan leche y las vacas maúllan. Porque ¿qué es la frivolidad sino inconsecuencia, una vaga fluctuación entre el efecto y la causa que no está impulsada ni por el uno ni la otra? ¿Acaso es frívola la bala que se lanza desde el cañón del arma, mientras el ojo parpadea, y el corazón late, y se aplasta como una hostia en la diana de una pared, a cien pies de distancia? Igual de directos, e igual de implacablemente tercos en sus objetivos, así son los franceses.

Idealistas,

demasiado generalistas y demasiado serios, para ellos la sola idea de un cuchillo es capaz de cortar carne real; y sin embargo, devorando el seguro espacio que la Naturaleza sitúa entre la idea y el acto con esos espíritus tan agresivos e impacientes, amenazan con una conflagración mundial y se abalanzan con la lógica más carente de escrúpulos a unos objetivos imposibles. Diles a tus oradores que los arenguen con voces airadas y encendidas,

con consignas, burlas o sentimientos,
esos trucos que conducen a nuestras brutales hordas inglesas,
como si fueran corderos, allá donde los generales desean...
No, estos frívolos franceses no se dejarán guiar.
Se revuelven, de hecho. Entonces giran
sobre algún pivote central de su pensamiento y gusto
y cambian de dirección con la fuerza de una voluntad feroz.
Esto es difícil de entender para los ingleses,
poco acostumbrados a las cuestiones abstractas y poco dispuestos
a seguir el recorrido, clave tras clave,
de esa raíz de sucesivos bulbos que componen una verdad general,
y percibir qué tegumentos delicados y sutiles
separan los distintos compartimentos. La misma libertad
es algo concreto para nosotros, los ingleses, algo comprensible,
fijado de una forma feudal y encarnada
para ajustarse a nuestra forma de pensar y de honrar,
una forma especial, en nosotros, que tiene importancia.
Digo «nosotros» aunque yo soy de Italia,
porque mi madre lo fue de nacimiento y tumba, y mi padre de tumba
y recuerdo; dejémoslo: el corazón de un poeta
puede acoger perfectamente dos nacionalidades,
por muy mal que quepan en el pecho de una mujer.

Y también soy capaz de amar a esta noble Francia,
la poeta de las naciones, que sueña
y llora (mientras la casa se derrumba en ruinas)
siempre tras algún buen ideal:
la igualdad de los sexos, algún amor no reconocido
y puro, alguna fraternidad espontánea,
alguna riqueza que no deja a nadie pobre y a nadie esclaviza,
alguna libertad para muchos, que respeta
la sabiduría de pocos. ¡Sueños heroicos!
Es sublime pensar así; y natural despertar:
y triste emplear estos nobles andamiajes,
levantados para la construcción de una iglesia,
para construir un burdel... o una prisión.
¡Que Dios salve a Francia!

Pero cuando Francia ha insuflado

su gran espíritu en el rostro de un gran hombre,
y limpia sus sienas de un modo tan glorioso
que pocos se atreven a reírse de que su César se está quedando calvo,

entonces, ¿qué? Este César representa, no reina,
y no es un déspota, aunque sea dos veces absoluto;
su cabeza tiene a todo el pueblo como corazón;
y su púrpura está ribeteada de democracia...[119]
¡Vamos a ver! Porque un desgarrón en el interior
puede dejar irreparables jirones en el exterior.

Un trabalenguas serio: no se da en ninguna parte
lo que ocurre en Francia, pero lo que ocurre en Francia,
procura entenderlo correctamente. Así, estuve meditando,
arriba y abajo, abajo y arriba, por las calles pavimentadas,
los deslumbrantes bulevares, las blancas galerías
del bello y fantástico París que luce árboles
como penachos, como si los hiciera el hombre, y parece arrojar
las fuentes al sol en sus plazas,
como el dado en el juego de la belleza, segura de ganar;
como cuando lanza las pompas de jabón de sus sueños,
solo espera que vuelvan a caer,
para soplar más, y disfrutar de sus horas felices.

La ciudad nada en verdor, hermosa
como Venecia sobre las aguas, el cisne del mar.
Qué jardines arbolados, encerrados en pequeños patios
como ciruelas en el delantal de las damas, sorprendidas y risueñas;
millas de calles escoltadas por árboles,
que acogen sus obligadas tiendas,
esos cofrecillos abiertos, ¡con las joyas a la vista!
El comercio es un arte y el arte una filosofía
en París. He aquí, por ejemplo, una seda
tan digna para los pliegues en el estudio de un artista
como el bronce de enfrente... ¡No! El bronce tiene fallos;
el arte aquí es demasiado artificioso, consciente como una doncella
que posa para recortar su sombra en la pared...
pero pierde la gracia de su caminar.
El arte no se detiene y sabe adónde debe ir:
los artistas también son idealistas,
demasiado categóricos por naturaleza, lógicos
hasta la austeridad en la aplicación
de una teoría concreta: no se contentan
con pintar un tocón retorcido y un burro,
como los ingleses, que lo pintan porque lo vieron

y les gustó un poco. Ah, el viejo palacio de las Tullerías
se quiere poner la capucha para no ver,
confuso, conmocionado y asombrado,
la aparición de una nueva y preciosa cara
en sus abrumadores espejos.[120] Al otro lado de las rejas,
en los jardines, qué montón de críos,
reunidos como las hojas bajo los castaños,
desde todas las calles y callejuelas de la ciudad,
por fantasmas quizá que las recorren tristemente
buscando sus cabezas. Preciosos niños,
ojalá puedan disfrutar de sus juegos
antes de la próxima revolución. Y, más allá,
¡qué estatuas, posando sobre sus delicadas columnas,
como si estar allí fuera una proeza,
recortándose en el azul! ¡Qué plazas! ¡Qué amplitud
para una nación que corre apresurada... sí, pero que corre
para toparse con el dentista de la esquina, que expone en blancuzcas hileras
las mandíbulas y los dientes que se burlan del progreso con un epigrama.

Estuve caminando todo el día, oí el tableteo
de los huesos pelados del primer Napoleón, que yacen
en su segunda tumba[121] bajo la cúpula dorada
que domina todo París como una gigantesca burbuja. «¿Volverán
a la vida esos huesos pelados?», se preguntó Luis Felipe en una ocasión,
y vivió para saberlo.[122] He aquí un recordatorio
para reyes y políticos, pero sobre todo
para los poetas que buscan y se plantean
una visión más amplia.

Las multitudes son muy buenas
para la meditación (cuando estamos fuertes),
aunque el amor de la belleza nos hace más timoratos
y nos aparta de las visiones más ásperas de las ciudades
para contar margaritas en los campos moteados,
y escuchar a los arroyos murmurar entre las colinas
en inocente e indolente descanso;
envueltos en sedosos y elegíacos pensamientos
nos apartamos de las distracciones del mundo
y morimos en la crisálida del ser humano
y dejamos allí lo mejor de nosotros para convertirnos
en una polilla marrón. Ojalá fuéramos más audaces y nos atreviéramos
a mirar la cara más vulgar de las cosas,

por el amor de Dios, que las creó.

El trabajo de siete días.

¡El último encierra entre el amanecer y el anochecer
todo el trabajo perfeccionado de los seis anteriores!
Porque Dios reúne y condensa en el hombre
el firmamento, las eras y las luces,
los peces, las aves, las bestias y los insectos, toda la cadena
de la vida variopinta concentrada en su brazo,
reorganizada y convertida en ser humano,
el microcosmos, la suma de todos los esfuerzos;
y en el interior de su nariz palpitante, entonces, al final,
el mismo Dios se consumó, el Hacedor sopló
como el vencedor de una carrera resopla
al llegar a la meta.

La Humanidad es fantástica;

y si no prefiriera estudiar
una onza del feo y vulgar polvo humano,
la mano de un artesano, o la frente de un campesino,
grosero e innoble, salvo para mí y para Dios,
antes que el curso del antiguo Nilo hasta sus fuentes plateadas,
y observar las fases de la luna
entre los picos montañosos de Tesalia
(hasta que el cristal mágico se redondea
para que una bruja pueda mirar en él), lo atribuiría a
una debilidad, y no a una fortaleza en absoluto. ¿Cómo es posible
que los hombres de ciencia, anatomistas
y cirujanos, superen a muchos poetas en su respeto
por la naturaleza? Nada es para ellos vulgar o asqueroso,
y se emocionan con ejemplos perfectos
de varices, de articulaciones deformes,
o de hermosos y nuevos casos de columna vertebral torcida,
mientras que nosotros (¡nosotros!) temblamos con los fallos naturales,
y nos apartamos temerosos ante las verrugas y los tumores,
y no miramos a la joven cuando estornuda
ni siquiera para decir «Dios la bendiga». Ese es nuestro error.
Por eso la Naturaleza no nos confiará con frecuencia
su prodigio sentido de la belleza y el deseo,
sino que nos embaucará con un lirio o una rosa,
y nos mantendrá a dieta con el rocío que tengan dentro,
y nos ocultará que el hambriento niño mendigo

(que permanece invisible a nuestros ojos
y se admira, ante los dioses que debemos ser,
cómo pasamos frente a él desdeñando sus naranjas)
que alberga en su pecho toda la fraternidad
del mundo, sin menosprecios, sin humillaciones,
y mientras lo despreciamos por un par de flores
menos poéticas que él (¡Dios nos ayude!),
él alberga tanto las flores como el firmamento,
y los mares undosos y las encantadoras estrellas,
y todas las cosas que, quitándolo de en medio,
esperamos ver más de cerca. Roguemos
a Dios que nos permita mantener con honor su imagen;
porque así, el poeta y el filántropo
(incluso Romney y yo) podrán caminar codo con codo,
porque ambos estaremos entonces frente a frente con el ser humano,
contemplando a la gente en su sufrimiento
(aun cuando cada cual siga su vocación), su gente
y la mía.

Seguí caminando, meditando conmigo

sobre la vida y el arte, y si, después de todo,
una metafísica más amplia no podría contribuir
a nuestra física, si una poesía más completa
no se podría adaptar a nuestra vida diaria y necesidades comunes
más plenamente que una planificación exterior
con sus comunidades, institutos económicos,
censos civiles y conventículos laicos
tan queridos por los pensadores modernos, los que pensaban
que el pan era lo único importante en la vida
y que bañarte siete veces[123] en los «Baños del Pueblo»
servía para curar la lepra del pueblo,
pasando por alto la palabra fundamental del profeta
donde reside el poder milagroso. Contra esto clamamos,
nosotros, los profetas, los poetas: «¡La virtud está en la *palabra!*».
El Creador ilumina su propia oscuridad
para inaugurar la vida de la palabra,
y quien planta la palabra del poeta a una profundidad suficiente
en el pecho de los hombres, esperando que florezcan
sus vástagos, habrá hecho más por el hombre
que si lo viste con un buen y elegante abrigo de lana
y calienta su potaje dominical en su cocina.
Sin embargo, Romney no quiso...

¡Dios! ¿De qué conozco esa cara?

Oh, Romney... ¡Oh, Marian!

Iba caminando por los muelles

y desmenuzando ociosamente mis pensamientos,
como si fuera cogiendo florecillas por el campo,
y degustando alguna hierbecilla lentamente entre los labios,
y haciéndolas pedacitos con las manos...

¿De qué conozco esa cara?

¡Qué rostro! ¡Qué mirada! ¡Qué parecido...! Conmociónada
por aquella aparición repentina, me dio un vuelco
el corazón y mis ojos se deslumbraron. Entonces me sobresalté...

Fue como si un hombre meditabundo
estuviera fantaseando una tarde de verano
mientras observa cómo los mosquitos revolotean en un estanque,
y algo saliera a flote inesperadamente,
y girara... y fuera el rostro muerto de alguien que conoció en vida,
¡tan distante, y ahora tan cercano! Sería terrible
volver la cara y apartarse, manteniendo para siempre la duda.
Salta al estanque... ¡ah!, y se ha perdido para siempre en el chapoteo.

Yo salté: aparté a la gente, voy a un lado y a otro,
corro tras ese rostro, sigo, sigo... tras ella.
¿Ella? ¿Quién?

Una mujer paseaba lentamente, delante de mí,
mordisqueando una manzana... Dejó de hacerlo, sobresaltada,
como si yo se la hubiera quitado de la boca... Pero no era ella.
Un hombre paseaba del brazo con una dama con velo,
las dos cabezas más cerca de lo necesario para hablar:
se sorprendieron... él dejó de mirarla de pronto,
y ella de mirarse, y se aferró a él como si
mi aparición fuera fatal. ¡Qué río de gente,
cada cual con sus preocupaciones y sus asuntos!
Recorrí todo el muelle mirándoles a los ojos.
Ni rastro de Marian. En ninguna parte Marian. Casi podía decir
que era Marian, ¡Marian!, con el grito
de los desesperados llamando a los muertos.
¿Dónde estaba? ¿Era ella? ¿Estaba allí?
Me detuve, sin resuello, mirando, escrutando
en todas direcciones, hasta que al final,
un caballero tan distraído como yo

vino a toparse conmigo y resolvió el encontronazo
con titubeantes excusas, obviamente
algún miembro erudito del Instituto,[124]
que estaba dando su saludable paseo por allí
mientras meditaba el último «Discurso»;
sujetando un espacio de aire vacío entre el índice y el pulgar,
justo donde había estado el rapé que había salido volando por el golpe,
se vio profanado el níveo chaleco, debidamente agujijoneado
el ojal con el honorabilísimo rojo.[125]
«Le ruego que me perdone, señora.» Y se apartó de mí
un metro, tan confuso como si se hubiera enterado
de que Dumas[126] había sido elegido para ocupar
la siguiente silla vacante, junto a *los hombres como nosotros*.
¿Desde cuándo fue el genio algo respetable?
El genio encuentra su lugar, desde luego. Es decir,
en la séptima planta interior o en un hospital:
jugar con pistolas puede resultar divertido,
pero los hombres prudentes (y los académicos lo son)
prefieren esconderse en la alacena, junto a las ciruelas.

Y así, abandonada a mis amarguras,
regresé a mi posada. Ay, mundo; ay, mundo,
ay, juristas, poetas, soñadores, ¡cómo os gusta esto!,
¡cómo os gusta el fatigoso juego del escondite!
Forjamos una imagen en nuestra fantasía,
llamamos algo a nada, y vamos tras ello
y lo perdemos, y nos perdemos también en su busca;
hasta que alguien se estampa contra nosotros,
alguien que también ha perdido algo y está perdido,
filósofo estrellado contra filántropo,
académico contra poeta, hombre
contra mujer, contra los vivos los muertos...
y luego, a casa, con un mal dolor de cabeza y una ironía peor.

Cambié el agua de mis heliotropos
y de mis rosas amarillas. París tiene flores así.
Pero Inglaterra también. Había un rosal amarillo
bajo aquella ventana al sur de la casa pequeña,
y mi primo me las cogía con sus propias manos
en mis cumpleaños, excepto en el último;
entonces yo agité el rosal con violencia, con toda la violencia,

para que cayeran todas las rosas que quedaban.

Y, ahora, mis mapas.

No debo entretenerme aquí, porque voy a Italia,
hasta que el último rruiseñor esté cansado de cantar
y la última luciérnaga muera en el maizal.
Mi alma está deseando llegar a la tierra del sol,
y tostarse y hervir delicadamente,
porque aquí, en este gélido norte, el alma solo puede estar
embutida en viejos moldes.

Aquel rostro no se desvanece,

flota en el aire, regresa a mi mente,
y se parece a Marian lo mismo que un muerto se parece
al vivo que era. Un rostro muy real,
no una imaginación, aunque se desvaneció como tal.
Aquella carita tan dulce, entre las sombras de su cabello,
que me gustaba comparar, cuando la vi por primera vez,
con el redondel de la luna en el agua de un pozo:
aquella mirada tímida, el honesto espacio entre los ojos,
que siempre tenía el patético aspecto
de una criatura aturdida que ha sido golpeada
y desde entonces nunca ha estado tranquila en el mundo.
Ah, ah... ahora recuerdo perfectamente
aquellos ojos, hoy... qué grandes me parecieron,
como si alguna desesperación paciente y apasionada
(como un carbón que se cae y nadie recoge en la alfombra,
y que lentamente va quemando un amplio círculo a su alrededor)
los hubiera hundido cada vez más, cada vez más. Y aquellos ojos,
hoy, lo recuerdo, también me vieron a mí,
como yo los vi a ellos, con los párpados procurando
que no los reconozcan. Y bien: una fantasía,
una simple sombra o un espejismo de la imaginación,
es puramente pasiva, no es retroactiva:
se ve, pero no ve.

Fue un rostro real,

tal vez una Marian real.

Y si es así,

debería escribir a Romney: «Marian está aquí;
no te preocupes por Marian».

Se me cayó la pluma,

y mis manos se reunieron como manos
que no tienen nada que sujetar. ¿Puedo escribirle

contándole la mitad? ¿Puedo permanecer ciega
a la otra mitad... la peor? ¿Qué son nuestras almas
si, para continuar su camino en paz,
no pueden mirar cada piedra o cada hoja muerta,
si deben llevar anteojeras, ignorar los hechos y suprimir
más de la mitad del camino? ¡Afronta la verdad, alma mía!
Y, oh, tan cierto como que aquella era la cara de Marian,
los brazos de esa misma Marian llevaban una cosa...
no pudo esconderlo bien bajo su escaso chal,
y ahora ni siquiera me atrevo a decir qué era.

Un niño. Poco tiene que ver una desgraciada
como Marian con esas esposas prósperas cuyas vidas se ven coronadas
con un hijo y hasta la más moderada se vuelve arrogante
y dice «mi niño». ¿Quién encuentra un anillo de esmeraldas
en el dedo corazón de una mendiga y no llega a la conclusión
de que es una ladrona convicta?
Un niño es demasiado costoso para una pobre desgraciada;
lo tuvo a escondidas; y eso significa, en su caso,
en vez de honor y bendición... una pura vergüenza.

No puedo escribir a Romney y decirle: «Está aquí.
¡He encontrado a Marian! Te diré donde está:
la vi aquí, en París... a ella y a su hijo.
Ella despreció tu amor hace dos años,
pero, evidentemente, no se murió de hambre. Sufriste entonces;
y ahora que la has olvidado completamente,
como la maceta de temporada en cuyo lugar
has plantado un arbusto perenne y floreciente,
he decidido, por consideración, escribirte y decirte esto,
para que estés tranquilo: no ha muerto,
solo está condenada».

Basta. Voy demasiado deprisa.

Soy cruel, como todo el mundo. Me apresuro a creer
que el primer ruidillo tras las cortinas es una rata,
y empiezo a aullar y a azuzar mis pensamientos contra ella.
¡Un niño! ¿Y qué? Y si un vecino enfermo
le dijo: «Marian, lleva a mi niño
a tomar el aire de la primavera». ¿Y voy a censurarla por eso?
O, por ejemplo, el niño podía abrazarla
por alguna buena razón infantil, como que le gustara

y no quisiera soltarla -era una mujer encantadora-;
¿la voy a estigmatizar, entonces, por llevar así al niño?
No.

No escribiré a Romney Leigh.

Ahora es feliz y puede que ella efectivamente
sea culpable: conocer el error de Marian
podría arruinar su felicidad. Pero respecto a mí, creo que mis días
no son tan agradables como para no poder soportar la lluvia,
y, además, habiendo visto su rostro,
debo verla otra vez... y la veré: por mi esperanza
de ver algún día el cielo también. La policía
me dará una pista, la rastreará, llegará a su madriguera;
excavaré París hasta sus catacumbas,
pero la encontraremos, la sacaremos de aquí
y la salvaremos, quiera o no quiera, tenga un niño
o no lo tenga, y si lo tiene... ¡lo salvaremos también!

Largas semanas transcurrieron y nada ocurrió.
Tan fácil sería encontrar una huella en la arena
una mañana después de una marea viva, como el rastro
del pie de Marian entre las incesantes olas
de esa inundación. Puede que se haya ido,
pero también lo hace la estrella de mar, y deja
las hendiduras de su paso. La policía, frustrada,
me desanimó: ¿cómo iban a encontrar a una muchacha y a un niño
sin otra indicación más que eran una muchacha y un niño?
No había dato alguno, salvo unos ojos muy llamativos
y una abundante cabellera, derramada sobre la frente,
como si fuera una feroz corona de hierro.
Los amigos exageran; creen que pueden concretar más:
bueno, las chicas con ojos y pelo son bastante abundantes
en París. Me aseguraron en vano
que no había Marian alguna, aunque sí bastantes
Mathildes, Justines, Victoires... y si andaba buscando
inglesas, tenían a Betsis y Saras a docenas.
Igual podrían haber salido al campo también,
a buscar una judía pinta con unas manchitas determinadas
y metida en su vaina. Eso me dijeron.
¿Tenía que abandonar a Marian? ¿Había sido solo un sueño?
¡Gracias a Dios que la encontré! Debo decir
«Gracias a Dios» por encontrarla, aunque es verdad

que también encontré un mundo más triste e infame.
Pero ella...

Diré algo sobre ella, ahora.

Mi mano tiembla como si hubiera acabado de coger
mi corazón para escribir con él, en lugar de con la pluma.
Como poco, el lector creería que estas letras se escribieron
en el mar y durante una tormenta. ¡Me calmaré un momento...!

Una simple casualidad,

eso fue todo. No podía dormir la noche anterior y, cansada
de darle vueltas a la almohada y a los pensamientos más sombríos,
salí a la calle al amanecer, cuando el aire
es frágil y aún quedan las últimas estrellas en el cielo,
y vagabundee hasta el Mercado de las Flores
(uno de los preciosos lugares que prefiero de París) y comprobé
que, al menos, aún quedaban rosas en el mundo.
Y así, deambulando, meditando, con la mirada del artista
que esconde la faceta más oscura de las cosas que ama,
medio ausente, observándolo todo, mientras la multitud
-cabelleras jóvenes, morenas y rizadas-
se sumergía con la rapidez de pinzones en el árbol florido,
entre los ramos de flores, regateando aquí y allá
con ese encantador canturreo de conversación rápida,
el corazón me dio un vuelco, sobresaltado por una voz
que lenta, débilmente, con largas pausas que marcaban
el intervalo entre la voluntad y la palabra,
preguntaba en un francés foráneo: «¿Sería mucho
esa rama florida de retama? ¿Tanto?
¡Es demasiado para mí, entonces!», y se dio la vuelta
tan cerca de mí que sentí el suspiro
cuando se volvió.

«¡Marian, Marian! -frente a frente-,

¡Marian! ¡Te encontré! No te voy a dejar marchar...
-Sujeté sus mínimas muñecas con ambas manos-
Ay, Marian, Marian... ¡No te voy a dejar marchar!»
Tembló frente a mí como un ciclamen,
tan blanco, que sorprendido por un repentino viento
se golpeará con la empalizada. «¡Déjeme!»,
dijo al final. «No lo haré -contesté-.
Perdí a mi hermana Marian durante mucho tiempo,
y la busqué en mis paseos y en mis oraciones,
y ahora la encuentro... ¿Acaso tiramos a la basura

el pan por el que trabajamos y rezamos, lo desmenuzamos
y lo tiramos? ¿Lo iba a hacer contigo,
de quien estaba más hambrienta que de pan,
hermana Marian? ¿Acaso puedo hacerte daño, querida?
Entonces, ¿por qué desconfías de mí? No tiembles así.
Ven conmigo, donde podamos hablar y vivir,
y nadie nos pueda hacer daño. Tengo una casa para ti,
y para mí, y para nadie más.»

Ella negó con un gesto.

«Un hogar para ti para mí y para nadie más
no es bueno para una de las dos. Prefiero
un techo de hierba en el que pueda crecer una flor,
y sería menos costosa que la más barata aquí;
y sin embargo no puedo, en este momento, permitirme
siquiera una casa así. Y si usted me ofrece la suya,
se lo agradezco. Es usted buena como el mismo Cielo,
tan buena como una persona que conocí antes... ¡Adiós!».

Se desembarazó de mis manos. «¡No me diga adiós, en *su* nombre!
-Se quedó inmóvil como si la sujetara-. Por él,
hágalo por él, ¡por Romney! ¡Por todo lo bueno que significó,
sí, siempre! ¡Por todo el amor que sintió una vez...
y por el dolor, la culpa, el abandono
que recibió a cambio...!»

«¿Él? ¡Romney! ¿Quién le hizo daño *a él*?

¿Quién tuvo agallas para eso? ¿Qué reproches se le hicieron *a él*?
Por piedad, dígamelo ya...»

«Más tarde lo haré

-contesté con firmeza-. ¡Creo
que es una temeridad hablar de tales cosas y nombrar a tales personas
en las calles y plazas de París!»

Ni una palabra

dijo, pero, de un modo muy amable y humilde,
como quien ha olvidado su propio dolor,
se volvió y me siguió de cerca por donde yo iba,
como si la llevara por un tablón estrecho
sobre aguas turbulentas, paso a paso,
y así, en silencio, caminamos más de una milla.

Y entonces se detuvo: su cara estaba pálida como la cera:
«¿Vamos muy lejos?».

«¿Estás enferma -pregunté-,

o cansada?»

Me pareció que palidecía aún más con su sonrisa.

«Tengo a alguien en casa... -dijo-, que me necesita
en este momento... y no debo hacerle esperar.»

«¿Ni siquiera -pregunté- por saber de Romney Leigh?»

«Ni siquiera -dijo- por saber de Romney Leigh.»

«En ese caso -continué-, yo iré contigo:
igual podemos hablar aquí que allí.
A mí nadie me espera. Y tengo el día libre.»

Aunque no pudo, sus labios quisieron decir algo,
hasta que al final logró hablar: «Como usted quiera,
y será mejor así: es más corto viéndolo que contándolo.
Y aunque no me considere digna de sus desvelos,
incluso eso, puede que valga la pena que lo sepa
una persona tan buena como usted».

Entonces, ella me enseñó

el camino y yo, como caminando por un estrecho tablón
sobre aguas turbulentas, la seguí,
pisando sobre sus huellas, respirando tras su respiración,
y con la mirada clavada en su espalda;
y así, sin decir una palabra, caminamos una milla,
y luego, otra milla, sin decir una palabra.

Las calles bulliciosas fueron quedando atrás,
las casas y los edificios empezaban a dispersarse como un rebaño,
las plazas y los mercados escaseaban, y los interminables
muros blancos, como el hilo de las telas de araña,
se alargaban llevándonos insensiblemente hacia el campo,
por entre casas a medio construir y cimientos
a medio excavar, y montones de cal
que surgían entre los prados descuidados
donde las cabras (con zarcillos de hierbas colgando de la boca)
permanecían colgadas de los aleros de las bodegas excavadas,
-eso debían de ser-, dispuestas a saltar
cuando apareciera su Baco particular. Todo aquello
parecía menos una tierra cultivada que una tierra baldía:

donde trabajan los hombres en cuanto empiezan a vivir:
qué triste, el campo luchando contra la ciudad,
como un halcón salvaje en el puño del cetrero,
que bate sus alas e intenta volar
(porque nunca podrá sentirse feliz
dando saltitos en una jaula con la pata derecha atada)
hacia las antiguas llanuras y las colinas agrestes que conoce.

Nos detuvimos junto a una casa demasiado alta y estrecha
para mantenerse enhiesta por sí sola, pero estaba esperando
a otras cinco, dos de este lado, tres por el otro,
que deberían crecer desde el sombrío segundo piso;
de momento no habían prosperado para conformar una hilera.
Algunas ventanas de la parte de arriba no tenían cristales;
además, había una vivienda miserable, a medio hacer: unos cuantos
troncos de chopos apilados en la parte de atrás,
y justo enfrente, más allá de la cal y los ladrillos
que quemaban la hierba que había entre la casa y el camino,
una gran acacia, con su esbelto tronco
y sobrecargado con infinitas hojas
(en las que cien prados podrían haber derramado su rocío
y su intenso verdor, y habrían tenido espacio de sobra),
allí estaba, reconciliando aquel lugar con lo verde.

Subí las escaleras tras sus pasos.
Ella subía de prisa, y a bocajarro
una mujer en el rellano le gritó: «¡Por fin, ya era hora!
¿Te crees que solo tú puedes tener fiesta?
¡Dijiste una hora, y han sido tres, me parece,
y está Julie esperando a la señorita aquí...!
¿Y si se hubiera despertado? Podría haberse despertado, a mí...».
Murmurando alguna excusa, pasamos junto a la mujer
y acallamos sus protestas con la puerta de la estancia,
que yo cerré.

Era una habitación

apenas más grande que una tumba, y casi vacía.
Dos banquetas, un camastro de paja; eso era la estancia:
un ratón no podría encontrar ni un lugar donde esconderse,
tampoco podría esconderse un gran secreto. No había cortinas,
la única ventana clavaba en mí su mirada acusadora,
desafiándome a dar un paso atrás,

si tuviera la intención de ocultar alguna cosa.
Ya había visto toda la estancia: Marian y yo estábamos allí,
solas.

¿Solas? Se quitó el sombrero.

y luego, suspirando como si fuera la última vez,
se acercó a la cama, y desenvolvió un chal:
una no podría pelar una fruta con temor a dañarla
con tanta delicadeza y con más cuidado que ella,
ni podría encontrar en su interior una granada
más sonrosada y ruborizada.

Allí estaba tendida

la pequeña criatura, caliente y húmeda, rebosante de vida
desde el fondo de sus hoyuelos hasta la punta
de los encantadores rizos desordenados de la cabeza;
porque como había estado muy tapada
para resguardarla de la luz, sus mejillas
estaban calientes y coloradas como la primera rosa
en la que el pastor puso toda la sangre de su corazón
para su amada. Y el amor también estaba allí,
desde luego, en la preciosa boquita del niño,
apretada como si hubiera estado soñando con mamar,
los pequeños piecillos desnudos como si fueran
polluelos en un nido; todo era tan dulce
y tan tierno... hasta las pequeñas manitas
que, habiéndose dormido aferradas a un dedo,
habían conservado su forma.

Mientras estábamos allí, ensimismadas,

cómo debería considerarse aquella inocencia
para probar una culpabilidad, pensé, y seguí callada;
la luz le hizo abrir los ojos al niño
y, mirándonos con todo su azul,
pareció como si estuviera confuso: entre los ángeles
que había visitado en sus sueños
y nuestra presencia mortal. Poco a poco
distinguió el rostro de su madre, aceptándolo
a cambio del mismo cielo, con una sonrisa
que bien podría haber aprendido allí. No se movía,
pero seguía sonriendo, en una especie de éxtasis,
tan feliz (en parte por ella, en parte por el cielo)
que no se tomó la molestia de estirarse:
solo sonrió y ya está. Como una rosa, dije:

tan rosado y feliz como una rosa,
que florece entre el silencio de sus hojas,
y se alegra de florecer para cumplir su vida.

Marian se inclinó sobre él (comiéndoselo a besos)
de aquel modo extremado de amor que une
el tormento y el éxtasis, demostrando que el amor
acoge en sí toda la naturaleza, cercándolo todo
para amar y nada más, porque no puede haber nada que sea más
que el amor. Abandonada de sí misma, olvidándose de sí misma,
y sumida en el placer de ver a su hijo,
todo su rostro pálido y apasionado, boca, frente y ojos,
eran una mirada extasiada. Y mientras el pequeño sonreía,
ella sonreía también, levemente, casi sin darse cuenta,
y llevándose del gesto del niño al suyo
un leve tono rosado, como si estuviera mirando una llama
y pudiera adoptar su resplandor. «¡Qué precioso!»,
dijo.

Yo contesté, intentando ser fría.

(¿Acaso debe el pecado tener sus compensaciones, era mi idea,
como si fuera algo sagrado como el dolor?
¿Y acaso una mujer queda eximida
del vicio por ese juguete femenino,
un bebé?) «Sí, el niño está bastante bien
-contesté-. Si las manos de su madre están limpias
serán felices, por supuesto, y podrá abrazarlo.
Pero si no... preferiría poner mi mano,
si yo fuera ella, en los altares bronceos de Dios
incandescentes donde arden los corderos sacrificiales,
antes que tocar los rizos sagrados de ese niño.»

Ella hundió los dedos en los bucles enredados del niño
como quien no tiene miedo del fuego;
y luego, con un gesto tímido y firme, dijo:
«¡Mi niño, mi niño...! Por los que son como tú
los más impuros reunieron el valor y el coraje para acercarse
a Dios, antiguamente; ahora ya no pueden, ni entre los hombres,
contar con palabras piadosas y amables de perdón».

«Marian, querida... -contesté, seria y triste-,
el sacerdote que roba un cordero para ofrecérselo a Dios

sigue siendo un ladrón. Y si una mujer roba
(saltando las cercas del verdadero amor que pone Dios,
cercas que evitan el libertinaje para asegurar el amor)
un niño como este, con esa sonrisa en su cara,
esa mujer no es una madre, sino una secuestradora,
y él, un triste huérfano... no un hijo,
a quien todos los besos del mundo no podrán consolar
lo suficiente para que no eche de menos en el futuro un verdadero hogar
en que vivir, un corazón puro sobre el que reposar,
y el nombre y el recuerdo de una madre buena
en la que confiar, cuando el mundo sea duro y vil,
y se sienta desconsolado.»

«Oh -dijo Marian sonriendo

con amargura-, el niño tendrá su oportunidad;
no le irá mucho peor por no tener padre
que me fue a mí teniéndolo. Él dirá, tal vez,
que su madre fue la criatura más triste del mundo;
dirá que su madre vivió una vida tan ajena
a la alegría que incluso la gente más bondadosa, viéndola,
a veces de comportaba de manera cruel: no dirá
que huyó y que se negó a ver el rostro de Dios
con las alas murciélagas del vicio. Así que he robado a mi niño...
la flor de mi vida, la única flor de mi vida,
mi niño precioso...» Abrazó fuerte al bebé
y, derramando sobre él un sinfín de lágrimas,
sollozó amargamente desde sus tembolorosas raíces,
hasta que el niño lo tomó por un juego y estiró
el pie y agitó los voluntariosos bracitos como alas,
y entre balbuceos y gorgoritos dejó escapar su risa.
«Es mío, es mío -decía Marian-, tengo tanto derecho
como cualquier madre orgullosa y feliz del mundo
que le da a su hijo, para que juegue,
el anillo de bodas. Si ellas hablan de ley,
¡yo hablo de ley! La ley que ahora es suprema,
la ley de todos, por la cual los pobres y los débiles
están siendo pisoteados por hombres miserables
y aborrecidos para siempre por las buenas personas.
¡Dejémoslo! Yo no lo robé. Me encontré al niño.»

«¿Lo encontraste, Marian?»

«Sí, lo encontré donde

encontré mi maldición, en las alcantarillas, ¡para mi vergüenza!
¿Qué tiene usted, cualquiera de vosotros, qué tienen que decir?
Ustedes, todos, tan felices, y seguros, tan contentos,
y que nunca dijeron ni una palabra para negarme el derecho
a la desgracia. ¿Qué? ¿Qué tienen que decir si, apaleada
y machacada por las pezuñas de bueyes enloquecidos, en una cuneta,
medio muerta, totalmente destrozada, una niña, al menos
respira, mira y encuentra allí, acurrucada
por culpa de un golpe terrible tal vez,
una moneda de oro? ¿Qué tienen que decir si un buen hombre
(¡era Dios!, porque ni los mejores hombres son tan buenos)
llega y dice, “Te he dejado esa moneda ahí: cógela,
y guárdala, te resarciré por los gastos”,
entonces todos levantan el dedo y dicen: “¡Esa es una ladrona!
¡Mirad qué cosa tan bonita ha robado!
¡Qué malas son esas chicas!”. Ay, mi flor, mi cachorrito,
casi me olvido que te tengo en brazos
y me vuelvo loca de furia contra el mundo,
y te asusto, y te molesto con mis gritos,
hasta que empiezas a hacer pucheros. Ah, eso sí
que es malo: ¡una mala mamá!»

«Te equivocas

-interrumpí-. Si no te quisiera,
Marian, desde luego no estaría aquí.»

«¡Perdóneme! -dijo-. Es usted muy buena;
pero de todos modos... ojalá no hubiera venido
para hacerme llorar hasta molestar al niño.
No es saludable que estos pequeños
se bañen tan pronto en nuestras aguas saladas.
Y además, ¿quién sabe?, puede que ahora ya no le guste
tampoco, tal vez, porque me ha visto desesperada,
¡una desesperación muy fea...! Tiene los mismos ojos
que los ángeles, pero no puede distinguir bien las cosas,
y por eso yo siempre tengo que ocuparme de que vea
sonrisas que le agraden... igual que usted pone
alguna flor del jardín en un jarrón
para creer que ha crecido allí dentro. ¡Mira, mi cariño,
mi ramito de primaveras! ¡Ya se acabaron las caras enfadadas,
aquí está de nuevo la cara que tanto te gusta!
Ah, ah, ¡se ríe! ¡Me quiere! Ah, señorita Leigh,

es usted una mujer excelente, pero aunque fuera aún mejor,
aunque no hubiera caminado, digamos, más que
arriba y abajo por la nueva Jerusalén[127],
levantándose las lustrosas faldas de seda
para evitar que rocen las doce piedras, por temor a que alguna
diminuta mancha, tan pequeña como la cabeza de un alfiler,
pueda salpicar tanta pureza..., el niño se quedaría conmigo,
escogería a su pobre y desgraciada Marian, me preferiría a mí,
y aunque usted le tendiera los brazos, lloraría y se aferraría a mí,
como hacemos cuando Dios nos dice que es hora de morir
y nos llama para subir al Cielo. Así que déjenos en paz,
nosotros somos felices. ¿Acaso él me rechaza?
Está feliz conmigo, y yo con él.»

«¡Tan dulce con uno, tan cruel con otros! ¡Vaya!
-exclamé, más enfadada que conmovida-
¿Así que nos hacemos un cojín con nuestros errores
para sentarnos y practicar virtudes cómodas en él?
Yo creía que un niño venía al mundo para santificar
a una mujer, para ponerla a la vista
de los luminosos ojos del Cielo, una misión elegida
para cumplir con Dios y guiar a los espíritus
hasta las difíciles alturas azules. ¿Una mujer no vive entonces
para dignificarse, apresurándose a la verdad y el bien
a través de la maternidad? ¡Entonces no lo es! Aunque
humedezca las mejillas del bebé a besos,
igual que nosotros matamos las rosas.»

«¿Matar? ¡Oh, Dios! -dijo,

y volvía su rostro triste y enloquecido de un lado a otro,
con un absoluto desconcierto y desesperación-: ¡Pero qué...!
Pero ¿qué tienen ustedes en sus almas contra mí,
todos ustedes? ¿Acaso soy una malvada, eso piensan?
¡Dios me conoce, confía en mí al darme al niño! ¡Pero ustedes...!
¿Realmente creen que soy una malvada?»

«Complaciente

-contesté en voz baja-, con un error que has cometido,
y satisfecha del beneficio obtenido... lo cual es un error
sobre el primer error, Marian. Cuando abandonaste
la pureza y a aquel noble corazón para estrechar
la mano de un seductor...»

«¿De quién? ¿La mano de quién?

Yo solo cogí la mano de...»

Y levantándose de pronto,

mostró al niño con los brazos totalmente extendidos,
como si estuviera sujetando un estandarte
inconquistable por los ejércitos de la reprobación.
«¡Por él! -dijo-, por mi hijo y los rizos de su cabeza,
por estos ojos azules ante los que ninguna mujer se atrevería
a perjurar, hago mi juramento de madre
de que si abandoné un corazón fue por liberarlo,
y que la sangre del mío siempre fue la misma, ¡salvo por el dolor!
Ninguna joven tan pura como yo da un paso
para tan triste final; ninguna madre como yo ahora
mira hacia atrás, a su antigua doncella,
con ojos más castos. Lo digo con toda firmeza;
y si miento... y si mi voluntad está corrompida
y equivocada mi alma por los vicios del demonio,
yo pongo por testigo a este ángel...
¿Se quedaría callado Dios, piénselo, en el Cielo
y no me golpearía hasta la muerte con un rayo? Así que esto digo:
Él me lo permite. ¿Qué? ¿Ha dicho usted “seducción”?
¿Los lobos seducen a los ciervos perdidos en Francia?
¿O las águilas, que llevan un cordero en las garras,
lo sedujeron entre la carroña? Pues eso me ocurrió a mí.
A mí no me ha seducido nadie, como dice usted,
simplemente me han asesinado.»

Entonces se detuvo, y suspiró,

con esa clase de suspiros nacidos de la angustia
y del agotamiento; suspiró mientras dejaba que el niño
se recostara en su pecho y en sus brazos.
Toda la furia de su rostro se apaciguó en él,
como una antorcha que se apaga al caer. Hundida,
se sentó en la cabecera de la cama con su niño.

Y yo, culpable, indeciblemente destrozada,
con femenina pasión la abracé por la cintura
y la besé en el pelo y los ojos. «Me he equivocado,
dulce Marian -dije llorando con rabia y ternura-,
¡bendita y dulce Marian! Y ahora, Marian, ahora,
utilizaré tu juramento, aunque mis labios sean más torpes,
y por el niño, Marian, por el niño,
juro a su madre que será inocente

ante mi conciencia, como en el Libro
que se leerá en el Juicio Final.[128] ¡Inocente,
hermana mía! No dejaremos que la noche vuelva a ser oscura,
la luna volverá a lucir en el cielo;
así con toda seguridad se podrá ver tu pureza
en medio de todos esos acontecimientos terribles. Pero perdóname, perdóname,
y sonríe un poco, Marian... por el niño,
si no por mí, hermana.»

Sus labios

apenas intentaron una sonrisa, y luego abandonaron.
Y luego, con apenas una conmoción en sus palabras,
como si fuera una estatua que pudiera hablar sin respirar,
pero hablara con sosiego con sus labios de mármol:
«Me alegra, me alegra mucho que me ampare.
Lamentaría que me contara entre
las rameras, o incluso empleara nombres peores
que no le corresponden a una madre. Por lo demás,
yo no estoy al nivel de su cariño, Aurora,
y nunca lo estuve, usted lo sabe... y ahora es incluso peor,
porque ese mundo suyo se ha ocupado de mí
como cuando el mar muerde y tritura una piedra
y cambia la forma que tenía. Yo he visto
toda una playa de piedras machacadas y uniformadas,
a partir de la variadísima vida de los corales;
y así, aquella pequeña piedrecilla, llamada Marian Erle,
recogida y abandonada por usted y otro amigo,
fue abatida y torturada por el mar incesante
y desgastada, convirtiéndola en otra cosa, distinta... ¡la muerte es un cambio!
y ella, como le dije, fue asesinada; Marian está muerta.
¿Qué se puede hacer con la gente que está muerta,
salvo, si uno es piadoso, cantar un salmo y marcharse,
o, si uno es sensible, dejar escapar un suspiro y marcharse,
pero marcharse de todos modos, y permitir que la hierba
establezca su feudo verde entre el muerto y tú?
Así que déjeme, déjeme descansar. Estoy muerta, de verdad,
y si para salvar al niño de la muerte también
la madre que hay en mí ha sobrevivido a todo,
bueno, que ese milagro de Dios no la confunda:
no estoy menos muerta por eso: yo no soy nada,
salvo una madre. Solo por el niño
tengo calor, o frío, o hambre y temor,

y puedo oler las flores un poco, y ver el sol,
y todavía puedo hablar, y estar callada... ¡solo por él!
Le ruego, por tanto, que no me confunda
y me trate por error como si estuviera viva;
porque aunque usted atravesara con una aguja mi alma,
creo que no me dolería ni me molestaría.
Aquí tiene la prueba, querida señora: en la plaza del mercado,
hace nada, me prometió decirme algo
sobre... un amigo, un amigo que antaño, que hace muchos años,
ocupó el lugar de Dios para conmigo (cuando Dios nos cuida y nos ama,
y no nos destruye), un amigo al que finalmente abandoné,
como todos abandonamos a Dios. Tal vez pensó usted
que parecía que me importaba saber algo de ese amigo.
Bueno, piénselo ahora: llevamos aquí más de media hora,
y hemos hablado del niño y de mí,
y ni siquiera le he preguntado “¿Qué es eso
que tenía que decirme del amigo... del amigo ese?”
Está triste, creo que dijo usted eso: ¿está enfermo, tal vez?
Nada significa para Marian si está triste o enfermo.
Otra tal vez se habría arrastrado hasta sus pies
y le habría rogado que le dijera algo. Bueno, un animal, un perro,
un gato hambriento, si les hubieran dado alguna vez un poco de leche,
mostrarían menos indiferencia. Pero yo estoy muerta, ya ve,
y eso lo explica todo.»

Pobre, pobrecita: hablaba

y negaba con la cabeza, tan blanca y sosegada como la escarcha
en esos días que son demasiado fríos para que llueva,
pero también con una expresión tan viva,
que no pude sino coger su cara entre las manos
y acariciar la sublime entereza de sus mejillas.
Luego le conté lo que sabía de Romney Leigh,
y cómo, tras haberla perdido a ella, la buscó, y la echó de menos,
y cómo, con el corazón destrozado, por ella y por sí mismo,
había echado las cortinas sobre el mundo durante un tiempo,
como si no tuviera por qué despertarse cada mañana. Me detuve entonces,
porque ella se sintió ahogar, y me suplicó con la mirada:
«¿Y ahora... cómo está? Dígamelo...».
Me avergonzó entonces haber comparado los sufrimientos,
y procuré elegir las palabras con cuidado: lentamente avancé
sobre las piedras resbaladizas que había aquí y allá
para pasar aquel peligroso vado. «Desde luego,

si el atardecer convierte la mañana en noche,
a la noche le sigue también otra mañana,
en salutífera y providencial sucesión;
y aunque aún pensaba en ti...»

Sí, lo sabía,

lo entendía: había dado por hecho, claro,
que cuando uno cierra un agujero en una flauta,
surge una nueva nota y conforma una melodía...
Al desaparecer, surgiría algo más valioso y digno,
y hacía mucho tiempo que lady Waldemar
lo amaba tanto...

«Lo amaba... -dije sorprendida-, tanto...

No me digas que...»

«Se lo diré -contestó-:

Pero, ya que estamos haciendo juramentos, me tiene que prometer
que él, en Inglaterra, nunca sabrá
en qué trampa mortal cayó su criatura aquí,
alrededor de cuyo indigno cuello tuvo la intención de enlazar
la honrosa cinta de su nombre,
que caí como una inconsciente y vine al matadero:
porque lo conozco, y se toma muy a pecho
el dolor de cualquier persona, y a él no le gustaría
ignorar el mío en la misma medida que yo desearía
que fuera eternamente feliz. Ahora él
ya no piensa en mí, la infame que se marchó,
desagradecida, y lo abandonó... y si él supiera...
Ah, entonces el afilado clavo de mi cruel error
permanecería fijo y para siempre en su mirada,
como esos pobres pájaros raros que, con las alas extendidas,
están disecados sobre la chimenea de los cazadores,
para arruinar la cena de los amigos más sensibles
que pasan por allí. No, Marian murió,
y no hay que levantarla, ¡sino excavar un agujero más hondo
y enterrarla en silencio! ¡Y que no suenen las campanas!»

Yo contesté simulando alegría, aunque mi voz lloraba.
«Haremos que repiquen de gozo, no serán campanadas de funeral,
porque te hemos encontrado, viva o muerta.»

No contestó, pero lo negó con un gesto;
luego, en voz baja y sosegada, como si alguien que estuviera a salvo en el Cielo

tuviera que contar su vida aquí abajo,
inmutable por la vergüenza o la ira, continuó hablando.
Me dijo que ella había amado de rodillas,
igual que otros rezan, perfectamente abstraída
en el acto y en la voluntad. Se sentía de Romney,
solo para su uso, en absoluto se sentía dueña de sí misma:
era su banqueta, para sentarse o para apoyar los pies,
su taza, para llenarla con vino o con vinagre,
o con cualquier bebida que le apeteciera,
porque eso también la complacería a ella siempre: si hubiera escrito
su nombre en ella, le habría parecido lo más natural;
sería maravilloso, estar allí, en su repisa,
esperando a que la cogiera y la tuviera en la mano.
Bueno, en fin... yo la miraba y podía ver
cómo era aquella vida brillante, flotando en amor,
como esas velas que las esposas dejan flotando en aceite
que alimenta una llama durante toda la noche.

Hacer el bien: eso era todo lo que le importaba a Romney
y, habiéndolo hecho, ella se contentaba con pensar
que contribuía a su alegría.

Al principio nunca se planteó siquiera
si él era feliz, porque él la hacía feliz a ella,
o si él la amaba, porque ella se sentía muy amada.
¿Quién piensa en preguntar si el sol es luminoso
observando lo que evidentemente ilumina? ¿Quién sería tan audaz
como para preguntarle a Dios si es feliz?
Aún menos. Y por eso, dio por sentado en primer lugar
lo que en primer lugar debería haber preguntado,
y en eso se equivocó, pero solo en eso.
«¿Qué se podía esperar -dijo- de una mujer así?
Coges a una cabritilla que te gusta y la dejas
en un jardín bonito: ella saltará sobre los parterres
y te romperá los tulipanes, se comerá los retoños:
¿qué te puede sorprender si semejante inocencia
lo estropea todo? ¡Un jardín no es lugar para cabras!»

Y luego, poco a poco, cuando el que la había elegido
la presentó ante sus amigos, tan elegantes y bondadosos,
para que pudieran derrochar su bondad sobre ella
(por lo cual se sintió muy halagada, como parte de él),

poco a poco empezó a darse cuenta
de que ella, también, en aquel Edén encantador
estaba fuera de lugar, y como esa tonta cabritilla,
aún cometía más destrozos y errores donde quería poner amor.
Y le dio tantas vueltas que casi se volvió loca
(no es que fuera grosera, pero bien pudo volverse loca),
porque, diciendo «Soy suya, para amarlo y estar a su servicio»,
podía insuflar la peste con su aliento
en el mismísimo hombre por quien decía morir;
y porque, colgándose de su cuello, lo sujetaba
y lo ahogaba, y porque, entregando su alma,
llevaba a Romney a la perdición. «Eso me enloquecía
-decía Marian...-.

«Oh, ¿quién me inculcaba esos pensamientos, me pregunta?
¿De quién fue la culpa de que tuviera esos pensamientos?
No es culpa de nadie, no es culpa de nadie. La luz llega... y vemos.
Pero si esa luz no fuera real para nuestros ojos,
no veríamos nada... ni con toda la luz del mundo;
y eso ocurrió con aquella Marian. Si al final pude verlo todo claro
fue porque el sentido de la vista era mío. De lo contrario, lady Waldemar
me habría hablado en vano.»

«Oh, ¡mi corazón!,

¡ya me lo advirtió mi corazón! -grité entonces-:
¡Entonces lady Waldemar habló contigo!»

«Sí... ¿habló conmigo...

-murmuró Marian muy bajito-, ...o solo me indicó el camino?
¿O puso una palabra en su gesto
y en su mirada y así me hizo entender lo que quería?
¿O lo dejó en los pliegues de su vestido,
como el perfume de romero, un impulso que se agitaría
cuando nadie fuera consciente? ¿Quién sabe? ¿Quién puede saberlo?
Solo una cosa es cierta: desde el día
en que esa hermosa dama me visitó por vez primera,
aquella Marian vio las cosas de otro modo; desconfiaba
de todo aquel supuesto refugio
de barro en el que estaba basando todas mis esperanzas:
mi corazón estaba inquieto, e iba de un lado a otro
sin saber adónde, como les ocurre a las criaturas aturdidas antes de la tormenta,
sin saber por qué me encontraba tan mal.
»Sin embargo, la dama siguió viniendo -decía Marian Erle-,
mucho más a menudo de lo que sabía él, el señor Leigh.

Ella me ordenó que nunca le dijera que ella iba por mi casa,
porque le gustaba tenerme aprecio sin que él lo supiera,
así de buena era lady Waldemar:
y cada vez que venía, venía con más luz,
y cuanto más claridad, más clara era la pena... Bueno,
ah, bueno... no podemos culparla por eso;
sería como si un ángel viniera...
¡Su misma presencia revelaría nuestras equivocaciones! Y cada vez
que la dama venía, me parecía más hermosa,
y hablaba como una flauta entre los árboles verdes,
hasta que al final, como alguien cuyo corazón se entristece
al escuchar música encantadora, de repente
se echa a llorar, yo rompí a llorar también
delante de ella, y le pedí consejo: “¿Me he equivocado
al ser demasiado feliz? ¿Sería tan amable de aconsejarme?”.
Porque ella, siendo tan inteligente y tan buena y habiendo nacido allá arriba,
en lugares donde yo nunca alcanzaría, sabría
si alguien como yo podría crecer en esas colinas tan altas,
y si una pobre fruta como yo crecería lo suficiente
para que Romney Leigh rompiera su ayuno,
o si languidecería con ese alimento o se moriría de hambre.
Ella me acogió entre sus generosos brazos entonces
y me permitió soñar durante un instante en cómo se sienten
quienes tienen una madre de verdad, como algunas muchachas:
pero cuando la miré, su rostro era más joven... sí,
y la juventud es demasiado brillante para no ser un poco cruel
y la belleza quiere ser aún más imponente,
¡eso es verdad! Aunque lady Waldemar era amable,
me hacía daño, daño... como el sol de la mañana
cuando nos da en los párpados y aún estamos dormidos,
y nos levantamos con dolor de cabeza. Sí, y pronto
hubo luz suficiente para que mi corazón también me doliera;
ella me dijo las verdades por las que yo pregunté. Fue culpa mía.
Porque Romney no me podría amar, aunque quisiera,
con eso que la gente llama amor; hay sangres que fluyen
juntas, como algunos ríos, y no se mezclan,
porque son de naturalezas distintas. Él, sinceramente,
tenía intención de casarse conmigo, para aliarse con mi clase,
para poner en práctica una idea estafalaria, y, una vez casados,
un hombre tan justo y tan cariñoso no tendría más opción
sino hacer dichosa mi vida, por la alianza matrimonial,

y me hablaría con dulzura, me compraría una bonita casa,
con criados, baratijas y todo lo que me gustara,
y bonitos vestidos, con sedas todo el año...
y entonces la interrumpí: “Eso para mí.
¿Y para él?”. Ella murmuró algo: la verdad nace con dificultad.
Y me dijo: “Es evidente que un hombre como Romney Leigh
necesita una mujer que esté más a su nivel.
Si en el día a día tiene que inclinarse
para recoger las simpatías, las opiniones y los pensamientos,
e intercambiar impresiones en la conversación habitual de la vida,
que ayuda a un hombre a vivir como habla,
sus días serían pesados y gravosos. ¿Quién compra un bastón
para llevar en la mano y que solo le llega a la rodilla?
Desgraciadamente se vería obligado a echar de menos
la perfecta alegría de un matrimonio apropiado,
que, al eliminar todos los obstáculos
de las obligaciones personales con esa dulce rosa eglantina
del amor entre iguales, asegura: ‘Esto pensamos *los dos*,
esto nos afecta a *los dos*, esta es la esperanza de *los dos*’”. Cuando le pregunté
si la ferviente devoción y el amor apasionado que habían anidado
en una juventud como la mía fracasarían a la hora de elevarme hasta él,
como dos brazos fuertes que levantan a un niño
hasta una fruta que cuelga alta en el árbol, ella suspiró y suspiró...
“Eso no puede ser -dijo, lamentándolo-. Tú solo tienes un rosal,
aereas sus raíces y lo riegas,
y así lo mejoras hasta conseguir una rosaleda,
pero esa rosa nunca será un heliotropo:[129]
la clase se mantiene”. Y luego, la verdad más cruel:
que Romney Leigh, tan temerario al saltar los muros,
tan atrevido y consecuente, presto siempre al martirio,
sufriría espantosamente aunque jamás daría un paso atrás,
pero sufriría, desde luego, intensamente, cuando su clase
le volviera la espalda por un enlace tan vergonzante,
y lo utilizaran como un muñeco de feria
al que atizar con burlas. Entonces se detuvo,
y cuando yo empleé el silencio para insinuar
que, después de todo, podríamos estar equivocándonos con él en nuestros temores:
“Tal vez esas cosas no le afecten más
en su elevada conciencia (si es que eso puede ser),
que cuando la reina está sentada en sus aposentos de palacio
y alguien teme que los caballos que chapotean en la calle puedan mancharla”.

Durante un instante, albergué esperanzas, pero la dama cerró la puerta y echó la cerradura, y concluyó observando sabiamente que “el corazón sensible que le había hecho tan vulnerable a una mujer de clase baja difícilmente se equivocaría al enfrentarse a una de clase alta, y a cómo pensaba y lo que sentía”.

»¡Qué pena! ¡Qué pena! -decía Marian, acunando a su precioso niño, que estaba a punto de caer dormido, con los párpados resbalando sobre sus ojos azules...-. Me lo dejó claro, muy claro... ¡Lo comprendí todo! Y, sin embargo, quién sabe si yo hubiera visto mi camino sin más, mirando por mí misma, aunque resultaba evidente, sin la luz de esta generosa dama que, consciente de ello, habría sido capaz de incendiar toda su casa para iluminar mi camino. Acercándose a mí con aquellos grandes ojos de ágata que quebraron mi voluntad, me dijo cariñosamente (como cuando la gente se acerca a la cama del moribundo para decirle que va a morir), que sabía de buena tinta, sí, de buena tinta lo sabía, que Romney Leigh *la* había amado antaño; y que ella también lo amó, podía decir; que la oportunidad había pasado... pero que, por supuesto, él nunca lo sabría... Porque algo se había interpuesto entre ellos... algo nimio, como una tela de araña, que caza todas las moscas de duda, y las sujeta zumbando junto al cristal de la ventana, y así contribuyen a oscurecer la luz del día. Ah, el orgullo del hombre y de la mujer... ¿cuál será mayor? ¿Cuál se resiste más a quitar las telarañas de las ventanas? En fin: ambos habían seguido siendo amigos; y parecía que no era más que eso, porque él se había atado las manos y no podía moverse. Un hombre honrado, aunque un tanto imprudente; y ella, ni siquiera por Romney, vertería una mancha, ni siquiera tan pequeña como una lágrima, sobre su contrato de matrimonio, ni siquiera para obtener un gozo mucho mayor que el que se derivaría de aquel enlace. Porque aunque yo me interponía entre su corazón y el cielo, me quería muchísimo.»

¿Qué hice yo: reír o blasfemar?

Creo que me quedé allí, en silencio, escuchándolo todo, sí, escuchándolo todo por partida doble: el relato de Marian, y enseguida,

el voto de matrimonio de Romney («Yo te cuidaré...») dirigido a aquella mujer viperina. ¿Estarían en ese momento en la iglesia?

«Lady Waldemar me dijo más cosas

-prosiguió Marian-, pero, como cuando un espíritu queda traspasado por la dulzura de una canción y se ve transportado más allá, a las regiones superiores, así el mío deambulaba de las cosas que había escuchado a las que había sufrido. Fue después cuando di forma a mi decisión de actuar. Hablamos durante muchas horas. ¿Qué necesitaba hablarse? El destino estaba claro y cerrado; lo veía delante de mis ojos; pero aquella generosa dama procuró mantener viva la conversación, y no permitió que concluyera, y discutió y razonó, siempre a favor de mis intereses, ¡que no eran los de Romney!, aunque poco podía imaginar el espantoso monstruo que acabaría naciendo allí, qué feroz muerte se escondía en la angustiosa muerte que estaba a punto de completar mi suma de muertes.»

Pensé: tal vez en este momento Romney está deslizando el anillo en el dedo de esa mujer.

Marian continuó:

«La dama, al no poder convencerme, reunió mis esperanzas rotas del suelo y las fue uniendo con su enorme benevolencia; y, como yo creía que podría respirar un aire más libre lejos de Inglaterra, partiendo sin demora, sin adioses ni despedidas, simplemente rompiendo de un tirón el retoño florecido de mi espinosa vida, ella me prometió amablemente proporcionarme los medios, con un billete inmediato para las colonias y una protección total, y confiarme a una mujer que antaño había sido su doncella particular, y que conocía las costumbres del mundo, y que pretendía cambiar Inglaterra por Australia, para buscar allí fortuna. Por todo ello le di las gracias a lady Waldemar, igual que la gente en su lecho de muerte le da las gracias a los amigos que le colocan la almohada: no es mucho, pero eso es lo único de lo que son capaces

estando tumbados e inmóviles en la cama y a punto de morir.
Y así todo quedó arreglado, y así, de un día para otro,
la mujer que me prometió vino a visitarme».
Justo entonces Marian dejó de hablar, se puso en pie
y me miró fijamente, como si hubiera visto un fantasma
(y tal vez yo estaba tan pálida como un fantasma),
con un gesto de puro horror. Dijo: «Entonces, ¿Dios hace
todo tipo de criaturas? ¿De verdad, cree usted eso?
¿O es que el Demonio los adula
de tan maravilloso modo que llegan a dudar
quién es más fuerte: el que los creó o el que los pudrió?
Nunca me gustó la cara de esa mujer, ni su voz,
ni sus modales: me ruborizaba solo con mirarla;
me hacía temblar si me tocaba la mano,
y cuando pronunciaba una palabra querida, me encogía,
como si alguien que me odiara tuviera la capacidad de herirme;
y cada vez que venía, se me helaba la sangre,
como si alguien estuviera caminando sobre mi tumba.
Al final tuve que hablar con lady Waldemar:
“¿De verdad puedo confiar en esta mujer?”, le pregunté.
Pero la dama me dio una palmadita en la mejilla y se echó a reír
con su risa argentina (una tiene que haber nacido para reír
si tiene esa música en la risa). “Qué tonta esta niña:
¡tu imaginación está haciendo una montaña
donde solo hay un grano de arena! Deja que yo me ocupe.”
Y a partir de entonces, medio confiada, medio avergonzada
por tener preocupaciones por nimios temores
en semejante desesperación, me olvidé de aquello.

»El resto es breve. Fui obediente:
Escribí la carta que le entregaron a Romney,
de Marian, por su propio bien,
y seguí los pasos de aquella mala guía. ¿La dama? Bah,
nunca culpé a la dama. Las damas
que se sientan en alto, aunque quieran mirar abajo,
apenas ven nada por debajo de sus delicados pies:
y lady Waldemar veía menos que yo,
así que a una hija del Demonio seguí
por el camino más sucio, de cabeza hacia el precipicio:
en un torbellino de espuma infernal, ahogada y asfixiada,
ninguno de mis gritos angustiosos pudo alzarse bastante

para solicitar ayuda. Dicen que hay ayuda en el Cielo para quien grita así. Pero si una está gritando desde el Infierno... ¿entonces qué? Desde el Cielo no se oye nada que ocurra allí».

»Una mujer, entiéndame... permítame que lo diga claramente, una mujer, no un monstruo... sus pechos estaban hechos para amamantar... fue ella la que me llevó, a mí, también, una mujer joven e ignorante, y aturdida por mi dolor, mis dos pobres ojos casi arrasados por el llanto, hasta los árboles, los benditos y lejanos árboles y campos, que se movían a los lados del tren como perros extraños indignos de mención, me llevó tan devastada, tan ciega, casi medio muerta, incapaz de ver por qué camino íbamos, ni en qué barco navegábamos, ni hacia qué lugar nos dirigíamos, ni a qué final llegaríamos. Así lleva la gente a los muertos: cruzan la puerta, cruzan la cancela del jardín, el patio de juegos de los niños, suben al camino del cementerio, lo dejan en la fosa para que duerma y se corrompa, al lado de otro que ya apesta desde el viernes.[130]

»Puede imaginarse.

Bajar con el alma a la tumba, bajar medio muerta, medio viva, digamos, y despertar en medio de la podredumbre... ¡frente a frente con los que apestan *desde el viernes!* Eso es, y ese es el horror de todo esto, señorita Leigh.

»¿Lo entiende?

¿Lo comprende? No, no me mire, pero entiéndalo. Ese viaje turbio, confuso y agotador que conduce... ya no importa... muy lejos; El barco zarpó... hacia Sidney o hacia Francia... se dirigía, qué más daba ya, a otras tierras. Los mareos y desmayos de ese triste océano, las costas extrañas, la vergonzosa casa, la noche, la debilidad, mi estúpido sufrimiento... No necesitaba que me trajeran su maldita bebida estupefaciente, pero de todos modos me la traía. El infierno es fértil en regalos diabólicos... Caza libremente y en manada, no matará a ninguna pobre criatura de los bosques, pero cincuenta gargantas rojas y ávidas la acecharán,

como *ese* a mí... y cuando finalmente me desperté,
bueno, ya le dije que me levanté en una tumba.

»¡Basta ya! ¡Ya queda bastante claro así! Cierto:
las desgraciadas como nosotras no podemos contar todos nuestros pecados
sin ofender a la gente feliz y decente.
Ya sé que debemos apenas insinuar escrupulosamente,
con medias palabras, con silencios delicados,
lo que nadie tuvo escrúpulos en consentir que otras sufrieran.
Dejemos lo demás, pues. Solo recuerde el juramento
que hice sobre este niño que duerme: que fue la violencia de los hombres,
y no la seducción, lo que me hizo lo que soy,
tan perdida como... ¡Se lo dije, *le* dije que me perdería!
Cuando las madres nos faltan, ¿podemos salvarnos nosotras solas?
¡Eso es terrible! Y lo llaman ustedes “estar perdida”:
cuando llegó el mediodía del día siguiente y me encontré allí,
medio delirando y medio desvariando en el suelo,
y preguntándome qué había ocurrido en el cielo,
y por qué el sol se atrevía a brillar cuando el mismísimo Dios
desde luego había sido destruido para siempre.

»Perdí la razón,

¿cuántas semanas?, no lo sé. Muchas semanas.
Creo que me dejaron marchar, porque estaba trastornada
y temían mi mirada y me soltaron, como los muchachos
sueltan a un perro enloquecido al que han maltratado. De un lado a otro
fui, por los caminos y los pueblos, por senderos
del campo de un país extraño, grande y desconocido,
crucé muchos lugares junto a hileras de álamos
como dedos de alguna fantasmal mano esquelética,
y la veía a la luz del sol y a la luz de la luna continuamente,
una mano enviada desde el mismo infierno para atraparme otra vez,
y decidida a atraparme, lenta pero implacablemente.
Mientras, en todas las encrucijadas estaba Jesús clavado en su cruz,
colgado y avergonzándose con sus sangrientas heridas,
y quitándose los clavos furioso, y bajando de esos cruceros
para seguirme durante una milla, y me perseguía
por las viñas podadas y el trigo verde, gritando: “¡Coged a *esa*!
¡Esa ya no estará jamás conmigo!”. Entonces, lo sé
(aunque me resulta un tanto más turbio que el resto),
unos campesinos caritativos me dieron un poco de pan
y me dejaron dormir en un pajar; me pusieron,

al despedirse, la imagen de María alrededor del cuello.
¡Qué pesada me resultaba! ¡Tan pesada como una piedra!
Alguna mujer podría haber caído estrangulada con menos peso:
la tiré a una acequia para no ensuciarla llevándola conmigo
y para poder respirar un poco, cuando nadie me veía;
no necesito semejantes salvaguardias: hasta los hombres más brutales
se callaban, señorita Leigh, y dejaban de insultarme, cuando veían
mi cara: debía de tener un aspecto espantoso.
Y así he vivido este tiempo: los días y las semanas pasaron. Y yo vivía.
Estaba viviendo de nuevo mi vieja vida de vagabunda,
pero esta vez, en un sueño, y perseguida
por alguna prodigiosa pesadilla
que al final, por fin, acabó: mi cerebro se despejó,
y allí me encontré, una tarde, junto al camino,
yo, Marian Erle, yo, sola, acabada,
mirando el atardecer en las llanuras,
como si fuera el fin de los tiempos,
la gran piedra roja que cerraba mi sepulcro,
y unos ángeles demasiado débiles para hacerla rodar.»[131]

LIBRO SÉPTIMO

«¿Qué razón tenía aquella mujer para...? ¿Acaso nos molestamos en ver cómo son las raíces de las ortigas? Era barro y fácil de conocer. Tenía los medios, los fondos, por la generosidad de la dama, en la confianza de que cumpliría con el plan de Australia para mí, unos fondos que quería coger a dos manos y hacerlos sonar para sus infames fines sin ningún impedimento, y para ello me utilizó (después de todo, no me resultó extraño: fue lo mismo que habría hecho mi madre). Una decisión estupenda, maternal y despiadada.

»Bueno, después. Hay ortigas por todas partes, pero la hierba suave y verde es más abundante todavía; el azul del cielo es más grande que las nubes; la mujer de un molinero, en Clichy, me recogió y empleó su compasión conmigo: me tranquilizó y consiguió que solo estuviera razonablemente triste. Me consiguió un puesto de criada en París, donde intenté volver a la vida de los desheredados, y me quedé tan quieta como un burro apaleado que, habiendo caído muchas veces por la carga, se levanta para que se le vuelva a cargar de nuevo con más sacos.

»Unos pocos meses pasaron así. Mi señora, joven y frívola, me trataba bien, menos por amabilidad que porque ella misma tenía un buen trato entre su amante y su espejo, ignorando prácticamente cuál era más halagador de los dos. Ella se veía hermosísima y tan encantada consigo misma que ni siquiera podía encontrar un problema por el que enfadarse, pero a veces, cuando yo me agachaba para atarle el zapato,

me daba una patadita ligera con su delicado pie,
todavía inquieto con los bailes de la noche anterior,
y me decía: “¡Eh, carapálida! ¿Todas las chicas inglesas
sois así de serias y calladas? ¿Solo misal y cuaresma?
¿Y esos coloretos de primera comunión en las mejillas
a las que se le pasó la hora? ¡Vamos, tonta! ¡Alégrate un poco!”.
Entonces se envanecía un poco, como un hada, con
una carcajada de risita argentina.

»Pero llegó la hora

en que todo cambió. Dejó de hablar,
frunció el ceño, y me clavaba la mirada
como se caza una víbora con un par de tenazas,
de lejos para no tocarla, pero lo suficientemente cerca
para ver a la criatura retorciéndose, hasta que al final, dijo:
“Quieta ahí, en el nombre de la Virgen María,
tú, Marian: ¡tú no eres una muchacha respetable,
aunque seas lo suficientemente aburrida para veinte santos!
Creo que te estás burlando de mí y de mi casa”, dijo.
“Confiesa que serás madre en un par de meses,^[132]
tú, con tu disfraz de santidad!”.

»¿Qué podía contestarle?

Se hizo la luz; ¿eso significaba *aquello*, entonces, *aquello*?
Yo no había pensado en ello, en ningún momento,
a pesar de aquellos escalofríos, y el paralizante dolor de cabeza,
a pesar de estar engordando por las angustias de la vida,
que a veces casi me arrastraban a la muerte, a pesar de todos
los estallidos de las fuentes de mi corazón
que las lluvias habían llenado sin fondo: ¿eso podía significar *aquello*?
¿Entonces Dios hace madres a las víctimas
y cierra con un celestial *amén* esos actos repulsivos?
¿Por qué no? ¡Dios hace rebosar una tumba espantosa
con violetas que florecen en primavera!
¿Y yo podía ser madre en un par de meses?
Espero que no fuera vil el sentirme alegre.
Levanté la voz, y lloré, y luego reí,
mirando al cielo, no a mi señora, hasta que se me quebró la voz.
“¡Confiesa, confiesa!” ¿Qué había que confesar,
salvo la crueldad de la gente, salvo mi equivocación
salvo aquella angustia, o el éxtasis,
la vergüenza o la alegría? Aquella mujer frívola

era demasiado torpe para entenderlo: en una cáscara de nuez pronto cabría todo un océano.

»“Bueno -exclamó-,

¡soltera y madre, y encima se ríe!
Estas muchachas desvergonzadas son siempre unas indecentes.
¡Fuera de aquí, intriganta! ¡Fuera de mi casa, y rápido!:
¡me asombra que te atrevieras a mirarme a la cara
ocultando ese inmundo secreto!”

»Así que hice

mi escaso hatillo y seguí mi camino,
escondida en mis lágrimas, temblando de pies a cabeza,
con una incontenible emoción histérica, y aturdida
cruce aquellas puertas. Era natural, por supuesto,
que no me preguntara dónde tenía intención de dormir;
podía dormir perfectamente debajo de los puentes del Sena,
como otras de mi clase; la cama estaba hecha
para nosotras. Pero cualquier mujer, por serlo,
pensaría en el que habría de venir muy pronto,
en el niño inocente que muy pronto habría de venir,
y si acaso pudiera estar en una casa más cálida
que esos refugios tan tristes y húmedos.»
Interrumpí en ese punto a Marian. «Sin embargo, ella misma
una esposa, me ha parecido, llevaba una vida escandalosa,
como estar con su amante, y no con su marido.»

«Sí -dijo-,

pero el oro y la harina se pesan de modos distintos.
Esto lo aprendí bien en la escuela», dijo Marian Erle.
«¡Ay, mundo corrupto -exclamé-, ridículo,
si no fuera tan lamentable! Así es como
las mujeres frívolas con vicios rentables,
querida Marian, siempre son duras en el alquiler
de la virtud de cualquier hermana. Mientras, ellas conservan
su castidad tan bien zurcida con perfidias
que, aunque sean harapos, lucen maravillosas
desde el otro lado de la calle, en un balcón o en un carruaje,
como cualquier cosa firme y segura. ¡Por mi parte,
preferiría vivir junto a una pocilga
que tocar a esas mujeres con un dedo!
Más que putas callejeras son con sus mentiras,
y aparentan ser mejores siendo mucho peores:
el demonio es más diabólico cuando parece respetable.

Pero tú, querida, sigue con tu historia.»

«Lo que queda

es poco y es esto -dijo, señalando al niño-.
Encontré a una señora costurera que fue amable
y me permitió coser con sus chicas sin preguntarme nada;
¿y qué podía ser mejor que tejer y destejer
durante todo día y la mitad de la noche por él y para él?
Y así viví, para él, y así vivo ahora,
y así sé yo, en este momento, que Dios vive también.»

Y así concluyó, con una sonrisa deslumbrante como el sol,
y mi alma se puso de su parte
contra todos los éxitos del mundo, todas las virtudes y famas.
«Ven conmigo, queridísima hermana -le dije-,
y quédate en mi casa, y hazme bien
de aquí en adelante, ¡tú y el niño! Sois míos
de aquí en adelante. Estoy sola en el mundo,
y tú también estás sola, y el niño es medio
huérfano. Vamos, y de aquí en adelante tú y yo
estaremos siempre juntas, no necesitaremos amigos,
ni él necesitará un padre, porque dos madres
bien pueden sustituirlo. Voy de camino al sur,
y en mi Toscana natal encontraré un hogar,
y allí os llevaré, querida, al niño y a ti,
y encenderé velas de amor ante vosotros,
y nunca ante vuestra imagen me sentiré triste
por mezclarme con las vanidades del mundo,
y así, con solemnidad y santa paz,
las dos podremos vivir una vida más verdadera.»

Me miró a la cara y no contestó,
ni sugirió que no fuera digna ni me dio las gracias,
sino que cogió al niño y me lo dio
para que le diera un beso, como señal de agradecimiento
y de confianza a un tiempo. Y así, enseguida,
los llevé, a ella y a su niño, al lugar donde yo residía;
ella está ahí ahora, en una pequeña salita, dormida,
y yo oigo el dulce respirar del niño a través de la puerta.
Y los tres, mañana al amanecer,
continuaremos camino, a casa, a nuestra Italia.
Oh, Romney Leigh, tengo que pagar tus deudas,

y seré justa y las pagaré.

¿Y tú qué harás?

Pagar tus deudas no me resultará muy difícil;
comprar tu vida es casi imposible,
porque se la has vendido a la Lamia[133]. Me duele la cabeza;
no puedo ver mi camino con tanta oscuridad;
y tampoco puedo arrastrarme ni andar a tientas, como corresponde en la oscuridad,
por culpa de estos ropajes de mujer que nos impiden andar:
un hombre podría caminar un poco... ¿pero yo? Él ama
a esa mujer lamia, y yo le escribo para decirle
que detenga ese matrimonio y para destruir su tranquilidad,
o tal vez, solo para atormentarlo con preocupaciones,
hasta que ella solo necesite tocar su brazo
simplemente con la trémula y blanca llama de un dedo,
diciendo: «Ah, es de Aurora Leigh... ¡Qué cuento tan bonito,
una excelente poeta! Puedo imaginarme...
la razón de su carta». Y luego, clavará sus ojos en los de Romney
y, jurando que no le extraña nada, los dos
se echarán a reír, como el mar
junto a la melancólica costa, y volarán alto y más alto,
con semejantes risas: los podridos frutos de su amor.
Sí, podridos, sí. ¿Y quién me dice
que el destino no apuró el paso, y que esta noche
no será ya muy tarde para recibir mi carta,
que será como una flecha en el corazón de un hombre muerto,
y que todo quedará en una vana intención? ¿Demostraré
la vileza de la novia para enfurecer al marido?
¡No, Lamia! ¡Cierra las contraventanas, sella las puertas,
que ni un rayo de luz te toque esa piel de culebra!
No difundiré tu deleznable secreto
para amargarle la vida al hombre que amo... al amigo
que aprecio, quiero decir, con el aprecio de amigos.

Es extraño:

hoy, mientras Marian me contaba su historia,
que podría cautivar a la mayoría de los que la escucharan, yo escuchaba
principalmente
una voz que no era la suya, ni siquiera la de su enemiga,
ni la de un Dios airado... sino una que se mezclaba con la mía
hace muchos años, entre los árboles del jardín,
y me decía a mí, a mí también: «¡Sé mi esposa,
Aurora!». Es extraño con qué inflamada

y nostálgica pasión, como una nieve fantasmal,
puede el recuerdo golpear las implacables puertas del Cielo,
y pensé: «Bueno, si yo hubiera sido una mujer,
tal y como Dios hizo a las mujeres, para salvar a los hombres por el amor,
con solo mi amor podría haber salvado a ese hombre,
y haber compuesto un poema más noble para el mundo
que todos en los que he fracasado». Pero he fracasado
también en este; ¡y ahora Romney está perdido! ¡Por mi sola culpa!
Y, junto a mi sola culpa, esta casa vacía
que absorbe, a esta misma hora, un viento infernal
que hiela el corazón y hace crepitar sus paredes
con el ruido de la peste y el pecado...
Oh, Romney, oh, mi Romney, ¡ay, amigo mío!
¡Mi primo y mi amigo! ¡Mi ayuda, cuando lo necesité,
el amor que habría podido ser mío! ¡Mío!

¡Vaya, cómo llora una

cuando está cansada! Si hubiera un testigo cerca,
diría alguna tontería... como que yo estaba enamorada de ese hombre,
¿quién sabe? Y me haría reír de nuevo con desdén.
Incluso cuando son muy fuertes, las mujeres son débiles físicamente,
igual que los hombres, cuando son más débiles y más viles, lo son de espíritu:
así que resulta difícil para las mujeres acompañarse con los hombres.
Así que ríndete ya, déjalo ya,
y llora. ¡Lágrimas, lágrimas! ¿Por qué lloramos?
¿Vale la pena preguntarlo? ¿Porque hemos arruinado una vida,
o hemos perdido un amor o echamos de menos un mundo, tal vez?
De ninguna manera. Simplemente, porque hemos caminado mucho,
o hemos hablado demasiado, o hemos sentido el viento del este,
y por eso lloramos, como si nuestro cuerpo y nuestra alma
se deshicieran en el agua... así.

Pobre surtido de harapos,

verdaderamente, del que estamos hechas, como esas muñecas
que parecen hadas, con sus caras bonitas.
Parece como si tuviera un hombre dentro,
despreciando a las mujeres.

Sin embargo, claro está,

ver una equivocación o un sufrimiento nos conmueve a todas
y nos impulsa a repararlo, aunque sea a costa de nosotras mismas;
sí, más aún, aunque sea a costa de nosotras mismas:
eso es muy femenino, sin duda, y no es indigno.
¡Fue, pues, un impulso natural por mi parte

arrepentirme de no haberme convertido en la mujer de mi primo,
solo por salvarlo de la compañía de un demonio!
Todas somos así, y estamos hechas así, ese es nuestro negociado:
sufrir torturas para que otros estén contentos.
La caballería masculina del mundo habrá muerto,
pero las mujeres son caballeros andantes hasta el final;
y si Cervantes hubiera querido ser más grande aún,
hubiera hecho de su «don» una «doña».

y así llueve en nuestros cielos azules.

Así se despeja,

Apartemos

esta debilidad. Si, como acabo de decir,
tengo un hombre en mí, dejémoslo actuar,
ignorando ese pequeño problema de conciencia natural
que se llama simplemente «ser mujer». Escribiré
claramente a Inglaterra, y si es demasiado tarde, que lo sea,
y si lo he juzgado mal, pues mal juzgado estará.
Que sea lo que el Cielo quiera.

«Querido lord Howe:

Encontraré una historia en una hoja aparte;
es la historia de Marian Erle (en qué noble amiga suya
confió una vez, a través de qué medios infames
y con qué desastroso final); la historia es verídica.
La encontré vagabundeando por los muelles de París,
con un bebé en el pecho -una extraña
e inesperada criatura desheredada en las gélidas
nieves de nuestro tiempo-. En este asunto
apelo a su amistad, amigo -si *esa* mujer perversa
aún no es su mujer-, para denunciar los hechos,
ante él, o bien para dejarlos huir
de puntillas, como asesinos fugitivos,
y decirle simplemente a mi primo que Marian está viva,
que la he encontrado, y que está en su casa con una amiga,
yo, Aurora. Tales buenas noticias (que la he encontrado)
contribuirán a alegrar su nueva situación amorosa:
se lo envío, dígaselo, como regalo de boda,
tan bueno como zumo de naranja para los nervios
o los guantes perfumados para el dolor de cabeza, aunque soy consciente
de que él, salvo en el amor, casi nunca está enfermo;
y me refiero a este último amor... del último año.
¡Qué pronto olvidan los hombres!

¿Es como un truco de cartas
para ser más felices? Por favor, dígame cómo se hace.
Primero, bastos, y mientras una atiende a los bastos, espadas;
es un prodigio. Un rayo golpea a un hombre,
y cuando pensamos que está muerto o chamuscado...
vaya, ahí está otra vez de repente, tocando la flauta
bajo el olmo astillado. El crimen y la vergüenza,
con toda su ralea, pisotean vuestro mundo encantador,
pero no dejan más huella que buey de Apolo,
cuyas pisadas fueron amortiguadas por el dios ladrón
con hojas de tamarindo y mirto.[134] Estoy muy triste,
muy cansada y muy triste esta noche. Estoy un poco amargada,
perdóneme. Estar mustia y enfadada a un tiempo,
eso excede todo lo tolerable, excepto para usted:
su paciencia, lo sé, es infinita. Adiós.
Mañana cogemos el tren que nos llevará a Italia.
Dele recuerdos a su bella esposa de mi parte.
Y una servidora, aunque lejos, estará cerca
en espíritu deseándole lo mejor a usted y su familia.»

Firmo,

y a continuación vomitaré mi corazón en una hoja.

Esta:

«Lady Waldemar, me hace muy feliz
saber que nunca me gustó usted. Eso ya lo sabe perfectamente,
y usted, a su vez, se ha ahorrado tener que apreciarme.
Su aprecio seguramente me habría hecho más daño
que su odio, aunque este último parece ser
lo bastante desvergonzado para hacer daño
y no temer la opinión de nadie. Ahora hay distancia
entre nosotras. Estoy lejos, como si
estuviera juzgando el retrato de un extraño y me resultara
indiferente decir si el retrato es bueno o malo:
¿Qué me importa que los trazos sean falsos,
verdad? ¿Alguna vez manché mis labios
diciendo con ellos su nombre como el de una amiga
o cogí su mano como la gente que se aprecia? Gracias a Dios
nunca lo hice. Y como usted ha resultado ser tan miserable,
sí, miserable, digo -no tardaremos en demostrarlo-,
no me veo obligada a cuidar y respetar nuestra amistad,
ni a evitar mis borrones, porque conozco los suyos,
ni a excusarme ante las personas honradas

que quieran darme un beso o estrechar mi mano.
En fin, ¡la primera siempre será lady Waldemar!

»Es verdad: a estas horas usted puede ser una pariente cercana, porque será la esposa de mi primo. Ha jugado usted tan sucio como Lucifer, pero ha ganado usted el lucero del alba en esta ocasión, y la noble casa de Leigh con sus buenos techos debe por tanto protegerla a usted: no puedo hablar y, aun estando usted dentro, prender fuego a esas vigas, porque yo soy una Leigh; y tampoco diré nada para clavarle a usted un puñal a través del pecho de Romney, yo, ¡que soy su amiga y su prima! Así que puede estar tranquila. Los dos pueden vivir y envejecer juntos como la cizaña y el trigo, hasta el gran incendio de Dios. Que lo disfruten.

»¡Y esconda esta carta! Que no cuente lo que yo debería contar: cómo engañó usted a la pobre Marian Erle, y cómo consiguió que con su amor cavara su propia tumba en el bonito jardín de sus propias esperanzas: sí, sé que la envió lejos con alguien de su calaña, a una casa maldita en Francia, de donde huyó con maldiciones en la mirada y en los oídos y la garganta, con su mismísima alma ahogada en maldiciones: enloquecida, en fin. Y enloquecida anduvo de acá para allá durante semanas, en un país extraño por los caminos, sola y perdida, tan inocente, y los demonios pudieron regresar a sus madrigueras infernales, ¡pues ya estaba profanada! Pero usted... usted es mujer y bastante más atrevida. Para hacerse justicia, no debería volver la cara... digamos, a la reciente vida que tengo en la habitación aladaña, a la cual, pisoteando la mies de Dios, usted arrojó a los perros, y la expuso a todos los peligros... Sí, el hijo de Marian, su pobre niño, apenas salido del cascarón, su hijo en la cuna: debería usted verlo cuando se despierta y abre sus maravillosos ojos azules: los vería usted y ni siquiera parpadearía, ni temería el triunfo de Dios y su suprema venganza, porque así se corrige el equilibrio de Su creación (una creación que usted ha rebajado a un vulgar Tofet)[135] hasta el nivel de la inocencia más celestial. Respecto a mí, que no soy tan audaz, reconozco que esos ojos infantiles

me han hecho rezar.

»¡Mientras miren al cielo

ninguna defensa necesitarán de mis palabras
frente al lugar donde usted los ha querido poner! ¡Mírelos!
¡Tendrán mucho que ver en lo que le ocurra a usted en el Cielo, ya lo creo:
me puedo ahorrar las maldiciones habituales.

»Piense esto:

si por casualidad es usted ya la esposa de Romney Leigh
(una herencia a la que ni por nacimiento tenía usted derecho
y por la que vendió esas gachas venenosas que hace llamar alma),
¡yo la conmino a que sea una esposa fiel y leal!
Mantenga vivo el fuego de su corazón y limpia su mesa,
y cuando hable, no tarde en obedecerle;
mantenga a raya sus mezquinas necesidades y sus bajos instintos
y dedíquese a limpiar el polvo por donde pise; aunque, incluso así,
la tierra le será dura, porque así quedó escrito:
“No uncirás juntos al buey y al asno”,^[136]
lo noble y lo indigno. Sí, pero usted
hará su parte así como todas las cosas malas del mundo
sirven para algo bueno. Usted no va a humillarlo, sépalo,
no va a humillarlo, ni va a burlarse de él cuando esté triste,
ni va a molestarlo cuando esté ilusionado. Procure
hacerle la vida fácil con fingida comprensión,
y no permita que vea su verdadera cara demasiado cerca
o que olvide su dulce apariencia. Pague el precio
de sus mentiras limitándose a mentir siempre:
eso es fácil para la gente como usted: un millón de mentiras más
apenas tendrán incidencia en su condena.

»Haciendo todo esto

puede contar con estar segura frente a Marian o a mí:
respiraremos tan bajito como el niño que está ahí al lado,
y no removeremos las cenizas. Equivóquese una vez,
y muéstrenos a nuestro Romney herido, humillado
o atormentado en su casa... y hablaremos,
y se formará tal escándalo que la última trompeta del Apocalipsis
apenas será más terrible, incluso para usted;
no habrá música para usted después: Romney
(lo conozco) la expulsará como si no fuera nada suyo
y el resto del mundo aplaudirá su decisión.
Aunque las mujeres, incluso las peores, como usted,
apartarán las faldas en la calle para no rozarse con usted.

Se lo advierto. Soy Aurora Leigh».

Escrita la carta, me sentí satisfecha.

Los rescoldos que aún ardían en mí fueron expulsados
a puñados: había escrito mi corazón
y había llorado mis lágrimas, y ahora estaba serena y tranquila.

Y, acercándome a la habitación aledaña,
aparté las cortinas de la cama
donde Marian Erle -con el niño apoyado en su brazo,
ambos rostros unidos como una pareja
de inocencias dormidas, rebosantes y plenas,
mirándose mutuamente- sonreía y dormía.

No había allí pecado ni vergüenza, ni rabia ni dolor.

Yo sentí, y ella también, que había dicho muchas cosas aquella noche,
pero sus palabras fueron más dulces desde luego, y se las había dicho a Dios...
que tal vez se estaba riendo en el Cielo, por haber hecho
tanto ruido para tan pocas nueces. «Profanado»,
¿había escrito eso? ¿Realmente pensaba que estaba «profanada»? ¡Calma,
calma y despacio, Aurora! ¡Pide permiso a los ángeles
para entrar humildemente y de rodillas
en ese círculo especial de pureza
en el que acogen a los desheredados de la tierra, a los elegidos del Cielo!

Al día siguiente cogimos el tren para Italia

y volamos hacia el sur con el rugido del vapor.

Las campanas de boda de Romney debieron sonar muy fuerte
para llegar hasta mí con tanta claridad. Yo no estaba bien;
y ciertamente, aunque la verdad es como una broma,
no pude sino imaginar, durante medio camino,
que estaba sola en el campanario, con cincuenta campanas
de hierro vivo, locas de alegría

(como cuando uno se ríe y no puede parar),

todas tañendo a mi alrededor, dentro de mí, sobre mí,

hasta que ni siquiera podía oír los gritos que daba,

y me desmayaba por el ruido, y sin embargo, aunque desvanecida,
me daba cuenta del desconcierto sonoro de fondo,

dispuesta, con cada sentido que despertaba, a golpearlo

y aplastarlo con su clamor. Me encontraba débil;

luchaba por recobrar la firmeza de espíritu

en una conciencia íntegra del lugar y el tiempo en que me encontraba,
pero siempre, entre la vigilia y el sueño,

volvía a caer, poco a poco, y a veces me encontraba con la mirada de Marian durante un instante (es muy bueno para ejercitar la fortaleza personal saber que alguien necesita que seas fuerte), y así recobraba la conciencia de mí misma durante un tiempo.

Solo lo supe cuando nos vimos viajando

sobre los viejos tejados de Dijon. Lyon pasó como una centella en la noche, tan veloz que apenas pude verla. Pero al final, el serpenteante Ródano empapaba con luz de luna sus orillas, y retorció sus dulces curvas claras y limpias para acogerla, con la sombra de la ciudad y el castillo solo tamizadas por la huidiza corriente. Aquella brisa del Ródano en la cara, mitad aire y mitad agua, me invitó a asomarme y mirar; entonces, volviéndome hacia Marian, sonreí al comprobar que parecía solo una niña, que dormía, con el rostro vuelto hacia la luna también.

Así pasamos

el generoso campo abierto y los valles cerrados, y entramos luego en los túneles, como un rayo lanzado por el martillo de Thor que parte las rocas en dos,[137] el cual trepidando en las profundas tinieblas, las rasga y las deja atrás de inmediato: el tren se adentraba jadeante, temblando y decidido, con el feroz y atronador silbido aullando en el túnel como si estuviera agonizando en la estremecedora oscuridad, mientras nosotras, impresionadas, respirábamos con dificultad, oprimidas como antiguas titánides bajo el inmenso peso de una pesadilla de montañas.[138] Al salir por fin, ¡vimos el amanecer derramarse sobre el mundo! Las colinas, que se tendían anchas o esbeltas por todas partes, sin temblores en sus cimientos, repartiendo amplias y ricas vegas de viñedos y cereales, como si quisieran saludarnos en nombre de Francia; mientras, descendiendo desde sus empinadas cuestas, las torrenteras hablaban de un suelo rojo como la sangre caballeresca de Carlomagno, para consagrar el verdor del campo. Alguien dijo «¡Marsella!», y, ¡mira!, allí estaba la ciudad, con todos aquellos barcos, y más allá, la cimitarra de un mar siempre resplandeciente,

dispuesta para la mano derecha, ¡desnuda contra el cielo azul!

Pasamos esa noche entre el cielo púrpura
y el agua púrpura: creo que Marian durmió;
pero yo, como un perro guardián a los pies de su amo,
que no puede dormir ni comer hasta que no lo ha oído llegar,
estuve en el puente del barco y vigilé toda la noche,
y estuve escuchando a las estrellas que ya me hablaban de Italia.
Aquellas campanas de boda de las que hablé ya sonaban muy lejos,
como uno de esos carritos de los niños en la calle
a oídos de un moribundo que no pasará el día,
y lo sabe, cogiendo la mano de la mujer que ama.
Yo también, allí callada, impasible ante la muerte,
allí callada: como ese moribundo, podía escuchar cómo hablaba mi alma,
y tenía a mi amiga a mi lado, porque la Naturaleza viene algunas veces
y dice: «Soy la embajadora de Dios».
Notaba la dulce brisa de la tierra de las almas;[\[139\]](#)
las antiguas y milagrosas montañas se recortaban en el horizonte,
unas elevándose en la distancia, otras acercándose a la playa,
como los fantásticos y melancólicos fantasmas de la *Odisea*,[\[140\]](#)
sedientos del vino azul de los mares
y mirando estupefactos a los viajeros. Los picos pujaban
por sobresalir; miré más allá del cinturón tirio[\[141\]](#)
de intensas aguas entre la costa y el barco,
hacia las laderas nebulosas llenas de olivos
disolviéndose con la apacible luz de la luna,
y descubriendo aún alguna oscura torre conventual
que parecía como si surgiera de alguna roca siniestra,
o algunas pequeñas aldeas iluminadas, que parecían
ser estrellas fugaces, colgadas en algún lugar elevado:
una se pregunta cómo pueden mantenerse allí
y no resbalar de cabeza con algún torrente
de los que se precipitan y espumean los macizos de mirto
con rocío de plata. Así mi Italia
se acercaba a nosotras. Génova apareció al amanecer;
el pálido palacio de los Doria resaltaba
contra las verdes colinas que cercaban la ciudad blanca,
un brazo de mármol que domina los navíos,
resplandeciendo a través del gris e incierto destello del amanecer.

Y entonces no pensé en «mi Italia»,

sino en «mi padre». ¡Ay, la casa de mi padre,
sin su presencia! Los lugares son demasiado
o demasiado poco para el hombre inmortal;
demasiado poco, cuando los amores de mayo rebosan en la tierra,
demasiado, cuando esa lujuriente riqueza de la naturaleza
se convierte a nuestros pies en hojas muertas.
Lo único bueno es estar, aquí o allí,
porque puede que tuviéramos un sueño en una piedra,
en esta o en aquella, pero una vez que nos despertamos
y regresamos a la piedra sin el sueño,
solo tropezaremos con ella, ¡ay!, y nos haremos daño;
o puede que caiga sobre nosotros y nos aplaste,
y será la losa más pesada en este cementerio de la Tierra.
Pero mientras estaba meditando, una mano callada
cayó ligera sobre mi brazo, y, al volverme,
un par de ojos humedecidos capturaron los míos.
«¿Qué, Marian? ¿Tan temprano se ha despertado el niño?»
«Duerme -contestó-. He subido aquí tres veces,
y te he visto sentada, de pie, y siempre vigilando.
Pensé que eso te hacía bien hasta ahora, pero ahora...»
«Pero ahora -dije- has dejado al niño solo.»
«Tú eres la que estás sola», contestó, y luego me miró
como si yo, también, fuera algo. ¡Qué dulce la ayuda
de alguien a quien hemos ayudado! Gracias, Marian, por tu ayuda.

Encontré una casa en Florencia, en la colina
de Bellosguardo. Es una torre que alberga
un puesto de observación doble, sobre
el valle del Arno (que acoge como la cuenca de una mano
casi toda la ciudad) hasta Fiesole
y Monte Morello y el atardecer,
con las cumbres de Vallombrosa a la derecha,
que el amanecer llena como si fueran vasos de cristal
rebosantes de vino, y los ruboriza hasta el borde con su color.
Ningún sol podía morir, ni podía tampoco nacer, sin que lo vieran
los moradores de mi villa: la mañana y el atardecer
se sublimaban ante nosotros en el puro
e infinito espacio y silencio del cielo,
resplandeciente como los vestidos de los ángeles blanqueados por Dios,
menos azules de radiantes. Más allá del muro exterior
del jardín se ven las delicadas ramas místicas y grises

de los olivos (con incisos verdes
del cereal y las viñas), hasta que la mirada se detiene
en la hilera impenetrable y negra de unos cipreses
que indican el camino a Florencia. Maravillosa,
la ciudad duerme en el amplio valle,
catedral, torre y palacio, *piazza* y calle;
el río recorre como un cordón de plata
toda la urbe, y enroscándose perezosamente, tanto antes
como después, en la estrecha franja de tierra
moteada de blanco, de arriba abajo, en las laderas opuestas,
con granjas y villas.

Muchas semanas habían pasado,
ninguna noticia habíamos tenido. Al final, una carta llegó
de Vincent Carrington: «Mi querida señorita Leigh,
ha estado usted tan callada como un poeta
cuando es seguro que cualquier otra persona va a hablar.
Enfermo, dolido o estúpido, una moneda de plata
desatará la lengua de cualquier hombre, y no tardará en hablar y decir
“Recibí el cheque”. ¡Pero usted...! Le envié fondos
a París y no dio usted ni la menor señal en absoluto.
Recuerde: soy responsable y espero
alguna señal suya, señorita Leigh.

»Mientras tanto, su libro
es tan elocuente como si usted no estuviera muda;
y los críticos habituales, habitualmente sordos
al arte más delicado, y, como sordos que son, decididos
impugnadores de su sordera, respondiendo al azar, “sí” o “no”,
“puede que sí” o “puede que no” (en general pronunciándolo
con escasa convicción), se han pronunciado racionalmente por una vez:
uno está tentado de pensar que realmente oyen y por eso...
el zumbido de los tres o cuatro que realmente oyen
y han elogiado su libro: la trompeta más pequeña de la Fama
es una gran trompetilla para el que es sordo como una tapia,
y ninguna otra cosa es más efectiva. No tenga miedo, amiga;
aquí pensamos que usted ha escrito un gran libro,
y es usted, ¡una mujer! Estaba en usted, sí,
creo que estaba en usted: sin embargo, aún dudo un poco
si esa extraña fuerza del alemán Reichenbach[142]
que nace de las puntas de los dedos como una llama azul
puede tener la suficiente fuerza, como nuestras llamas blancas,
para despertar a un hombre. Perdóneme. Solo pienso

en usted desde que, hace justo quince días,
acabé su libro y me encantó.

»¿Le encantará a usted

mi esposa también? Aquí está mi secreto, ¡y debería guardármelo un mes más antes de decírselo a usted! Pero me he rendido porque sé que usted escribirá antes si lo sabe: la mayoría de las mujeres (de su altura incluso) consideran el amor como el asunto más importante de la vida. ¿Y quién es la mujer que será mi esposa dentro de un mes? ¿No lo adivina? ¿Recuerda aquel dibujo de un par de ojos de topacio que vio usted una vez, vuelto contra la pared, aquella mañana, en mi estudio de Londres? ¿Recuerda el rostro esbozado y casi borrado, que solo tenía los ojos? Usted vio aquellos ojos con los suyos, y dijo “Son los ojos de Kate Ward, ¿no?”. Ahora sé toda la verdad: yo los había vuelto contra la pared para protegerlos de Júpiter; se las arreglaron, de la manera más pícaro, para colocarse en las cabezas de mis Dánaes, donde me volvía loco solo con mirarlas...[143] ¡Qué ojos! Yo no podía ni pintar ni imaginar otros ojos, salvo esos... así que arrojé pintura sobre ellos y les di la vuelta contra la pared... ¡Sí, pero ya los he liberado, los ojos de mi Kate! La he pintado (cambiaré mi estilo, dejaré ya las mitologías), he pintado su dulce rostro entero: parece que mira en mi alma como quien ve su rostro en el agua, para pintarse a sí misma. Es un retrato mediano, con una capa como la que llevaba usted una vez; está un poco desgastada; insistí, también, en pintar un brazo desnudo y armonioso, pero ella... ella tenía su idea, y su capa. Dijo que solo así se parecería a usted y que no iba a dejar pasar la ocasión. Ah, amiga mía, tiene usted que escribir y decirle que no ha perdido su amistad por encontrar mi amor. Nunca cambiaría lealtades. Se sabe sus libros de memoria, más que mis palabras, ¡y los cita contra mí hasta verme forzado a ir donde, hace tres meses, estaban sus ojos! Bueno, en realidad, nada la satisfacía salvo que la pintara con su último libro abierto entre las manos, tan delicadas, en vez de mi paleta marrón, como yo quería (y créame, mi proposición habría sido más novedosa).

Kate no me da un respiro: he acordado la celebración de la boda para el próximo mes, y de muy buena gana. Es hermoso comprobar cómo las mujeres pueden amar a las mujeres como usted, y anudan sus corazones con lazos de amor a sus pies, y cómo se ponen insolentes por usted contra los hombres, y nos arruinan la vida con un puchero, porque un hombre *-hay* algunos, admitámoslo, que no escriben mal-, cualquier hombre, será un pobre desgraciado, ¡frente a usted! Pero como escriben peor que Aurora Leigh, hay mujeres (además de mi Kate) que creen que usted si caminara sobre la arena no dejaría huellas.

»¿Se ha sorprendido usted

por mi matrimonio, como el pobre Leigh?
“¡Kate Ward! -exclamó-. Kate Ward -repitió-. Yo creía... -dijo, y se detuvo-, Yo no pensaba...”,
y luego se quedó callado.

»Ah, ha cambiado bastante.

No lo había visto, dese cuenta, desde hacía mucho tiempo, pero era normal. No he tocado el asunto en esta carta... consciente de sus sentimientos de usted, y prefiero ser frívolo cuando aguardan asuntos graves, igual que los péndulos del reloj van deprisa aunque sean de plomo.

»¡Qué poco

es decir que lo siento! Querido Leigh, mi queridísimo Leigh. En aquellos días en Shropshire, discúlpeme usted, cuando él y usted discutían en los campos dorados sobre lo que deberían o no deberían hacer, hacer pan o hacer versos (a eso se reducía el asunto), y yo pensaba que ustedes al final sellarían la paz con un anillo de bodas. Yo lo creía así. Tontamente lo creía, tal y como se dieron los acontecimientos, porque cada vez se oponían ustedes más, mes tras mes y año tras año, hasta que ocurrió esto. Dios sabe lo que hace, claro está, pero es cruel. Cuando le entraron las fiebres por vez primera, yo acababa de escribirle a usted a Francia, me dijeron que lady Waldemar mezclaba líquidos y pesaba medicinas como cualquier enfermera contratada, salvo por el hecho de que lloraba mucho. Luego, lord Howe... ¡estaba usted en lo cierto con lord Howe! Lord Howe es un as,

y sin embargo, aun con esa carta en la manga, un hombre como Leigh puede perder, como *está* perdiendo. Para todo hay un final...
Sí, incluso en esta carta, aunque la segunda hoja puede crearle algunas dudas. Escríbale alguna cosa a Kate, porque ella ahora lee mis cartas, como una esposa, y, si ella ve su nombre escrito, la veré sonreír, y esa será mi suerte. Así, que Dios la bendiga, ¡aquí tiene a dos amigos!
No le preguntaré cómo se encuentra en Florencia y mis queridas pinturas. Puedo escuchar su corazón revolotear sobre las colinas nevadas y, solo por visitar el palacio Pitti con usted una vez, daría media hora del paseo de mañana con Kate... creo. Vincent Carrington.»
El mediodía era caluroso; el aire abrasaba como el sol, y la casa estaba cerrada. Las persianas echadas derramaban sus largas sombras paralelas en el interior de mi villa, e interlineaban con luz dorada y recta los cuadros de las paredes, la estatuilla de la consola (del joven Amor y Psique[144] convertidos en mármol por un beso), el diván bajo en el que yo estaba recostada, la mesa cercana, el jarrón con lirios que Marian cogió la noche anterior (cada hoja verde y cada pétalo blanco convertidos en sombras como si fueran a escribir algún nuevo texto fatídico), y la carta abierta, sobre mis rodillas...
Allí estaban los renglones torcidos, temblorosos, aunque yo me sentía tranquila y, simplemente, la había leído una vez y tres más. Bueno. Se había casado; eso estaba claro. No me extrañaba que se hubiera casado, no mucho más que aquel «lo siento» final de Vincent. Y bien, por supuesto, la dama lo cuidaba cuando no se encontraba bien, mezclaba bebidas... -salvo que la bebida fuera el nepente[145] no vale la pena ni mencionarlo-. Pero un hombre enamorado verá a todas las mujeres en el velo de su amada, más hermosas con sus vestidos de delicado color rosa. Aunque lo piensa mejor y finalmente dice: «Lo siento». Lo siento. Lady Waldemar, tan hermosa, con su velo, preservada de una luz que yo podría haber arrojado a su cara para iluminar sus espantosos actos y su vergüenza, apenas si es una esposa para Romney, como lo ven sus amigos,

Aurora Leigh o Vincent Carrington,
eso es evidente. Y él es «consciente del estado de mi corazón»...
tal vez es natural, aunque la frase resulte dolorosa
(estando enamorado, uno puede decir cosas así)
e incluso toda esa verborrea de «campos dorados» y «anillos de boda»,
y lo que él «pensaba», ¡pobre Vincent!, lo que «pensaba»,
nunca puede significar ya lo suficiente como para molestarme.
Vaya, esta estancia es sofocante. Mejor arder que asfixiarse,
mejor tener aire, aire, aunque venga con fuego,
mejor levantar las persianas y abrir las ventanas a mediodía
y que salgan ampollas en la cara
¡antes que soportar este peso muerto! Mucho mejor que me aturdan
esas insufribles chicharras, enfermizas
y roncas con el arrebató del calor estival,
que cantan, como los poetas, hasta que se les revienta el corazón, cantan
hasta que la gente dice: «¡Es tedioso!».

Libros con éxito,

y vidas fracasadas. ¿Es eso lo que pienso, al final?
A Kate le encanta una capa vieja porque era como la mía,
mientras yo vivo con mi propio desprecio por ser yo
y añoro ser como otra persona que tampoco quiere ser
lo que es, a su vez. ¿Nos esforzamos en ir,
siempre, a donde no podemos ir? ¿Somos de tal manera
que no podemos, ni siquiera con nuestra devoción
o con nuestros anhelos, de puntillas, tocar nada
que sea más elevado que nosotros mismos? ¿Es todo una estepa deprimente
y Dios está solo ahí arriba, como el sol sobre las lagunas inmóviles,
para hacerlas brillar y apestar,
angustiándonos con constantes llamaradas
mientras nosotros respondemos con nuestra bruma pestilente,
elevándola cada vez más, y cuanto más nos elevamos
más perniciosos somos?
¡Calla, Aurora Leigh!
Llevas puesto tu saco de arpillera como César llevaba su túnica
y te jactas de tus fracasos como si fueras toda la humanidad. Tranquilízate.
Hay cosas más elevadas, en este mismo mundo,
de las que tú puedes vivir o alcanzar. Apártate
y mira a los demás, ¡incluso a la pobre Kate!
Ella será una esposa perfecta para Carrington.
Siempre ha estado mirando el mundo a su alrededor,
para encontrar algo bueno y fresco donde detenerse

y componer su nido, con esos ojos que aletean
y que se pliegan ahora bajo su mano varonil,
temblorosos párpados de inexpresivo gozo:
no te burles de ella demasiado, porque después de todo
te admira muchísimo. Un hombre sabio
puede arrancar una hoja y encontrar una lección en ella;
y yo también, Dios me ha hecho así: tengo un corazón
que es capaz de adorar, amar y perder;
y lo mismo decimos de Shakespeare. Seré humilde,
y aprenderé a aceptar la admiración, incluso aunque sea por mí.

El libro, también... dejémoslo. «Un buen libro», dice Carrington,
«¡y eso que eres una mujer!». Me habría reído mucho de eso,
aunque hace tiempo. Soy una mujer, es cierto,
vaya por Dios, ¡y pobres de nosotras, porque sentimos más!
Y por eso menos importancia damos a los premios y los triunfos
y los reconocimientos por escribir nuestros buenos libros.

El libro contiene alguna verdad, me parece:
y la verdad sobrevive a la pena como el alma sobrevive a la vida.
Ya sé que hablamos con nuestro Fedón[146] hasta el final
a pesar de todas las caras dolientes que ponemos,
y nuestros retorcimientos del gesto con infame agonía
por culpa de una droga mortal. Yo he escrito la verdad
y soy una mujer. Débilmente, parcialmente,
con una presentación descuidada, añadiría Romney,
porque soy una mujer. Por la verdad misma,
que no es ni de hombres ni de mujeres, sino de Dios solo;
nadie más tiene razón para estar orgulloso de la verdad:
hasta el mismo Dios la examinará y verá si está liberada de toda influencia,
y se elevará a las alturas y en la luz,
en tanto sea y no sea más que la verdad.
Pues, ahora que ya ha dejado de decir que los firmamentos,
y la tierra, y las flores y todas las criaturas son muy buenas,
al menos lo dice de la verdad, que está en Él.

La verdad, hasta ahora, en mi libro, la verdad que nace
de las esferas superiores, de ese mundo dual
que forma el cosmos perfecto. Lo natural
y lo espiritual: el que separe estas dos cosas
en el arte, en la moral, en las cuestiones sociales,

arranca los lazos de la naturaleza y atrae la muerte,
pinta escenas inútiles, escribe versos irreales,
vive una vida vulgar, trata de modo ignorante con los demás,
está equivocado, en breve, en todos los aspectos. Dividimos
la manzana de la vida y la cortamos justo por las semillas,
y así la perfecta redondez que se ajusta a la mano de Venus[147]
queda destrozada tan absolutamente como si nos comiéramos
las dos mitades. Sin lo espiritual, sepámoslo,
lo natural es imposible; ¡sin forma
no hay movimiento! ¡Sin sentidos, lo espiritual
es inapreciable! ¡No hay belleza ni fuerza!
Y en esta doble esfera el hombre dual
(y el artista es aún más intensamente hombre)
se aferra firmemente a lo natural, para alcanzar
lo espiritual que hay más allá, fija aún
el modelo con visión mortal, para penetrar,
con mirada inmortal, el arquetipo
que algunos llaman «el ideal»; mejor nombre será «lo real»,
y con más certeza así se llamará al final,
cuando las cosas reciban sus verdaderos nombres. Mira el tiempo suficiente
las caras de los campesinos, encallecidas y arrugadas,
y verás el rostro de Antinoo[148] en algún lugar de ese barro,
con unos rasgos tan perfectos como el que añora a Roma
desde su pálida belleza de mármol. Insiste luego,
y si tu inteligencia te lo permite,
verás un ángel aún más hermoso a su espalda,
que supera en todo a Antinoo como este al labriego,
y lo aparta con empíreo desdén
para siempre de su vista. ¡Ay!, Carrington
está satisfecho con su credo: que un artista
que pinta un árbol, una hoja o una piedra común
solo con sus manos, tiene que descubrir de repente en su cuadro
una pieza colindante con su alma.
¿Por qué, si no, esas cosas iban a conmoverlo: una hoja, una piedra?
El pájaro no se emociona cuando picotea un brote primaveral,
ni tampoco el caballo delante de un gamo pastando;
pero el hombre, la criatura dual, percibe
ese sistema dual, interior y exterior,
y nada en el mundo se le aparece como algo singular,
una sola unidad: ni una copa, ni una columna o un candelabro,
ninguno de los motivos de los que supo en el Monte;[149]

[y lo mismo puede decirse de] todo ese espectáculo temporal relacionado con la realeza,

y erigido con voluntad de significación eterna
ofrecido a los brazos abiertos de Dios. «No hay nada grande
ni pequeño», ha dicho un poeta de nuestros días[150]
(cuya voz resonará más allá de la llamada a vísperas
y no se detendrá hasta que repique el ángelus)
y, verdaderamente, repito, ¡nada es pequeño!
Ningún zumbido de abeja estival amortiguado en un lirio
dejará de encontrar su resonancia en las estrellas que giran en el cielo;
ninguna piedra humilde a tus pies dejará de revelar un planeta;
ningún pinzón dejará de representar la existencia de un querubín:
y, mirando a mi propia muñeca, delgada y venosa,
en ese leve temblor de sangre
todo el violento clamor de un alma vehemente
que se escucha claramente. La tierra está repleta de cielo
y hasta el arbusto más común arde con Dios,[151]
pero solo el que ve se quita las sandalias,
el resto anda a su alrededor y coge las moras,
y así van perdiendo sus rasgos naturales, sin notarlo,
cada vez más, alejándose de sus facciones primeras.

¡Así que hay verdad en mi libro! Una verdad que proviene
de todas las cosas del cielo. Yo, Aurora, siempre
la he sentido acosándome por los páramos de la vida,
como Júpiter hizo con Ío;[152] y, hasta que Su Mano
me proteja totalmente y, sobre mi cabeza,
tienda su eterna paz constante,
el febril tábano me perseguirá arriba y abajo,
sin fin. El arte es el testigo de lo que hay
detrás de este teatro. Si este mundo lo mostrara todo,
entonces la imitación bastaría para ser arte.
¡Ahí, la mano de Júpiter nos alcanza! Pues estamos aquí, nosotros,
si somos verdaderos artistas, para ser testigos
de la obra completa, consumada e indivisible de Dios:
porque no puede brotar ni una sola flor natural en este mundo
sin que haya una flor en el lado espiritual,
sustancial, arquetípica, luminosa
y dispuesta a florecer; no es un mundo lejano,
pero nosotros, con el sentido espiritual un tanto obtuso,
podemos tener dificultades para captar esa floración y ese perfume,

y de un modo difuso lo percibimos, aunque al fin y al cabo lo percibimos, conscientemente o no, y luego lo transferimos a un cuadro, a la música o al verso, para emocionar al espectador y elevar las almas -sepan o no sepan cómo y el porqué no lo sepan explicar -, y admiramos al genio y decimos: «Un hombre hizo esto», cuando más bien deberíamos decir: «Esto estaba en su interior y él lo vio».

Así es el arte,

se engrandece al engrandecer la verdad, la cual, al reconocerse, cambia el mundo y modifica su moral. Si un hombre pudiera sentir, no un día, en el éxtasis artístico, sino todos los días, días laborables, de ayuno o festivos, la significación espiritual ardiendo en el jeroglífico del mundo material, a partir de ese momento pintaría el mundo con alas y adoraría a los peces y a las gallinas, a los toros, a los árboles, e incluso a su propio cuerpo de ser humano, que ahora considera tan vil que todas las ciudades hacen asaduras de sus hijas para uso propio en las noches de verano, cuando Dios está triste en el Cielo al pensar en lo que se ha convertido su espléndido mundo, tan distinto; mientras que la luna que hizo para brillar ahí, en la primera alianza de amor, aún brilla, tan avergonzada como un anillo de bodas delante de miradas adúlteras.

Qué seguro es

que, si decimos algo cierto, instantáneamente sentimos que es de Dios, no nuestro, y lo comunicamos a otros como si fuera pan consagrado, lo degustamos y lo comunicamos, no lo manoseamos ni un momento, como en efecto nos atreveríamos si tuvieramos derecho a reclamarlo como propio. Y yo... entrego mi poema. Dejemos que hablen los lectores; lo tengo muy presente; puedo hablar de él también: diré, con Romney, que el libro es flojo, que le falta equilibrio, que los puntos de vista son oscuros, que la musicalidad está quebrada.

Prosigamos.

El objetivo de la mujer (o del hombre, creo) no es un libro. Vaya: el mejor de los libros

no es más que una palabra en el Arte, que pronto empieza a acalambrarse,
a dolerse y a encogerse con el peso de los años,
y deja caer un acento o una digamma
en alguna grieta del tiempo insondable
donde los críticos ya no pueden llegar. El Arte,
que consideramos una vida más larga, está sin embargo
traspasado de vida. Porque se siente más que se percibe,
y se percibe más de lo que puede interpretarse,
y el Amor eleva más su llama temblorosa
que la hoguera que pueda hacer el Arte.

¿No es así?

Cuando la mano de Júpiter nos toca con amorosa caricia,
y cuando, finalmente, nos quedamos tranquilos y callados,
¿cómo lo llama Ío: verdad o amor?
¡Ya está bien, ya está bien...! Mi padre era inglés:
la sangre de mi madre no es tan fuerte en mí
como para que yo pueda soportar bien este asfixiante mediodía toscano
y mantener la calma. La ciudad, ahí abajo, parece hervir
en el caldero solar de Medea[153]
y todas las colinas pacientes están hirviendo a su alrededor
como si un pinchazo las hubiera dejado planas. ¿Está el cielo
lo suficientemente lejos para que no empecemos a arder?
No creo: arrastra tus ardientes bordes, firmamento,
y abrásanos hasta nuestro silencio absoluto. Ah, ya sabemos
demasiado aquí para ignorar qué es lo mejor para descansar;
hay demasiada luz aquí para no desear más fuego
para purificarnos y acabar para siempre. Hablamos, hablamos,
definimos divinas filosofías
y nos dan las gracias por libros prometedores
en donde hemos dejado la vida y... ¡bah!,
a menos que lo añadamos a la vida de otro
(un remiendo de seda en un vestido de arpillera);
del mismo modo mi pequeño pañuelo
podría cubrir San Miniato,[154] con iglesia y todo,
si lo tirara por encima de los cipreses,
igual que esta vida mía, andrajosa y vulgar,
podría explicar todas mis conclusiones.

Pero de todos modos

echaremos las persianas y nos sentaremos,
cuando ya no me duela tanto la cabeza, al fresco
y escribiremos unas líneas a Kate y Carrington.

¡Que sean felices! ¡Ella ha escogido bien,
y él, no muy mal!

Debería alegrarme, supongo,

salvo por Romney. Si se hubiera casado con Kate,
yo, seguramente... seguramente, estaría contenta.
Esta Florencia me sienta bien,
con su ambiente de infancia y su lengua. Mis tumbas están tranquilas,
y ya no me duelen mucho. Marian es buena,
amable y cariñosa... me deja coger al niño,
o lo lleva a las colinas para traerme flores
y llenar todos los jarrones antes de que yo me levante:
son esos preciosos tulipanes rojos, que crecen silvestres,
o esos lirios púrpuras míos que Dante hacía reventar
en grandes burbujas púrpuras con su aliento profético,[155]
o uno de esos largos juncos floridos que crecen
junto al Arno como un manojo de cetros abandonados
por alguna remota dinastía de dioses muertos,
que beben el agua del río durante siglos y verdean
y florecen dondequiera que una mano divina
haya calentado el lugar con icor.[156] Eso he encontrado
esta mañana temprano, tendido sobre mi cama,
y me he levantado pellizcada por una risilla infantil
que ni siquiera el precipitado «¡chst!» de Marian
ha pretendido vanamente contener;
mientras, yo, con los ojos cerrados, sonriendo y buscando
los besos cálidos que seguramente llegarían
de labios y mejillas, la cara del niño enseguida
confundiéndose en la mía, igual que si un ramito de flores
rompiera la cuerda por la fuerza de las rosas
y se derramara sobre mí. Seguramente debería sentirme feliz.
El pequeño casi me adora ya,
y dice mi nombre, «Alola», apartando
las erres como espinas, para hacerlo más dulce y suave,
y poderlo tener entre sus delicados y cándidos labios:
¡Dios lo ama! Sí, desde luego yo debería estar contenta,
salvo por el hecho de que, Dios me ayude, estoy tristísima
por Romney.

¡Romney, Romney...! Bueno,

¡esto es absurdo! Se parece demasiado a una cantilena
que se mete en la cabeza y fuerza a todas las cosas del mundo,
el viento, la lluvia, el molesto mosquito o la mosca zumbona,

a cantarla y a fastidiarte... igual que
una de esas insignificantes cancioncillas que nunca te han gustado,
como «Yo sería una mariposa» o «*C'est l'amour*».

Así somos: no ejercemos una tiranía tan fuerte sobre nosotros mismos
que deje de hacernos esclavos de la Naturaleza. Algunos
nos convertimos, también, en uno de esos versos malos
con su eterno estribillo: lo mismo se repite
una y otra vez.

Vincent Carrington

dice que «lo siento», y yo lo siento; pero él es fuerte
para dejar atrás la pena y subir a su paraíso de amor,
y cuando dice, de vez en cuando, «Pobre, pobre Leigh,
que nunca podrá decir de su corazón que es así de sincero,
ni tendrá un rostro tan bonito», seguramente podrá diluir enseguida
el dolor de la compasión en el sonrojo que su cara muestra
junto a su compasiva mirada. La nieve, para él,
ha caído en mayo: se encuentra toda la tierra caliente
y se derrite en cuanto toca la hierba verde.

Pero Romney... Él lo eligió, después de todo.
Creo que tenía un maravilloso sol
para ver el camino, como muchos otros, y tal vez
no haya visto realmente mucho peor que el resto de nosotros,
al fin y al cabo. Dejémoslo correr. No voy a ser
demasiado mujer por una vez, para ser un hombre
y enterrar a mis muertos como Alarico,[\[157\]](#)
depositando los tesoros de mi alma
en este lecho seco del río, y dejar que fluya
el río de la vida de nuevo, con barcos mercantes
y barcas de placer, llenos de vestidos bonitos y canciones.
Sopla, viento, sopla y ampáranos.

¡Ah, nos burlamos de nosotros mismos

al hablar así de los vientos! Tal vez hacemos lo mismo
con otras decisiones. ¡Cómo pesa
este calor, este aire enfermizo! ¡Y cómo envidia aquí
la decisión de aquel muerto en el cauce del río,
con cortinas de plata fluyendo sobre tesoros tintineantes!
¡Y su descanso en silenciosas criptas, tendido
y lejos del calor y el ruido! ¡Lejos de las cigarras, por Dios,
y de estos latidos del corazón aún más dolorosos!

Así es:

envidiamos por el alma lo que solo atañe al cuerpo,
para morir y pudrirnos. Y así, Aurora, termina
con nuestra aspiración quien decidió nuestro lugar
allí lejos, en Oriente.[158] ¿Las llanuras occidentales
nos han engordado, pues? ¿O hemos escalado tanto
que ya no hay hierba? ¿Ahora también queremos la parte de las bestias
y nos hemos cansado de ser ángeles? La humanidad define al hombre,
la criatura que se mantiene erguida y mira las estrellas,
la criatura que mira en su interior,
la que hace herramientas, la criatura que ríe. Ya basta:
diremos, más bien, la criatura contradictoria, el ser humano,
porque esa es su especialidad. ¿Qué otra criatura
concibe el círculo cuando camina recto?
¿Qué criatura ama cosas nocivas y aparta de sí las buenas?
¿Creemos que la abeja hace miel durante medio año,
y que odia la colmena en invierno y que prefiere
un poco de comida de la hormiga? Pero el hombre...
bueno, los seres humanos -también son mujeres, después de todo,
¡como todas las mujeres no son más que Auroras!-. Hay seres humanos
que nacen sensibles, que se desmayan al ver un gusano pisoteado,
los que pintan para pasar el tiempo, en sus ensoñaciones favoritas,
que lucen atuendos de autos de fe floreados con llamas azafranadas;
y hay también quienes creen en el Infierno, y mienten;
y hay quien desperdicia su alma en averiguar
el misterio de la vida en esos arenales entre dos mareas,
y acaba diciendo: «Ahora, en la muerte, ojalá seamos solo bestias».[159]

Ay, ¡Dios, que tanto sufres y tanta paciencia tienes:
seguramente necesitaste ser más Dios para soportarnos
que para habernos creado! ¡Llévame, llévame,
ayúdame a llegar más alto! ¡Tú, tú que has
sufrido esta carne humana, que sabes que es un vestido
pegajoso y húmedo que nos hunde
y nos asfixia en abismales melancolías,
sujétame, porque contigo, yo caminaré sobre esas olas,
y resistiré! ¡Inspírame, inspira mi alma contigo,
tú que eres el camino, la verdad y la vida,[160]
que ninguna verdad me resulte indiferente,
que ningún camino a la verdad, laborioso, y ninguna vida,
ni siquiera esta vida mía, intolerable!

Pasaron los días. Recuerdo los viejos tiempos,
con todos sus placeres toscanos, ahora ajados y destruidos,
como cierto libro perdido que quedó olvidado en el campo
cierta tarde de verano,
cuando lo leímos con un amigo querido,
y luego lo encontramos en otoño, cuando el amigo ha desaparecido,
la hierba está segada, el tiempo ha cambiado, y ya es demasiado tarde,
y lo miramos, como un objeto maravilloso
para la pena... y pensamos cómo dos manos, antaño,
habían sostenido lo que ha quedado para una sola,
y cómo sonreíamos cuando una uña un poco vehemente
dejaba impresionada su pequeña marca ahí, donde se encuentra
el verso que siempre estará ardiendo. Triste
y dulcemente he vivido. Conocí los pájaros
y los insectos, que parecían nacer de las flores
e imitaban sus colores; conocí el nombre
de las mariposas, con esa ligereza en sus alas
que asombra con el misterio de cómo pueden
dejar en algún momento de volar: las mariposas, que
tienen en sus alas azules esas ascuas redondas,
con las que parecen abrasar el aire azul
con cada vuelo que emprenden; las luciérnagas, ese suspiro
de instantes mínimos de llama emocionante
en la palpitante oscuridad, mientras en el cielo
las constantes e inviolables estrellas
arden y aventajan a estas frívolas imitadoras; los melodiosos búhos
(si la música tuviera solo una nota y fuera triste,
sería exactamente su sonido) y todo el silencioso torbellino
de murciélagos, que parecen estar recorriendo en el aire
alguna prodigiosa circunferencia de una cúpula de sombras
que nosotros somos incapaces de ver; y luego, los ruiseñores,
que se llevan nuestros corazones al otro lado del muro del jardín
(cuando paseamos por la aldea) y se lo llevan
muy alto, entre los sombríos almendros de la calle, y
temblamos y tenemos miedo, y nos sentimos como si
la inundación dorada de la luz de luna inadvertidamente
disolviera las columnas de una tierra firme
y la hiciera más inestable. Y conocí
a la inofensiva serpiente opalina, y a los sapos de grandes bocas
(esos fanfarrones ruidosos en sus hondonadas y arroyos)
y a las lagartijas, los relámpagos verdes de las paredes,

que si estás muy quieta y no suspiras muy fuerte,
te halagarán y te tomarán por una piedra,
y pasarán corriendo por tu pie
¡con esos prodigiosos ojos en sus diminutas cabezas!
Yo conocí todo eso, aunque ha menguado un tanto
respecto a mi imaginación infantil; y conservo en la memoria
cómo vivía en medio de todo aquello en perfecta igualdad,
fraternal y amistosamente, como un niño
viviría entre los insectos, los animales y los pájaros
antes de que el Adán que hubiera en él echara a perder
todos los privilegios del Edén: haciendo amigos
y hablando, con este pájaro o con aquella cabra,
y comprando muchas cajitas mínimas y jaulas
para colgar al grillo enjaulado en un árbol,
diciéndole: «Ah, mi querido *grillino*, ¿te duele la barriga?
¿No te gustan estas hojitas de acebo?
¿Me quieres o te quieres ir?
Dime “sí” cantando, y lo entenderé».

Pero ahora todas las criaturas me parecen muy lejanas,
ya no me pertenecen ni son como yo: solo están ahí,
y hay un abismo entre nosotros. Podría añorar también
como aquel rico[161] una sola gota de rocío
para calmar mi calor, una gota del rocío matutino,
la irrecuperable inocencia infantil
(antes de que ardiera mi corazón y de mi vida marchita),
cuando la infancia podía hablar con los pájaros;
pero ahora... ¡los pájaros son demasiado dignos para nosotros!
¡Ay, hasta el mismo sol nos niega el rocío!

Y yo, yo había regresado a un nido vacío:
los pájaros no lo hacen: son demasiado sabios. Escuché
los pasos de mi padre en este mundo desierto,
su voz en este silencio, y cómo decía
los nombres de los pájaros y los insectos, los árboles y las flores,
y todas las constelaciones de estrellas
por encima de Valdarno, repitiendo a cada paso:
«Mi niña, mi niña». Cuando los padres dicen «mi niña»
Resulta muy fácil concebir el universo
y las transiciones de la vida como leyes inmutables.

Un día subí a caballo a la pequeña casa de la montaña,
tan rápido como si fuera a encontrar a mi padre allí,
pero cuando la tuve a la vista, a unos cincuenta metros,
solté las bridas del caballo sobre su cuello
y me quedé de pie a su lado. La fachada de la casa
estaba cubierta con mazorcas de maíz como lingotes,
ordenadas como tejas, y formando
figuras doradas; casi no había ni una piedra del muro
sin cubrir, ni una pulgada de espacio había para que creciera
una hoja de parra. El viejo porche había desaparecido;
y, en la puerta abierta había una niña,
trenzando cestos, con el pelo negro recogido
con un pañuelo rojo anudado bajo la barbilla,
al modo toscano; sus grandes ojos de ébano,
que parecían demasiado pesados para poderlos mover así,
iban del cesto a la morera
donde los muchachos estaban entretenidos con sus palos
gritando y riendo, dejando todas las ramas
tan desnudas como en invierno de aquellas hojas estivales
que mi padre no habría cambiado por toda la seda
en la que esos feos gusanos que la fabrican se esconden.
Basta. Mi caballo retrocedió incluso antes que mi corazón,
y volví riendas enseguida. Regresamos,
cuanto antes, a Florencia.

Aquello fue suficiente,

ya no quise ver más tumbas. No visitaría, si fuera posible,
ni la de mi padre ni la de mi madre, nunca más,
para no tener que ver si fue el cantero o el musgo
quien ganó la carrera, o para poner flores,
que ni podrían superar los perfumes del cielo ni suavizar la tierra.
Ellos viven muy lejos, allí arriba, para que mirando
tan abajo pueda encontrarlos: dejadme pensar
que, más bien, ellos vienen a visitar mi tumba,
que es esta mi vida (donde no floreció la vida)
y que dejan caer sobre mí, de vez en cuando,
como regalo o consuelo, algunas pequeñas semillas
de las que crecen en el paraíso, mínimamente perfumadas
porque sus esencias penetrantes podrían matarnos de gozo.

Mi vieja Assunta también había muerto, había muerto...
¡Ay, tierra del pasado de los hombres! ¡Solo a mí

me dejas suspendida en el tiempo! Fui pasado,
eso me pareció, como todos ellos, pero solo yo no estoy en el Cielo.
Y muchas noches toscanas vago
por el camino de los cipreses, como un fantasma angustiado
que intenta dar con su débil e inútil aliento
fuego a su pira funeraria, apagada
demasiado pronto... En el camino, negros y erguidos están los árboles,
recortados contra el bermellón del vasto cielo.
¡Ese cielo! Todas las nubes han desaparecido, como si Dios
hubiera barrido con su túnica. Ese cielo deslumbra a hombres y fantasmas,
mientras bajo y admiro desde el puente
los últimos flecos del atardecer, antes de que se esconda
por detrás de las montañas de Lucca. Ahí abajo,
el río, huyendo del peso
intolerable de esa gloria celestial, corre ahora
satisfecho, escondido en sus sombras, murmurando;
y aquí arriba, en sus riberas, fluye también la fiesta popular,
con el murmullo amigo de sus bailes y su algarabía
(todo es *-issimo* o *-ino*, y alegre algarabía
de vocales en su agradable y escandalosa conversación).
Regresan todos de la granja lechera del Gran Duque,
antes de que los árboles den miedo a las ocho,
(porque, como dicen los toscanos, «No te fíes de los árboles por la noche»)
para comer sus helados gustosamente en el café de Doni;
cada encantadora dama va con su caballero,
que abraza a su querida admiradora mientras ella alimenta su sonrisa
con soñadoras cucharadas de helado de vainilla,
y él suspira apasionado exigiendo votos de amor,
tan ardientes que derriten su helado y chamuscan su barba.
Pero eso poco importa. Podría pasar junto ellos
con aire indiferente, sin temer que me reconocieran.
¡No corro peligro de que me incomode un amigo
y verme obligada a buscar un iceberg para aislarme!
Incluso los ingleses, aquí, tendrían que aprender
a tender la tela de araña de sus cotilleos
para cazar una mosca. Me gusta. ¡Es sublime
esta perfecta soledad de vivir en otros países!
Estar, como si no hubieras estado nunca hasta ese momento,
y ser, simplemente, lo que tú decides ser:
resurgir, no para saltar simplemente y seguir pegados al suelo,
como los saltamontes de Atenas, y saltar tres veces

antes de que una mujer se abalance sobre ti
y se lo ponga en el pelo.[162] Puedes tener, para ti,
un mundo totalmente nuevo, con criaturas nuevas,
un nuevo sol, una nueva luna, nuevas flores, nuevas gentes... ¡ah,
y que nadie se sienta dueño de ti! Nadie tiene derecho
a decir tu nombre, a preguntarte de dónde eres
o qué piensas del libro del señor Nosequién
o del matrimonio del señor Fulano, o de su muerte,
o si has tenido dolor de cabeza la semana pasada
o por qué estás tan pálida, y si ya se te pasó.
Esta sorprendente liberación de la vida propia
acontece después de la muerte; es la liberación del cuerpo
sin el dolor correspondiente. Me maravilla que la gente prefiera
permanecer completamente inmóvil como un faquir,
hasta que le sale musgo; y entonces gritan, asombrados de sí mismos:
«¡Qué verde y virtuoso es este musgo!». Bueno, yo me alegro,
o debería alegrarme, si fuera tan extranjera para mí
como lo soy para los demás.

Así meditando,

paseé por las estrechas calles que ya no me reconocían,
donde más de una fachada palaciega curioseaba tristemente
desde las ventanas enrejadas (dispuestas
a un tiempo para dejar pasar al amante o al enemigo,
para ser invitado o víctima), y llegué sin darme cuenta
a las iglesias con sus puertas semiabiertas
y sus gemidos lloriqueantes de vísperas, donde unas cuantas personas,
principalmente mujeres, dispersas como manchas negras
sobre el polvoriento pavimento, arrodilladas, rezaban
frente a la gloria plateada del altar. De vez en cuando, una luz
(me gusta sentarme y observar) cruza el templo temblando,
y toca algún rostro más erguido, más angustiado,
de una mujer, por supuesto, mientras yo sueño una historia
que se ajuste a sus desgracias. Había una mujer que parecía
como si la tierra se hubiera hecho de repente demasiado grande
para una pobre criatura, tan encorvada como ella.
El lastimoso pañuelo negro alrededor del cuello
solo recuerda que tuvo una madre. Otra
parece enferma de amor, parece estar rezando a algún santo benévolo
para que insufla más poder en el nuevo y bonito chal
que compró ayer (con el dinero de veinte comidas)
para que el cruel Gigi quiera mirarla

y dejar de mirar a Giuliana. Había otra mujer, tan vieja,
tan vieja, que le resultaba más sencillo estar arrodillada que de pie,
y tan sola, que aceptaba, qué remedio,
que Nuestra Señora fuera la confidente de sus cotilleos, y se encolerizaba
contra este mundo pecador que sigue casándose y descasándose, igual
que cuando el mundo era casi bueno y había decencia
(su Gian estaba vivo y ella tenía dieciocho).

«Y ahora, si la Señora quisiera,
me haría ganar una de tres en la lotería del jueves
y todo mejoraría.» No es que quisiera nada para ella,
porque una berza hervida para la sopa diaria
le sentaría como unos benditos callos. Entonces, ¿la lotería
era por nada? ¿Tan mal se iba a portar la dulcísima María
y no tener en cuenta la vela, bien recta y blanca,
como una gran duquesa joven y adolescente,
que le iba a poner allí... la semana siguiente?
«¡Benigna sis tú, santísima Reina del Cielo!»
Allí me quedé pensando, e imaginando
aquellas oraciones en aquellos rostros; pobres almas ciegas
que se arrastraban hacia el Cielo por el camino del diablo...
¿Quién sabe?, pensé, pero puede que Él les tienda su mano
y los ayude. Eso está escrito en el Libro,[163]
que escuchará a los cuervos jóvenes cuando lloren;
y sin embargo, ellos solo lloriquean por un poco de carroña. Ay, Dios,
y nosotros, que nos ponemos excusas por todo,
nosotros también lo hacemos igual. Entonces me arrodillé,
e incliné también mi frente contra el pavimento,
y recé, porque yo también deseaba cosas tontas y locuras,
como todos los demás, y deseaba comer despojos,
y que Él atendiera a lo que yo le decía,
y que solo escuchara el discurrir y el latir
de esta pobre sangre mía, desvalida y apasionada...

Y luego,

me quedé allí, arrodillada y sin hablar. Pero Él me escuchaba en el Cielo.

¡Cuántas tardes toscanas pasé así!
No me podía perder ni un atardecer en el puente
y no me perdí ni una vigilia en la iglesia,
y me gustaba mezclarme con la gente
tan desconocida, tan alegre, tan ajena a mí,
porque las personas que uno no conoce son como los árboles.

Solo en una ocasión, en la Santissima,
casi me topé con un hombre que conocía,
sir Blaise Delorme. Él me vio, desde luego,
y un tanto apresuradamente, mientras se persignaba,
compuso el gesto... luego hizo media reverencia,
pero solo media, y simplemente a mi sombra,
porque yo me escapé rápidamente por detrás del zócalo de pórfito
y allí se quedó, dudando si realmente era yo
o tal vez uno de los trucos habituales de Satanás
para mantener a un verdadero santo sin canonizar.
Pero de momento podía estar tranquila, y él también;
los ángeles de plata, en el altar lleno de velas,
cautivaron su atención de inmediato. ¡Qué buen hombre!
En Inglaterra apenas si éramos conocidos,
pero aquí, en Florencia, el hombre se acordaba de mí
incluso mejor de lo que veían sus ojos, que aparecía
y desaparecía; y sin embargo, su presencia me desbarató la vida:
porque, después de aquello, me quedé con más frecuencia en casa
por las tardes, observando cómo los colores se ajustaban
con modélica gradación en la noche perfecta,
hasta que la luna, reducida a una curva,
permanecía allí arriba, como una hoz para Su mano,
dispuesta a bajar al final para segar la tierra.
En aquellos momentos, me parecía que mi camino en la poesía había terminado;
temía las campanas tintineando en mi túnica
ante los cuatro rostros silenciosos de los querubines:
con Dios tan cerca de mí, ¿podría cantar a Dios?
No escribía, no leía, ni siquiera pensaba,
sino que me quedaba inmóvil en medio de las sombras que avanzaban,
más como un pedazo de sal, rota e inerme,
que cae por casualidad en un cuenco de *ænomel*^[164]
y que estropea un poco la bebida, y desaparece,
disolviéndose lentamente, lentamente... hasta la nada.

LIBRO OCTAVO

Ocurrió una tarde, estando yo
sola en la terraza de mi villa,
con un libro en las rodillas para fingir
que estaba leyendo lo que no estaba leyendo en absoluto,
y mientras Marian, justo en el jardín de abajo,
estaba arrodillada junto a la fuente (se podía escuchar
el soñoliento silencio del día casi agotado).
Marian estaba pelando un higo de aquel montoncillo púrpura
que tenía a su lado, extrayendo la pulpa
para dársela al ansioso niño que ya la degustaba
con labios impacientes cuando aún no había llegado a su boca,
sentado frente a su madre, con la carita y los rizos ardiendo
con los últimos rayos de sol, y diciendo «Dame, dame»,
y dando patadas con un pie imperioso
(todos hemos nacido príncipes). Entonces, algo me llamó la atención,
como la risa de un espíritu triste e inocente que se calla
de repente, como si se asustara de sí misma;
era la risa de Marian. Vi que volvía su mirada hacia mí
como avergonzada entonces de que hubiera podido escuchar su risa,
y enseguida volví a clavar mis ojos en el libro,
y supe entonces que era de los cuentos de Boccaccio
el del halcón,^[165] del amante que por amor
destruye lo que más le amaba. Algunos de nosotros
también hacemos eso, y luego ya no nos reímos jamás.
¡Pero ríe *tú*, dulce Marian! ¡Tú sí tienes derecho a reír,
porque Dios está contigo y tu hijo!
Yo no tengo tanta suerte, y por eso suspiro.

Los cielos estaban haciendo hueco para acoger la noche,
los siete cielos abrían sus puertas
para dejar que las estrellas aparecieran lentamente (profetizadas

en su inminente llegada, mas no adivinadas),
mientras los búhos desde los cipreses
de Poglio ululaban y registraban cada pulso
de la palpitación celeste. Poco a poco
las sombras púrpuras y transparentes lentamente
habían ido extendiéndose por todo el valle hasta rebosar
y anegar la ciudad que una contemplaba
como una ciudad inundada en un océano encantado,
alejada del mundo. Tú, que miras, extasiada
con ferviente ardor deseas lanzarte y sumergirte,
y encontrar un rey marino con la voz de las olas,
y miradas lascivas y dulces, y rizos empapados
que no puedes besar, pero de los que gozarás
la sal en tus labios. La campana de la catedral[166]
dio las diez, como si sonara a diez brazas bajo el agua,
muy profundamente, y cincuenta iglesias contestaron
del mismo modo, con cincuenta toques distintos.
Algunos faroles de gas temblaron en las plazas y las calles;
la fachada del palacio de los Pitti parecía estar en llamas;
y más allá de los embarcaderos, la plaza de Santa María Novella,
en la que místicos obeliscos se levantan,
triangulares, piramidales, cada uno asentado
en un grupo de cuatro poderosas tortugas,[167]
para vigilar la preciosa iglesia, la Novia de Buonarroti,
que observa con sus grandes ojos ciegos,
sus cuadrantes y sus diales armilares, ennegrecidos
por los ritmos de tantísimos soles y lunas, y en vano
preguntan por un espíritu como el del maestro...
Me parece que acabé zambulléndome, lo veo todo tan claro...
Y, ay, mi corazón... ¡ese rey del mar!

En mis oídos

el sonido de las aguas. Allí estaba, ¡mi rey!

Lo presentí, más que verlo.
Me levanté, como si fuera mi verdadero rey
y luego me dejé caer, confusa y perpleja,
luchando por recobrar el dominio de mí misma.
Qué lamentable; pero así estamos hechas las mujeres:
moriremos por vuestros «quizás», por vuestro «es probable»,
pero no os negaremos ni una sola pulgada de nuestra altura:
mantendremos nuestra altura íntegra, cinco pies y cuatro pulgadas,

hasta que estemos tendidas en nuestro ataúd: ¡lamentable!
«¡Tú, Romney! ¿Está lady Waldemar ahí?»

Respondió con una voz que no era la suya.[168]
«Tengo una carta suya para ti; luego la leerás:
pero antes, me debes escuchar un poco, a mí,
que he esperado tanto y he viajado tan lejos para esto,
aunque pienses que has cerrado un libro tedioso
y has dicho adiós. Ah, es una página tantas veces leída,
y sin embargo aquí me tienes.»

¿Tocó mi mano

o apenas rozó mi manga? Temblé, de pies a cabeza,
así que debió de tocarme. «¿Quieres sentarte?», le pregunté,
y acerqué una silla; pero se sentó
un poco despacio, como un hombre dubitativo,
en un diván que había a mi lado: diván y silla,
que se habían sacado aquella tarde a la terraza.

«¡Has venido,

primo Romney! Es maravilloso.
Pero todo es maravilloso en estas noches estivales;
y nada podría sorprendernos ya, a nosotros,
que vemos este milagro de estrellas. ¡Mira!»

Y señalé al cielo, donde todas las estrellas habían salido,
como si un incendio apremiante se hubiera iniciado allí arriba,
como una escritura secreta en una página negra,
un vacío final, poblado repentinamente
por apresurados esplendores.

«Entonces no sabes...»,

murmuró.

«Sí, lo sé -dije-. Lo sé.

Me lo contó Vincent Carrington.
Y sin embargo no creí que dejarías tu trabajo
en Inglaterra, ni por esto siquiera... aunque, por supuesto,
también puedes seguir trabajando en tus vacaciones,
y aprovechar para ayudar a nuestros queridos toscanos...
que necesitan mucha ayuda desde que el jabalí austriaco
se atrevió a cruzar los Alpes y llegar a la Lombardía,
y a arremeter con su bestial y desvergonzado hocico
contra los empinados guardianes nevados del escudo de Dios,
que pronto se levantarán airados y se los sacudirán de encima;

y llegaron hasta aquí, arrancando nuestras viñas
y nuestros huertos de olivos con sus colmillos tiránicos,
y arrasaron con nuestras cosechas como unos cerdos.»[169]

«Así que lo supiste por Vincent Carrington
-repitió, haciéndose eco de una frase muy anterior,
como si supiera que todo lo demás era mera cháchara
para llenar un vacío y no hablar de lo importante-:
Entonces, ¿te lo contó personalmente Vincent?»

«El mismo

-contesté-. Todo ese mundo ruinoso tuyo
parece haberse derrumbado en el matrimonio. Carrington
escogió más sabiamente.»

«¿Eso es lo que crees?

-exclamó-. ¿Y es posible que al final...?
-se detuvo entonces, y luego murmuró para sí mismo-:
¡Demasiado al final, demasiado tarde! Y sin embargo...»
Y entonces su voz titubeó como una placa hielo alpino
que nota la turbulencia de un torrente que corre por debajo.
«Saberlo, si lo hubiera sabido, antes o después,
en nada habría cambiado la situación por lo que a mí respecta.
Y para *ella*, en este momento es lo mejor.»

Vaya, pensé,

ahora resulta que aprecia a Kate Ward, parece, precisamente
¡porque se ha casado con lady Waldemar!
Ah, la carta de Vincent decía que Leigh se había emocionado
al saber que Vincent se había comprometido con Kate.
¡Con menudos cubos rajados vamos a buscar el agua
en este mundo! Entonces le dije: «No creo,
primo mío, que llegaras a conocer a Kate Ward».

«Efectivamente, nunca la conocí. Es suficiente
que Vincent lo hiciera: sé bien que no escogió a su esposa
más que por esos ojos de topacio
de los que he oído hablar. No quiero infravalorarlos,
desde luego. Uno ve el mundo con los ojos.»
Incluido Romney Leigh, pensé de nuevo,
aunque él los conoce solo de oídas.
Qué miserables deben de ser todos los hombres, si él lo es.

Su voz, profunda y patética, como si sospechara
que yo seguramente no lo amaba, tomó la palabra:

«¿No recibiste nunca una carta de lord Howe,
hace un mes, querida Aurora?».

«No», dije.

«Eso me parecía -contestó-. Sin embargo, ¡qué extraño!
¿Sir Blaise Delorme no ha estado aquí, en Florencia?»

«Sí,

por casualidad lo vi en la iglesia de Nuestra Señora...
lo vi yo a él, entiéndeme, pero él no me vio a mí.
Se había lavado en agua bendita y para él ya no existían
las cosas de este mundo... ni las cartas ni nada;
Nos había borrado por completo, junto a sus pecados.
Sí, parece extraño... pero lo único extraño es que el bueno de lord Howe
lo escogiera como correo solo por ahorrarse unas monedas.
Por lo que a mí respecta, juro no volver a confiar en un hombre,
al menos con las cartas.»

«Hay algunas cosas que debo contarte,
con cierto tacto y prudencia. Howe suponía...
Bueno, en fin, ¡no importa! Tal vez no era importante.
Recibiste noticias de Vincent Carrington,
y sin embargo no te habría sorprendido tanto
verme, querida Aurora, si hubieras leído
la segunda carta.»

Ahora pensaré que estoy dolida.

Pero creo que me he vestido con mi orgullo femenino
a la perfección. Oh, estoy dolida, ¡eso parece!
Mi amigo lord Howe encarga a su amigo sir Blaise
que rompa suavemente un huevo de gorrión
y que saque al pajarillo con mucho cuidado: la noticia
del matrimonio de Romney encomendada a un santo,
con cierto tacto y prudencia... y por eso
se encontraba aquí. Maravillosamente bien
ha desempeñado usted su papel, mi querida lady Waldemar,
y yo he desempeñado el mío.

«Querido Romney -empecé-.

«Antaño no solías parecerte
a esos reyes griegos que llegaban de la guerra de Troya,
y necesitaban que unos heraldos tapizaran el camino
con tres alfombras para agasajar tus pies
y amortiguar el sonido de tus pisadas. Por mí, te lo aseguro,
aunque pudiera escuchar perfectamente la grava del jardín,

podría soportarlo. Sin embargo, también siento haber perdido esa famosa carta, que sir Blaise seguramente enrolló sin darse cuenta para encender algún santo cirio: lord Howe escribe cartas buenas para todo salvo para extraviarlas; y más de una flor de los mentideros de Londres ha caído donde se cortó ese tallo.

Por supuesto, eso lo sé, solitaria entre mis viñas, donde de nada se habla, ¡salvo de las nuevas plagas y que no se podrá hacer *chianti*! Sin embargo, la carta habría servido de preparación... ¿Te pareció que me sobresaltaba? La noche pasada me sobresalté por un abejorro, y estuve temblando durante media hora después. ¿No has aprendido nada de las mujeres, a pesar de tu experiencia, que aún te sigues tomando demasiado en serio esas debilidades? Bueno, eso nos gusta, amigo mío...

Así conseguimos nuestro poder y logramos nuestros objetivos. Los árboles siguen firmes y erguidos cuando empiezan las heladas. Si el viento no los arranca. Pero luego llega el verano, cuando los árboles están contentos, y un suspiro sirve para hacerlos temblar con su millón de hojas, en suntuosa emoción. Solo un poco menos basta para conmover a una mujer: se estremecen y tiemblan cuando les apetece, y no pienses por ello que el invierno está siendo duro, sino que el verano es fabuloso.»

Él contestó: «¡Que el verano, siempre verde, esté siempre contigo, Aurora! Aunque tratas a tu sexo con unas ráfagas de viento un poco más duras, tal vez porque vives por encima de ellas, desde tus alturas y lanzas huracanes y derribas los frutos, con todo tu desdén hacia las llanuras yermas donde los dispersas. Tan soberbia, tan fría con otros y contigo misma, serlo un poco menos con Romney fuera injusto, y así, no lo celebrarías. Pero dejémoslo: me basta así. Dices que puedes soportar que haya aparecido repentinamente aquí: pero a mí me entristecería escuchar tu delicada voz, la voz de Aurora, si fuera una delicadeza sincera, lamentando lo que ahora soy».

Ay, amigo, pensé,

¡como marido de lady Waldemar

te has garantizado ser profundamente digno de lástima!
Pero Aurora Leigh debe callarse por ahora
y guardarse muy bien las delicadezas de la lástima en tu caso,
tanto como de la mentira o la excesiva libertad. Desde luego,
lamentaría todo el fango y el lodo del mundo
con voz lastimosa, antes de lamentarme *contigo*.

Interrumpí entonces mis propios pensamientos
y hablé con calma: «Pensemos, amigo,
que cualquiera que sea nuestro estado, es el que elegimos;
y aunque ahora nos disguste -ay, tal vez
nos disgusta merecidamente-, no podemos pensar
que otras situaciones, aunque posibles antaño, y entonces
rechazadas instintivamente por seguir nuestras vidas y caminos,
si las hubiéramos adoptado, nos habrían disgustado aún más
que esta, en la que nuestra decisión, nuestra voluntad y el amor
han sellado el honor de nuestros actos
para siempre. Lo que elegimos puede que no sea bueno,
pero eso fue lo que elegimos, y será bueno para los dos,
al menos teóricamente, o en nuestra imaginación, ahora
o en el futuro, más que si hubiéramos elegido algo que intuimos
pero no vimos la necesidad de elegir. Las polillas se quemarán
las alas, y eso demuestra que la luz es buena para las polillas:
de lo contrario no volarían al lugar donde van a agonizar y morir».

«Sí. La luz es buena -repitió, y luego se quedó callado.
Y entonces, de repente-: ¿Y Marian? ¿Marian está bien?»
Asentí pero no encontré la palabra justa. Era duro
hablar de ella al nuevo marido
de lady Waldemar. Pero, de todos modos, ¿cómo sabía él que...?
¿Cuánto sabía? ¿Mucho o poco? No hizo caso de mi gesto,
sino que directamente repitió: «Marian... ¿está bien?».

«Sí. Está bien», contesté.

Andaba por allí

solo una hora antes, pero la noche la había metido en casa;
donde aún la podía escuchar en las estancias del piso superior,
cantando en voz bajita al niño que ya estaba en la cama,
al cual, inquieto con el calor estival y tanto juego
y la siesta del mediodía, le costaba a veces

caer dormido, y se precisaba una buena serie de canciones y carantoñas maternas antes de que se tranquilizara.

«Está bien», contesté.

«¿Está aquí?», preguntó.

«Sí, está aquí.»

Se quedó callado y suspiró. «Eso bastará por ahora, y por ahora bastará. Tengo algo que decirte, y quiero decírtelo a solas, solos tú y yo, sin que nadie nos moleste.»

«Habla entonces -contesté-.

Ella no te molestará.»

Y entonces, de repente, volvió su rostro hacia mí con su sonrisa, como si quisiera doblégame. «He leído tu libro, Aurora.»

«Tú lo has leído -contesté-,

y yo lo he escrito. Ya no nos sirve de nada. ¿Eso es todo?»

«Ese todo es como lo primero

-contestó-, porque el libro está en mi corazón, vive en mí, despierta en mí y sueña en mí: mi pan diario sabe a ese libro, y a mi vino, que no tiene su sabor, yo se lo añado, y parece una bebida sobrenatural.»

Con amargura,

le cogí la palabra. «No malgastes tu vino. El libro vivía en mí antes de que viviera en ti; lo conozco mejor que nadie, y todo eso es un estúpido, débil y, me temo, completamente indigno halago. Te lo suplico: quédate con tu vino, y cuando lo bebas, brinda y deséale una fortuna más feliz a tu amiga que la de haber escrito un libro bastante bueno.»

Él contestó amablemente: «Es coherente. El poeta mira más allá del libro que ha escrito, o de lo contrario no lo haría. Si un hombre

podiera hacer a un hombre, sería como un dios
que sintiera que el hombre es bien poca cosa:
pero ese no es el caso. Este libro es muy especial,
y yo no lo he escrito y no puedo explicarlo:
está por encima de mis conocimientos, me excede;
es mucho para mí. No estaba halagándote:
no diré que no hay, jóvenes o viejos,
escritores, sí, o escritoras, dejemos pasar eso,
que escriban libros más ricos y completos.
Un hombre puede amar a una mujer perfectamente,
y sin embargo de ningún modo podrá mantener
que no haya mil mujeres que no tengan los ojos más grandes:
basta con que solo ella lo haya mirado
con ojos que, grandes o pequeños, se hayan ganado su corazón.
Y eso ocurre con tu libro, Aurora... sí, tu libro».

«Vaya -contesté-, ¿así que ocurre eso?»
Y entonces permaneció callado.

«Sí, efectivamente

-y luego insistió-: ¿Y “vaya” es todo lo que tienes que decir?»
Repliqué: «Estaba pensando en un mes de junio muy lejano,
cuando tú y yo, el día de mi cumpleaños,
discutimos del arte y la vida sin saber nada ni de lo uno ni de lo otro.
Estaba pensando, Romney, en cómo era aquella mañana
y cómo es esta noche».

«Ahora -dijo-, esta noche...»

«Estaba pensando -proseguí- que es un poco triste
admitir que si yo hubiera sabido, aquella mañana, en el rocío,
que mi primo Romney habría acabado diciendo esas palabras
una noche como esta, al cabo de tantísimos años,
hablando de un futuro libro mío,
me habría complacido mucho más aquella esperanza
que la cortesía de hoy, absolutamente.
Y eso es triste, en eso estaba pensando.»

«Sí -dijo-, esta noche...»

«Y ahí -añadí alegremente-, ¡ahí están las estrellas!
y aquí estamos nosotros: hablemos de estrellas, y no de libros».

«Tú tienes las estrellas -murmuró-, y eso está bien:
¡sé como ellas! Brilla, Aurora, en mi oscuridad,
aunque sea un brillo lejano y frío como el de una sola estrella,
aunque solo sea por esta breve noche: tú, que sigues siendo
la misma Aurora de aquel brillante día de junio,
que marchitaste las flores en mi cara
y me apartaste de aquel jardín para siempre
porque era indigno. ¡Ah, bien merecido,
bien merecido! Evidentemente no había aprendido
ni la mitad de las lecciones de Dios, e intenté como un borrico
aniquilar unas palabras sabias con gestos displicentes
y burlándome de las circunstancias: ¡y dejé
de lado, con feroz impertinencia masculina,
el mundo de Aurora, que había escrito su parte
en el envés de la hoja! Así la ignoré:
porque ella era una mujer y una reina,
y no tenía barba que mesarse mientras cantaba...
¡Mi maestra, que me lo ha enseñado todo con un libro,
mi Miriam,[170] de cuyos dulces labios, cuando me estaba ahogando,
aún podía escuchar sus cantos en la orilla! Bien merecido,
porque yo debería estar aquí, mirando al cielo y a las estrellas,
y disfrutando tanto esplendor...»

«Pero ¿qué dices...?»

-le interrumpí-. Estás diciendo tonterías, Romney Leigh,
o las estoy escuchando yo. Aquella mañana,
recuérdalo, las rosas eran demasiado rojas
y los árboles demasiado verdes, y fue muy natural
que uno no pudiera ver lo que veía el otro:
y ahora, es de noche, recuerda: tenemos sombras
en vez de colores; nos hemos vuelto fríos,
y viejos, primo Romney. Perdóname...
me hace muy feliz que te haya gustado mi libro
y lamento mucho haber recordado
el cumpleaños de hace diez años; fue una tontería
que podría haber hecho cualquier mujer, y no me extraña
que te lo tomaras como una venganza rencorosa,
para provocar tales excusas, de las que efectivamente
no puedo decir que hayan sido escasas.»

«Entiéndeme

-dijo tristemente-, al menos en una cosa.

Esta noche es más dulce que aquel día inglés,
y la gente suele venir a estos lugares cuando está enferma,
para poder respirar mejor un aire más puro.
Eso es lo que he hecho yo; he venido a ti... a ti,
mi Italia hecha mujer, solo para que respire
mi alma una vez delante de ti, antes de marchar,
tan humildemente, como Dios ha querido que esté,
y le doy las gracias, apartado del camino de los hombres
y del tuyo, Aurora: vengo como un niño castigado,
con las mejillas arrasadas en lágrimas y culpabilidad,
obligado a estar en silencio en una esquina. He venido
para hablar, amada...»

«Con prudencia, primo Leigh,

y de un modo que sea digno de ambos.

«Sí, digno de ambos;

pues esta vez debo hablar y confesar
que yo, tan recalcitrante que fui una vez,
tan absoluto en mi dogmatismo, orgulloso en la intención,
y férreo en mis perspectivas, yo, que pensé
que el mundo entero me tiraba de la manga pidiendo ayuda,
como si ningún hombre pudiera hacer nada, más que yo,
y ninguna mujer, salvo si yo la llevaba de la mano,
y ninguna ropa abrigar, salvo mi propia capa,
yo, sé lo que soy esta noche por lo que fui
aquel día de junio, Aurora. Querido y brillante día,
que pudo ser lo mejor, una mujer y una rosa,
a la que yo abofeteé la mejilla con palabras,
¡hasta que todo se volvió en mi contra y tuve que pagar! Eras joven
en aquel cumpleaños, poeta, pero hablaste muy bien,
mientras yo... yo construía fantasías como un muro
para impedir el paso del sol y de tu cara.
¡Tu cara! ¡Eso es lo peor...!»
«Habla con prudencia, primo Leigh.»

«Sí, con prudencia, querida Aurora, aunque demasiado tarde:
pero en aquel entonces, hablé imprudentemente. Era tozudo entonces,
y estúpido, y estaba enloquecido con los gritos
de los prisioneros torturados en el metal pulido
de ese toro de Falaris[171] que llaman sociedad
y que parece bramar como diez toros;
pero si escuchas bien, son los lamentos y los llantos

desesperados de las víctimas que son corneadas y pisoteadas
y aplastadas con sus pezuñas. He oído esos llantos
demasiado cerca: no podía escuchar cómo los ángeles levantaban
con su vuelo un susurro de aire, ni lo que me decían
para ayudarme en mi compasión. Yo veía el mundo
como una gran boca carnívora y hambrienta,
un monstruo alado, enorme, abandonado, inocente y negro,
con el angustioso pico abierto que me hacía daño en el corazón,
así que al suelo y al barro me arrojé,
y empecé a arrancar violetas para encontrar gusanos con que alimentarlo.
Gusanos, gusanos, ese era mi lamento: una boca abierta,
una necesidad acuciante, pan para llenar bocas,
¡nada más! Que esas pobres gentes limitaran sus exigencias
a esas demandas era una virtud, supongo,
y admitir que lo vieran así
era razonable. Oh, no llevé el caso más allá
ni más arriba, y puede imaginarse cuál era la respuesta cuando
el rico profería el mismo grito que todos ellos,
y se declaraba un igual: “¡Una boca abierta,
una necesidad acuciante, comida para saciarnos, y nada más!”.
¿Por qué todo esto está tan lejos de la virtud? Solo el vicio
puede contestar. Así nacen los libertinos:
y arrastra a nuestras crueles calles, de extremo a extremo,
a ochenta mil mujeres sonrientes
que solo sonríen por la noche y bajo las farolas:
es la satisfacción del cuerpo y nada más,
utilizada como argumento contra la satisfacción del alma.
¡Aquí también! La necesidad aquí también conlleva un derecho.
Qué ciego estuve aquella mañana soleada,
mi querida Aurora, aunque te tenía delante,
cuando me dijiste... oh, recuerdo bien
aquellas palabras, y cómo levantaste tu blanca mano,
y cómo tu vestido blanco y tus brillantes rizos
iban engrandeciéndote en la inmóvil atmósfera azul,
como si una inspiración desde tu interior
las completara cuando tú ibas pronunciando las palabras,
como aquellas: “No alcanzarás tus pobres objetivos
de dar pienso al mundo y comodidades materiales
sin el individualismo de los poetas
que lo haga universal. Hace falta un alma
para mover un cuerpo: hace falta un hombre con espíritu

para mover a las masas... incluso para limpiar un orzuelo:
se necesita lo ideal para borrar de un plumazo
el polvo de lo real. Ah, tus Fouriers fracasaron
porque no eran lo suficientemente poetas para entender
que la vida se desarrolla desde dentro”. Repito
tus palabras... Podría repetir muchas otras,
porque ninguna de tus palabras se ha perdido más
que la dulce verbena, que, cuando la hemos frotado,
conserva durante tres horas después el olor,
aunque vayas caminando durante mucho tiempo por colinas ventosas.
Pero tus palabras tenían un perfume más penetrante: siempre
se quedaron conmigo, penetrando en mis sueños,
y repitiéndose siempre en mis actos,
como una penosa condena. Que había fracasado,
es cierto. Con comida o sin comida, encontrar
una manera de enviar los cerdos al precipicio
resultó fácil y sencillo.[172] Yo organicé sutilmente,
y ordené, fui levantando el castillo de naipes más y más alto,
hasta que alguien suspiró y todo se vino abajo.
Querer enderezar los múltiples males de la sociedad
con una simple vida es un error fatal. Y por eso fracasé totalmente
una vez, dos, y muchas más..., escuchando en medio de los reveses
de tanta obstinación, siempre aquellas palabras tuyas:
“¡No alcanzarás tus pobres objetivos, tú no!”;
pero en mis oídos eran más duras que cuando las pronunciaste; cada vez
aquellas palabras se alejaban más de tu voz, hasta que llegaron
a acosarme con una burla triunfante
que me humilló hasta obligarme a resistir. Aquello fue
mi condena... Fui culpable,
me mantuve firme en los hechos y luché contra mis dudas,
solo con mi voluntad, porque dudaba, hasta que al final
toda mi obra cedió bajo mis pies repentinamente,
y me dejó como estoy ahora. El telón cayó,
mi papel concluyó, y todas las candilejas se apagaron,
mi alma me pedía que guardara silencio en medio de la oscuridad,
y yo, dispuesto a confesar que estaba equivocado,
que había fracasado amargamente, que había equivocado la

[finalidad de la vida,
reconocí que tú habías vencido.»

«Basta -le contesté-;

yo también tengo algo que decirte. Yo

he fracasado también.»

«¿Tú? -dijo-. Tú eres muy importante;

la tristeza de tu grandeza te sienta muy bien:
como el penacho en el casco de un héroe
que no puede evitar dar sombra a su rostro victorioso.»
Acogí sus palabras con humildad. «Tú has leído
mi libro, pero no mi corazón; recuerda
que está escrito en sánscrito y que tú no sabes nada de esa lengua.[173]
Por supuesto que he fracasado, lo sé; si el fracaso significa
mirar atrás tristemente sobre el trabajo que se hizo alegremente,
vagar en mis montañas Encantadas,
así llamadas (recuerdo las palabras de un amigo,
tan bien como tú, caballero), apesadumbrada y necesitada
incluso de un camino de ovejas, pensando amargamente...
Bueno, vale, no importa. Hablo tanto
para evitar, Romney Leigh, que digas nada más,
y para que entiendas que no estoy tan arriba
como para tolerar tenerte a mis pies,
ni tan segura, que pueda ayudarte. Aquel día de junio
está profundamente hundido en atardeceres volcánicos ya,
demasiado profundos para que podamos sacarlo vivo;
para arrancarlo sangrando con llamas agotadas
en las raíces, delante de esas estrellas moralizadoras
que tenemos ahí arriba... Aquel pobre día perdido dijiste
palabras tan ciertas como esas mías
que tan cuidadosamente has conservado en la memoria, y digo
que si yo, aquel día, y siendo la niña que era,
hubiera demostrado más generosidad y menos arrogancia,
aquello no me habría dolido. Ah, no te equivocaste
mucho en eso. Ahora solo pienso, verás,
más ajustadamente, es decir, más humildemente, de mí misma
que cuando intenté ponerme una corona e imaginé...
bah, puedes reírte... ¡Yo me reiré contigo! Por favor, ríete,
he celebrado tantos cumpleaños desde aquel día
que he aprendido a valorar las ocasiones que tenemos para reír,
que suelen ser bastante escasas. ¿Eras tú el que decías
que no había cambiado? ¿Que soy la misma Aurora? ¡Ah,
con esto también podemos reírnos! Vaya, el perro de Ulises
lo conocía, y meneaba el rabo y luego se murió;[174]
pero si yo hubiera tenido un perro, también, antes de mi Troya,
y lo hubieras traído aquí... te garantizo

que me habría mirado a la cara, habría ladrado bastante
y habría seguido vivo, como las critaturas
cuyos espíritus no se ven perturbados por largos amores.
Un perro jamás me reconocería, tanto he cambiado;
mucho menos un amigo... pero tú te has equivocado
por el color del pelo, por el tono de la voz,
que son como los de Aurora Leigh.»

«¡Ese dulce tono de voz!

Yo sería un perro en este caso, y lo sabría finalmente,
y moriría en tus palabras. ¡Ay, amor,
mi querida Aurora! ¿Tan triste estás
que apenas habrías estado más triste siendo mi esposa?»

«¿Tu esposa? Desde luego, mucho debo de haber cambiado
si yo, Aurora, he podido decir algo
tan frívolo que ha excitado el instinto varonil
de un noble caballero como Romney Leigh
y lo ha apartado de su honorable sentido
de lo que es apropiado.»

«Te equivocas completamente...»,

contestó.

Y yo repliqué: «Me alegro.

Pero procura no equivocarte tú también:
no soy tan humilde ni hasta ese punto,
ni tampoco estoy tan triste. Y si estoy triste,
diez cumpleaños seguidos en la cabeza de una mujer
son suficientes para fosilizar su corona de alegría infantil,
aunque no hubiera otra tan jubilosa. Tal vez sea más sabia,
y eso, en realidad, signifique más triste. Por lo demás,
entiende esto, caballero Leigh: yo estaba en lo cierto, en general,
aquella mañana de cumpleaños. Es imposible
llegar a la gente salvo a través de sus almas,
y poco importa lo abiertas que tengan sus bocas hambrientas:
los poetas van más directamente al alma
que todos tus economistas: y por eso
no debes subestimar el trabajo de los poetas
con la planificación de las necesidades del mundo.
El alma es el camino. Ni siquiera... ni siquiera Jesús
puede salvar a nadie si no es a través de su alma,
y por eso se hizo carne,
igual que un cazador se esconde de rodillas,

con una antorcha, en la oscuridad de una cueva,
para enfrentarse y acabar con la bestia que allí se esconde... toma el alma
y así posee al hombre en su integridad, cuerpo y alma.
En eso, estaba en lo cierto, sí; no en lo demás, sin embargo.
Ambos estuvimos equivocados aquel día de junio: ambos tan equivocados
como un viento del este. Yo hablaba de arte,
y tú te dolías de todos los dolores humanos. ¿Y qué?
Seguramente dejamos un diminuto papel a Dios
en esas cosas. Lo que somos nos importa más
que lo que comemos; y la vida, eso me lo puedes confirmar,
se desarrolla desde el interior. Pero en lo más profundo
de lo más profundo, en lo más interior de lo interior,
Dios se reivindica, la divina humanidad
renueva su naturaleza; de los versos más punzantes,
ofrecidos por el poeta más sutil, aún seguirán
quedando en el exterior de los hombres,
como una palangana en la que solo mojan la barba.
Y luego... todo lo demás. No puedo decir mucho más.
Tal vez dudo más de lo que tú dudabas entonces,
si yo tenía fuerza para llevar en mi frente
la verdadera misión del poeta. Si la tengo,
debería sentir algo parecido a una corona,
aunque fuera aquella tonta corona infantil. Ay, pienso,
y sobre todo cuando brilla el sol, que he fracasado.
Pero ¿y qué, Romney? Aunque efectivamente hayamos fracasado,
tú... y yo... y mil obreros más... Él
nunca fracasa. Si Él no puede trabajar a través de nosotros,
trabjará en nosotros. ¿Crees que necesita a un hombre
o, mucho menos, a una mujer? Cada vez
que una estrella parpadea allí arriba, muchas almas nacen,
y todas trabajarán también. Tengamos tranquilidad:
deberíamos sentirnos avergonzados de estar sentados bajo las estrellas
lloriqueando por no haber llegado a ser nada en la vida».

«Ojalá pudiéramos estar,

simplemente así, para siempre, mi queridísima amiga -dijo-.
Mi fracaso parecería entonces mucho mejor que el éxito.
Y, sin embargo, en realidad, tu libro me ha tratado
con más dulzura, prima, de la que tú jamás emplearás.
Tu libro me devolvió a aquel brillante día de junio
y me permitió pasear por los caminos del jardín,
y me dejó volver a mirar la guirnalda,

y cómo te sonrojaste... bah, perdóname; no te enojés:
solo le estoy agradeciendo al libro lo que me ha enseñado,
y lo que me ha permitido. Poeta: duda si quieres,
pero nunca dudes de que eres una poeta para mí
de aquí en adelante. Has escrito poemas, encantadores,
que me han conmovido en secreto, como la savia se conmueve
en las ramas de marzo, inmóviles como piedras:
pero este tu último libro me empapó como leve lluvia
que cae a medianoche, cuando la endurecida corteza
rompe en audaces brotes
y repentinas exigencias de nueva primavera.
En todos los demás libros no te veía:
era como alguien que ve la luna en un estanque,
y no está cerca de la luna en absoluto,
y la luna no le sirve... sino para ahogarse:
y por eso intentaba apartar la vista de esa contemplación.
¿Qué tenía yo que ver, pensaba, con esa
Aurora? Pero en este último libro
me has mostrado algo distinto de ti misma,
que está más allá de ti misma; y yo me atrevo a cogerlo
y a dejarme llevar. Me has mostrado verdades,
amiga, de aquel día de junio, que me ayudan por la noche,
¡cuando junio ya ha pasado! No son tus verdades, claro está,
pero llegan a mí por ti,
presentadas con tu voz y tu manera de escribir versos
para hacerlas más claras. Verdaderamente estaba equivocado;
y verdaderamente muchos pensadores de nuestro tiempo,
sí, muchos maestros cristianos, la mitad de ellos en el Cielo,
están equivocados igual que yo, que entendí
nuestro mundo natural demasiado aislado, como si
no hubiera una contrapartida espiritual que lo completara
y consumara su significado, enriqueciéndolo
con justicia y perfección, línea a línea,
forma a forma, nada es único, nada está solo:
el inmenso mundo inferior está vinculado íntimamente con el mundo superior,
y las sombras de aquí confirman la verdadera sustancia de allí:
el cuerpo demuestra la existencia del espíritu, como el efecto
demuestra la causa: nosotros, mientras tanto, somos demasiado torpes
y nos aferramos groseramente al mundo natural, como el perro a su hueso
(aunque la razón y la naturaleza nos demuestran lo contrario),
tan obstinadamente que nos mellamos los dientes

antes de soltar el hueso. Pues en todo caso
somos demasiado materialistas, y comemos arcilla
(como los pueblos de occidente)[175] en vez del trigo de Adán
y el vino de Noé; arcilla a puñados, arcilla a bocados,
hasta que nos llenamos hasta la garganta con barro
y crecemos con el mugriento color de la tierra
de la que nos alimentamos. Sí, materialista
es el nombre de la era humana. El mismo Dios, según algunos,
se conoce como el mero resultado
de lo que su mano ha hecho materialmente,
expresado en tal o cual fórmula matemática,
llamada Dios; es decir, por explicarlo de otro modo,
añaden la Naturaleza al cero de Dios
y ponen una equis en el cociente. Hay muchos, incluso,
cuyos nombres están escritos en la Iglesia cristiana
y no para deshonra, que siguen alimentándose con barro
y salpican los altares con él. Se podría pensar
que la arcilla que Cristo puso en sus párpados cuando,
aún ciegos, los llamó para concederles la vista,
sigue ahí, en sus ojos, y retrasan su curación
con incrustaciones y obstrucciones. Cuando tienen cerca el Cielo,
ven -como por un misterio- a través de las puertas abiertas
densas vaharadas de humo que salen de los calderos de barro;
y entrarían felices, cuando su tiempo hubiera llegado,
con un cuerpo completamente distinto al que san Pablo[176]
les prometió: lo quieren todo, el grano y la paja,
o se preguntan: ¿dónde está la resurrección?»
«Así es»,
suspiré. Y él siguió hablando con rostro apesadumbrado:
«Empezando así, y tras llenar de barro
la llave que abre las puertas de este magnífico palacio, el mundo natural,
y de intentar manipular en vano la cerradura
de lo espiritual, nos sentimos atrapados
en medio de un rugir de fieras y de la lucha de la vida real,
los terrores y los arrepentimientos de nuestras almas,
como los mártires entre leones... ¡pero nosotros no somos santos,
y no tenemos en la mirada el poder celestial
para conseguir que se alejen! Sí, así atrapados, nos vemos forzados
a juzgar el mundo demasiado parcialmente... y equivocamos
las conclusiones. ¿Existe alguna frase común
comprensible en la que solo se dé el adverbio,

y el verbo esté ausente, y el pronombre no aparezca?
Nosotros, distraídos con el bullicio de la vida,
solo nos quedamos, insolentes, con un adverbio de Dios,
y clamamos contra Él y decimos que su pensamiento está vacío,
y que no significa nada; lloriqueamos diciendo que en todas partes
el gobierno del mundo se le ha ido de las manos,
a menos que otro Jesucristo... digamos, un Romney Leigh,
venga y ponga orden, y cambie el mundo,
porque el primero claramente ha resultado fallido;
con todo, soltamos improperios contra su creación
pero hablamos piadosamente de su Persona. Blasfemamos,
en fin, para concluir esta doxología,
maldiciendo una tierra por la que Él murió».

«Y ahora, entonces -le pregunté-, ¿tienes más esperanza en el hombre?»

«Tengo esperanza -contestó-. He acabado pensando
que Dios acabará haciendo su trabajo, como tú dijiste,
y que no debemos preocuparnos en exceso
si Romney Leigh u otros han fracasado
con esta o aquella charlatanería particular: recetas
para conseguir cimas eliminando los valles,
para luchar con amplias mangas de vestidos de gala
y un perfecto heroísmo sin un rasguño.
Fracasamos, ¿y ahora qué? Aurora, si sonreí,
en tu encantador orgullo matutino,
al verte probar la corona de poeta a una hora tan temprana
(dulce prima: hasta los muros deben estar más viejos y húmedos
para que la hiedra crezca en ellos), desde luego
yo también fui merecedor de una buena dosis de burla,
adornado como estaba de una calamitosa arrogancia,
tan proclive a crearme salvador de la humanidad
y reparador de sus desigualdades. Un hombre puede desesperar
si se cree imprescindible para lograr la felicidad.
Fracasé: le devolví sus prerrogativas a Dios
y aquí me tienes, sentado a tu lado, esperanzado.»
«Y sin embargo, escúchame -le contesté-. Hay que tener cuidado
de no inclinarse demasiado peligrosamente al otro lado
o fracasaremos dos veces. Ten por seguro que ningún trabajo serio
de una persona honesta, por muy débil que sea,
o imperfecta, o enferma, puede fracasar tanto

que no cuente como un granito de arena
para aumentar la suma de las acciones humanas empleadas
para alcanzar los objetivos de Dios. Ninguna criatura lo hace
tan mal, piénsalo, que deba ser despreciada.
El hombre honesto y formal debe mantenerse firme y trabajar;
y la mujer también; de lo contrario siempre estará
por debajo de la dignidad del hombre,
aceptando su condición de servidumbre. Las personas libres trabajan libremente.
Quien teme a Dios teme holgazanear.»

Romney exclamó: «¡Cierto! Después de Adán, el trabajo fue una maldición;
pero todas las criaturas trabajan, sudan y sufren.
Después de Jesús, el trabajo se convirtió en un privilegio;
y desde entonces, convertido en uno de nosotros
el Obrero de los Seis Días, actuando en nosotros,
nos ha pedido que trabajemos libremente con Él
en sublime colaboración. ¡Eso es lo mejor!
Por eso digo que incluso el mismo cielo es trabajo
constante. Trabajemos, pues...
pero no trabajemos ya nunca más como Adán... ni como Leigh
hace un tiempo, como si fuera el único hombre en la tierra
responsable de todos los cardos que florecen
y de todos los tigres que acechan, luchando en desigual batalla
contra la enfermedad y el invierno, y refunfuñando
siempre que el mundo no es el Paraíso.
Ay, prima: seamos felices, trabajando,
y hagamos lo que podamos, y no digamos
que tenemos que preocuparnos porque hacemos poco. Hacen falta
siete hombres, dicen, para hacer un alfiler perfecto:[177]
uno hace la cabeza, y no se preocupa de la punta,
el que hace la punta, no se ocupa de la unión de cabeza y punta.
Y si un hombre dijera: “Necesito un alfiler,
y debo hacerlo entero, desde la cabeza a la punta”,
todo su saber no valdría ni el alfiler que necesita.
Siete hombres para un alfiler, ¡y un solo hombre es poco!
Siete generaciones, tal vez, para este mundo,
para poder ver una pizca de todo lo que ocurre
y enmendar un poco sus males. Ay, clamar al Cielo
y decir: “Este mundo es insufrible;
no comeré este trigo ni beberé este vino,
no amaré a esta mujer, solo le arrojo mi alma

sin ningún compromiso, como debería hacer un amante,
ni empleo el generoso privilegio de la felicidad
porque no es demasiado bueno para emplearlo generosamente”;
(la virtud se ilumina con la alegría,
igual que la mejilla de un hombre en la mano de una mujer;
y Dios, que lo sabe, ¡busca el rápido y virtuoso beneficio
de la alegría!); presentarse y exigir una vida
más allá de los límites del hombre individual,
y arrasar todos los claustros personales del alma
para construir economatos y tiendas,
como si las criaturas de Dios no pudieran vivir sin ellos:
¡el constructor seguramente se salvará por cualquier medio!
Pensar: “Tengo un plan perfecto
y puedo tallar un mundo nuevo a mi gusto,
y solucionar de este modo las complejas cuestiones sociales...”. No,
las cuestiones sociales son irresolubles, porque sus raíces
se hunden profundamente en la misma existencia del Mal en este mundo,
el cual Dios permite debido a la difícil cuestión
de eliminar el mal sin atentar contra el libre albedrío.
“¡Sí, eso será difícil para Dios, pero no para Romney Leigh!”
Porque Romney Leigh tiene un plan perfecto
(no importa lo que se dijera en el Monte),[178]
y no le dolerán prendas en separar
lo que es esencial de lo que es convencional, y se apresurará
a trazar línea tras línea un mundo perfecto
sin ayuda de nadie, a menos que decidas
ponerte su yugo y aprenderlo todo de él.
¡Tiene tanto que enseñar! ¡Qué mundo tan perfecto!
¡La mismísima Creación, toda, está suplicando que actúes, Romney Leigh!
Ni ricos ni pobres, ni beneficios ni pérdidas ni escasez,
ni un perol de lentejas podrá excluir
el derecho de un hermano ni habrá privilegios por nacimiento;
las lentejas se asegurarán a todos los hombres;
y la virtud perfecta se repartirá como todo lo demás,
gratuitamente, con la sopa, a las seis,
incluso a aquellos que no la quieren...».

«Despacio, caballero...

-interrumpí-. Tuve un primo una vez
al que adoraba. Si sus aspiraciones fueron excesivas,
no fue por divertirse y reír, sino por ayudar;
la intención fue heroica. Si su mano

no consiguió nada (bueno, eso no se ha demostrado),
esa mano que se tendió impotente
será tomada por Dios en el Cielo, mucho antes, creo,
que las muchas manos que siegan la cosecha
y aún conservan el brillo de las hoces en ellas. Así pues, reza
solo y únicamente por mí, y no seas tan duro
al hablar de mi primo.»

«Ah -dijo-,

¡Aurora! Cuando el profeta apalea al burro,
el ángel intercede[179] -dijo negando con la cabeza-.
Y sin embargo, las buenas intenciones y los fracasos horribles
no son propios de ningún animal salvo del hombre;
la antítesis es muy humana. Escúchame, querida;
hay demasiadas voluntades abstractas, demasiados propósitos,
en este pobre mundo. Hablamos con aforismos,
y pensamos con sistemas; y como estamos acostumbrados a encarar
nuestros males con estadísticas, también estamos inclinados
a taparlos con remedios irreales,
esbozándolos apresuradamente en el lado izquierdo de la pizarra.»

«Eso es cierto -contesté, contenta de haber apartado los graves pensamientos
y de haberlos convertido en un juego-. Oh, estamos generalizando
para que estés contenta. Si tenemos que rezar,
no recemos por el pan nuestro de cada día,
sino por cosechas para cien años. Si tenemos que dar,
nuestro vaso ofrecido no valdrá de nada
hasta que tendamos cañerías y fundemos una Empresa
de Aguas con sucursales. Burro o ángel, ¿qué más da?
Una mujer no puede hacer lo que querría,
es decir, cualquier cosa que pudiera hacer
en la vida, en el arte o en la ciencia, pero teme
que su buen trabajo se lleve el elogio
y a ella la olviden: la mujer se ve obligada a demostrar que puede hacer algo
antes de hacerlo: reclama los derechos de la mujer,
de la misión de la mujer, de la función de la mujer, hasta
que el hombre (que está reclamando, también, por su parte) grita:
“La función de las mujeres es sencillamente... hablar”.
¡Pobrecitos, se sienten, razonablemente, muy ofendidos!
Se ve que no se escuchan entre ellos.»

«Y tú,

una artista, ¿lo crees así?»

«Yo, una artista: sí,

por eso, precisamente. Yo soy una artista, caballero,
y mujer. Si hubiera otra mujer por aquí,
le susurraría: “¡Chitón, hermana! ¡De esto, ni una palabra!”
porque al hablar solo demostramos que podemos hablar;
de lo cual, él, este hombre de aquí, nunca dudó.
De lo que duda es de que podamos *hacer* arte
con cierta gracia, porque todavía no lo hemos hecho, en absoluto:
ahora, hazlo; trae tu estatua: ¡aquí tienes sitio!
El caballero podrá verla incluso con esta luz de las estrellas;
y si se parece mínimamente al dios
que mira desde el mármol silencioso
el rastro de su brillante saeta
a través de los siglos polvorientos... no será necesario hablar.
El universo hablará por ti a partir de ahora
y escucharás: “Esta mujer lo hizo, nació
para hacerlo y reclama su derecho a que sea su trabajo”.
Y así con todos los trabajos. A la mujer que cura la peste,
y por muy mujer que sea, el enfermo la llamará “médica”.
Y a la que es capaz de enderezar las cuentas de una tierra se le permitirá
que toque las monedas sucias, por muy blancas que tenga las manos...
Pero en fin: según algunos, ¡solo hablamos!»

«¡Así son estos tiempos...!

-dijo-. Nosotros fanfarroneamos, y no actuamos. Colgamos
carteles hoteleros en cuanto acogemos a alguien un día,
ponemos una vaca roja gigante, con grandes ubres
que ni los dedos de un cíclope podrían intentar ordeñar;
y luego, al final, solo presentamos unos cuenquitos
con cuajada. Necesitamos más silencio en nuestros trabajos,
más conocimiento de los límites de nuestros actos;
más conocimiento de que cada hombre individual
sigue siendo un Adán respecto a la especie,
obligado, como Adán, a mantener
su condición personal honestamente
o a ver desvanecerse todas sus ideas de ayudar al mundo,
que aún debe desarrollarse a partir de *este*,
si es que puede mejorarse en algo. Nosotros, en efecto,
los que pensábamos dejar el mundo tan pulido como un jardín,
asumimos un trabajo que no es el trabajo de un hombre,
porque solo Dios se sienta lo suficientemente alto
para concebir semejantes planes. Ninguno de nosotros

(y menos Romney Leigh) está tan loco como para decir que vamos a tener una arboleda de robles en aquella loma y olvidar que necesitamos bellotas para plantar. Un gobierno, honesto y legal, no se impone por una mano extranjera, ni lo elige entre los modelos de un libro bonito algún ideólogo local, que se sienta a pensar y fríamente elige un imperio donde perfectamente podría haber escogido una república. Los gobiernos auténticos no son sino la expresión de una nación, sea buena o menos buena, incluso de toda la sociedad, aunque sean injustos, monstruosos, enloquecidos y malditos, no son sino la expresión de las vidas particulares de los hombres, la suma visible de unidades invisibles. Y entonces, ¿podríamos cambiar el conjunto y sin embargo conservar cada figura individual? ¿A quién queremos engañar con eso? En estos momentos, ni siquiera a Romney.»

«Primo, estás triste.

¿Toda tu labor social en Leigh Hall y en otros lugares quedó en nada entonces?»

«Todo eso era *nada*

-contestó con serenidad-. Hay mucho sitio, incluso para estatuas, en este gran mundo de Dios, pero no para cosas sin importancia... así que no estoy triste. No más triste que lo justo para lamentar lo que soy. Mi estúpida comunidad se disolvió; mis hombres y mujeres de vidas desordenadas, a los que les ordené las comidas y las horas de dormir, se quitaron aquellas máscaras de cera que yo les obligué a ponerse, con contorsiones ridículas de rostros naturales; y me maldijeron por imponerles obligaciones tiránicas y obligar a criaturas torcidas a vivir rectamente. Y azuzaron a los sabuesos del campo contra mí, para que me mordieran y me destrozaran por la maldad de intentar hacer el bien sin contar con la iglesia, ni siquiera con los patrones, Aurora. ¿Tú te acuerdas de tus antiguos vecinos? La gran biblioteca ambulante anda rondando con “planos”, “sumarios” y los “últimos tratados» salvo doce,^[180] contra los agitadores socialistas que perturban los estrechos lazos entre los ricos, tan generosos, y los pobres, tan agradecidos. El vicario predicaba el Apocalipsis (hasta el médico se despertó) y me colocó al nivel de los sapos^[181]

durante tres domingos consecutivos. Sí, y se detuvo para llorar un poco (ya se está haciendo mayor) porque tal desgracia hubiera recaído sobre un hombre de tantas tierras fabulosas, ¡y en su parroquia, además! Imprimió sus sermones, “a petición popular”; y si tu libro se vende tan bien como sus panfletos, entonces tus versos son menos buenos de lo que imaginaba. Las mujeres del vecindario hicieron una colecta y me enviaron un ejemplar, atado con una cinta de seda escarlata, con estampas propias, blasonado con las armas de la casa de Leigh: incluso yo me sentí conmovido.»

«¡Vaya! ¡Qué encantos!

¡Pobre Romney!»

«De todos modos, el efecto fue pequeño.

Me rompieron las ventanas un par de veces: los campesinos liberales, naturalmente iracundos contra un alborotador de la paz de aquella Arcadia, que no iba a permitir a los hombres que patearan a sus mujeres como en tiempos de los bretones, y que pusiera obstáculos cuando las cosas estaban tan tranquilas como un niño drogado,^[182] para encaminarnos hacia la libertad y el hambre; que les llevara el condenado Londres con sus ladrones tabernarios y sus rameras, para ofender a las rameras y los ladrones de nuestras benditas colinas con una moralidad remendada. Vaya, ¡bonitas nuevas vidas! Mis ventanas lo pagaron. En una ocasión, me disparó un cazador furtivo que había abatido un gamo en otras tierras, cansado ya de haber estado trampeando durante mucho tiempo en las mías, sin que nadie lo molestara, e inquieto por la virtud campestre (aunque no por mí)... y en fin, me acosaron muy a menudo cuando acertaba a pasar por el pueblo. “Ahí va el que pervierte a nuestro pueblo cristiano, para cogernos inermes en la trampa que ceba con queso envenenado, y encerrarnos en esa perniciosa prisión de Leigh Hall, ¡con todos sus asesinos! ¡Ponedle otro nombre y llamadlo Leigh Hell, y que arda con un buen fuego!” Y eso fue lo que hicieron al final, Aurora.»

«¿Sí?»

«¿Nunca oíste nada de aquello, prima? La carta de Vincent

era breve, entonces.»

«Pero ¿lo hicieron? ¿Quemaron Leigh Hall?»

«¿Te entristece, querida Aurora? Sí, pues claro, claro que lo hicieron; un trabajo bien hecho, y en esta ocasión, no fue un fracaso. Admitamos que esto es un poco más fácil, claro: quemar una casa es más fácil que construir un sistema. Sin embargo, eso es fácil también, en sueños. Libros, cuadros... ¡ay, los cuadros! Vaya, ¿crees que tus queridos Van Dyke los detuvieron? Nuestros orgullosos y ancestrales Leigh, con sus barbas puntiagudas, o esos bustos blancos como la espuma que rompe contra las rocas de una antigua ola agotada. ¡Esas miradas tranquilas y desafiantes con las que resplandecían! Ahora ya nunca se burlarán de los huesos en la cripta familiar. Ninguno pudo rescatarse, salvo lady Maud, que te legó, la mañana que naciste, la indiscutible forma de la boca y la barbilla, para que las lucieras para siempre en su honor; y por ese buen acto, la salvé: el resto se perdió todo. Y tú, tú lo lamentas, prima. Bueno, respecto a mí, con todos los miembros de mi comunidad a salvo (pobrecillos, ayudaron a los incendiarios, se dijo, y desde luego hubo quien aplaudió y vitoreó), la ruina no me dolió tanto como podría haberlo hecho, como cuando por ejemplo se me hirió un día en que se destruyó cierta carta. En realidad, ver arder aquella enorme casona, con sus suelos de roble, que nuestros padres hicieron pulir tan hermosos antaño antes que nuestras madres los amueblaran con todo aquello... artesonados, revestimientos, la puerta secreta por donde escapó un mártir (o un canalla), las galerías con eco, largas de un cuarto de milla, y todas aquellas escaleras que te llevaban arriba y te llevaban abajo, y te llevaban al otro lado por pasadizos oscuros y húmedos, recuerda, todo contribuyendo a formar una enorme broma ardiendo. Las llamas atravesaban las paredes, como llameantes demonios rojos enroscados como culebras, y me decían: “Mírate, Romney Leigh, nosotros salvamos a la gente de su salvación, mira,

¡y lo hacemos con fuego! Te dedicamos este pequeño espectáculo además: esto es lo mejor que has hecho en tu vida”.

¡Al ver aquello, casi me dieron ganas de aplaudir!
El *vale et plaude*[183] se confirmó cuando, impresionante, el tejado se hundió, y el fuego, que casi se había detenido, estalló de repente bajo el colapso de los tejados, y las vigas al desmoronarse se elevaban y rugían envolviendo en fuego toda la casa, que desapareció en un huracán violento de llamas gigantescas, ascendiendo, directamente, con su torbellino de ascuas incandescentes hacia el cielo... que retrocedía, y se alejaba aún más.»

«¡Pobre Romney!»

«A veces tengo pesadillas -dijo-,

y escucho el silencio que hubo después, y aquella quietud.
¡Porque todas aquellas bestias salvajes que gritaban y maldecían se habían quedado de repente calladas, mientras yo estaba atónito!
Tal era el silencio, que uno podía oír cómo se caía un pájaro desde su nido en lo alto en la rocalla del jardín, por querer lanzarse demasiado deprisa hacia la luz.
Los viejos cuervos ya habían volado demasiado lejos para oír los graznidos con que huyeron, aunque aún se veían algunos volando en la lejanía, como hojas muertas dispersas en las ventiscas otoñales, que se ven negras recortadas contra el cielo: todo se lo llevó el viento... todo destruido, como la Casa de Leigh.»

«¡Querido Romney!»

«Evidentemente, habría sido

un espectáculo sensacional para que una poeta como tú, querida, hiciera algunos versos deslumbrantes. En cuanto a mí... incluso pude sentir que algo conmovía a aquellos viejos árboles que permanecieron entonces como fantásticos dioses druídicos, asombrados al borde de la ruina, donde, como en un gran cráter, el gran fuego había tenido lugar -aún saltaban chispas aquí y allá- e iluminaba sus troncos grises de siglos colocados allí para ser testigos de tal día en el que la casa desapareció.»

«Oh...»

«Durante un segundo

me sentí un poco como un Leigh...

pero enseguida se me pasó, Aurora. Un niño lloró
y yo tuve suficiente con pensar qué hacer
con todos aquellos desgraciados sin hogar y en la noche,
y calcular dónde bailarían la próxima vez, ellos,
que habían quemado el violín.»

«¿Pensaste en eso?

Los que queman el violín no tienen derecho a bailar.
Que bailen dando palmas, Romney.»
«¡Ay, mi querida y dulce voz!
-exclamó-. ¡Ay, voz que habla y enamora!
El sol es silencioso, pero Aurora habla.»

«Bueno -dije-, hablo de lo que no sé...
Había regresado a mi niñez, pensaba como una niña,
una tonta ensoñación... ¿te hace sonreír?
Ya desde la ventana de mi habitación
no veré aquellas viejas chimeneas nunca más.»

«Nunca más -repitió Romney-. Si un día aciertas a pasar
por las verdes colinas hasta la casa de nuestros padres,
verás un gran círculo abrasado donde
la tierra paciente se quemó en un acre a la redonda;
solo una escalinata de piedra, símbolo de mi vida,
sube y se retuerce, ¡ascendiendo hacia la nada!
Una visión digna de una poeta. ¿Vas a ir?»

No contesté. ¿Acaso tenía yo algún derecho
a llorar con aquel hombre y atreverme a hablar?
Una mujer se había colocado entre su alma y la mía,
y, con aquellas manos limpias y blancas que tenía,
había impedido que nos volviéramos a tocar jamás. Muy bien.
Habíamos quemado nuestros violines y nos tocaba callar.

Así pues,

el silencio se prolongó hasta que se hizo insoportable. Hablé
para respirar: «Creo que después te pusiste enfermo».

«Estar más enfermo -contestó- habría resultado difícil.
Tenía la esperanza de que estos débiles restos de vida
pudieran desaparecer rápidamente, pero también fracasé al morir,
como antes había fracasado al vivir, y en fin,
decidí, después de haber probado todos los métodos,

intentar probar el de Dios. La humildad es muy útil cuando el orgullo es imposible. Recordemos cómo sacamos nuestras virtudes, prima, de nuestros vicios agotados, que siguen apestando después. ¿Es adecuado, por ejemplo, casarse en un lugar cuando amas en otro? Y, sin embargo, una vez que el hombre yerra, el yerro se funde con él y lo obliga a seguir errando. Si no se equivoca para condenarse a sí mismo, se equivoca para condenar a otros con él. Y así, casarse aquí y amar allí se convierte en inevitable. La virtud coloca guirnaldas dudosas en la cabeza de los mortales; tu hiedra es mejor, querida. Sin embargo, esto es cierto, *ella* es mi verdadera esposa. Se consintió que un cordero fuera destrozado por los lobos, y fui yo el responsable de ser un mal pastor: ¿pude hacer otra cosa salvo llevarla a hombros para atravesar esas tierras de bosques agrestes y salvajes...? Pobre cordero, pobre muchacha, pobre muchacha... Aurora, amada mía, no te molestaré más esta noche; pero, habiéndote dicho lo que vine a decirte, el resto te complacerá: lo que pueda ofrecerle yo, protección, cariño, libertad, tranquilidad, lo tendrá sin duda, generosamente, para ella y los suyos, Aurora. Escasos remedios serán para tan odiosos daños (que ella no habría conocido si no fuera por mí) y para esta inminente pérdida, la presencia constante de una amiga fiel, que también debe ser una pérdida para mí, porque... deja que te coja la mano un instante, querida, ¡vamos a despedirnos! ¡Ay, mi mano de nieve, qué dulce, como si el viento la hiciera volar! De mala gana me das la gélida dulzura de tu mano, aunque solo será un momento. Enojada estás, porque no podría tenerte cerca... y hablar, respirar, vivir, codo con codo con alguien a quien una vez llamé mi esposa, y poder vivir. No, no seas cruel: ¡debes entenderme! Tus pies ligeros en el suelo de mi casa la harían temblar, y el quicio de mi puerta estaría prohibido para los ángeles: a partir de ahora la noche estará conmigo, y también, a partir de ahora, cierro las ventanas: no habrá auroras que vengan a turbar mi oscuridad.»

Sonrió muy levemente, con la mano vacía
tendida hacia mí, como si efectivamente no buscara
a nadie salvo a mí para que le prestara auxilio;
y mientras la luna llena de repente apareció,
el diamante de nuestras lunas italianas,
suficiente, sencillamente, para los cielos y la tierra
(las estrellas, deslumbradas y bañadas
de glorias doradas, y las montañas tendidas
en divina languidez), él, Romney, parecía
tan pálido y acabado como un hombre de mármol
en que un escultor hubiera puesto su tristeza personal
unida a la grandeza de su pensamiento ideal:
y yo, como si su maza me golpeará desde la altura
de mi vehemente indignación, yo que había palidecido
me quedé dudando... ¿se habría vuelto loco Romney?
¿Todo aquel dolor de corazón le habría enfermado el cerebro?

Entonces, sosegadamente, con una especie de tembloroso orgullo
le dije con frialdad: «Adelante, primo. Los adioses
entre amigos se decían enseguida
en los viejos tiempos, antes de lo que parece que te cuesta hoy.
Y aunque desde entonces he escrito un par de libros,
aún soy un poco torpe en el varonil arte
de la expresión y su traducción literal. Bueno, cualquier hombre
puede modelar una serie de puros amores en la nieve,
como Buonarroti hizo aquí, en Florencia,
y dejarlos colocados en una fachada y a la sombra,
¡tan seguros, señor, como tu matrimonio! Muy bien.
Pero si una mujer coge una estatua de su hornacina
para ponerla en la mesa junto a sus flores
y para recordar a cierto amigo,
se derretiría de inmediato (mejor así), y no soportaría
ni el roce de sus dedos, aunque ella tocara la estatua de nieve
muy dulcemente; así que mejor, diré:
por lo que a mí respecta, no tocaría ni ligeramente esa figura
ni me arriesgaría a estropearla media hora antes
de que el sol brillara y la derritiera: ahí se quedaría.
Soy clara con las palabras y directa en la intención: cuando
hablo, entiendes lo que quiero decir,
y no permito que se hagan arrugas en la seda
con agujas maliciosas. Soy una mujer, Romney,

y utilizo las imágenes femeninas naturalmente,
como tú las licencias masculinas. Así que te deseo lo mejor.
Lamento las penas y sufrimientos que has tenido,
y no solo por ti, sino por toda la humanidad.
Esto nunca resulta agradable: al principio,
durante la cena uno llena su copa con puro vino
que se convierte horas después, en la cruz, en una esponja
empapada en amargo vinagre».

«Cuanto más agradecido

-murmuró-, ¡menos compadecido!
El mismísimo Dios nunca habría venido al mundo a morir
si el hombre se lo pudiera haber agradecido.»

«Por fortuna

-le dije-, es evidente que, por mucho que sufrieras
el desagradecimiento de la gente
no te hundiste más que la cesta de papiro de Moisés,^[184]
cuando sacaron de allí al niño; porque eres muy ligero,
¡eres muy ligero, primo mío! Y eso está bien en ti,
y es muy varonil. Respecto a mí, entiéndeme bien, Romney,
sí, aquellas gentes quemaron Leigh Hall: pero si, entregados
a los demonios, superando al mismo Lucifer,
hubieran quemado un par de estrellas, de esas
que veíamos en el cielo hace un momento,
antes de que la luna las apagase, destruyéndolas
y convirtiéndolas en cenizas y tamizándolas
sobre la proa de un universo hundido, ¿qué pasaría?
Sí, tras esa catástrofe, tú y yo siguiéramos siendo tú y yo,
nada de eso cambiaría nuestra situación como meros amigos,
ni haría que fuera decente que profirieras una frase
que fuera más allá de nuestros sentimientos actuales. No,
no me interrumpas ahora: como dijiste,
nos estamos despidiendo. Desde luego, no una o dos veces,
esta noche te has burlado de mí un tanto, y de ti también;
y yo, al menos, no lo merezco,
así que no debería sorprenderme. Pero ahora,
ya basta: estamos despidiéndonos, y vamos a despedirnos. Primo Leigh,
te deseo lo mejor a lo largo de toda tu vida
y en las relaciones de la vida, y en tu matrimonio, desde luego;
y “me agrada” -para utilizar tus mismas palabras- saber
que concederás a tu esposa protección, libertad, tranquilidad
y un dulce y tierno amor. ¡Que vivas

muy feliz con ella, Romney, y que tus amigos
la alaben por ello! Mientras tanto, algunos
ignoramos por completo
en qué ha sufrido ella por tu culpa y qué deuda
de dolor y pena tiene que pagar tu glorioso amor:
pero si te agrada, por amor, pagar semejante deuda,
aún será más dulce, por amor, entregarlo como regalo;
y tú, Romney, sé generoso del modo más dulce.
Seguro que puedes. Al menos, por lo que yo sé,
no le debes, primo Romney, ninguna reparación.
Ella no está acostumbrada a llevarle el vestido a nadie,
así que debes convencerla de que lo deje pasar:
la dama nunca fue amiga mía,
ni capaz -creo que tú lo sabes tan bien como yo-
de sacrificar por ti un galardón tan triste
como una amistad que no vale nada. ¡Puedes estar contento,
primo, por tanto, tanto por ella como por ti!
Nunca interrumpiré tu oscuridad, ni oscureceré tu mediodía,
ni te enojaré cuando estés feliz, ni cuando descanses:
no necesitarás cerrar las contraventanas
para mantener lejos a Aurora... ¡Ah, tu polo norte
puede hacer auroras que no molestarán a nadie,
apenas distinguibles de los atardeceres! Además, déjame decirte
que mis alondras vuelan mucho más alto que ciertas ventanas. Bueno,
ya conoces a los Leigh. De hecho, la casa se echaría a temblar
si alguien como yo entrara con la mano tendida,
aún caliente y temblorosa tras habérsela estrechado a alguien...
a alguien que conocemos... que reconocemos
como la señora de la casa... lady Waldemar.»

«Que Dios nos ampare... -con un repentino sofoco
en la voz me interrumpió-. Pero ¿qué nombre has dicho?
Has dicho un nombre, Aurora.»

«Discúlpame,

no sabía, Romney, que decir el nombre de tu esposa
pudiera molestarte, o fuera indigno.»

«¿Estamos locos?

-exclamó-. ¡Mi esposa! ¡Lady Waldemar!
Me pareció que la llamabas *mi esposa*.» Se puso de pie de inmediato,
y levantó su noble mirada hacia la luna
como alguien que estuviera nadando en un mar tempestuoso,

y luego se echó a reír con tal desconsuelo, con tal burla descorazonadora que me levanté temblorosa.

«Que Dios me ampare...

-dijo al final-. Vine aquí como convicto,
y dolorosamente humillado si no era suficiente. Vine
porque esta mujer, con su alma cristalina,
me había mostrado algo que cualquiera podría llamar luz;
y porque, también, antaño, pequé contra ella
como, entonces y siempre, he pecado contra Dios,
con la arrogancia de mi carácter... aunque la amaba
tanto, no necesito decirlo, porque está escrito
muy claramente en el libro de mis fracasos;
y por eso vine aquí a humillarme,
e imponerle, de rodillas, sobre su regia frente
la guirnalda que de allí aparté un día
de su maravillosa juventud de junio. ¡Y aquí otra vez
de nuevo desconcertado estoy! He fracasado en mi humillación
tanto como en mi presunción: ya no hay sitio para mí,
a los pies de cualquier mujer que confunde
mi carácter, mis ideas, mis actos. ¡Qué!
¿Eres tú la Aurora que engrandeció mi sueños
para enmarcar tu grandeza? ¿Pudiste pensar actos tan mezquinos?
¿Tan poca mujer te haces queriendo ser más,
y pierdes tu juicio natural, como un animal,
por culpa de la cultura intelectual? Desde luego
no creo que ninguna mujer común
se atreviera a dar por buenas tales burdas falsificaciones
teniendo delante una firma legal y legible de alguien
como yo, con todos mis borroneos: ¡con todos mis borroneos!
Al final, pues, inigualable prima, somos iguales,
por fin estamos al mismo nivel. Sí, has abandonado tus alturas,
y aquí, a mi nivel, podemos darnos la mano,
aquí te alcanzo para perdonarte, querida,
y eso también es caer, Aurora. Hace mucho
casi me comprendiste... pero después,
no puedo culparte. Luego, solo pareciste
estar tan arriba que ni siquiera podías ver lo de abajo;
pero ahora puedo respirar, y ahora puedo perdonar. ¡Bah,
despidámonos! Queridísima, han quemado mi casa,
falsearon mis intenciones, pero nadie, lo juro,
ha equivocado mi alma como lo ha hecho Aurora,

que ha llamado a lady Waldemar “mi esposa”.»
«¿No estás casado con ella? Sin embargo, dijiste...»

«¿Insistes?

No: lee esta carta -dijo entregándome un papel-.
Te la envía ella, por mí.»

A la luz de la luna

devoré aquellas líneas con premura apasionada,
más que leerlas. Y decía así...

LIBRO NOVENO

Me detengo aquí para reproducir entera
la carta de lady Waldemar.

«Le he rogado a su primo Leigh que le lleve a usted esta carta,
y ha dicho que lo hará. Tras años de amor,
o de lo que se denomina así, cuando una mujer incomoda
y persigue el nombre de un hombre,
y pulsa la cuerda hasta que se rompe,
él tal vez pueda hacer por ella alguna cosa,
y ella, aceptarla sin menoscabo,
aunque la mujer no debería amarlo nunca,
y yo, que no lo amo a él ni la aprecio a usted,
¡ni a usted!, Aurora, supongo que se arrepentirá
de su desafortunadísima carta, y confesará,
apremiada por las convicciones de Leigh (él está convencido),
que me ha tratado horrible y vilmente. ¿Es usted tan malvada,
usted, mujer, para imputarme semejantes maldades *a mí*?
Ambas tuvimos madres, y estuvimos en su regazo un día.
En fin, después de todo, le doy las gracias, Aurora Leigh,
por demostrarme que hay cosas
que no debería haber hecho... ni por mi vida... ni por él...
Aunque en alguna cosa he ido demasiado lejos:
por ejemplo, cuando fui a ver a los dioses
una mañana al Olimpo, con un paso
que agitó los truenos de cierta nube,
comprometiéndome vilmente. ¿Podía yo pensar
que la musa a la que le abrí mi corazón y mi pecho,
con tanta delicadeza, iba a tener un corazón como el mío
y amar a *mi* mortal? Él, al menos, sí la amaba;
se lo oí decir; logré mi recompensa
cuando, estando junto a su cama -catorce días-,

estallaba como en llamas de tanto en tanto,
entre los ardores de la fiebre. “¿Eres tú?
¡Respira cerca de mí, dulces labios!”, y cuando al final
desapareció la fiebre, el rostro arrasado y agotado
como si le irritara terriblemente tenerme allí,
me dijo: “Fuiste amable, fuiste buena, fuiste femenina”
y otros cincuenta agradecimientos para evitar una palabra de amor.
Y preguntó si estaba a salvo el cuadro por el que había arriesgado su vida,
y luego, medio delirando, dijo: “Yo la habría amado,
aunque ella no podía amarme”. “Di más bien
-contesté- que ella te ama.” Era mi turno
para delirar: me habría casado con él a pesar de todo,
aunque el mundo se hubiera burlado de mí
por haberme enzarzado con el peor Cupido,
con el carcaj de plata desgastado a la espalda.
“No, no...-murmuró-. Ella no me ama;
Aurora Leigh hace bien. Tráeme su libro
y léemelo bajito, lady Waldemar,
que yo agradeceré tu amistad más por eso
que por otros servicios que me hayas prestado.” Así que leí
su libro, Aurora Leigh, durante una hora, aquel día:
guardé las pausas, incidí en los énfasis;
mi voz, prendida en los encantos dorados de las rimas,
ni una sola vez se quebró, ni tembló ni reaccionó;
seguí leyendo con sosiego y con sosiego cerré el libro,
al tiempo que apuntaba: “Algún mérito tiene el libro.
Y sin embargo el mérito se había desperdiciado,
porque todo está contra las mujeres, escribamos
o no: necesitamos un cordel para atar nuestras flores,
para irlas soltando mientras caminamos, y eso servirá para mostrar
el camino que hemos escogido. Buenos días, señor Leigh:
será mejor que se busque otra lectora.
¿Una mujer que escribe mejor que ama?
Lo detesto; no hará nada muy bien:
los poetas varones son siempre preferibles, cansan menos
y enseñan más”. Así os vencí a los dos,
y lo abandoné.

»Cuando lo vi un tiempo después,

Yo ya había leído bien mi corazón y la vergonzosa carta que usted me envió.
Él vino con la salud recobrada, fuerte aunque pálido,
lord Howe y él, un elegante par de amigos,

para decir lo que los hombres se atreven a decir a las mujeres cuando se sienten en deuda. Pero lo detuve con una palabra y le demostré que nunca había transitado por ese camino para llevar tanto barro en los zapatos. Entonces, añadiendo un tanto de desdén, pedí su perdón (y el mío) por no haber hecho nada más que amar, y locamente, aunque eso había sido hacía mucho tiempo y aunque todo había cambiado completamente desde entonces. Le dije, como le digo a usted ahora, señorita Leigh, y podía demostrarlo, que me había tomado algunas molestias por él (porque yo sabía que no amaba a aquella joven) ensuciándome las manos trabajando en el río de aquella pobre muchacha insustancial... hasta que se fue, confiada a una persona en la que yo confiaba, mi propia criada -había vivido durante cinco meses seguidos en mi casa- (peinaba maravillosamente), con una espléndida cantidad de dinero, para ir a Australia donde mi criada había dejado a su marido, según me dijo. Si la mujer mintió, si el propósito fracasó, bueno: todos fracasamos y mentimos más o menos, y lo siento, que es todo lo que se espera de nosotros cuando fracasamos y vamos a la iglesia a pedir perdón. Lo que yo quería era lo mejor para él, y para mí, y para ella... ¡lo mejor incluso para Marian! Lo siento mucho, y lo siento. Sin embargo, mi criada dijo que la había visto pararse a hablar con alguien en Oxford Street, con un... bueno, ¡no importa! Antes me habría cortado la mano (aunque la hubieran besado una hora antes y un duque se hubiera comprometido con un anillo una hora después) que acusar a esa cabeza loca de semejante error. ¡Pobre muchacha! Con gusto lo habría remediado con oro hasta que brillara como la cúpula de Santa Sofía cuando todos los fieles van a orar por la mañana. Pero él... él cortó el brote de ese pensamiento con esa gélida mirada de los Leigh que tanto admiré antaño, y me espetó que hasta ese momento ella había sido su esposa, y que su esposa no necesitaba ayuda, que iba a ir a Florencia para reanudar los lazos rotos. Y eso era todo. Ambos estaban contentos, él y Howe, de liberarme de todos mis compromisos...

ante lo cual evité mostrarme furiosa
y le dije que si estaría dispuesto a llevar -y lo estaba-
una carta mía a Aurora Leigh,
y ratificar con sus propias palabras
mi repuesta a su acusación. “Sí,
si esa carta está lista a tiempo.”
Es muy justo su primo: sí, espantosamente justo.
Se lavaría las manos en sangre para mantenerlas limpias.
Y así, frío, educado, todo un caballero,
me hizo una reverencia y nos despedimos.

»Nos despedimos. No volvimos a vernos,
no volvimos a hablarnos, ¡no volvimos a amarnos! ¡Todo se borró
como los garabatos de un estudiante memorioso en una pizarra,
ay, que con un escupitajo son borrados totalmente
por otro estudiante vulgar! Yo he sido demasiado vulgar,
demasiado humana. ¿Qué tenemos que hacer las de nuestra clase
con la sangre de nuestras venas? Ya no tendré más en adelante;
ni siquiera para dar color a mis labios.
Una rosa es rosa y hermosa sin sangre;
¿por qué no una mujer? Disfrutamos vanamente
el juego de amar: tenemos recursos aún,
y podemos jugar y disfrutar siendo amadas:
aquí viene Smith ya a postrarse a mis pies y jurando
que soy la mujer perfecta. ¡Al infierno con Smith!
Smith me sabe a Leigh, y, por supuesto, no toleraré
a ningún socialista entre miriñaques,
para vivir y convertirse en alguien. Pero usted,
a pesar de esa carta insolente y absurda,
y a pesar de mi odio sincero, ¡se ha llevado a mi Smith!
Cuando haya visto usted que se formaliza ese famoso matrimonio,
una inmaculada Erle con un noble Leigh
(su amor estragado en quien no debería amar),
aun cuando no repudie usted ese amor, créame,
seguramente necesitará algún consuelo. Le dejo a su Smith.
¡Coja a su Smith! Ahora habla como el viejo Leigh, aunque un poco peor;
asume el pensamiento del viejo Leigh, aunque lo reduce un poco;
adelanta varias leguas, para no quedarse una pulgada atrás;
ese Leigh le recordará a antiguo como el cordón de un zapato
puede recordar a un hombre; las mujeres como usted
sienten cariño por los cordones de los zapatos, incluso por las huellas,
adoran los hombros reflejados en un espejo

y los recuerdos de lo que, antaño, se detestaba.
Y sin embargo, usted no detesta a Romney, aunque ha jugado
al ratón y el gato con él:
ignore al ratón o acaricie al ratón -desdeñe
un sentimiento o lo erradique-, el acto es
idéntico.

»Le deseo felicidad, señorita Leigh;

ha conseguido usted un bonito matrimonio para su amigo;
¡y todo ese amor tan digno y conveniente
se lo deberá a usted, que lo ama, y a quien él ama!
No tiene que desearme felicidad por pensar así,
ya tengo mucha. Recuerde, Aurora Leigh,
que su mirada es como la de Romney,
y que si no hubiera sido por usted, yo habría logrado su amor
y que a usted yo le abrí mi corazón.
Por todo ello, la odio, la odio, la odio a usted. Bah,
¡imagine un cuarto odio! No puedo sino pensar
que, con él, yo habría sido más virtuosa que usted
sin él: por eso ¡la odio a usted desde este abismo
profundo de mi alma, que se abrió
a lo que, salvo por su intervención, habría sido mi paraíso
y que, en cambio, es solo un lugar al que maldecir! Con afecto...»

Una enérgica maldición. Allí me quedé, maldita,
perpleja. Había captado y comprendido el sentido
de la carta, con sus veinte serpientes venenosas,
casi de un vistazo, y me había
dejado perpleja. «¡Ah... no te casaste!»

«Te equivocas -dijo-;

estoy casado. ¿No es Marian Erle mi esposa?
Dios lo ve todo: yo tengo una esposa y un hijo;
y yo, como hombre que honra a Dios,
estoy aquí para reclamarlos como hijo mío y esposa mía.»

Sentí que apenas podía respirar, y mucho menos hablar.
Ni una palabra mía era ya necesaria. Alguien más
había llegado para hacer preguntas. «Romney -dijo-,
¿eres Romney, mi ángel bueno?»

Entonces, por vez primera,

vi lo hermosa que era Marian Erle.
Allí estaba, callada y pálida como una santa,

transfigurada como una santa en éxtasis,
como si la dudosa luz de la luna se deslizara
entre sus pies y el suelo, y la elevara
hasta hacerla levitar. «He dejado solo a mi niño,
está durmiendo -dijo-, y al pasar por aquí
te he oído hablar... ¡amigo mío! ¿Repetirás lo que has dicho?
¿Vas a tomar a esta Marian, sabiendo en lo que hombres perversos
la han convertido, y la vas a hacer tu esposa?»
Su voz, emocionada, solemne, orgullosa y patética.
Él tendió las manos hacia aquella voz emocionada,
como si quisiera atraerla a su abrazo.
«¡La tomaré como Dios la hizo y como los hombres
quisieron en vano deshacerla, y la convertiré en mi esposa!»

Ella no levantó la mirada, ni dio un paso,
sino que se quedó en su sitio, y habló de nuevo.
«¿Y tomarás también al hijo de Marian, que es su vergüenza,
y lo tendrás por hijo tuyo ante los ojos de todo el mundo,
ante los que jamás te has sentido avergonzado?»

La voz, emocionada, solemne, orgullosa y patética.
Romney dio un paso hacia ella, aún con los brazos abiertos,
como si quisiera calmar su pecho con aquella voz.
«Que Dios sea mi padre como yo lo seré para tu hijo,
y que me abandone si permito que se sienta
un huérfano alguna vez. Aquí yo tomo a ese niño
para compartir mi copa, para dormirlo en mis rodillas,
para compartir sus alborozados juegos a mis pies,
para levantar el dedo en todos los lugares públicos
hasta que nadie tenga que preguntar “¿De quién es este niño?”,
porque el gesto dirá tiernamente: “Es mío”.»

Marian permaneció callada durante unos instantes;
luego, volviéndose hacia mí muy lentamente, dijo con voz gélida:
«¿Y usted? ¿Qué dice usted? ¿Me culpará
si, preocupada únicamente por mi hijo proscrito,
tomo esa mano que se tiende hacia mí,
para no dejarlo sin amigos en un mundo
donde los hombres me han lapidado? ¿No tengo derecho
a coger esta compensación de la vida,
porque, de lo contrario, acabaría en la indigencia? ¿O acaso es

malo dejar que Romney Leigh, por un generoso impulso,
ponga sus manos desnudas entre los brezos
para colocar un poco derecho un nido que se ha caído?
¿No le dirá usted que, aunque seamos inocentes,
no somos inofensivos y que nuestros males
se aferrarán a su cómoda y noble vida como abrojos
que no se caen aunque uno sacuda la capa?
Aurora: ha sido usted mi amiga: ¿no lo será suya ahora?
Lo conoce, y sabe que es un amigo que vale la pena,
y es usted su prima, una dama, después de todo,
y por tanto más que libre para ponerse de su parte,
explicando que el nido está destrozado,
y lo que sabe usted de Marian: que aunque fuera su esposa,
el mundo difícilmente entendería su caso,
al ser a un tiempo perjudicada y honrada. Y respecto a él,
se murmuraría siempre sobre su hijo bastardo
y su esposa ramera. Hable usted, mientras tengamos tiempo:
no se quedaría parada y dejaría que el perro de un buen hombre
se revolviere y lo mordiera, porque es suyo, y pertenece
a una buena camada... ¿y lo dejaría actuar
solo porque es de buena camada? Hable. Dependo de usted.
Y dependeré únicamente de usted, Aurora, en este asunto».

Aquella voz emocionante y solemne, tan desapasionada,
se mantuvo firme, aunque grave, sin elevarla ni humillarla,
como quien tiene autoridad para hablar,
y no como Marian.

Miré al cielo para sentir

que Dios estaba a mi lado, y contemplé su cielo
tan violeta como la túnica sacerdotal de Aarón
le pareció a Aarón cuando se la quitó para morir.[185]
Y entonces hablé yo: «Acepta este ofrecimiento,
mi querida hermana Marian, y hazlo segura.
La mano que se te ofrece tiene un alma detrás
que no se dejará acobardar por haberse entregado,
aunque las bobas chácharas y cotilleos hablen de lo que no saben
o no sepan de lo que hablan. Romney es suficientemente fuerte
para hacerlo: sé fuerte para saber que él también lo es:
él está del lado Justo de la vida; nunca dudes de él,
como si estuviera en el otro. ¿De verdad crees que dependes
de mí? Soy una mujer de cierta reputación

y ninguna murmuración tóxica ha influido jamás en mi vida;
mi nombre está limpio y abierto como esta mano,
de cuyo guante nadie se atreverá a chismorrear nada,
como si pudiera tocarlo cualquiera. ¡Aquí está mi mano,
para estrechar la tuya, mi Marian, igual de digna!
Tan honesta -como que soy una mujer y una Leigh-
y como lo soy yo misma, seré testigo ante el mundo
de que Romney Leigh es digno en esta elección
al tomar a Marian como su digna esposa.»
Su generosa e indómita mirada resplandeció de luz;
su sonrisa brillaba en maravilloso éxtasis. «Gracias,
mi queridísima Aurora.» Corrió entonces hacia nosotros
y dejando caer su apasionada y dócil cabeza,
con todo aquel abandono de rizos castaños
a los pies de Romney, escuchamos los besos
entre sollozos, allí en el suelo.
«¡Oh, Romney! ¡Mi ángel! ¡Noble Romney!,
¡desde que nos separamos he pasado por la tumba!
¡Aunque ni la muerte misma podría mejorarte
ni cambiarte! No te lo agradezco a ti,
se lo agradezco a Dios que te hizo como eres,
tan completamente maravilloso.»

Cuando Romney intentó en vano

levantarla para abrazarla, ella escapó entonces,
como un cervatillo, de las garras de un cazador,
y huyó con ligereza más allá de su alcance,
delante de él, con una majestad cerval
de elegante y sereno desafío, porque ella *sabía*
que él no podía tocarla, así que aceptó
que quisiera intentarlo. Marian se quedó allí, con sus grandes
ojos y sus mejillas llenos de lágrimas, y aquella extraña y dulce sonrisa
que lo traspasaba todo, como si alguien estuviera sujetando una luz
al otro lado de una laguna. Se revolvió el pelo,
para quitarse algunos pensamientos oscuros de su alma,
y luego, blanquísima y quieta como una nube de verano
que, habiéndose llovido con sosegada lentitud,
se queda inmóvil en el cielo como si rigiera el día,
habló de nuevo: «Ay, mi generoso amigo,
desde la última vez que nos vimos y nos separamos, no has cambiado,
y, habiéndole prometido fidelidad a Marian Erle,
la mantuviste, como si ella no hubiera cambiado en absoluto;

y aunque eso es muy digno, aunque es todo un consuelo
para el espíritu consciente de la muchacha
que una vez te amó y tú amaste una vez,
no resultará de mucha utilidad... si ella está muerta
y se encuentra donde nadie puede ni tomarla ni entregarla
en matrimonio, incapaz de revivir, de regresar
y casarse contigo, ¿lo entiendes, Romney? Esa es la cuestión.
Ay, amigo, mirémoslo del modo más sencillo: tú y yo
no podremos unir nuestras manos jamás, jamás, jamás.
No, déjame decirlo, porque ya se lo he dicho antes
a Dios, y lo he colocado, como un juramento,
lejos, mucho más lejos que la luna, a sus pies,
tan seguro como he llorado a tus pies:
nosotros nunca, nunca, nunca podremos unir nuestras manos.
Y ahora, ten paciencia conmigo; no pienses
que estoy actuando con falsa humildad.
La verdad es que el dolor me ha hecho orgullosa,
y Él me ha dicho durante muchas noches
y muchos días: “Llora en silencio,
tú, insensata Marian, porque las mujeres pueden llorar,
pero no deben ruborizarse más que por el pecado”.
Y yo, que me creí antaño indigna
del virtuoso Romney y de su clase de alta cuna
he aprendido que... una mujer, pobre o rica,
despreciada o respetable, es también un alma humana;
y lo que su alma es, eso es lo que ella misma es,
aunque haya habido hombres que le hayan escupido
como ocurre en el piso de las iglesias aquí en Italia:
escupidos, aún son lugares dignos para rezar. Y, siendo casta
y honesta, e inclinada a hacer el bien,
y a amar la verdad, y vivir mi nueva vida
acomodándome a sus pasos, no hubiera temido
proporcionarle, así, una vida menos infeliz
que la mujer más feliz. Muy orgullosa,
ved si lo soy. Perdóname que te haya tendido una trampa
para escuchar la confirmación de tu amor en tus propios labios...
Os pido perdón a ambos. Es fabuloso saber
lo que en realidad Dios ya me había dicho antes:
así ocurre en el Cielo, que Dios habla primero
y luego los ángeles. ¡Oh, me hace mucho bien,
me limpia y me perfuma, apartándome de la suciedad diabólica,

que Romney pudiera pensar que aún era digna
de ser su verdadera y honorable esposa!
Por tanto, no necesito decir que cuando abandoné este mundo
no fue nada glorioso. Y además,
la razón es sencilla (maestro, ángel, amigo,
ten paciencia conmigo) por la que tú y yo
nunca, nunca, nunca podremos unir nuestras manos.
Sé que no te enfadarás como un hombre cualquiera
(porque tú no lo eres) cuando te diga la verdad,
que es... que no te amo, Romney Leigh,
no te amo. Ah, claro... coja mis manos,
señorita Leigh, y grabe a fuego en su mirada la mía:
juro que no lo amo. ¿Acaso lo hice alguna vez?
Se dice que algunas mujeres fueron martirizadas hasta la muerte
y, sin embargo, si habían amado alguna vez, su amor
nunca pudo sofocarse ni con toda la sangre del mundo:
he oído esas cosas, y las he meditado. Yo creo que de verdad
amé una vez; ¿o solamente fue adoración? Sí,
tal vez, oh, amigo, te coloqué demasiado alto,
por encima del bien real y el bien ideal,
por encima del temor del mal, por encima de todas mis esperanzas,
quizá por encima del mismísimo amor,
y fuera del alcance de los brazos de esas pobres mujeres,
angelical Romney. ¿Qué tenía en la cabeza?
¿Ser tu esclava, tu apoyo, tu muñeca, tu herramienta?
¿Ser tu amor? Nunca pensé en eso.
Darte amor... aún menos. ¿Te di amor?
No creo que nunca te diera nada.
Simplemente era tuya, de rodillas,
toda tuya, en cuerpo y alma, en razón y corazón,
una criatura a la que habías sacado del barro,
desmenuzada con tus dedos a tus pies
para unirla al polvo del que nació. ¿Te amaba
o te adoraba? ¡Juzgue usted, Aurora Leigh!
Pero si de verdad te amé, fue hace mucho tiempo...
¡mucho tiempo! Antes de que se hicieran el sol y la luna,
antes de que se abrieran los infiernos... y, ah, antes
de que escuchara a mi niño llorar en la noche vacía
y supiera que no tenía padre. Puede ser
que no sea tan fuerte como otras mujeres,
que, destrozadas y aplastadas, no renuncian al amor.

Puede ser que sea más fría que un muerto,
que, estando muerto, sigue amando para siempre. Pero respecto a mí,
una vez asesinada... el fantasma de Marian ya no amará más,
nunca más... ¡excepto a su hijo!, y a nadie más.
Se lo dije a tu prima, Romney, que estaba muerta;
y ahora, ella cree que puedo salir de la tumba
y ponerme un vestido de seda y un velo de boda,
y lucirlos por el cementerio como una novia,
mientras todos los muertos murmuran en los osarios:
“Estarías mucho mejor en tu sitio, con nosotros,
con tu lastimosa corrupción”. Cuando lo pienso,
un escalofrío me recorre como la lepra,
aunque esté limpia. Ay, limpia como Marian Erle.
Como Marian Leigh, lo sé, no estoy limpia:
no tengo mucho en la vida que pueda amar,
salvo a mi niño. ¡Ah, Dios! No podría soportar
ver a mi pequeño en las rodillas de un buen hombre,
y saber por una mirada o por un suspiro,
o por un silencio que está pensando en ocasiones:
“Este niño fue engendrado por algún maldito desgraciado”.
Porque, Romney, los ángeles no son tan cariñosos
como Dios y las madres: incluso *tú* pensarías
lo que *nosotras* jamás pensaríamos. Es mío, el niño.
Y antes enojaría a un alma en el Cielo
uniéndolo con el pensamiento de un cuerpo muerto
que ha quedado atrás en la tumba,
que, en mi niño, ver a otro que no fuera mi niño.
Solo yo nunca diré que no tiene padre,
porque tiene a Dios y tiene a su madre. Ay, mi pequeño,
mi precioso, precioso capullito, ¡un mal viento
una vez sopló sobre mi pecho! ¿Puede alguien pensar
que yo tendría otro, uno tal vez más feliz,
un niño con padre, con el amor del padre y con familia,
que investido de audacia y con una abierta sonrisa,
para humillar a mi pequeño cuando le preguntara su apellido
y no tuviera respuesta? ¡Qué! ¿Un niño más feliz
que el mío, lo mejor del mundo, que se riera a carcajadas
y no pudiera dormir de la risa? No, lo juro,
por mi vida y por mi amor, que si viví como una mujer,
y amé como una mujer, y, ay, te quise, Romney Leigh,
como algunas mujeres aman (los ojos que han llorado mucho ven con más claridad),

no tendré a más niños en mis brazos;
mis besos todos se derriten en unos labios;
y no pondré a mi niño en un estrado
para que otros se diviertan. Aquí está mi mano, se mantendrá
limpia siempre y sin un anillo de boda,
solo para mi niño, hasta que deje de necesitar
un dedo en el sujetarse, y prescindirá
(pero no abandone) del regazo de su madre, para salir al mundo.
Y cuando lo eche de menos (no él a mí), saldré
y diré: “Ahora dadme un poco del trabajo de Romney,
para ayudar a los huérfanos desheredados del mundo,
y consolar su dolor con mi dolor”. Respecto a ti, mientras,
nobilísimo Romney, cástate con una mujer honrada
y derrama en otra persona tus nobles sentimientos,
no puedo ofrecerte una bendición mejor. Si me atreviera
a estirarme y a tocarla en su esfera superior,
y decirle: “Ve con Romney... y paga mi deuda!”.
Me haría muy feliz la ola de felicidad
que mis labios proporcionarían. Pero la luna me da en la cara...
y no me atrevo, aunque creo saber el nombre de quien amas.
Aprendí de mis estudios en los viejos tiempos,
y recuerdo cómo se mordía el labio
cuando alguien venía a casa o no venía.
Aurora, creo que podría tocarla con mi mano
y huir, porque no me atrevo.»
Y se fue.

Romney sonrió de un modo tan severo que me apresuré a hablar.
«Perdónala... Ve con claridad en lo que le atañe,
y su intención es buena.»

«¿Perdonarla, yo? -dijo-;

sencillamente me maravilla cómo ve con tanta seguridad,
mientras que otros... -entonces se detuvo, y luego, bruscamente-:
Aurora: ¿nos perdonas, a ella y a mí?
Porque lo que dice, pobre muchacha leal,
si supiera lo que yo sé,
no lo habría dicho; porque ella te quiere bien,
ha querido amarte; mientras que para mí, bueno,
si he abierto mi corazón un par de veces
esta noche... recuerda, cuando los corazones resbalan y caen,
también se rompen: estamos despidiéndonos, despidiéndonos... Ah,

tú no amas, porque seguramente ni sabes
lo que significa esa palabra. ¿Perdonar, ser comprensivo?
Todo esto no habría ocurrido si no me hubiera sentido
tan seguro en mi debilidad y mi desesperación
que no podría haberte conmovido ni aunque te suplicara
y exhalara mi alma. El desgraciado más absoluto
elige su actitud cuando va a morir,
aunque esté en presencia de una reina,
y tú me perdonarás algunos de estos gestos,
porque solo significan que voy a morir. ¿Tú piensas
que jamás habría venido aquí, en mi sano juicio,
a menos que hubiera venido aquí, en mi sano juicio,
por Marian, obligado por lazos antiguos, y para dar
mi nombre, mi casa, mi mano y todo lo que tengo
a Marian? Yo puedo ofrecer todo eso;
y me dispuse a afrontar sus exigencias
suponiendo que querría todo eso.
Podría actuar como el marido espantapájaros
que cruje con el viento y espanta a los cuervos
para que no picoteen el jardín. La paja puede llenar
un agujero para evitar a los gusanos. Ahora, por fin,
admito que los ángeles del Cielo protegen su vida
para luchar contra las ratas de nuestra sociedad,
y que no necesita a Romney: puedo verlo por fin;
y aquí finaliza mi pretensión,
que era toda mi intención. Demasiado orgulloso, desde luego,
pero no tan estúpido... *ni tan ciego*... para que a mí,
a quien el gran Omnipotente del mundo
ha obligado a meditar su obra fallida,
con el rostro lúgubre contra una pared turbia y negra
a lo largo de la vida natural de un hombre, se me ocurriera pretender
o desear... Ay, amor, ¡cuánto te he amado! ¡Ay, mi alma,
yo te perdí! Pero juro por todo lo que eres,
y todo lo que podrías haber sido para mí estos años,
si aquella mañana de junio no hubieran fracasado mis esperanzas,
que no soy tan bruto para no lamentar aquel día,
esta noche... sí, esta noche, que aún es hermosa para ti...
No, no estoy... *tan ciego*, Aurora. Lo juro
por esas estrellas del cielo... que no puedo ver...»
«¿No puedes...?»

«...que si el mismísimo cielo se derrumbara,

y todo se hiciera de nuevo, y me diera otra oportunidad,
yo diría: “No la quiero”. Me quedo con mi vacío.
Aurora nunca será mi esposa.»

«¿No ves las estrellas?»

«Es peor aún. No veo

dónde está tu mano para poder despedirme de ti, querida.
Un momento déjame la coger, y luego nos separaremos;
¡y escucha mis últimas palabras, estas, para terminar!
No querría que pensaras, cuando me fuera,
que Romney se había atrevido a anhelar tu amor
ni en pensamientos ni viendo, si fuera posible
(ciertamente para mí nunca lo fue),
y deseara utilizar ese amor como un perro lazarillo hoy,
para ayudar al ciego a no tropezar. ¡Dios lo impida!
Y ahora sé que Dios te tiene en sus manos.
Y mantienes tu feroz mirada sobre todos mis errores,
para salvarte al final de este lúgubre final.
Créeme, querida, que si hubiera sabido, como Él,
la pérdida que se cernía sobre mí, yo habría hecho
igual, lo mismo que Él. Adiós, Aurora,
que sigues siendo mi luz, ¡adiós! Es muy tarde;
ya lo sé; has sido muy paciente conmigo, cariño.
Silbaré hacia el camino
y alguien vendrá a buscarme... el mismo que me trajo.
Entra en casa. Buenas noches.»

«Un momento, ¡santo Dios!

Un momento. Dime una cosa, Romney. Esto no es cierto...
Yo cojo tus manos, miro tu cara...
¿no me ves?»

«No más que a esas benditas estrellas.

Bendita seas tú también, Aurora. Ah, querida mía,
estás temblando. ¡Sensible corazón! ¿Te acuerdas,
querida, de cuando solías tomarle el pelo al viejo John,
y dejabas escapar a los ratones de sus ratoneras,
y él se maravillaba del espíritu sagaz de los ratones,
que eran capaces de coger el queso y no caer en la trampa? ¡Tienes
el mismo corazón sensible de siempre! Por esto lamenté
que la carta de Howe nunca te llegara. Ah, supiste algo
de una enfermedad, pero no cuál era el problema y cuál el resultado:
mi vida ha sido una larga enfermedad, con zarandeos arriba y abajo,

una repentina revolución en una casa ardiendo,
el esfuerzo y la lucha de mi cuerpo y mi alma,
y el fuego que siguió ardiendo en mis venas, en vez de sangre:
no pude evitar aquel estallido de la viga derrumbándose,
que me golpeó en la frente cuando pasaba
por la galería cargado. Diré que fue un rayo del cielo,
y no de William Erle, no del padre de Marian: vagabundo
y furtivo, a quien recogí de la calle por ser quien era,
y, deseoso de rescatarlo solo por amor a Marian,
arrancado de los desolados caminos del mundo
polvoriento, hasta que, como un jabalí salvaje,
naturalmente reacio a ser domesticado,
me hincó el colmillo. ¡Pero no le digas ni una palabra
a Marian! Yo no creo, además,
que girara el tornillo que sujetaba la viga hacia mí,
y si se echó a reír, entre juramentos, pobre desgraciado,
fue porque no creyó que me había herido tan gravemente.
Confiemos en que su próxima risa sea más gozosa,
y por mejores razones.»

«¿Estás ciego, Romney?»[186]

«Ah, amiga mía,

aprenderás a decirlo con voz más cariñosa.
Yo también, al principio, me sentí abatido. ¡Ser ciego,
estar de espaldas a la naturaleza, incapacitado,
desahuciado para disfrutar la diaria generosidad del sol
hasta con las criaturas más humildes! Cuando la fiebre
cesó y cuando cesó también el fuego de mi casa
y me dejó arruinado, así, despojado de todos
los colores y los matices de la maravillosa vida,
siendo una mera piedra desnuda y ciega en lo más deslumbrante del día,
un hombre, en los márgenes del mundo,
tan sombríos como si estuviera a diez pies bajo tierra, en la tumba...
En fin, parecía bastante duro...»

«¿No hay esperanza?»

«¡Una lágrima!

¿Estás llorando, divina Aurora? ¡Hay una lágrima en mi mano!
Te he visto llorar por un ratón, por un pájaro,
¿pero llorar por mí, Aurora? Sí, hay esperanza.
No de que pueda ver. Podría aprender, querida,
y decirte en griego y en latín el nombre
del nervio óptico que ha quedado destruido hasta la raíz,

aunque el aspecto exterior de los ojos parezca normal,
sin mácula en sus pupilas. Pero hay esperanza.
El espíritu que se esconde tras el sentido destronado
sigue viendo, espera paciente que los muros se quiebren
donde desaparecieron los bajorrelieves y los frescos:
hay esperanza. Aquel hombre, antaño tan arrogante
e incansable, tan ambicioso, y decidido
a enfrentarse con unas estadísticas repletas
de males (a partir de ideas particulares)
y conformar el mundo de un modo totalmente distinto,
está hoy resignado. De su fracaso personal
ha aprendido a tener fe en los demás cuando fracasan,
y a apreciar más los éxitos cuando triunfamos...
De amargas experiencias, dulces compensaciones,
como esa lágrima, queridísima mía. Ahora estoy tranquilo,
desde luego compasivo ante el sufrimiento del mundo,
pero tranquilo: sentado junto al muro para aprender,
resignado, pues, a hacer lo que puedo:
porque, aunque no sea mucho -casi soy una piedra-,
una piedra todavía puede dar refugio a un gusano,
y vale la pena ser una piedra si uno sirve para eso:
hay esperanza, Aurora.»

«¿Y hay esperanza para mí?

¿Para mí? ¿Hay sitio bajo esa piedra
para un gusano como yo? Y si yo me atreviera a decir...
lo que este llanto apenas me deja decir,
y sin embargo lo que las mujeres no pueden decir jamás
sino llorar amargamente (el orgullo nos calla
hasta que el corazón se rompe dentro...) Te amo,
te amo, Romney.»

«¡Calla! -exclamó-.

La compasión femenina a veces equivoca a la mujer.
Los problemas de un hombre nunca deben engañar a su corazón
para aprovecharse de ella. Sí, es duro...
Adiós, Aurora.»

«¡Pero yo te quiero, Romney!

Y cuando una mujer dice que ama a un hombre,
el hombre debe escucharla, aunque él no la ame,
y, calla... y tendrá que contestar al fin.
Ella no lo culpará. Respecto a mí,

puedes llamarlo compasión. ¿Tan generosa crees que soy?
Sería bastante fácil, para una mujer orgullosa
como yo, y soy miserablemente orgullosa,
dejarlo pasar por tal, y convencerte
de un amor nacido de la compasión... viendo que hay amores excelentes
que han nacido así, a menudo, y no son los más breves,
y eso me haría levantar más aún el mentón
del orgullo, más que ahora incluso. No importa: que sea la verdad
la que se imponga; Aurora debe ser humilde: no,
mi amor no es mera compasión. Obviamente,
no soy una mujer generosa, nunca lo fui,
o de lo contrario, antaño, no habría mirado tan de cerca
los pesos y las medidas, escatimando tu capacidad
de entrega, como al principio me burlé de tu capacidad
para juzgarme a mí. No tenía más dones,
desde luego, que los que Dios me dio, y los utilicé, también,
conforme a mi placer y mi gusto,
como si Él y yo fuéramos iguales... Tú, muy por debajo,
excluido de ese nivel de conversación,
solo como receptor de la beneficencia. ¿Te equivocaste
tanto? Dices que sí. Pero yo me equivoqué mucho más.
¡Ay, mucho más! Tú solo pensabas en rescatar hombres,
con escasos medios y como podías,
y sin pensar nunca en tu beneficio personal.
Pero yo, que veía la naturaleza humana más ampliamente,
por ambas caras, comprendiendo también la parte del alma,
y todas las elevadas necesidades del arte,
traicioné aquello que sabía, y equivoqué toda mi vida
por dedicarme solo a lo que me complacía. Decidida a exaltar
el instinto artístico que había en mí a costa
de dejar de lado el instinto de la mujer, olvidé
que ningún artista perfecto se puede desarrollar
a partir de una mujer imperfecta. La flor sale de la raíz,
y lo espiritual de lo natural, paulatinamente,
en toda nuestra vida. ¡De un puñado de tierra
se hizo la imagen de Dios! La despreciable y pobre tierra,
la benéfica y perfumada tierra... Lo olvidé, y con ello,
olvidé también el aliento divino que comunicaba
la inspiración inefable: ay, el aliento divino
es el amor. El arte es mucho, pero el amor es más.
¡Oh, Arte, mi Arte, tú eres mucho, pero el Amor es más!

El arte simboliza el cielo, pero el amor es Dios,
y Dios hizo el Cielo. Yo, Aurora, caí de mi cielo:
no fui una mujer como el resto,
una sencilla mujer que cree en el amor,
y que conoce los derechos del amor porque ama,
y, sabiéndose amada, se contenta
con lo que contenta a Dios: esto debo pensar,
estudiar y cuestionar... es como si una mosca
se negara a calentarse al sol
hasta que el sol estuviera en la constelación de Leo:
y yo me molesté, claro, porque solo estábamos en mayo,
y no confié en la clase de amor que se me entregaba,
y, melindrosa, dije que salvaguardaba mi dignidad,
y, despreciativa, le dije a mi amante que se buscara una esposa
para usarla... ¡para usarla! Oh, Romney, oh, mi amor,
he cambiado mucho desde entonces, he cambiado totalmente, pues en efecto
si ahora quisieras inclinarte y rebajarte para recibir mi amor,
y usarlo como quisieras, sin reservas ni restricciones,
como la gente usa las cosas vulgares de las que tiene muchas
(y, en este caso, siempre tendrías muchísimo)
para cualquier fin mezquino y ordinario,
la alegría me convertiría en una estrella, en el cielo,
tan alta que brillaría más por la altura
que por la virtud. Sin embargo, en un aspecto,
solo en uno, amor mío, no he cambiado en absoluto:
te amo, te amaba... te amé antes y ahora,
y te amaré siempre. Ahora sé
que te amé siempre, Romney. Nuestra tía, que murió,
lo sabía, y lo dijo; lady Waldemar
lo sabía; y Marian; yo lo he sabido siempre,
pero era más orgullosa de lo que creía,
y no tan honesta. Sí, y, como vivo,
habría muerto, aplastando en mi mano
esta rosa de amor, con la avispa en su cáliz,
ignorando mi verdadera alma y a ti,
tanto la rosa como el dolor... si no hubiera sido por esta gran desgracia,
esta gran desesperación, y estar delante de ti
y saber que no puedo conseguir que me veas.
Tal vez pienses que sigo siendo una mujer orgullosa,
y que sencillamente me limito a decir estas palabras
porque no puedes avergonzarme con tu mirada.

Ay, grandes ojos sosegados, apagados en una tormenta,
apagados como luces en océanos melancólicos,
a pesar de los gritos de los náufragos... Ay, mi Oscuridad,
mi Sombra, ve delante de mí siempre
mientras yo camino hacia los desiertos;
¡querría que pudieras ver hasta lo más profundo de mi alma!
¡Si esto es compasión, lo es solo por mí,
y no por Romney! ¡Él puede vivir solo!
Un hombre como él nunca será vencido:
ninguna mujer como yo puede considerarlo con compasión
cuando los santos lo veneran. Él se equivocó con el mundo,
y yo me equivoqué con mi propio corazón, y ese error
fue fatal. Romney, ¿me vas a dejar aquí?
¡Tan equivocada, tan orgullosa, tan débil, tan inconsolable,
tan simplemente mujer! ¡Y yo te quiero tanto!
¡Te amo, Romney!»

¿Podía ver su rostro

mientras lloraba? ¿Caí sobre su pecho
o sus brazos me acogieron? ¿Y mis mejillas
ardían con lágrimas o eran las suyas?
¿Y cuál de los dos palpitantes corazones
me hacía temblar? Eso no lo sé. Hubo palabras
que se quebraron al pronunciarlas, se fundieron en fuego;
y aquel abrazo, que era conmoción... y luego un beso,
tan largo y callado como la noche en éxtasis,
y profundo, profundo, con aliento tembloroso, que era más
de lo que se pueda decir con una palabra y un beso.

Pero lo que dijo... He ido escribiendo día tras día
con palabras seguras. ¿Pensé
que semejante lluvia torrencial surgiría
y bañaría esta última página? Lo que dijo, en efecto,
de buena gana lo escribiría aquí como el resto,
para conservarlo en la mirada, y en mis oídos,
como una dulce escritura del corazón, para leerlo por las noches
cuando estemos cansados, o por la mañana, cuando estemos temerosos,
y para confirmar mi firme juramento, cuando aseguré
que, cuando todo esté acabado, todo probado, todo contado,
todas las grandes artes y todas las grandes filosofías consumidas,
este amor levantará la mano en un sueño
y prevalecerá sobre todas las cosas.

Lo que dijo,

de buena gana lo escribiría. Pero si un ángel habla
en el trueno, ¿íbamos nosotros tal vez a saber algo más
sino que se había oído un trueno? ¿Si una nube bajara
y nos envolviera totalmente, podríamos adivinar nosotros su forma,
como si estuviéramos fuera y no abrumados por ella?

Así habló él. Su aliento en mi rostro
confundía sus palabras, y sin embargo las hacía más intensas,
como cuando el viento repentino
barre una fila de farolas en la calle,
y las convierte en una blanca línea de llama, más luminosa,
por el temblor; y más intensa.

El contacto íntimo conlleva en sí mismo
una comunicación absoluta, como ocurre con las almas
que, habiéndose desprendido del cuerpo, se perciben
a través simplemente del ser. Así me fue dado
saber que me amaba hasta alturas y profundidades
de tal naturaleza que podían competir
con los vastos horizontes de la tierra y el mar
cuando acogen un fabuloso amanecer. Los astros lejanos tienen fuegos breves:
pero él amaba generosamente, como un hombre puede amar,
como quien, abrumado en su amor, se atreve a vivir una vida,
acepta los fines que Dios propone, por sí mismo,
y mantiene su mirada erguida.

Desde el día

en que me llevaron a Inglaterra, mi pobre carita curiosa
(huérfana incluso de la tumba de mi padre),
él me había amado, mirado, contemplado su alma en la mía,
y eso crecía en mí y se elevaba hasta convertirse en amor.
Pero él era un niño, y le habían contado el cuento
de cómo una novia mágica de Italia,
cuyos cabellos olían a lavanda,
iba a llegar y a aparecer entre las flores para cogerlo de la mano;
ante aquello, la sangre adolescente en su mano
levantaba sudores. Y cuando al final llegué
y viví a su lado, viví, y rara vez sonreí,
él sonreía y me amaba por lo que era,
como todos los muchachos aman la primera flor del año
(que desde luego no es la más bonita del año,
pero es en la que el año entero parece florecer:
la pobre y triste campanilla invernal, creciendo entre montones de nieve,

misterioso milagro a medias entre una planta y un pedacito de hielo,
tan débil con el invierno y tan brillante con la primavera,
y tentada a derretirse
con la nieve que la rodea). No es que Romney Leigh
me amara fríamente. Si pensé eso alguna vez,
fue como si hubiera metido la mano en el fuego
y la agitara para enfriarla. Pero ahora entendía,
y para siempre, que aquel mismo fuego y calor
de perturbadora pasión lo arrasaba,
había conformado sus dudosas ideas, sus palabras y sus actos.
Y, porque me amaba sobre todas las cosas,
toda la riqueza, las tierras, los privilegios sociales
de los cuales la fortuna lo había hecho inesperado heredero,
y precisamente porque por encima de esos dones menores,
obligado por la conciencia y el sentido de la justicia,
él había estampado con mano firme el sello de Dios
de dedicarse a las necesidades humanas,
pensaba que así debía ser también con su amor.
Amaba apasionadamente, y pensó en bajar
a su amor, su vida, todo lo mejor (porque así era mejor)
la novia de sus sueños, que caminaba erguida y tan elevada
entre poemas floridos como en los valles herbosos,
con el polvo de los lirios dorados en sus pies,
y que ella debía caminar a su lado por las piedras,
por todo aquel ruido de mazas y hierros del mundo,
y ayudarlo en el trabajo de ayudar, que era su vida,
y demostrar que ni él ni su espíritu daban nunca un paso atrás.
Y cuando yo le fallé -porque le fallé yo-,
y cuando parecía que ya había perdido mi amor, pensó:
«Aurora me deja más tiempo para trabajar».
Y así, envuelto con harapos de esperanza,
se enfrentó a la vida como si se enfrentara a la muerte
(apenas capaz de semejante objetivo heroico)
y se arrojó en lo más cruel de la batalla del mundo.
La gente se rió de él como si se estuviera ahogando un perro:
no es de extrañar, ¡si hasta Aurora le había fallado!
La mañana y la noche completaron su día.[187]

Pero ¡oh, la noche! ¡Ay, tan amarga y dulce! ¡Ay, amor!
¡Oh, tinieblas, luna y estrellas, éxtasis
de oscuridad! ¡Ay, gran misterio del amor,

donde se diluyen las derrotas, las angustias, las traiciones,
y aumentan la pasión, igual que una piedra cuando cae
en una copa llena de vino, ¡y se derrama el vino!
Mientras estábamos allí juntos, aquella noche
abrazados, hasta mi ropa se movía y se emocionaba
con una extraña vida eléctrica; y mis mejillas
se sonrojaban, o palidecían, y mi pelo las rozaba
cuando su respiración lo agitaba; mientras la luna dorada
colgaba frente a nuestros rostros como el emblema
de una sublime desesperación heredada,
porque solo uno podía verla.
Y en su voz, grave e inquieta como un suspiro,
y sin embargo rota, lo supe, por una sonrisa:
«¡Gracias a Dios, que me dejó ciego, para permitirme ver!
¡Brilla, brilla, Aurora, mi queridísima luz de los espíritus,
que iluminarás para siempre mis días y mis noches!
¡Soy feliz!».

Me estreché contra su pecho,
como una espada que, después de la batalla, se refugia en su vaina;
y en esa conjunción de almas unidas,
los movimientos místicos que en circunstancias normales
están vedados a nuestros sentidos, rompieron en nosotros,
y, mientras estábamos allí, sentimos cómo la vieja Tierra giraba,
y cómo toda la turbulencia estelar de los mundos
giraba y giraba en sus esferas sonoras,[188]
hasta que no pudimos distinguir si la misma luna dorada
seguía en el cielo o estaba bajo nuestros pies.

Y luego, sosegada, serena y dulce, con la emoción de la alegría,
escuché su voz, como alguna canción de un experto músico
en medio del templo judío cuando hace la *selah*,[189]
y me recordó cómo los dos nos habíamos encontrado al fin
bajo aquella colina bañada por la luz de la luna,
para renunciar cada uno a algo y así tenerlo todo.
«Amada mía -cantó-, estamos aquí para trabajar,
y las personas que trabajan solo pueden trabajar para los demás,
y para no trabajar en vano, debe trabajarse
para toda la Humanidad, y así, trabajar humanamente,
y elevar los cuerpos de los hombres elevando también los espíritus,
como hizo Dios antes que nosotros.»

«Pero mantenerlos en la tierra

-dije-, y así salvarlos... eso es muy humano también;
no hay nada elevado que no haya estado humillado antes;
mi humildad, dijo alguien, me hizo grande.[190]
Y así lo hizo Dios finalmente.»

«Y trabajar calladamente,

y sencillamente -contestó él-, como hace Dios todo;
sin torcer jamás nuestra naturaleza por nuestro trabajo,
ni decir que nuestras manos derechas son más fuertes por ser garras.
El hombre más hombre, con las manos más cariñosas y humanas,
trabaja mejor para los hombres, como Dios en Nazaret.»

Se detuvo entonces, y luego continuó:

«Menos programas, porque no lo sabemos todo.
Menos sistemas, que estamos para ser sostenidos, no para sostener.
Menos estadísticas de masas, para ser salvados
por naciones o por sexo. Fourier está vacío,
y Comte es ridículo... y Cabet, pueril.[191]
No hay ninguna ley de vida fuera de la vida;
no hay métodos perfectos sin espíritus cristianos:
hasta el mismo Cristo no podría haber sido legislador
si no se le hubiera dado la vida, también, con la ley».

Yo repetí pensativamente: «El hombre es más hombre
cuanto mejor trabaja para el hombre, y, si es más hombre,
tomará su humanidad más humilde de su alma;
y siempre, obviamente, nuestro enérgico espíritu
apela a nuestras viejas leyes de la evolución;
el espíritu siempre está vigilante en nosotros,
y el amor, el alma del alma, en el alma,
crece así de modo sublime. Lo primero, el amor de Dios».

«Y luego -sonrió Romney-, el amor de los espíritus desposados,
que sigue presentando una nueva faceta del misterio.
La encantadora rosa oscura, sobre el agua de la vida,
de tal mística sustancia, ¡Sarón[192] le dio
por nombre! ¡Humana, vital, fructífera rosa,
en cuyo cáliz albergas multitud de pétalos,
pétalos de amor filial, fraternal, social
y cívico... todos preciosos pétalos, de dulces esencias,
todos enojecidos, endulzados desde tu único Corazón!»

«Vaya -exclamé-, ¡no fue hace mucho
me aseguraste que esta rosa tan social olía mal!»

«Bueno... -contestó-, ¿acaso es una rosa en realidad?
El hijo desagradecido, el enfrentamiento fraternal,
y todo lo demás. Lo único que mantengo y pienso
es que por encima de las turbulentas aguas de la vida oscura
flota en vano la Flor del Cielo:
qué perfecto sería el mundo por el contrario
si los estanques fueran más claros. Limpiemos los canales,
y esperemos nuevas lluvias. Ay, mi poeta; ay, mi amor:
fui demasiado ambicioso en mis actos,
y pensé que a todos sobrepasaría con mis éxitos,
hasta que Dios se presentó, señaló el lugar, y dijo:
“Necio: quédate a partir de ahora tras esa línea,
y no quieras ser más que otros”. Y allí me he quedado,
trabajando con los más desvalidos de Cristo, satisfecho...
¡Ven conmigo, mi bien, mi querida luz,
mi estrella de la mañana, mi mañana! ¡Amanece y brilla,
y toca mis colinas con la luz que ellas no poseen!
¡Brilla tú por los dos, Aurora, y repara
todos mis fracasos! ¡Trabaja por los dos
como yo, aunque así menguado, amaré por los dos!
Contempla, con la visión interior hacia el sol,
y, desde su fulgor profundo, arranca las raíces
de la luz que allí se oculta. El arte es un servicio, recuerda:
una llave de plata se te ha puesto en la mano,
y tú permanecerás incansable, día y noche,
y la colocarás en las duras y apretadas cerraduras
para abrir, así, las puertas intermedias
entre los diferentes planos, sensible
e insensible, para que los hombres de abajo
aprendan a sentir a través de lo primero, lo segundo,
y bendecir tu ministerio. El mundo espera
tu ayuda. Amada, amémonos bien,
que nuestro trabajo sea aún mejor por nuestro amor,
y que nuestro amor sea aún más dulce por nuestro trabajo,
y ambos, el uno junto al otro, puedan ser ensalzados
por los obreros honrados y los verdaderos amantes.
Y ahora, coloca tus labios de mujer en el clarín
(consagrados por un santo beso de amor)

y deja que tu aliento apasionado haga vibrar el metal
y derrumbe todos los muros que separan las clases sociales, como en Jericó
junto al Jordán.[193] ¡Llama así desde las alturas de las almas
a las almas, para que se reúnan en las llanuras de la tierra,
para llevarlos a alguna colina de aire puro
más allá de donde puedan alcanzar las nubes!
No sabemos cuánta altura será, pero el camino lo conocemos,
y con nuestro esfuerzo alcanzaremos el objetivo
y seguiremos escalando. Es la hora de los espíritus;
es la hora de que los cuerpos inspirados por la voluntad y el amor
sean iluminados hacia la redención. El mundo es viejo;
pero este viejo mundo espera el momento de su renovación:
y en esa renovación nuevos corazones deben crecer
y deben empezar a latir, y aumentar en multitudes,
en nuevas dinastías de la especie humana,
donde crecerán espontáneamente
nuevas iglesias, nuevas economías, nuevas leyes,
que respetarán la libertad, nuevas sociedades
que excluirán la falsedad. Él lo hará todo nuevo.»

¡Mi Romney! Levantando mi mano con la suya,
como si los fantasmas invisibles las giraran hacia Oriente,
él se volvió instintivamente hacia donde, débil y maravillosamente,
en las vibrantes soledades del firmamento,
más allá del círculo de las colinas despiertas,
se extendían con jaspes tan límpidos como el cristal
los primeros cimientos de ese nuevo día inminente
que debería construirse fuera del cielo, para Dios.

Romney permaneció un instante, con frente erguida,
en silencio, como estaría cualquier criatura que pudiera ver:
tranquilo, y alimentó sus ojos ciegos y majestuosos
con el pensamiento de un perfecto amanecer. Y cuando
vi que su alma veía, «Jaspe primero -dije-,
y después zafiro; tercero, calcedonia;
las demás, por su orden. Y la última, amatista».[194]

NOTAS

[1] En el Eclesiastés, 12, 12: «Ten presente que el componer libros es tarea sin fin y el mucho estudiar cansa el cuerpo». [*Esta nota, como las siguientes a menos que se indique otra procedencia, es del traductor.*]

[2] Es la primera de las numerosas ocasiones en las que se hará referencia a la zarza ardiente de la que se habla en Éxodo, 3.

[3] Pelago es una pequeña población de la Toscana, enclavada en los Apeninos.

[4] La figura mitológica denominada Lamia es el prototipo de la seductora fatal. En la *Vida de Apolonio de Tiana*, de Filóstrato (160-249), se cuenta la historia de un joven aprendiz de filósofo, Menipo, que se dejó seducir por una mujer misteriosa en Corinto. La mujer quiso casarse y, en la boda, un filósofo descubrió su verdadera naturaleza. La novia acabó confesando que había seducido a Menipo para devorarlo y beber su sangre, pues la sangre de los jóvenes es pura y proporciona vigor a estas lamias.

[5] La *Extortación al amor* o *Stimulus Amoris* se atribuyó en su momento al místico franciscano san Buenaventura (h.1220-1274), igual que otra docena de obras devocionales de autores desconocidos que hoy se agrupan bajo la designación de textos «pseudo-buenaventurianos». Se citan también en estos versos el credo de Atanasio de Alejandría (siglo iv) y el credo elaborado y promulgado en el Concilio de Nicea (325-381), así como el centenar de tratados (*Tracts*) teológicos anglicanos.

[6] Pelagius o Pelayo de Oviedo (†1153) es autor de una serie de textos incluidos en el llamado *Corpus Pelagiarum*, donde se incluyen las genealogías reales de las que habla la protagonista.

[7] Himmeleh es la forma antigua de denominar la cordillera del Himalaya. El volcán ecuatoriano Chimborazo tiene una altura de 6.263 metros; en el Himalaya hay más de cincuenta picos que superan esa altura. Sin embargo, las exploraciones del Himalaya no comenzaron hasta principios del siglo xx y a mediados del siglo xix esos datos se desconocían.

[8] Ciudad austríaca, famosa por su origen legendario.

[9] Tofet o Tophet es un lugar cercano a Jerusalén, donde los israelitas sacrificaban a niños al dios Moloch, quemándolos vivos.

[10] Una especie de vals, por el maestro de danza Henri Cellarius (*La danse des salons*, 1847).

[11] La tradición dice que Esquilo murió por el golpe del caparazón de una tortuga que un quebrantahuesos soltó en el aire. Para completar la historia, se asegura que el quebrantahuesos confundió la cabeza del dramaturgo con una roca contra la que podría partir el caparazón.

[12] Marie-Madeleine Marguerite d'Aubray (1630-1676), marquesa de Brinvilliers, acusada de tres asesinatos, fue condenada y decapitada, tras confesar bajo tortura.

[13] Teofrasto (371-287 a. C.), filósofo y botánico griego. Claudio Eliano (h.175-235) es autor de varios libros de curiosidades y paradoxografías. La reacción sentimental de Aurora no remite a los textos -ligeros e incluso humorísticos, en el caso de Eliano, y precientíficos en el caso de Teofrasto-, sino al recuerdo de su padre.

[14] Remite a la juventud de Aquiles, que se educó en la corte de Licomedes junto a las siete hijas del rey. La leyenda cuenta que Aquiles no tuvo una hija con Deidamia, sino un hijo (Pirro o Neoptolemo). E. B. B. suele cambiar el sexo de los protagonistas mitológicos para adaptarlos a sus intereses.

[15] Se refiere a la leyenda irlandesa según la cual un pájaro avivó el fuego del portal de Belén con las hojas de su nido y se quemó el pecho, de donde le viene el color característico al petirrojo.

[16] 1 Samuel, 11 y 1 Samuel, 16. Saúl desobedece a Yahveh, por miedo, y este se arrepiente de haberlo hecho rey. Después, en capítulos posteriores, se narra el advenimiento de David frente a Saúl.

[17] E. B. B. marca la diferencia de estos reyes medievales por su relación con Roma: Alarico la combatió y la saqueó mientras que Carlomagno colaboró con ella.

[18] O Longos. Es el supuesto nombre del autor de la historia de amor de Daphnis y Cloe, que se transmitió en algunos documentos medievales (a veces sobre textos religiosos) hasta su éxito en el Renacimiento.

[19] Eran los símbolos de la divinidad en la primitiva iglesia cristiana y durante el Medievo.

[20] Apocalipsis, 21, 17: «... según la medida humana, que era la del ángel». Se habla del apóstol porque, en general, se cree que fue san Juan el redactor del libro de la Revelación o Apocalipsis.

[21] Algunos relatos mitológicos dicen que Zeus, en forma de águila, raptó al joven y bello Ganimedes y lo llevó al Olimpo. Hera, a quien se cita más adelante, era la esposa de Zeus y copera de los dioses.

[22] Terminus (o Término) es el nombre de un dios menor romano, protector de los límites y las fronteras.

[23] Erato, musa de la poesía lírica, se representaba coronada con rosas.

[24] Mateo, 6, 13.

[25] El laurel era el árbol dedicado a Apolo, y por tanto se coronaba con laurel a los poetas. La joven Aurora no se coronará con laurel, sino con hiedra, símbolo de la inmortalidad.

[26] El tirso era un bastón rodeado de hiedra y coronado con una piña, asociado a Baco y a las fiestas orgiásticas.

[27] Los acentos sirven para distinguir la longitud de las sílabas en griego y solo se exigían a los varones en las pruebas universitarias, aunque, al parecer, E. B. B. también dominaba estos aspectos de la filología clásica.

[28] Una cronología antigua, del siglo xvii, establecida por el arzobispo anglicano James

Ussher y basada en la contabilidad bíblica, cifraba la edad del mundo en unos seis mil años.

[29] Se refiere al pasaje del Éxodo, 15, 20: cuando las aguas se cierran sobre el ejército del faraón, «Miriam, la profetisa», cogió un pandero y cantó alabanzas a Yahveh.

[30] Era una creencia antigua que las abejas acudían al sonido de los címbalos. Resume también esta idea Virgilio en sus *Geórgicas* (IV).

[31] Como es sabido, uno de los graves problemas sociales y éticos del siglo XIX fue el trabajo infantil en la industria: Elizabeth Gaskell, Charles Dickens y la propia Elizabeth Barrett Browning abordaron estos conflictos en sus obras.

[32] Tarso, ciudad de Anatolia, famosa por sus riquezas.

[33] El personaje se considera paradigma de la tragedia en *El rey Lear*, de Shakespeare.

[34] Parábola del rico epulón y el pobre leproso Lázaro, en Lucas, 16, 19. En la parábola, el leproso va al Cielo y el rico al Infierno, como compensación por los sufrimientos en el mundo. En la idea de Leigh, ambos sufren tormento y no existe un Abraham que lo explique o justifique. Véase también nota en la página 384.

[35] Agar (o Hagar) era una esclava egipcia, que fue concubina de Abraham a instancias de Sara, su mujer legítima: Génesis, 16.

[36] La extracción de fibras de estopa (para calafateados y otros trabajos) se confiaba a los convictos y a los mendigos, a medio camino entre la esclavitud y la caridad.

[37] Se refiere a Charles Fourier (1772-1837), uno de los padres del socialismo.

[38] La historia se cuenta en la tragedia de Eurípides *Ifigenia en Áulide*. La leyenda contaba que una extraña calma estaba impidiendo que la flota aquea de Agamenón emprendiera el viaje hacia Troya. Un vidente dijo que esa calma se debía al enfado de Ártemis con Agamenón, que había prometido sacrificar lo más hermoso que le naciera cierto año. Ese año en cuestión nació Ifigenia, pero Agamenón no la sacrificó; en su lugar, ofreció un animal a la diosa. Los reyes presionaron a Agamenón, que finalmente cedió y llamó a Ifigenia -con la excusa de desposarla con Aquiles- para sacrificarla. Finalmente, la propia Ifigenia se somete al sacrificio para propiciar el cambio de los vientos y proteger la vida de Aquiles.

[39] La leyenda de la paciente Griselda es un lugar común del folclore europeo: Boccaccio, Petrarca o Chaucer narraron las desventuras de este personaje, a quien el infame esposo Gualterio somete a todo tipo de pruebas emocionales.

[40] Se refiere, en realidad, al rey Pedro I de Portugal (1320-1367), que coronó a su amante asesinada, la española Inés de Castro, cuando ascendió al trono.

[41] J. R. Glorney Bolton y J. Bolton Holloway advierten que semejante epíteto remite a los conocimientos que, al parecer, E. B. B. tenía de la lengua aramea.

[42] «Detente, viajero», era un modelo de epitafio habitual en las estelas que se colocaban en los caminos. Solía acompañarse con un aviso del tipo: «Como te ves, me vi; como me ves, te verás».

[43] Se trataba de un brutal método de tortura y ejecución llamado «escafismo», originario al parecer del Imperio persa.

[44] El poderoso anillo o sello del rey Salomón es una de las muchas tradiciones esotéricas medievales que tenían como protagonista al monarca judío.

[45] Juan, 21, 18 y ss.

[46] *Stoke*: «avivar», «golpear», «atizar», pero también «atiborrar» y «zampar».

[47] Remite humorísticamente a los siete sellos citados en la Biblia: la apertura de los sellos da lugar al Apocalipsis y a la segunda venida.

[48] Remite al famoso episodio de Dánae, hija del rey de Argos, a quien el oráculo le había advertido que sería asesinado por su nieto: el hijo de Dánae. Para que la joven no tuviera hijos, el rey la encarceló, pero Zeus se unió a ella en forma de lluvia dorada y engendró a Perseo. Tras muchas vicisitudes, finalmente se cumplió la profecía y Perseo mató a su abuelo, aunque no por voluntad propia, al parecer.

[49] Éxodo 15, 21: «Cantad a Yahveh, pues se cubrió de gloria: precipitó en el mar caballos y jinetes». La autora hace referencia al conocido pasaje del paso del mar Rojo (Éxodo, 14, 15).

[50] De las *Odas* de Horacio (1, i, 3), «*Sunt quos currículo pulverem Olympicum colegisse juvat*» (Hay quien disfruta recogiendo el polvo olímpico en las carreras).

[51] Remite a la ciencia del galvanismo, muy en boga durante el siglo xviii y, especialmente, desde el *Frankenstein* de Mary Shelley.

[52] Νεφέλοκοκκυγία, de la obra *Las aves*, de Aristófanes. Remite a un territorio ideal o perfecto, producto de la fantasía, como la medieval Jauja.

[53] La historia de Androcles y el león es un cuento popular que en la Edad Media se adscribió a las fábulas de Esopo. Cuenta la historia de un esclavo que consigue escapar y encuentra a un león con una espina en la pata; Androcles cura a la bestia, con la que vive algún tiempo hasta que ambos son apresados. El esclavo es condenado a morir devorado en el circo, pero da la casualidad de que el león destinado a la matanza es el león de la espina, que lo reconoce y no lo mata. Ambos son perdonados al final.

[54] Blowsalinda o Blouzelind es un personaje del poema *The Shepherd's Week* (1714), de John Gay. Es el paradigma de la campesina bella, ingenua y fantasiosa.

[55] Del *Werther* de Goethe, que encarnó el modelo del amor romántico y desesperado.

[56] Dido es personaje de Virgilio en la *Eneida*, donde se suicida trágicamente al ser abandonada por Eneas.

[57] El pensativo Genio del Vaticano es una escultura llamada también Cupido Vaticano o Eros de Centocelle. Miguel Ángel restauró el Fauno de la Galleria degli Uffizi, embelleciéndolo - a juicio de lady Waldemar- más de lo razonable.

[58] William Lamb, vizconde de Melbourne (1779-1848) fue ministro del Interior y promovió algunas leyes relativas a los asilos para pobres. Anthony Ashley Cooper, conde de Shaftesbury (1801-1885) fue el promotor de las leyes que prohibieron el trabajo infantil en las fábricas.

[59] Famosa maestra retórica y logógrafa de los tiempos de Pericles (siglo v a. C.)

[60] Charles Fourier (1772-1837), Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865), Victor Considerant (1808-1893) y Louis Jean Joseph Charles Blanc (1811-1882) son algunos de los primeros pensadores socialistas y anarquistas.

[61] Se trata de Eugène Sue (1804-1857), uno de los novelistas más populares de su época, autor de *Los misterios de París*, publicado por entregas.

[62] Fue un movimiento obrero muy activo en los años cuarenta del siglo xix. Su objetivo era reducir los horarios de trabajo hasta las diez horas diarias y prohibir el trabajo a los menores de 16 años.

[63] Venus helenística tallada al modo de la Venus de Cnido. Se expone en la Galleria degli Uffizi (Florenca).

[64] Hace referencia al libro bíblico de Ruth, cuya protagonista era espigadora por caridad.

[65] Remite a la famosísima *Elegy Written in a Country Churchyard* (*Elegía escrita en un cementerio campestre*, 1751), de Thomas Gray, y el *Paradise Lost* (*Paraíso perdido*, 1667) de John Milton. Robert Burns (1759-1796), John Bunyan (1628-1688), Alexander Selkirk (1676-1721) y Henry Fielding, (1707-1754) (*Tom Jones*, 1747) son algunos de los poetas y escritores más famosos de la literatura popular inglesa y escocesa.

[66] Juan, 13, 23.

[67] Mateo, 26, 7; Lucas, 7, 37; Juan, 20, 14.

[68] 2 Samuel, 6, 6 y ss. «Tendió Uzzá la mano hacia el arca de Dios para sostenerla». Curiosamente, en uno de los pasajes más extraños de la Biblia, Dios mata al guía del Arca de la Alianza por el simple hecho de tocarla.

[69] Desde muy antiguo, el principal mercado veneciano. En los *Sonetos de la portuguesa* (xix), Barrett Browning también se refiere al alma mercantil de Rialto.

[70] Se refiere a Anton Van Dyke (1599-1641), retratista de la nobleza inglesa y, sobre todo, de Carlos I, su mecenas y protector, que tras su ejecución tuvo consideración de mártir.

[71] Napoleón se casó con María Luisa de Austria (Habsburgo) en 1810, después de divorciarse de Josefina de Beauharnais.

[72] En la obra de las *Euménides*, Esquilo presentaba a las diosas de la venganza o Erinias de un modo terrible y sanguinario, lo cual, al parecer, provocaba ataques de pánico en los teatros.

[73] François Pierre Guizot (1787-1874), político francés. Ostentó puestos de responsabilidad en la primera mitad del siglo xix y fue uno de los principales mandatarios del reinado de Luis Felipe de Orleans.

[74] *Moly* (μῶλυ) es una hierba mágica de la mitología griega, de raíz negra y de flor blanca. Hermes se la entrega a Ulises para que no sucumba al encantamiento de Circe. La autora se refiere a la escasez de la patata comparándola con esta mítica planta.

[75] Putifar era el guardia del faraón que compró a José, hijo de Jacob. El esclavo siempre le fue fiel, pero no así su esposa, que trató de seducir a José y, al verse rechazada, lo acusó de intentar violarla. Aunque en el Génesis (31) no se dice cómo se llamaba, otros textos no canónicos la llaman Zuleica.

[76] Naturalmente, St. Giles y St. James son, respectivamente, los barrios londinenses, pobre y rico, de la novia y el novio.

[77] Robert François Damiens (1715-1757) intentó asesinar al rey Luis XV de Francia y fue condenado a ser torturado, despedazado y quemado públicamente. El ajusticiamiento, dijo Giacomo Casanova, duró cuatro horas.

[78] Hamlet utiliza una representación para demostrar la culpabilidad de su tío y Romney Leigh utiliza la representación de su boda para culpar a las clases altas (J. Billington y P. Davis en la ed. de Oxford Univ. Press, 2014).

[79] Se refiere a la tradición italiana de santificarse tocando la sangre de los santos o besándolos o venerando sus llagas y heridas, etcétera.

[80] En Esquilo (*Agamenón*) y en Sófocles (*Edipo rey*).

[81] No es una de las características más conocidas de Zeus: se refiere al dios «de todos los oráculos». De los seres mitológicos que se citan a continuación, las oréades son las menos conocidas: son las ninfas de las grutas y las montañas.

[82] E. B. B. se burla del escritor y coleccionista Richard Payne Knight (1750-1824), que despreció los mármoles de Elgin y los catalogó como muestras romanas tardías sin valor; Benjamin Haydon, amigo de E. B. B., defendió que efectivamente formaban parte del Partenón de Atenas.

[83] En la *Iliada* VI, 66, se dice que el niño se volvió «en medio de chillidos» al ver «el penacho de crines de caballo» del casco de su padre.

[84] Thomas Carlyle (1795-1881) es autor de *Los héroes* (1841), cuya principal tesis es que las civilizaciones avanzan gracias a las hazañas de hombres excepcionales y no por el impulso social.

[85] Génesis, 30, 37 y ss. Porque eran las varas de Jacob, y no la naturaleza, lo que hacía procrear a las ovejas.

[86] 1 Samuel, 9, 20: «Y en cuanto a los burros que se te extraviaron hace tres días, no te preocupes, ya han aparecido».

[87] La miel de la ciudad de Hibla, en Sicilia, era muy famosa: Virgilio habló también de las abejas y la miel del monte Hibla en sus *Églogas* (1, 54).

[88] Imogena o Imogen es la protagonista del drama *Cimbelino* (*Cymbeline*) de Shakespeare.

[89] Aunque hay versiones contradictorias, tradicionalmente se ha entendido que el hijo de Temis es Prometeo. *Prometeo encadenado*, atribuida a Esquilo.

[90] Se refiere a la novela epistolar *Julia, o la Nueva Eloísa* (*Julie ou la Nouvelle Héloïse*) de Jean-Jacques Rousseau publicada en 1761.

[91] Pigmalión es el mítico rey de Chipre que, no encontrando una mujer lo suficientemente bella para él, decidió esculpirla. Una de sus esculturas, Galatea, era tan hermosa que el rey se enamoró de ella. La historia, también contada en las *Metamorfosis* de Ovidio, se cierra con la intervención de Afrodita, que premia la pasión de Pigmalión otorgándole la vida a Galatea.

[92] Ugolino della Gherardesca (h.1220-1289) fue un poderoso noble pisano cuyas conspiraciones y enfrentamientos políticos lo llevaron a la cárcel junto a otros secuaces y sus hijos, condenado a morir de hambre. La literatura lo presenta comiéndose la cabeza de un obispo y devorando a sus propios hijos; lo cuenta Dante en la *Divina comedia* (Infierno, XXXII y XXXIII): «De la feroz comida alzó la boca / el pecador, limpiándola de los pelos / de la cabeza que detrás roía».

[93] Robert Browning.

[94] Alfred Tennyson.

[95] Tal vez John Ruskin (Glorney / Bolton).

[96] Filósofo neoplatónico y místico (205-270).

[97] Se trata de uno de los versos inmortales de E. B. B.: «*Death quite unfellows us*».

[98] Lucas, 12, 6: «¿Acaso no se venden por dos ases cinco pajarillos? Sin embargo, ni uno de ellos queda olvidado ante Dios».

[99] Los lemures o lémures no pertenecían a la mitología escandinava, sino a la latina: eran los aterradores espíritus de la muerte en la mitología doméstica.

[100] Son nombres ficticios. Delia Dobbs se ha identificado con Margaret Fuller (1810-1850), periodista y activista de «los Estados» Unidos.

[101] La leyenda que vincula a santa Lucía con la vista es muy tardía y no guarda relación con el martirio de Lucía de Siracusa. Una leyenda medieval decía que un pretendiente estaba tan

enamorado de sus ojos que Lucía se los envió en una bandeja.

[102] El monte Pisgah se denomina también Nebo. Es el monte desde el que Moisés ve la Tierra Prometida. En el Deuteronomio, 34, 1 y ss.

[103] Gotinga era en la época muy famosa por su universidad (1734).

[104] Se refiere a la santificación de María Magdalena, de la que tradicionalmente se decía que había sido prostituta.

[105] En las Midlands occidentales, entre Gales y Staffordshire.

[106] Palas Atenea o Athena Giustiniani, una copia romana (del original griego atribuido a Fidias) que se conserva en el Vaticano.

[107] El territorio de los indios chippewa estaba en Ontario (Canadá) y Wisconsin (EEUU).

[108] Se refiere a la reina Pōmare IV de Tahití (1813-1877) y a Faustino I Souloque de Haití (1782-1873).

[109] El toro sagrado de la mitología egipcia.

[110] «Y cayó del cielo una gran estrella, ardiendo como una antorcha; y cayó sobre la tercera parte de los ríos y sobre las fuentes de las aguas. Y el nombre de la estrella es “ajenjo”. Y la tercera parte de las aguas se convirtió en ajenjo; y muchos hombres murieron por las aguas, porque se habían vuelto amargas», Apocalipsis, 8, 10 y ss.

[111] La pitonisa de Delfos se sentaba en un trípode de oro, junto a las emanaciones tóxicas de Delfos, para enunciar sus vaticinios. Se consideraba un regalo de Apolo Pitio y se custodiaba en su templo.

[112] Cfr. Marlowe y Goethe.

[113] Job, 42, 10,

[114] La familia Elzevir fue una famosa saga de editores y librerías holandeses especialmente dedicados a la publicación y venta de obras clásicas.

[115] Son anotaciones críticas convencionales: «*conferenda hæc cum his*» significa «compárese con esto»; «*corrupte citat*» es «cita errónea» y «*lege potius*», «léase mejor...».

[116] Proclus o Proclo (siglo V a. C.) fue un filósofo neoplatónico de la escuela de Atenas.

[117] Friedrich Wolf (Wolff, escribía E. B. B.) fue un helenista alemán (1759-1824), famoso por cuestionar la autoría de algunos fragmentos homéricos.

[118] Se refiere a la famosa aventura de Ulises con Polifemo, en el libro IX de la *Odisea*, donde el héroe se hace llamar Nadie.

[119] Suele decirse que Napoleón III (1808-1873) ascendió al trono imperial (1852-1870) democráticamente, aunque para celebrar el plebiscito imperial tuvo que dar un golpe de Estado contra el régimen republicano.

[120] Se refiere a la emperatriz María Eugenia de Montijo (1826-1920), que pertenecía a la nobleza española, pero no a la realeza. Fue emperatriz consorte desde 1853 a 1871.

[121] Napoleón fue enterrado una primera vez en Santa Elena, y luego se llevaron sus restos a los Inválidos de París, donde se custodian hoy.

[122] Ezequiel, 37, 3: «Me dijo: hijo del hombre, ¿podrán revivir estos huesos?». Luis Felipe I de Francia (1773-1850) fue obligado a abdicar tras la revolución de 1848, que acabaría en la proclamación de Napoleón III.

[123] Reyes, 5, 1 y ss.

[124] El prestigioso Institut de France se fundó en 1795 y agrupaba la Academia Francesa

(1635), la Academia de Inscripciones y Lenguas Antiguas (1663), la Academia de Ciencias (1666), la Academia de Bellas Artes (1816) y la Academia de Ciencias Morales y Políticas (1795/1832).

[125] La medalla de la Legión de Honor.

[126] Alexandre Dumas, hijo (1824-1895), autor de *La dama de las camelias*, fue aceptado en la Academia Francesa en 1874 y se le concedió también la Legión de Honor. A lo largo de su vida conoció el desprecio por su origen racial y social.

[127] «Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén», en Apocalipsis, 21, 2. Las «doce piedras» de las que se habla a continuación remiten a las doce tribus de Israel.

[128] «... y se abrieron los libros. Y se abrió otro libro, que es el de la vida; y los muertos fueron juzgados de lo que estaba escrito en los libros, según sus obras», en Apocalipsis, 20, 12 y ss.

[129] Se supone que la rosa es bella, pero común. Mientras que el heliotropo de jardín se describe habitualmente como un arbusto de floración rara y extraordinaria.

[130] En algunos lugares se explica que E. B. B. remite aquí a Lázaro (Juan 11, 39: «Señor, ya hiede; pues lleva cuatro días») y no a Jesucristo.

[131] La referencia es la escena evangélica de la resurrección de Jesucristo, por ejemplo en Mateo, 28, 2 o en Juan, 20, 1.

[132] En el original: «*Thou'lt be a mother in a month*» (Serás madre dentro de un mes). Al lector actual puede resultarle poco creíble que Marian no supiera que estaba embarazada de ocho meses; algunos especialistas han ofrecido, como explicación, que la propia E. B. B. no supo que estaba embarazada hasta que sufrió un aborto estando en Pisa (Glorney Bolton y Bolton Holloway).

[133] Véase nota de la página 19.

[134] Remite al mito de Hermes, considerado en la tradición clásica como el ladrón astuto: se dice que Hermes le robó el ganado a Apolo utilizando la argucia de disimular las huellas del ganado con hojas y flores.

[135] Véase la cuarta nota de la página 30.

[136] Deuteronomio, 22, 10.

[137] De la mitología escandinava: el martillo corto de guerra llamado *mjolnir* nunca fallaba en su blanco y, tras ser arrojado, siempre volvía a las manos de su dueño; Thor, dios de la guerra, la fertilidad y los cielos, lo empleaba también para lanzar rayos.

[138] El mito dice que tras ser derrotados por Zeus en la guerra denominada Titanomaquia, la mayoría de los titanes y titánides fueron encarcelados en el Tártaro, el lugar más siniestro del inframundo, más aún que el Hades.

[139] La expresión «*Land of the souls*» o «*The divine land of the souls*» es de Robert Browning, que consideraba este libro séptimo como el mejor de *Aurora Leigh*.

[140] Remite al canto XI de la *Odisea*, titulado tradicionalmente como «Descenso a los infiernos».

[141] «Tirio», púrpura; recibe su denominación de un tinte apreciadísimo confeccionado en Tiro durante la edad clásica.

[142] El barón Karl von Reichenbach (1788-1869), químico, naturalista, empresario y diletante en general, fue el ideólogo de la fuerza ódica, una suerte de energía primordial, a la que

llegó a considerar también como origen de la vida, y que se manifestaba con estas llamas que cita el corresponsal de Aurora Leigh.

[143] Véase la nota de la página 124. Se entiende que el artista pintaba reiteradamente el mismo cuadro.

[144] Remite a una estatuilla del beso de Cupido y Psique que se encuentra en la Galleria degli Uffizi. Se trata de uno de los mitos latinos más populares: lo cuenta Apuleyo en las *Metamorfosis* o *El asno de oro* (libro V, cap. I y ss.) y narra los aciagos amores, con final feliz, de estos dos personajes.

[145] El nepente o nepenthe es una bebida mágica citada en la *Odisea* (IV, 219 y ss.), que cura el dolor y el sufrimiento y, además, mitigaba la pena e inducía el olvido.

[146] *Fedón* es el diálogo de Platón en el que se narran las últimas horas de Sócrates, que se suicida con cicuta para cumplir con la condena a muerte.

[147] Remite al famoso episodio de la manzana y el Juicio de Paris, el príncipe troyano que tuvo que decidir quién era la diosa más bella (Hera, Atenea o Afrodita). Es el principio mítico de la Guerra de Troya.

[148] Antinoo, joven de gran belleza, amante del emperador Adriano, frecuentemente representado en estatuas en la Antigüedad.

[149] Remite a las instrucciones que Moisés recibe de Dios en el monte Sinaí para construir el Tabernáculo y el Arca de la Alianza.

[150] El poeta es su marido Robert Browning, que expuso esa idea en el drama en verso *Pippa Passes* (1841).

[151] Éxodo, 3, 2 y ss.

[152] Zeus (o Júpiter) se prendó de una doncella de Argos llamada Ío. Para ocultar a Hera el adulterio, Zeus convirtió a Ío en una ternera. Cuando Hera descubrió el engaño, ató a los cuernos de la ternera un tábano que constantemente la molestaba: en su desesperada huida, Ío recorrió todo el mundo, con Zeus persiguiéndola constantemente.

[153] Medea, la famosa sacerdotisa y hechicera de Hécate, utilizaba con frecuencia un caldero para elaborar sus pócimas.

[154] San Miniato al Monte es una de las colinas más altas de Florencia, donde se encuentra una famosa basílica románica.

[155] *Men che di rose e più che di viole* (Un poco menos que rosa y un poco más que violeta) dice Dante (*Purgatorio* XXXII, 58) cuando describe la floración púrpura de los lirios, símbolo y color de la ciudad de Florencia.

[156] Es la sangre de los dioses, sustancia de la inmortalidad que, en algunos casos, se describía con tonos dorados.

[157] La leyenda de Alarico I (h.370-410) decía que el rey visigodo había sido enterrado, junto a su tesoro, en el lecho del río Busento a su paso por Cosenza. Se aseguraba que sus herederos habían desviado el curso del Busento y que, tras el funeral, habían devuelto el río a su curso normal. Al parecer, los esclavos que realizaron la obra fueron asesinados.

[158] Probablemente es una sencilla referencia religiosa, aunque algunos especialistas la vinculan con el paso del tiempo, la sucesión de los días y la salida del sol por el Este.

[159] En algunas ediciones el verso concluye: «*Now give us the oyster's part, in death*». En el deseo de no ser conscientes de la muerte, la solicitud de ser ostras guarda relación con la idea

de que estos seres están en el último tramo de lo sensible y lo consciente en la gran Cadena del Ser (véase A. Lovejoy, J. Billington y P. Davis).

[160] Juan, 14, 6.

[161] Remite a la parábola del rico epulón y el pobre Lázaro (Lucas, 16, 19 y ss.). La parábola narra la historia de un hombre acaudalado y de un leproso que mueren a la vez. En el otro mundo, Lázaro va al Cielo y el epulón se consume entre las llamas. Pide entonces que Lázaro moje en agua la punta de los dedos y refresque su sed. Pero le contestan: «Tú ya recibiste los bienes en vida». Véase también nota en la página 75.

[162] La leyenda aseguraba que los atenienses habían surgido de la tierra «como los saltamontes» y se utilizaban broches o alfileres con figuras de saltamontes para indicar el rancio abolengo ateniense.

[163] «El que hace de las montañas brotar hierba / da a las bestias su sustento, / a las crías del cuervo, que lo piden», en Salmos, 147 (146-147), 8 y 9.

[164] *Ænomel*, bebida de la antigua Grecia compuesta de vino y miel. No debe confundirse con otras bebidas divinas, como la ambrosía o el hidromiel.

[165] En el *Decamerón*, quinta jornada, donde el amante Federigo, teniendo solo un halcón al que quería mucho, lo mata y lo cocina para agasajar a su amada, que precisamente iba a pedirle el halcón para aliviar la enfermedad de un pariente.

[166] El campanario o *campanile* de Giotto es la torre exenta de Santa María del Fiore.

[167] Este verso se corrigió, porque inicialmente hablaba de grupos de *tres* tortugas.

[168] Para evitar confusiones en la lectura, esta onírica aparición de Romney en la terraza de la villa florentina debe entenderse como *real* a efectos novelescos: Romney se ha presentado de repente en Italia, acompañado por alguien que está esperando fuera de los muros de la villa, y ha entrado sorpresivamente en la casa. Aún hay otros detalles importantes de los que Aurora no se percatará, de manera casi inconcebible, hasta muy avanzada esta última parte del relato.

[169] Lombardía y la Toscana habían formado parte desde 1706 del Imperio austríaco. Más adelante, Napoleón Bonaparte constituyó la República Cisalpina en Lombardía (1797) y el Reino de Etruria en la Toscana (1801). A partir de 1814, con las derrotas napoleónicas, ambos territorios volvieron a manos austríacas, que sufrieron distintas rebeliones hasta que, tras las guerras de la independencia de la década de los años cincuenta, tanto la Toscana como Lombardía quedaron finalmente integradas en la Italia unificada.

[170] Éxodo, 15, 21: Miriam o Miryam, que cantaba alabanzas a Dios mientras las huestes del faraón perecían ahogadas en el mar Rojo.

[171] El toro de Falaris. Falaris fue un tirano siciliano del siglo iv a. C que empleaba la figura metálica de un toro hueco para ajusticiar a los condenados. El toro se colocaba sobre una hoguera y el reo moría entre grandes alaridos que se confundían con los mugidos del toro, al parecer. Como curiosidad, el inventor de semejante tormento, llamado Perilo, también murió en él.

[172] En Mateo, 8, 28 y ss. se cuenta que Jesús había exorcizado a dos gadarenos. Los demonios, entonces, le pidieron algo con lo que entretenerse y Jesús les concedió que endemoniaran a unos cerdos: «A cierta distancia de ellos había una gran piara de cerdos paciendo. Y los demonios le suplicaban: “Si nos vas a echar, mándanos a esa piara de cerdos”. Y él les dijo: “Pues id”. Ellos salieron de allí y se fueron a los cerdos; y de pronto toda la piara se arrojó con gran ímpetu al mar por un precipicio, y perecieron en las aguas».

[173] Obviamente, no es que el libro estuviera escrito en sánscrito, sino que la poesía sería para Romney Leigh lo más parecido a una lengua difícil, inescrutable e intraducible, tal y como se sugirió en aquella lejana mañana de junio.

[174] En el libro XVII (290-330) de la *Odisea* se cuenta que el protagonista llegó disfrazado a su casa, pero el perro Argos, al que Ulises había criado y a quien todos habían maltratado, recordó a su amo y murió: «A Argos lo arrebató el destino de la negra muerte al ver a Odiseo después de veinte años».

[175] Se decía de los filisteos (Billington y Davis).

[176] En 1, Corintios, 15, 50, san Pablo explica cómo será la resurrección y especifica que se tratará únicamente de una resurrección espiritual: «La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios ni la corrupción hereda la incorrupción».

[177] Al principio de *La riqueza de las naciones* (1776), Adam Smith explica las «diferentes operaciones en que está subdividido el trabajo de hacer un alfiler» (I, i).

[178] En el Sinaí, Dios le indica con toda precisión a Moisés cómo debe construirse el Arca y el Tabernáculo, además de todas las leyes y ordenanzas sociales, en Éxodo, 19 y ss.

[179] Remite al conocido episodio de la burra de Balaam, el profeta, en Números, 22.

[180] El Movimiento de Oxford liderado por John Henry Newman (1801-1890) publicó al menos noventa tratados.

[181] En el Apocalipsis, 16, 13, se lee: «Y vi salir de la boca del dragón y de la boca de la bestia y de la boca del falso profeta tres espíritus inmundos, como sapos».

[182] *Baby drugged*: durante la Revolución Industrial, era práctica habitual drogar con opiáceos a los niños para que no lloraran mientras las mujeres estaban trabajando en las fábricas. Cfr. Bolton y Bolton Holloway (1995).

[183] Final apoteósico. *Vale* como «Final y elogios generalizados».

[184] Éxodo, 2, 3.

[185] Éxodo, 39, 22. «Después hicieron el manto del efod, artísticamente entretejido, todo de púrpura violeta».

[186] Naturalmente, los especialistas han resaltado las obvias semejanzas entre este pasaje de *Aurora Leigh* y el correspondiente de *Jane Eyre* (1847) de Charlotte Brontë.

[187] «Y hubo mañana y hubo noche, y se hizo el primer día»,. en Génesis, 1, 5.

[188] En las cosmogonías antiguas y medievales, las esferas producen música al girar unas sobre otras.

[189] La *selah* es una indicación musical y litúrgica empleada sobre todo en los salmos judíos: puede indicar un interludio musical o advertir que se va a cantar y escuchar una composición.

[190] «Humillaos ante el Señor y os ensalzaré», en Santiago, 4, 10.

[191] Auguste Comte (1798-1857) es el padre del positivismo y la sociología. Étienne Cabet (1788-1856) fue un miembro destacado del socialismo utópico. Para Fourier y otros teóricos de la época, véanse las notas en las páginas 84 y 145.

[192] «Yo soy la rosa de Sarón, / la rosa de los valles, / como rosa entre los espinos...», en el Cantar de los Cantares, 2, 1 y ss.

[193] En la toma de Jericó (Josué 6), los muros caen como consecuencia del sonido de las trompetas.

[194] «Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva», se lee en Apocalipsis, 21, 1, donde se describe la Nueva Jerusalén. Y más adelante (21, 19 y 20), cuando describe los cimientos de la muralla: «La primera base es jaspe; la segunda, zafiro; la tercera, calcedonia; la cuarta, esmeralda; la quinta, sardónice; la sexta, cornalina; la séptima, crisolito; la octava, berilo; la novena, topacio; la décima, ágata; la undécima, jacinto; y la duodécima, amatista».